

Atrapados en la magia del amor



GEMA MARTÍN MUÑOZ

Atrapados en la magia del amor

GEMA MARTÍN MUÑOZ

Título: Atrapados en la magia del amor

© Gema Martín Muñoz, 2024

Diseño de la portada: Adela Aragón (@adela_argn_art)

Maquetación: Gema Martín Muñoz

Inspirada en la obra clásica *La Celestina*. La autora ha utilizado licencias creativas y ha realizado modificaciones para adaptar la historia a una novela romántica contemporánea. Los personajes, lugares y eventos que aparecen son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares reales es pura coincidencia.

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Si llegan las musas,
que te pillen trabajando.*

Pablo Picasso

Índice

[Sinopsis](#)

- [1. La búsqueda del muso de mi vida](#)
- [2. El Furby que se cuele en huertos ajenos](#)
- [3. La aparición divina](#)
- [4. Me siento como Bella Swan](#)
- [5. Muso casi a la fuga y un mensaje turbio](#)
- [6. Los poemas sin poeta](#)
- [7. Encerrona pasional](#)
- [8. La peor noche de mi vida](#)
- [9. ¿Pedirle ayuda a la casamentera de la ciudad?](#)
- [10. Mensaje equivocado y un Furby sinvergüenza](#)
- [11. Verde que te quiero verde](#)
- [12. Un brócoli andante](#)
- [13. La bruja y el ricitos invaden mi hogar](#)
- [14. Tutoría de besos](#)
- [15. De la teoría a la práctica](#)
- [16. El café venenoso](#)
- [17. Ya no existen hombres de bien](#)
- [18. ¿Qué ocurrió anoche?](#)
- [19. Cita de negocios](#)
- [20. El contrato a lo Christian Grey](#)
- [21. Me gusta que el amor se cocine a fuego lento](#)
- [22. Calzoncillos de lentejuelas](#)
- [23. Los suegros y el cadáver](#)
- [24. Ángel y demonio](#)
- [25. La cursilería... eres tú](#)
- [26. La noche de Halloween menos terrorífica](#)
- [27. *Melibeando*](#)
- [28. Metiendo la pata y una feria del libro muy mamarracha](#)
- [29. Discusiones y mucha tristura](#)
- [30. Charlas en el cementerio y unas buenas dotes de actor](#)
- [31. La enfermedad del amor](#)
- [32. La Nochebuena con el conejillo de indias](#)
- [33. Una temida amenaza y un ladronzuelo](#)
- [34. Disculpas y trapicheos](#)
- [35. No quiero](#)
- [36. ¿Es una broma?](#)
- [37. La dignidad está sobrevalorada](#)
- [38. La pesadilla](#)
- [39. El Grinch del amor](#)

[40. La cosa es real](#)

[Epílogo](#)

[Acerca de la autora](#)

Sinopsis

Calisto y Melibeo tienen tres cosas en común: son rivales, sufren el famoso «bloqueo de escritor» y necesitan ganar el certamen literario de Oxímoron a toda costa.

Calisto es un poeta enamorado y extravagante con espíritu de caballero medieval; Melibeo, un intento de escritor de novela erótica con la antipatía surcando por sus venas.

Calisto desea encontrar un muso de carne y hueso para crear sus poemas amorosos; Melibeo no sabe cómo escribir las escenas subidas de tono de su historia y quiere practicarlas con alguien para inspirarse y luego darle la patada.

Para que los dos se presenten al concurso y cumplan su objetivo, la casamentera de la ciudad, con la ayuda de sus chanchullos, se empeñará en emparejarlos y, quizá, esa rivalidad entre ambos se convierta en el sentimiento más poderoso del universo.

1. La búsqueda del muso de mi vida

Calisto

La inspiración no existe; en realidad son los padres, como el Ratoncito Pérez, Papá Noel y los Reyes Magos.

A mí que no me engañen los «escribidores» tuiteros del siglo XXI, que se inventan que escriben veinte mil palabras al día para quedar guay ante sus seguidores, porque algo no me cuadra. Serán adictos a las sustancias psicotrópicas o a mentir de manera compulsiva; o bien, sus gatos, perros o unicornios les hacen el trabajo sucio.

Si de verdad existiera la inspiración, yo no estaría ahora devanándome los sesos frente a una libreta cochambrosa, atestada de tachones horribles, y sujetando un bolígrafo mordisqueado mientras me zampo un regaliz tras otro (menos los negros, que no me gustan), sentado en el césped de un parque, a la sombra de un árbol.

Llevo un mes sin escribir ni una sílaba... ¿Qué digo una sílaba? ¡Ni una triste letra! Y debo ponerme las pilas, porque tengo que redactar mis mejores poemas para presentarlos al certamen literario de esta ciudad, que el premio es bastante jugoso: veinte mil euros, la publicación de la obra con la editorial Literata, una de las más importantes del país, y un *pack* de bolígrafos que brillan en la oscuridad.

Quiero ganar, sobre todo para tener esos bolis en mi poder, no por el dinero, que no da la felicidad.

Necesito un novio que se convierta en mi muso para componer mis poemas románticos. Pero ¿quién podría ser? En Oxímoron no hay chicos que se parezcan al que me imagino en mi mente. En este lugar solo hay hombres con el pelo oscuro, los ojos marrones, granos en la cara, gafas, aparatos en los dientes, calvos, ancianos, más bajitos que yo, con la piel uno o varios tonos más oscura que la nieve... Las mujeres quedan totalmente descartadas porque soy el chico más gay del planeta.

No soy exigente ni superficial, pero mi muso debe ser un chico rubio con mirada azulada, guapísimo, atractivo, musculoso, de mi edad, más alto que yo, sin ninguna imperfección en su rostro, que se bañe cada día y que no vista de negro.

Pero no. En esta maldita ciudad, la belleza brilla por su ausencia.

Me centro en comer regalices y en pasear la vista por el parque, realizando una búsqueda exhaustiva, aunque solo diviso un montón de mujeres, a unos abuelos echándoles de comer a las palomas, a un tío haciendo pis en el árbol de enfrente, a un pelirrojo masticando patatas fritas con la boca abierta a medida que camina y, por último, a un rubio, que enseguida llama mi atención, sentado en un banco y deslizando los dedos por la pantalla de su móvil.

Ojalá sea mi Dulcineo del Toboso.

Dejo mis pertenencias en mi pedazo de césped para que nadie me robe el sitio, me levanto con elegancia, me sacudo mis pantalones de color fucsia y me acerco con disimulo hacia ese

chico. Cuando llego hasta él, me detengo a escasos centímetros y reparo en que no es rubio natural porque sus raíces son oscuras.

Chasqueo la lengua, desencantado.

—Vaya por Dios —murmuro entre dientes.

El teñido, al oírme, despega los ojos de ese aparato del siglo XXI, del que no soy muy fan porque te arrebata la vida y la concentración, y alza la cabeza en mi dirección.

—¿Qué miras? —exige saber en cuanto descubre que me he quedado en una especie de trance, contemplándolo.

—El pedo que te tiras —le respondo de manera automática, marcándome una fantástica rima consonante, y me doy media vuelta para huir de él antes de que me desfigure la cara con un puñetazo.

Parece ser que hoy no voy a encontrar a ningún muso y tampoco podré escribir ni una letra.

De vuelta a mi árbol, veo una bola de pelo NEGRA, con una pajarita azul en su cuello, cotilleando mis posesiones. Antes de que me obsequie con algún regalito pestilente, me aproximo hacia esa cosa para intentar ahuyentarla. Para mi sorpresa, me gruñe, atrapa con sus dientes mi preciado cuaderno de terciopelo rosa y se lo lleva consigo, desplazándose con sus patitas más rápido que un cohete.

Necesito procesar esta situación, porque no me creo que haya ocurrido.

Un gato demoníaco negro me acaba de quitar los poemas que he escrito a lo largo de mi vida, la única copia que tengo de ellos, donde se encuentra plasmada mi existencia.

Esto no se puede quedar así. Pienso recuperarlos, a pesar de que me tenga que pelear a arañazos y a mordiscos con ese elemento del mal, y termine sin aliento y desmayado en mitad de la calle.

—¡Que alguien detenga a ese gato, por favor! —les grito a los viandantes mientras persigo a ese pequeño brujo, pero nadie se digna a socorrer a un jovencito en apuros.

Al dejar atrás el parque, avanzo por una acera interminable y en línea recta, y giro a la derecha para introducirme en una barriada de casas; el dichoso animal se cuelga en una de ellas a través de un muro de piedra.

Se está riendo de mí. No entiendo por qué un gato necesita un cuaderno lleno de poemas si no sabe leer. ¿Para acostarse encima? ¿Para usarlo de arenero? Espero que esto último no se le pase por esa cabecita.

Estudio el paredón infinito, de unos tres metros de altura, y enumero los pros y los contras de imitar al felino. Lo único malo que me puede suceder es que me desnude y fallezca joven; el mundo se perdería a un gran escritor, porque mi manuscrito y yo desapareceríamos por culpa de las garras de un carbón peludo.

Tras rezarle a Hades, el dios del inframundo, me armo de valor y, con mi metro setenta y cinco de sabiduría y encanto, trepo por el muro con cierta torpeza. Se me rompen un par de uñas y me destrozo la manicura que con tanto mimo me he hecho esta mañana. Al intentar pasar al otro lado con la ayuda de una enredadera, mis manos se convierten en gelatina y me suelto de la planta sin querer, lo que provoca que aterrice de culo en el suelo (o eso es lo que creo) y que una alarma comience a sonar con insistencia.

—Auch, mis pobres posaderas.

Paseo la vista por mi alrededor, curioso, y descubro un lugar idílico repleto de naturaleza y tranquilidad: *un locus amoenus*, para ser más exactos. Estoy rodeado de césped, flores, plantas, árboles con diversos frutos, un huerto con una plantación de todo tipo de verduras, una mesa de jardín con seis sillas, un banco de madera y una casa, que no sé si tendrá propietario. Me deshago

de algún objeto extraño que se me ha clavado en el trasero (o más bien, lo arranco del terreno) y me percató de que se trata de un nabo.

A continuación, mis ojos se fijan en un cartel de madera, anclado en el césped mediante un poste, y leo las tres palabras que hay escritas en mayúsculas: «HUERTO DE MELIBEO».

—¿Quién anda ahí? —oigo una voz angelical por encima de los sonidos ensordecedores de la alarma.

¿Por qué no apagan ese molesto ruido? ¡Me está destrozando mis delicados tímpanos!

En cuanto dirijo la mirada hacia el dueño de esa voz, que se aproxima a mí a pasos agigantados, una flecha imaginaria atraviesa mi corazón y caigo rendido ante el amor.

—¿Tienes problemas de audición o qué?! ¿Qué haces colándote en una propiedad privada y aplastando mis nabos?!

La perfección sí existe, porque estoy frente a ella en este instante.

He dado con mi muso: ojos tan azules como el cielo despejado de nubes; los cabellos, tan rubios como el oro, formando caracolitos con sus rizos; unos labios carnosos y apetecibles; la piel tan blanca como si fuera de porcelana y un cuerpazo esculpido por el mismísimo Apolo.

Cada una de sus partes ha sido compuesta por el dios de la belleza. Su único defecto es la nariz, que me recuerda a la de Góngora, aunque la que tengo delante es mucho más bonita.

—Mira, zoquete, la alarma antirrobo está sonando y dentro de cinco minutos se presentará la policía. Te recomiendo que dejes de aplastar mis nabos y te largues de mi casa.

No me he enterado de lo que ha dicho, pero estaría escuchando esa armónica voz y admirando su hermosura durante el resto de mi vida.

2. El Furby que se cuele en huertos ajenos

Melibeo

—Se te ha caído el bombón que te envolvía, papel.

¿Qué dice este tarado? ¿De dónde se ha escapado? ¿Y por qué demonios ha aterrizado en mi huerto, justo sobre mis nabos? Para colmo, no puedo fijarme bien en él porque, al oír la alarma antirrobo, he salido escopetado de casa y me he olvidado las gafas dentro, por eso lo veo todo borroso. Solo distingo una mata de pelo rosa y no tengo ni idea de si esta persona es un Furby humano, un adolescente haciéndose el gracioso, un chico de mi edad que se ha chutado algo ilegal o un señor de sesenta años que ha entrado a robar.

—¿Eres real? —me pregunta el tontaina sin levantarse de mis nabos, imagino que mirándome. Por su voz, puedo adivinar que se trata de un chico joven—. Tanta perfección en un ser humano me descoloca. Quizá seas un espejismo, producto de mi desesperación por encontrar a mi muso, o el amor de mi vida. —Se arrodilla ante mí y me parece que está juntando las manos, como si tuviera delante a algún santo—. Si me entregas tu corazón, prometo hacerte feliz por el resto de tus días.

Joder, cuanto más habla este tío, más me doy cuenta de que no tiene todos los patitos en fila, por no hablar de que se está comunicando conmigo mediante el idioma *taradés*.

Respiro hondo para calmarme, porque este ser está consiguiendo ponerme de los nervios, pero no surte efecto.

—Ya me has hartado, Furby —le espeto, y arranco uno de los nabos plantados, ya que es el arma más cercana que tengo, para aporrear a este energúmeno—. ¿No querías mi corazón? ¡Pues toma mi corazón, puto loco!

El tarado me suplica, con dramatismo y entre quejidos, que deje de apalearlo con «mi precioso nabo» porque le estoy «rompiendo el corazón con tal acto de violencia».

Unas sirenas suenan a lo lejos, lo que me confirma que los coches de la policía vienen hacia aquí para comprobar que todo está en orden. Lucrecia, mi hermana, se ha ido a la playa y mis padres, que se encuentran de viaje por motivos de trabajo, se habrán llevado un buen susto en cuanto se han enterado, así que estarán llamándome como unos posesos, pero el móvil también me lo he dejado dentro.

—¿Oyes eso?! —le grito al chico mientras sigo golpeándolo con la hortaliza, creo que en el hombro, puesto que no veo una mierda—. Los maderos se presentarán en mi casa porque se pensarán que ha entrado un ladrón; todavía estás a tiempo de irte sin que te descubran.

Además, se nota un montón que se ha colado por error y que no está en posesión de sus facultades mentales. A saber lo que se habrá metido por la nariz o por las venas.

El panoli se asusta por las posibles consecuencias de cometer un delito, porque se levanta de mi parcela y echa a correr hacia el paredón que protege mis tierras del exterior, para esfumarse con la ayuda de una de las enredaderas. Una vez que llega a la cumbre del muro, suelta:

—El ladrón has sido tú, Dulcineo, que me has robado el corazón y la razón.

Me esfuerzo en enfocar la vista, entornando los ojos para verlo mejor, y entonces me percató de que me lanza un patético beso por el aire y de que me ha birlado uno de mis nabos. Estoy a punto de gritarle que me lo devuelva, pero el timbre de casa me lo impide y el ladrón consigue huir.

La próxima vez que me tope con ese mamarracho, si es que vuelve a ocurrir semejante situación, me tendrá que pagar la hortaliza, que la comida no es gratis. Lo mejor es que no me va a pasar desapercibido, porque me he quedado con la imagen de su absurdo pelo rosa grabada a fuego en mi mente sin saber cómo demonios es su careto.

Tras coger mis gafas de la mesita del salón, despacho a los policías, asegurándoles que la alarma ha saltado por error; después, llamo a mis padres para que se tranquilicen, que me han petado a mensajes y llamadas, y me invento que he salido a dar una vuelta y se me han olvidado las llaves, por lo que he tenido que entrar saltando por el muro.

Como ese alelado ha interrumpido mi preciada siesta, me meto en mi habitación con la intención de escribir algo decente para poder presentarlo al certamen literario de la ciudad. Sin embargo, cuando me acerco a mi portátil, que está abierto sobre el escritorio, descubro a un gato negro acomodado en el teclado. Por supuesto, la pantalla se ha encendido, ya que ese animal habrá pisado el ratón, y lo primero que aparece es el documento de mi novela; en blanco, claro, porque no he escrito ni el título.

Ya está otra vez Celestino, el minino de mi amiga, haciéndome una de sus visitas. Como se haga pis encima del ordenador y provoque un cortocircuito, le corto las bolas.

—¡Fuera! —le grito mientras doy palmadas para espantarlo, y se me escapan un par de estornudos porque soy alérgico a los gatos.

Celestino me contempla con indiferencia (como siempre que lo regaño), patatea sobre el teclado, se sacude para soltar sus alérgenos como recuerdo y desaparece por la ventana de mi cuarto.

Estornudo tres veces más, me cago en sus antepasados y me siento en la silla del escritorio para borrar lo que acaba de escribir:

çXDXDXDaaaaasd(gjjjjj)PUTOaassssssjdjffiLOLç

¡Agh! ¡Encima me insulta! Cada vez estoy más seguro de que ese bicho se ríe de mí y de que es la reencarnación de un brujo.

Decido enviarle a mi amiga un mensaje para avisarla de que Celestino ha vuelto a invadir mi habitación y le aconsejo que lo vigile más, porque se le escapa cada dos por tres y cualquier día le ocurrirá alguna desgracia.

Celeste: «¡Maldita bola de pelo! ¡Y yo buscándolo por todas partes!»

Celeste: «Por cierto, ¿has empezado ya tu libro?»

Melibeo: «No, pero estoy en ello»

De hecho, lo ha comenzado su gato antes que yo.

Celeste: «Podrías escribir una novela erótica con protagonistas homosexuales, que se ha puesto muy de moda»

Tengo que leer el mensaje varias veces porque creo que no es consciente de lo que acaba de decir.

¿Erótica? ¿Yo? ¿Y gay?

Me descojono de la risa, redactando mi respuesta:

Melibeo: «¿Cómo voy a adentrarme en ese género si soy más virgen que el aceite de oliva? Equisdé»

Celeste: «¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? Hay escritores que narran asesinatos en sus novelas y no por ello son asesinos»

Melibeo: «Yo tengo que escribir sobre temas en los que sé desenvolverme. ¿Cómo voy a narrar una escena de sexo sin haber vivido esa experiencia en la vida real?»

Celeste: «Echándole imaginación, cariño: ve porno, lee libros de temática erótica, LIGA CON ALGUIEN»

Melibeo: «No quiero ligar con nadie, así que esa última opción queda descartada»

Celeste: «Mira, te regalo la primera frase para que acabes con ese monstruo de la página en blanco: “Lo primero que me llamó la atención de él fue su imponente tranca de tres metros”. Pero eso sí, debes pagarme los derechos de autor»

Arrugo la nariz cuando mi cerebro se imagina lo que mi amiga ha descrito.

Qué bruta es.

Melibeo: «Nadie tiene una polla de ese tamaño»

Celeste: «Se nota que no has visto suficientes pollas»

Le mando el emoji del puño sacando el dedo corazón y me despido de ella para continuar con mi novela, pero, al acomodarme en la silla, mi pie pisotea algo que hay tirado en el suelo. Me agacho para cogerlo y descubro que es una libreta de terciopelo rosa del tamaño de medio folio. Cuando intento abrirla para cotillear lo que hay en su interior, un candado me lo impide y deduzco que se trata de un diario.

Un diario que no es mío y que ha aparecido en mi habitación como por arte de magia. O es de Celeste o de Lucrecia, porque no invito nunca a nadie a entrar aquí, y también dudo que pertenezca a mis padres.

Les tendré que preguntar a mi hermana y a mi amiga si son las dueñas de este diario antes de abrirlo por la fuerza, porque me mata la curiosidad.

3. La aparición divina

Calisto

Me he recorrido Oxímoron enterita, de arriba abajo, de izquierda a derecha, de esquina a esquina y de piedra a piedra.

Tres veces.

A pie.

Sin mi moto, que se la he prestado a Santi, uno de mis mejores amigos que vive conmigo.

Y todo para encontrar a ese maldito gato que me ha robado mis sentimientos más preciados, aunque no he logrado localizarlo. He visto tropecientos felinos negros por el camino, pero ninguno lucía una pajarita azul ni tenía mi cuaderno de terciopelo rosa.

Doy gracias a Júpiter de que esta ciudad no sea inmensa y pueda desplazarme de un sitio a otro en pocos minutos, pero me molesta sobremanera que mis poemas hayan desaparecido; es como si se los hubiera tragado la Tierra... O ese animal del infierno.

Ha anochecido hace cuatro milenios y no sé qué hora será; tampoco llevo encima el móvil (a saber dónde estará) ni ningún reloj, y los comercios ya han cerrado, así que decido regresar a mi piso porque estoy cansado y hambriento.

De todas formas, mañana tendré que continuar con la búsqueda, y será mejor hacerlo con las pilas cargadas. Si mis poemas siguen sin dar señales de vida, tendré que ir a la policía para denunciar el hurto, a pesar de que se rían de mí, y colgaré carteles por la ciudad.

O quizá me vuelva a colar en el huerto del chico de mi vida, así mato a dos pobres pájaros de un tiro: robarle el corazón como él me ha robado el mío y, a poder ser, recuperar mis poemas, porque está clarísimo que el gato los ha escondido entre dos matorrales o los ha enterrado en la tierra como si fuera un excremento.

—¡Mozos! —llamo a mis amigos en cuanto entro en casa.

Santi aparece en el pasillo, restregándose los ojos con las manos, y se le escapa un bostezo.

—Pero, tío, ¿se puede saber dónde te has metido? —quiere saber con voz adormilada—. Son las cuatro de la madrugada y en unas horas empezamos las clases.

Como soy bastante despistado, la primera noticia ni siquiera me sorprende. Ha habido días en los que se me ha hecho de noche, sin enterarme, mientras escribía o leía en un parque, bajo la luz de una farola o con una linterna; incluso he llegado a aparecer en casa a la mañana siguiente, cuando mis amigos estaban desayunando. Sin embargo, la información inesperada de que dentro de unas horas comienza el curso lectivo se estrella contra mi rostro como si fuera una dulce bofetada, porque me ilusiona volver a estudiar pero a la vez me gustaría seguir de vacaciones.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —Santi agita la mano delante de mis narices y yo vuelvo a la realidad—. ¿Y ese nabo?

—¿Qué nabo? —pregunto frunciendo el ceño.

Entonces, caigo en la cuenta: mi amigo se refiere al nabo de ese Apolo, que no lo he

despegado de mí ni un segundo desde que he podido huir de su castillo.

—Ah. —Contemplo la hortaliza alargada y blanquecina que sostengo con una mano—. Es el nabo del muso de mi vida.

Santi enarca una ceja.

—¿Estás hablando metafóricamente?

—¡No, por Dios!

Pascual, el otro amigo con el que comparto el apartamento, sale de su cuarto y se asoma al pasillo debido a nuestra cháchara a estas horas intempestivas. No obstante, lo único que le llama la atención es el nabo y comete la osadía de preguntarme si es una especie de vibrador.

No se lo lanzo a la cara porque le he cogido cariño (al nabo, no a mi amigo).

En la cocina, cenando los macarrones con tomate que sobraron ayer al mediodía, les cuento lo que me ha sucedido: que un gato negro me ha robado mis poemas, he salido tras él para recuperarlos, me he colado en el jardín de una propiedad privada, me he clavado el dichoso nabo en el culo y me he enamorado del muso más perfecto que existe en este planeta.

Mis amigos, que se han sentado a la mesa, frente a mí, para engullir patatas fritas y escuchar mi relato, intercambian una mirada divertida entre ellos y vuelven a posar sus ojos en mí.

—Y luego te has despertado, ¿no? —se mofa Santi, y el otro se ríe de su comentario—. Que no es la primera vez que sueñas cosas extrañas.

—Esta vez va en serio, eh. —Me meto en la boca el último macarrón.

¿Y si todo ha sido un sueño y ese chico tan magnífico ha sido producto de mi imaginación por mi desesperación para escribir un poema decente?

No, era real. Lo juro. Tengo su nabo como primera prueba irrefutable; no creo que haya brotado de manera repentina en mi mano.

Y, como segunda prueba, está la desaparición de mis poemas, que es lo más siniestro.

* * *

He dormido solo una hora y media y luzco peor que un muerto viviente. Si no me gustara tanto mi carrera, hubiese seguido en la cama hasta las dos de la tarde, porque el primer día de clases no sirve de mucho. Hasta Santi y Pascu han decidido saltarse las obligaciones estudiantiles y se han quedado roncando en sus habitaciones.

Una vez que llego a la facultad, busco algún sitio libre en los aparcamientos reservados para las motos. Como tengo tanta mala suerte, todos se hallan ocupados y no me queda más remedio que estacionar mi vehículo entre la parte trasera de un coche negro y la delantera de uno blanco.

Ya he perdido demasiado tiempo y mi plan no es llegar tarde precisamente hoy.

Me quito el casco y lo guardo dentro del sillín de Freya (así es como he bautizado a mi moto); después, presto más atención a los dos coches que la rodean y me visita la sensación de que he aparcado entre el cielo y el infierno.

Estoy a punto de volver a arrancar la moto para colocarla en un lugar más seguro, porque me da muy mala espina que permanezca la mañana entera tan pegada al trasero de un coche bañado con esa pintura tan oscura. ¿Quién será el dueño? Porque tiene el gusto metido en el ojete. Si me lo encuentro cuando recoja mi moto al acabar las clases, le sugeriré que lo coloree con un tono más alegre.

Rosa, por ejemplo, como mi Freya.

Por si acaso se evapora antes de que yo venga, le dejo una nota enganchada al limpiaparabrisas con mi recomendación nada exigente, como hago siempre que me tropiezo con algún vehículo negro.

Me encantaría rodearme de colores vivos cuando paseo por esta ciudad, pero a la gente le gusta estar amargada. ¿Por qué fingen que les gusta el negro? Si es horrible y solo desprende tristeza, depresión y muerte.

Hecha mi buena obra de caridad para intentar mejorar el mundo, me adentro en la facultad, por fin, y me incorporo a ese ambiente que tanto he echado de menos, atestado de estudiantes no tan encantados como yo de estar aquí. Saludo en el pasillo a mis amigas: Elisa, que estudia conmigo el grado en Creación Literaria, y Adela, que cursa el grado en Historia del Arte.

La primera clase del día se me pasa volando con Creación de Personajes, pero la segunda, que es Marketing para Escritores, se me hace interminable porque odio la publicidad, las redes sociales y todo lo relacionado con promocionar los escritos.

Yo estoy estudiando para ser escritor profesional, no publicista.

Aunque ninguna materia superará a la que estudié el año pasado, que me provocó pesadillas durante el curso entero: Literatura de Terror. Fue la peor y saqué un desagradable cinco raspado, que me bajó la nota media de la carrera. Horrible y nada recomendable. La puntué con una estrella sobre diez en los cuestionarios de evaluación de las asignaturas porque no le podía poner menos.

La siguiente clase que me toca es Escritura Creativa, una optativa que seguro que me va a fascinar.

Entro en el aula para sentarme en primerísima fila, como siempre, pero todas las mesas las ocupan compañeros que han llegado antes que yo y chasqueo la lengua, disgustado. A continuación, elijo uno de los pupitres de la segunda hilera, al lado de la ventana, y me centro en liberar mi estuche y mi libreta de la mochila mientras espero a la profesora. Sin embargo, cuando dirijo la vista hacia la puerta, mi cerebro me juega una mala pasada por la maravillosa alucinación que acaba de manifestarse en el aula.

Es el chico que me dejó su nabo como recuerdo.

¿Me estaré volviendo loco de tanto leer poemas de amor, como le ocurrió a don Quijote, que enloqueció por devorar los libros de caballerías?

4. Me siento como Bella Swan

Melibeo

Soy uno de los últimos alumnos de la clase en llegar y la primera fila de asientos ya se encuentra ocupada al completo.

¿Tantas ganas tiene la gente de ser puntual? Porque todavía no ha aparecido la profesora, que encima se llama Altagracia Segura.

Espero que su asignatura sea tan divertida como su nombre.

Echo un vistazo rápido al aula para buscar un hueco libre, pero solo diviso unos pocos en la última fila y otro en la segunda, al lado de un chico que me contempla como si yo fuera una aparición divina.

Aunque esta escena más bien me recuerda a una de *Crepúsculo*: cuando Bella entró en clase y su mirada se tropezó por primera vez con la de Edward Cullen; este la observaba como si la quisiese devorar.

Entorno los ojos para analizar a ese individuo con su inconfundible pelo rosa de Furby electrocutado.

Es el mismo que se coló en mi huerto ayer y me robó mi nabo. No le vi la cara con nitidez, pero lo reconocería hasta a veinte kilómetros de distancia.

—¡Buenos días, chicos! —La profesora, irrumpiendo en el aula con energía, me saca de mis pensamientos—. Tomad asiento, que vamos a comenzar.

Yo aún continúo de pie, al lado de la puerta, decidiendo en qué lugar colocar mi culo, si en uno del fondo o en el que está junto a ese espécimen.

No me entusiasma mucho sentarme al final, por lo que me decanto por el de la segunda fila, así aprovecho para pedirle a ese chico el dinero del nabo que me mangó y recordarle que no se le ocurra entrar en una propiedad privada para robar verduras.

Mientras camino hacia mi pupitre, él no despega la mirada de mí y su boca está abierta desde que he aparecido hace escasos segundos; yo creo que ni se enteraría si se le metiera una mosca.

Digo yo que me habrá reconocido y que se comporta de esa manera tan marciana porque se está oliendo que le voy a soltar cuatro cosas en cuanto acabemos la clase. O puede que esté tan empanado que ni se acuerde de mí y solo me está mirando porque quizá me haya visto algo en la cara.

—Hola —lo saludo, superborde.

Él, en vez de devolverme el saludo, sigue con el mismo careto de embobado. Exhalo un suspiro, tomo asiento y saco mi móvil para comprobar con la cámara frontal si tengo un moco, una pestaña, algo entre los dientes, una caca de pájaro o alguna mancha de chocolate, pero no hay nada inusual; estoy igual que cuando he salido de casa.

La profesora, sentada encima de su mesa, se dedica a recitar los nombres de los alumnos por

orden alfabético.

¿Desde cuándo se pasa lista en la universidad? Es la primera persona que me da clase que lo hace. Ni que estuviéramos en secundaria.

Me guardo el móvil en el bolsillo de los vaqueros, no vaya a ser que esa señora se dé cuenta de que lo estoy usando y me lo quite porque se pensará que esto es el instituto, y dirijo la vista hacia el frente, aguardando a que diga mi nombre. Por el rabillo del ojo, me percató de que cierto sujeto continúa desgastándose con los dos huevos cocidos gigantes que tiene por ojos (son verdes, por cierto, que me he fijado antes de sentarme).

—Calisto Enamorado Feliz —Altagracia pronuncia el nombre de un alumno. Como no obtiene respuesta, despega su vista de la hoja para mirarnos y repetirlo—: Calisto Enamorado Feliz.

Llamándose así, le dará vergüenza que descubramos quién es... O simplemente no le ha apetecido presentarse el primer día, que también puede ocurrir. De hecho, me iba a quedar durmiendo en cuanto ha sonado la alarma de mi móvil, pero mi hermana ha entrado en mi habitación y me ha arrojado agua fría a la cara, con vaso incluido; menos mal que era de cartón.

La profesora, elevando el tono, vuelve a mencionar ese nombre y esos apellidos tan ridículos, que me obligan a pensar que los padres de ese estudiante no lo querían cuando nació.

Una chica, que está sentada delante de mí, se gira hacia el individuo que tengo al lado y golpea su mesa con la mano para captar su atención.

—Tío, que te está llamando la profesora.

Ahogo una risita.

¿Así se llama el Furby?

—¿Eh? —El tal Calisto desvía su vista hacia la alumna y yo me atrevo a mirarlo sin una pizca de disimulo—. ¡Ah! ¡Soy yo, soy yo! —Alza el brazo para que Altagracia se entere de su presencia—. Perdón, estaba distraído.

Sus mejillas se han teñido del mismo color que el de su pelo a causa de la vergüenza, y también advierto algo brillante pegado a la aleta derecha de su nariz.

Me pregunto cómo se sonará los mocos con ese *piercing* tan horrible incordiando en esa parte.

—¿Melibeo Flores del Campo?

Ahora el chico mantiene los ojos clavados delante de él, en una especie de ensoñación, sin mirar a ningún punto en concreto, con los codos apoyados en la mesa y las palmas tapándose las mejillas sonrojadas.

Menudo personaje más estafalario.

—¿¡Melibeo Flores del Campo?! —grita la profesora, enfadada, y yo levanto el brazo de inmediato—. A ver, chicos, estad atentos, que no voy a perder media clase pasando lista, ¿de acuerdo?

Cuando se acaba el recital de nombres, viene la parte tan «entretenida» de explicarnos en qué consistirá la asignatura, los criterios de evaluación, las fechas importantes... Y toda la información que se puede leer en la guía de estudio, que ni siquiera he tenido la decencia de hojear al matricularme.

Como me aburro, saco el portátil de la mochila para fingir que tomo apuntes mientras me invento la vida de los dos protagonistas de mi novela erótica en un documento en blanco.

Hasta que un trozo de papel aterriza en mi teclado, con un «hola» escrito con tinta fucsia y acompañado de una carita feliz, y lo empujo hacia la mesa de al lado como si fuera un insecto molesto. El chico sigue intentando entablar conversación conmigo mediante una simple notita y,

de nuevo, me la lanza a las teclas, pero yo se la devuelvo porque no quiero socializar.

El mismo proceso lo repite cinco veces más, y en la sexta me harto de él y me escondo el dichoso papelito en el bolsillo del pantalón para que me deje en paz.

El miércoles me pillaré otro sitio para sentarme, aunque sea al fondo del aula, porque junto a este mendrugo no pienso ponerme más.

—Y eso es todo por hoy, chicos —nos dice la profesora un rato después, dando por finalizada la clase.

Guardo cinco veces seguidas el documento con lo que he escrito, por si acaso, y recojo mis cosas. Al dirigirme hacia el compañero con el que he compartido pupitre para pedirle el dinero de mi nabo, descubro que ha salido escopetado del aula y yo lo imito.

Imagino que esta sería su última clase del día y tendría ganas de irse a su casa, como yo.

Ya en el asiento del coche de mis padres, que me lo han prestado para venir a la facultad, doy marcha atrás para salir de este aparcamiento en línea, porque por delante hay otro vehículo y no dispongo de espacio suficiente para moverme, y tengo la mala suerte de darme un fuerte golpe contra algo en la parte trasera.

Mierda.

No puedo evitar ponerme histérico por si he atropellado a alguna persona o he destrozado el coche. Confío en que no sea lo segundo, porque me matarían.

Al apearme, descubro la escena del crimen: una moto rosa tumbada sobre el asfalto y uno de sus espejos destruido, con pedazos de cristales adornando la carretera.

Vale, ¿qué se supone que debo hacer ahora? Lo más sensato sería pegarle en el sillín un pósito, con mi número de teléfono escrito, para solucionar este problemilla sin importancia, pero necesito conservar mi vida porque no existe ninguna evidencia de que haya sido yo el causante del accidente, a excepción de una rayita milimétrica en la puerta del maletero, que encima ni se nota, a no ser que estampes los ojos en el coche. También me fijo en que me han puesto propaganda en uno de los limpiaparabrisas traseros, así que cojo el papel y lo leo:

«Hola, desconocido. ¿Serías tan amable de pintar tu coche de un color más alegre? El negro es de lo más triste. Te prometo que serás más feliz si me haces caso. Por favor y gracias. Un besito».

Formo una bola con la nota y me la guardo en el bolsillo para tirarla a la basura cuando llegue a casa.

Tras debatir conmigo mismo, observo mi entorno, por si algún viandante cotilla ha contemplado la escena, pero no se ve ni un alma por la calle.

La mejor decisión en esta situación es darme a la fuga.

Aquí no ha pasado nada.

Habría sido otra persona la que ha provocado el desmayo de esa moto, que parece mentira que exista gente que no sepa conducir.

Y yo sé conducir muy bien; no soy de los que van tirando motos rosas al salir de un aparcamiento.

5. Muso casi a la fuga y un mensaje turbio

Calisto

Por el amor de Cupido, lo que acabo de presenciar con mis propios ojos.

Que tu muso perfecto tumbes tu moto con el trasero de su horrible coche negro y que intente darse a la fuga: bandera roja.

Antes de que Melibeo Flores del Campo abandone el aparcamiento y huya como un cobarde sin hacerse cargo de las consecuencias, echo a correr por la acera. Cuando me planto delante de su vehículo, con las palmas apoyadas en el capó, clavo mi mirada desafiante en la suya, con el parabrisas delantero de por medio.

Está acomodado en el asiento del conductor, sujetando el volante con fuerza y mirándome de hito en hito como si yo fuera el fantasma de algún muerto con el que tiene pesadillas.

—¿A dónde te crees que vas, destrozador de motos? —le espeto, y golpeo su vehículo con las manos por cada palabra que digo, imitando a un tamborilero.

Él aprieta los labios y toca el claxon durante varios segundos, lo que provoca que dé un respingo por el susto, que me tiemblen los oídos y cierre los ojos de manera involuntaria porque odio toda clase de ruidos molestos. Sin embargo, al abrirlos, Melibeo se apea de su escarabajo gigante con ruedas y se acerca a mí, furioso.

No tiene derecho a enfadarse cuando ha sido el culpable de atropellar a Freya y de no saber conducir, que parece que el carnet le ha tocado como premio en una bolsa de gominolas.

—¿Qué coño haces aporreando el capó? ¡Como le hayas hecho alguna abolladura, mis padres me van a matar! —brama, y comprueba con sus luceros cegadores que no le he causado ni un rasguño a su coche.

Ah, qué bien... Yo no puedo ni acariciar una esquinita de su porquería y él sí tiene derecho a estropear la moto. Muy razonable su razonamiento tan razonador.

Queda una línea superfinita para que deje de ser mi muso. ¡Hasta le he perdonado que llevara gafas en cuanto lo he visto entrar en clase de Escritura Creativa!

Y un muso con gafas pierde bastante, las cosas como son.

Además, les he rezado a todos los dioses que han existido a lo largo de la historia para que se sentara a mi lado. Cuando lo ha hecho, no me lo podía creer; pensaba que me había quedado dormido en el pupitre y que estaba soñando. Me he tenido que pellizcar diez veces seguidas en el brazo, pero he llegado a la conclusión de que ese momento lo estaba viviendo de verdad y de que Melibeo Flores del Campo era una persona de carne y hueso y no ningún personaje, fruto de mi imaginación.

—Tío, ¿me estás escuchando?

Una palmada delante de mi cara me devuelve al mundo real.

—Eh... No, perdón —le respondo con sinceridad y las mejillas ardiendo, admirando su rostro angelical—. Estaba distraído.

Le iba a contestar que me había despistado aprendiéndome cada poro de su piel, pero no quiero que piense que me falta un hervor.

—A ver, te he preguntado si quieres que te dé mi número de teléfono para que me llames cuando tengas arreglado el espejo de tu moto y pueda pagártelo —me dice—. Y perdona por querer largarme sin hacerme responsable; en el fondo soy buena persona.

Que quiera hacerse cargo del desastre que ha montado: bandera verde.

—Oh... —Esbozo una sonrisa boba—. Me parece genial.

Él permanece callado, observándome con el semblante neutro, y sospecho que está esperando a que yo le responda algo más, pero no sé el qué.

—Saca tu móvil para que pueda darte mi número, ¿no?

Claro, ¿cómo no lo había pensado? Las personas normales del siglo XXI intercambian sus teléfonos, aunque yo, como soy un caos, siempre me dejo mi móvil en mi piso (lo tendré debajo del cojín del sofá, metido en un táper de la nevera o en el buzón), por lo que acabo dándole a la gente un trozo de papel con mi número escrito. Luego tardo una semana o un mes en contestar a los mensajes porque me olvido completamente de usar ese aparato.

Imagino que soy el único ser humano de la generación Z que odia los *smartphones*.

—Eh... Se me ha olvidado en casa —confieso rascándome la nuca—. Puedes escribirmelo en algún papel.

Melibeo exhala con brusquedad y se da media vuelta para volver a introducirse en su coche. Mientras camina, yo disfruto de las vistas que tengo delante: las de su increíble trasero, que debería exhibirse en un museo para encandilar a la gente.

Un momento... ¿Se marcha sin haberme dado esos nueve números, que iban a convertirse en la llave con la que seguiría hablando con él tras despedirnos de la clase que compartimos?

De nuevo, sale de su vehículo, pero en esta ocasión con un trozo de papel en la mano.

Ah, vale, que me estaba escribiendo su teléfono.

—Toma. —Me lo tiende, sin una pizca de emoción en su cara; yo lo cojo, ilusionado—. Es el verdadero, eh.

—Gracias.

Para ser mi muso es demasiado sieso; nuestra relación ficticia no va a funcionar jamás. Le cambiaré la personalidad en mi mente a la hora de redactar los poemas para el concurso si quiero mantenerme inspirado y ganar el premio.

—Y no hace falta que me pagues el nabo que me robaste ayer, pero... —Me apunta con su dedo índice, en expresión de amenaza—. Como te vuelva a pillar colándote en mi huerto, más te vale contar con unas buenas piernas para huir de mí.

Que te amenace por haberte caído de forma accidental en sus tierras: bandera roja.

Lo peor es que se piensa que soy un ladrón de nabos cuando lo que pasó fue que lo arranqué y me apoderé de él por error. Si quiere, se lo devuelvo, que a mí no me gusta llevarme a la boca esa verdura.

Lo miro, con mis sentimientos heridos, y obligo a mi cerebro a inventarse alguna réplica coherente con la que pueda atacarlo.

—Te recomiendo que pintes tu coche de un color que no sea el negro tan aterrador, porque así parece que se lo ha comprado Tánatos. Buenas tardes.

Sin dedicarle una palabra más, me alejo de ese Melibeo Floresmuertas del Camposanto y ayudo a Freya a levantarse del asfalto con dignidad, a pesar de que ese muñequito de cerámica la haya dejado tuerta.

—¡Y yo te sugiero que elijas un tinte menos llamativo para tu pelo, porque el que tienes es

ridículo!

Oh... ¡Ese ataque sí que no lo voy consentir!

Ladeo la cabeza hacia él, ofendido, para contraatacar y defenderme, pero descubro que ya ha desaparecido de la carretera.

Que se meta con el fantástico color de tu cabello: otra bandera, esta vez rojísima.

* * *

He perdido la tarde entera en el taller para ponerle un espejo nuevo a Freya. El mecánico, además de abrir con sesenta minutos de retraso, se ha tirado dos horas, sin exagerar, discutiendo con un cliente al que le ha parecido buena idea pedir la hoja de reclamaciones para quejarse de su poca profesionalidad.

Yo no me he ido porque quería tener la moto arreglada cuanto antes y el técnico me hace descuentos en este sitio, ya que he perdido la cuenta de las veces que me he caído de Freya y me he cargado alguna pieza.

Pero lo importante es que mi vehículo se ha curado.

—¿Habéis visto mi móvil por algún escondrijo? —les pregunto a mis amigos tras más de media hora buscándolo por el piso.

Pascu está tirado en el sofá, echándose la siesta, y Santi, sentado a la mesa del salón, comiéndose una hamburguesa con patatas.

—¿Has mirado en la taza del váter? —inquire el último, hablando con la boca llena.

—No soy tan tonto, aunque lo parezca —le espeto a la vez que paseo la vista por cada rincón del salón.

—Yo lo he visto esta mañana metido en la lavadora; te lo he dejado en el cajón de los calzoncillos y condones de tu mesita de noche —interviene Pascu con voz adormilada, sin moverse y, sobre todo, sin abrir los ojos.

Al oír eso, hago una maratón hacia mi habitación y encuentro mi teléfono donde me ha dicho mi amigo.

¿Cómo ha acabado en la lavadora este aparato?

En cuanto lo pongo a cargar porque estaba sin batería, lo enciendo y me llueven un montón de notificaciones: mensajes de amigos y conocidos en WhatsApp, de analfabetos con los que peleo en Twitter con asiduidad sobre literatura, de gente haciendo *spam* en Instagram... Y ochenta y seis conversaciones abiertas en Tinder, a las que no pienso responder por pereza.

Lo siguiente que hago es añadir el número de Melibeo y enviarle una foto de la factura del espejo, sin saludarlo siquiera ni decirle quién soy.

En lo que tarda en contestarme, cotilleo su foto de perfil de WhatsApp en la que sale leyendo un libro de pie, apoyado en la estantería de una biblioteca, con expresión de chico intelectual y la compañía de sus espantosas gafas de pasta negra.

El *instalove* es el proceso menos fiable que existe, porque, cuando conoces un poco más a esa persona que ha conquistado tu corazón con solo verla, te desenamoras tan rápido como te has enamorado. Ahora comprendo a mis amigos cada vez que se ríen de mí en cuanto les cuento que me he pillado por alguien a primera vista.

La respuesta de Melibeo no se hace de rogar y la recibo nada más abandonar su foto:

Apolo: «¿Te parece bien si te hago un bizum o prefieres que te dé el dinero en la clase del miércoles?»

Calisto: «Un bizum, mejor»

Apolo: «Vale, Furby»

Y dale con llamarme así.

Cuando me llega el dinero, aviso a ese Melibeo de que ya lo tengo y él me envía el emoji de la mano con el pulgar hacia arriba. Como deduzco que nuestra charla ha finalizado, me hago con una libreta vieja y un bolígrafo de tinta rosa, e intento escribir algunos versos que termino borrando porque no me convencen.

Sigo sin estar inspirado.

¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Buscarme otro muso? Ninguno está a la altura del físico de ese Apolo del siglo XXI, pese a que su personalidad sea más rancia que un calcetín sudado. A lo mejor, si consigo enamorarlo, su carácter se endulza y se convierte en un algodón de azúcar.

El amor puede ablandar hasta al iceberg más resistente y helado.

Un mensaje de un número desconocido me llega al WhatsApp y me roba la nula inspiración que tenía.

Número desconocido: «¿Estás buscando al amor de tu vida? ¿Al muso para escribir tus poemas amorosos? ¿A la persona con la que compartir tardes de cine con palomitas y noches desenfundadas en la playa? ¿O quizá lo que necesitas es que ese chico que tanto te gusta (y que tanto te odia) caiga rendido a tus pies con olor a queso? Pues yo tengo la solución y podría ayudarte. Cuando tengas un hueco, pásate por la droguería que se encuentra justo enfrente de la universidad de Oxímoron y me cuentas lo que te está quitando el sueño. Mi nombre es Celeste Salem, tengo experiencia uniendo parejas desde que era un espermatozoide (mis padres me engendraron en una noche loca sin apenas conocerse) y soy la mejor en mi trabajo. Te esperaré mientras acaricio a mi gato negro. Hasta pronto, Calisto»

Hostias, qué miedo. ¿Quién es esta persona que se ha puesto en contacto conmigo y que ni siquiera conozco?

Lanzo el móvil a la esquina de la cama, atemorizado por la turbiedad de esas palabras.

Estoy entre tres opciones sobre su identidad: algún estafador, el demonio o mis amigos riéndose de mí.

6. Los poemas sin poeta

Melibeo

—¿Qué hace mi móvil bocarriba? —pregunto al darme cuenta de que mi teléfono no está bocabajo, como lo había dejado sobre mi cama antes de escaparme hacia el baño para hacer pis.

Celeste está tumbada en el colchón mientras se escribe con fervor con alguien a través de su móvil.

—Lo habrás puesto tú así. ¿A mí qué me cuentas? —me responde encogiéndose de hombros, sin despegar la vista de la pantalla.

Mmm... Sospechoso.

Con los brazos en jarras, de pie y frunciendo los labios, reflexiono sobre lo que puede haber ocurrido en mi ausencia.

La cabrona de mi amiga es capaz de haberle puesto alguna guarrada a ese Furby. No es la primera vez que hace algo así. Recuerdo que, hace unos meses, cuando me gustaba una chica de clase con la que solo hablé un par de veces por mensaje privado en Instagram (nos seguíamos de manera mutua), Celeste cogió mi móvil, con la excusa de que el suyo se había quedado sin batería y tenía que llamar a su madre, reaccionó con el emoji del fuego a todas las historias que había publicado esa chica y le escribió «dile a tu madre que me encantaría que fuese mi suegra». Lo más sorprendente fue que, al día siguiente, en la universidad, me pidió una cita, aunque al final no tuvimos nada serio (solo nos dimos unos cuantos besos), porque me dijo que era un aburrido y se cansó de no poder invitarme a sus restaurantes favoritos donde servían platos antiveganos.

Tengo que confesar que siempre se me ha dado fatal ligar, por eso Celeste me tiene que echar un cable.

Mi amiga se levanta de sopetón de la cama, se inventa que tiene que comprarle croquetas a su gato antes de que los comercios cierren y huye de mí, porque sabe que desconfío de sus palabras.

Lo que pasa es que intuyo que ha hecho algo. Le he contado lo que me ha sucedido con ese Furby y ha empezado a crearse películas raras en su cerebro de casamentera y bruja; me ha soltado que los astros se han alineado para que yo acabe rendido a los pies con olor a queso de ese Calisto y pueda inspirarme para escribir las escenas sexuales de mi novela erótica, además de vivir una historia intensa de enemigos a amantes.

Está loca.

Me hago con mi móvil y compruebo la conversación que he mantenido con el Furby. El último mensaje que me aparece es el emoji que le he enviado cuando me ha dicho que le ha llegado mi *bizum*, así que deduzco que Celeste habrá borrado lo que sea que haya puesto y yo ni me atreveré a mirar a ese chico a la cara cuando me lo encuentre en la clase que compartimos.

Abandono mi teléfono en la mesita de noche y coloco el portátil en la cama, pero no para

seguir con mi novela, sino para buscar en Google unos trucos que me ayuden a abrir el candado del diario misterioso sin usar la llave que no tengo, porque ya les he preguntado a Lucrecia y a Celeste si es de alguna, y la respuesta que me han dado ha sido negativa.

Sé que esto que voy a hacer está mal y que estoy violando la intimidad de alguna persona al leer los secretos que puede tener escritos; pero, como no conozco al dueño, no pasa nada, ¿verdad?

Claramente lo abriré para saber de quién es y devolvérselo, si es que acaso el nombre se manifiesta por algún lado.

Me pongo al lío y los artilugios que me recomienda una página web aleatoria son un martillo, una chapa de una lata de refresco, una horquilla y un clip. De todos, el único que tengo más a mano es el último.

No soy un experto en utilizar herramientas ni me considero un manitas; los botes de cualquier alimento me los abre Lucrecia cuando no están mis padres en casa. No tengo la fuerza de un bebé recién nacido; hago deporte cuatro veces por semana, pero algunos productos son un engañosos con eso del «abrefácil».

Bueno, será mejor que me centre en lo que estoy haciendo, que necesito saber lo que esconde este diario de terciopelo rosa.

Reproduzco el vídeo del tutorial donde un hombre te enseña a abrir paso a paso el candado con el clip, como si el público que lo está viendo fuera tonto, y lo imito, pero con torpeza, ya que debo repetir el proceso unas doce veces porque soy un inútil.

Cuando consigo abrirlo, me desilusiono al descubrir que las páginas están repletas de poemas escritos a mano con una caligrafía bastante bonita y de diferentes colores. Sin embargo, por mucho que paseo la mirada por las hojas, el nombre del autor o autora no se asoma por ninguna esquina.

Y yo que pensaba que me iba a encontrar la cura contra el cáncer o un *bestseller* anónimo que todavía no ha visto la luz.

Un rato más tarde, tras meterme un platano de espárragos entre pecho y espalda para cenar, me decanto por curiosear los textos del diario misterioso antes de irme a dormir, aunque me quedará frito nada más leer un par de versos, porque la poesía es un buen somnífero.

Paseo la vista por unos cuantos poemas y lo que más me fascina no es que los haya entendido, sino que algunos, por no decir todos, me parecen buenísimos, a pesar de que mi criterio como juez de poesía sea inexistente.

¿Se pueden presentar poemas al certamen literario? Me leí las bases hace unos meses, pero no recuerdo haber visto la poesía entre los géneros permitidos, ya que en su momento solo me interesé por la novela, porque es lo que más leo, sobre todo historias juveniles románticas, de erótica o de fantasía.

Si resulta que también aceptan poesía, igual participo con estos versos que se han colado en mi habitación, así me ahorro las noches de insomnio intentando escribir una novela erótica que tenía todas las papeletas para ser una basura. No me pasará nada por apropiarme de estos textos huérfanos; es una lástima que el mundo no pueda leerlos. Si logro ser el ganador del concurso, mejor para mí y mi bolsillo, pero usaré un seudónimo.

El que se fue a Sevilla perdió su silla, y los poemas sin poeta son de quien los encuentra.

No obstante, me lo tendré que pensar; tampoco quiero que me denuncie el supuesto poeta por cometer un plagio como la copa de un pino si tiene sus obras registradas con derechos de autor. No creo que lo que hay en este diario sea su única copia, ¿no? Hay que ser muy estúpido para no tener una versión, aunque sea, guardada en el ordenador.

* * *

Este año me han contratado en la biblioteca de la facultad para trabajar los martes y jueves por las tardes, algo que me viene fenomenal para ganar pasta, que no es mucha para que pueda mantenerme yo solo, pero me servirá para comprarme mis caprichos.

Como ya he colocado cada libro en su respectiva estantería, me falta una hora para salir y hay poca gente porque estamos en el inicio del curso, empleo este tiempo en transcribir en un documento del ordenador de la biblio unos pocos poemas. Cuando me quedan diez minutos para cerrar, me envío el archivo a mi correo electrónico, recojo mis pertenencias y, un microsegundo antes de pulsar el botón de apagado del equipo, un estudiante rezagado me interrumpe.

—Melibeo Flores del Campo, ¿qué hace un monumento como tú en un sitio como este? Deberías estar en un museo.

Despego la vista de la pantalla del ordenador y la poso en el Furby, que sostiene tres libros que querrá llevarse a su casa; a su lado hay dos chicos esperando, que imagino que serán sus amigos.

¿No podía haber venido más temprano? ¿Tiene que aparecer justo cuando acabo mi jornada laboral? Me huelo a que lo habrá hecho a propósito. Menos mal que no he apagado el ordenador.

—Es que estaba aburrido y me apetecía jugar a ser bibliotecario, así me divierto un rato —le respondo con ironía.

Calisto me contempla con esa cara de atontado que pone siempre que lo tengo delante, pero, en lugar de enmudecer, decide contraatacar:

—Eres más agrio que el yogur caducado natural que se queda abandonado en la nevera durante un mes.

Lo ignoro y le arrebato los tochos de las manos para apuntárselos en su ficha y poder irme a casa cuanto antes. Se ha cogido tres tostones clásicos: *Cien años de soledad*, *La Odisea* y un libro de poesía del siglo XVII.

¿Sufrirá de insomnio y necesitará leer estos libros como remedio para conciliar el sueño? Porque es lo que yo haría, sinceramente.

Mientras grabo los datos del préstamo en el ordenador, el chico se dedica a hablar con sus colegas sobre la fiesta universitaria que se celebrará la semana que viene. Me permito desviar los ojos hacia él, ahora que su atención no la tengo yo, y me percató de que sus dedos juegan con una cadenita que cuelga de su cuello y que contiene una pequeña llave, parecida a la que sirve para abrir un diario. A continuación, reanudo mi tarea, le entrego los libros, colocándolos sobre el mostrador, y apago el ordenador con el deseo de largarme.

—Cal, ¿esa no es la libreta que has perdido? —le pregunta uno de sus amigos (creo haber oído que se llamaba Pascual), señalando el misterioso diario, que lo he dejado sobre mi mesa, al lado del teclado.

Los ojos del Furby viajan hacia donde está apuntando el dedo índice de su amigo, y luego me mira a mí como si quisiera lanzarme a la cabeza los tres ladrillos con letras.

¿Lo que hago yo? Coger el diario, soltarle «quien lo encuentra se lo queda» y escabullirme hacia algún lugar recóndito de la biblioteca para que ese flamenco humano no me pille.

Él me robó mi nabo, así que lo más justo es que yo haga lo mismo con su diario, que será más barato que mi hortaliza porque lo habrá comprado en el bazar asiático por unos céntimos.

De todos modos, no estoy seguro de que ese tarado sea el dueño; igual se le ha perdido un cuaderno semejante o quería mangármelo junto a sus colegas.

Me escondo tras la estantería más invisible de la planta superior de la biblioteca, que es donde se halla *La Biblia*, y aguardo a que sea la hora de cerrar para que ese mequetrefe con pelo

de chicle de fresa se canse de buscarme y desaparezca.

7. Encerrona pasional

Calisto

—¡Ven aquí, Melibeo Flores del Campo! —le grito en cuanto se fuga con mi manuscrito entre sus brazos, en mitad de la biblioteca.

¿Cómo se atreve a robarme mis poemas? ¿Acaso el gato negro y demoníaco era suyo? Porque no me extrañaría nada.

La escasa gente que ha venido hoy a este museo de libros contempla el circo que estoy montando. Por suerte, no me dedican miradas asesinas porque es la hora de cerrar; se nota, por los murmullos, el sonido de las cremalleras de mochila y el arrastre de sillas.

—Se ruega a los estudiantes que recojan sus pertenencias; la biblioteca cerrará sus puertas en pocos minutos —informa una voz femenina por megafonía, que pertenece a una de las chicas que trabaja aquí; es supersimpática (no como otros) y siempre me recomienda clásicos de literatura.

Sospecho que la rata no estará muy lejos y saldrá del agujero en el que se ha escondido para no quedarse atrapado en este lugar la noche entera, porque da pavor. Antes de que naciera la universidad de Oxímoron, aquí había un cementerio y me aterroriza la idea de tropezarme con los fantasmas que campan a sus anchas por los pasillos cuando reina la oscuridad, por eso nunca vengo a estudiar por las noches en época de exámenes, cuando la biblioteca abre las veinticuatro horas del día.

Recorro la planta baja, estantería por estantería y de rincón a rincón, pero no localizo a ese macaco, por lo que subo las escaleras de dos en dos, que me llevan a la planta de arriba, y repito el mismo proceso.

Ahí está, oculto detrás de la estantería más apartada y empolvada de la ciudad, sentado con las piernas cruzadas, mirándome y abrazando mi cuaderno.

—¡Devuélveme el arte que llevo creando desde que nací, gusano del inframundo! —ladro.

Él se levanta con raudeza y hace amago de escaparse, pero para que no se salga con la suya, engancho mi mano en su camiseta por la parte de la espalda.

—¡Suéltame, Furby! —me pide, haciendo fuerza con su cuerpo para liberarse de mi agarre.

—¡Suelta tú mis poemas!

Al final, de la presión a la que está sometida su camiseta, la tela deja de dar de sí y toma la fatídica decisión de romperse, provocando que el torso de Melibeo se quede al descubierto y yo con el trapo harapiento en la mano.

Transcurren diez largos segundos en los que permanecemos ojipláticos. Cuando ambos reaccionamos, él se da la vuelta hacia mí para confirmar que lo que ha sucedido es real.

—¿Dónde te compras la ropa? ¿En el mercadillo de segunda mano de los domingos? —inquiero con el ceño fruncido, observando el pobre guiñapo gris con el dibujo de una coliflor en medio (aunque ahora está dividida en dos partes).

—¡Esto es increíble! ¡Primero entras en mi jardín y me robas el mejor nabo, y ahora me destrozas mi camiseta favorita! ¿De qué vas, tío?

Me atrevo a mirarlo a la cara, esforzándome para que mis ojos no me traicionen admirando su cuerpo, y aprecio que la expresión de Melibeo es de puro cabreo; sus mejillas se hallan ligeramente sonrosadas a causa de la ira y pienso que hasta enfadado está guapo.

«Calisto, ve a por el cuaderno, que está distraído y aguantándose las ganas para no partirte las piernas», me ordena el lado sensato de mi cabeza, porque el perverso se esfuerza en convencerme para que escriba mis poemas en el torso de Apolo.

Por una vez en mi vida, gana la voz sensata y suelto la camiseta, si es que se le puede llamar así a un trozo de tela roída. Me abalanzo sobre Melibeo y sujeto un extremo de mi libreta, aunque soy incapaz de quitársela porque él está agarrando con firmeza la otra mitad.

—¡Suéltala! —le ordeno con rabia.

—¡Suéltala tú, que vas a acabar rompiéndola también!

Sin dejar de forcejear, nos retamos con las miradas mientras nos dedicamos una tormenta de insultos; yo lo llamo «Apolo a una nariz pegado», «boquituerto» y «coprófago», y él me escupe que soy «un mamarracho», «un simio con una ridícula peluca» y «el hermano gemelo de Peppa Pig».

De pronto, las luces se apagan, y la temida oscuridad y el ruidoso silencio envuelven la biblioteca.

Echo un vistazo a mi alrededor, buscando algún punto, por diminuto que sea, de luminosidad, pero me siento como si estuviera metido en la tenebrosidad de una cueva. El grito de una voz me destroza los oídos y el sentido común, y pego un chillido yo también, tan fuerte que casi hago añicos los cristales de las ventanas.

—¿Se puede saber por qué cojones gritas tú? —oigo a ese Melibeo, que me saca de la película de terror que estoy visualizando en mi mente.

—¿Eh? —Intento adivinar dónde está esa rata, pero me es imposible porque no cuento con la visión nocturna de un búho.

—¡Me he caído de culo cuando has soltado el diario!

Vaya... Me he asustado tanto cuando se han apagado las luces que no me he dado cuenta de que mis manos se han despegado de mi cuaderno sin querer.

—¿Vas a venir a ayudarme o qué, Furby? Que me he hecho daño en el brazo y no puedo levantarme.

Ay, no, qué lástima. Todo ha sido por mi culpa.

—No te preocupes, Melibeo Flores del Campo, que tu fantasma te va a salvar de los príncipes.

Me detengo para procesar lo que he transmitido con mis palabras, con complejo de superhéroe, y me percato de que lo he dicho al revés. En realidad lo quiero salvar de los fantasmas, no de los príncipes.

De hecho, yo soy el príncipe valiente y él, el *damiselo* en apuros.

—El fantasma eres tú, ¿verdad? —me responde con sorna.

Deambulo entre la oscuridad mediante pequeños pasos, pero tengo tanta mala suerte que me tropiezo con algún objeto que hay estorbando en el suelo. Me caigo de boca sobre algo grande, duro y movable, y Melibeo y yo chillamos al unísono.

—¡Me he caído! —exclamo.

—¡Sobre mí, imbécil!

No tengo ninguna duda de que esa voz se ha originado al lado de mi oído derecho, además

de que he notado una suave brisa en la oreja.

—¿Eres tú, Apolo? —pregunto, atolondrado, y paseo las manos por cada centímetro de su rostro, desde su barbilla varonil, siguiendo por sus labios comestibles, su narizota, su barba incipiente, sus ojazos del color del reflejo del cielo en el mar, sus largas pestañas, su frente arrugada a propósito porque la está frunciendo... Hasta por los caracolitos sedosos que tiene por cabello, para asegurarme de que el cuerpazo de este bombón repleto de las características de mi muso está tumbado debajo de mí.

—¿Quieres dejar de manosearme y quitarte de encima de una vez? —me pide, desesperado y removiéndose, pero yo ignoro su súplica y continúo acariciándole los mechones de pelo rizado porque he descubierto que me relaja—. ¿Te has quedado sordo?

—Sí.

La tranquilidad se esfuma en cuanto noto algo duro (muy duro) contra mi entrepierna.

Y no es mi miembro viril.

¿Se ha traído uno de los nabos que tiene plantados en el huerto o es el suyo fabricado de carne y venas? Porque, si es lo último, puedo pensar que se ha puesto caliente gracias a mí, cosa que no me desagrada en absoluto.

—Quítate, por favor —me ruega en un tono más serio, y advierto que está incómodo—. Tengo que encender la puta linterna en el móvil y llamar a mi compañera de curro para que nos saque de aquí, que nos ha dejado encerrados y ha bajado los plomos.

Al oírlo, me levanto de un salto, atacado de los nervios, y vuelvo a pasear la vista por la negrura que me rodea.

—¿Cómo que estamos encerrados?

Melibeo me pide que lo ayude a levantarse del suelo y yo no dudo en hacerlo, ya que necesito que llame a quien sea para que salgamos lo antes posible de aquí. Aun así, el universo parece que no está de nuestra parte, porque a su móvil se le ha gastado la batería y yo me arrepiento de no haberme traído el mío, de modo que lo único que puedo aportar es la escasa iluminación de la linterna que siempre llevo en la mochila.

—¿Te olvidas el móvil, pero te acuerdas de echar una insignificante linterna a tu macuto? —me pregunta con los brazos en jarras, anonadado—. Qué desastre eres.

Contemplo su silueta con las babas caídas, porque lo estoy alumbrando con la amiga con la que paso las noches oscuras en la calle.

—No se sabe cuándo nos puede hacer falta, Apolo —me burlo—. Como, por ejemplo, hoy, para que pueda maravillarme con tu agraciada figura.

El aludido suelta un profundo suspiro, hastiado, y niega con la cabeza.

—Menuda noche me espera contigo como acompañante.

8. La peor noche de mi vida

Melibeo

—¡Ay mísero de mí! —exclama el Furby con dramatismo, asomado a una de las ventanas de la biblio e iluminando su careto con la linterna.

Aguantar al Peppo Pig es una tremenda tortura. Por mucho que pegue su rostro al cristal y recite frases incomprensibles que se usaban en la época de los dinosaurios, no lo va a ver nadie, porque la universidad está situada en el culo de la ciudad y solo la rodean árboles, un parque, el cementerio y un par de comercios que ya han cerrado. Si por casualidad pasara alguien por la calle para pasear al perro o volver a su casa tras un intenso día de trabajo, pensaría que este tipo es un fantasma y huiría acojonado.

—¿Quieres dejar de hacer el panoli y callarte? —le pido a ese Calisto, malhumorado y sentado en el suelo con la espalda apoyada en la estantería de las enciclopedias.

Y encima sin camiseta, que mi querido amigo se la ha cargado y ahora solo sirve como trapo para limpiar el polvo.

Me froto los brazos con las manos porque hace un frío de la hostia a estas horas y no tengo nada con lo que taparme. ¿Formo una manta con las páginas arrancadas de un puñado de libros? Me echarían de la universidad y me pondrían una multa.

—Estoy imitando a Segismundo, el personaje de *La vida es sueño* —me dice el Furby al darse la vuelta hacia mí y apuntarme con la linterna—. Ahora entiendo cómo se sentía por vivir encerrado como unapestado.

¿Puede graparse el hocico, por favor? No sé de qué demonios me está hablando ni quién es ese *Semimundo*.

—¿Quieres que te lea ese libro? —me propone con ilusión, como si estar aquí encerrado fuera lo más divertido del universo—. Es una de mis obras clásicas favoritas. Una lástima que ya no se escriba literatura de verdad. Te lo habrás leído, ¿verdad?

Me sigue apuntando con la maldita luz, aguardando mi respuesta; en cambio, yo lo ignoro, suspiro con pesadez y me masajeo las sienes con los ojos cerrados. Después, los abro para ver la hora en el reloj de mi muñeca con la ayuda de la luz que tiene incrustada.

Son las diez menos cuarto de la noche. No me puedo creer que solo hayan pasado cuarenta y cinco minutos desde que mi compañera de curro bajara los plomos y se fuera a su casa; en mi mente ha transcurrido un eterno siglo.

—¿Prefieres que te lea las rimas de Bécquer? Así nos entretenemos y se nos hace más amena esta aventura que nunca he vivido —continúa parloteando el Furby; yo reanudo mi masaje de las sienes, dibujando circulitos con las yemas de los dedos y los ojos cerrados otra vez—. ¿Sabes que Gustavo Adolfo es mi poeta preferido? Me sé sus poemas de memoria. ¿Cuál es el que más te gusta? ¿Y el que menos? —Ahora su irritante voz suena mucho más cerca—. Es muy difícil decidirse, ¿verdad? —Hace una breve pausa—. Oye, ¿qué te ocurre, Melibeo? ¿Te

duele la cabeza? ¿Estás enfermo? Tengo pastis en mi mochila. ¿Quieres una? Espero que aguantes hasta mañana y no mueras durante la madrugada, que no quiero que piensen que te he asesinado y luego tu espíritu se manifieste en la biblio mientras estudio.

Y sigue sin callarse.

Creo que en uno de los cajones de la mesa de los bibliotecarios hay una grapadora y un bote de cola. Igual, si le pego los labios y se los grapo, no abre el pico hasta que cumpla los cincuenta años.

—Meli. —Siento que su dedo toca mi brazo—. Estás muy callado.

«Meli».

Mi madre es la única persona que me llama así. ¿Cómo se atreve este *peloflamenco* a tomarse tantas confianzas?

Y acordándome de mi madre... Estará muy preocupada por mí, como mi padre. Han regresado esta tarde del viaje y aún no he podido verlos; se preguntarán dónde estoy metido y pensarán que me ha ocurrido algo, porque es extraño que yo pase la noche fuera, sobre todo sin avisar y entre semana.

—Meli. —Me vuelve a dar con el dedito, algo que no soporto.

La biblioteca es amplia. ¿No podría haberse sentado en otra loseta o en una silla? ¿Tiene que pegarse a mí?

—Apolo.

Me harto de él, de su voz y de su dedo, y me levanto de un salto para cambiarme de sitio. Como el sentido de la vista no me funciona a oscuras, me guío con las manos para no estrellarme contra una mesa o una estantería, y logro encontrar uno de los sillones que tan incómodos me han parecido siempre. Una vez sentado, miro a Calisto, que está a unos metros de distancia, y me fijo en que se ha puesto a leer un libro mientras come algo, con la luz de la linterna.

Como no tengo nada más interesante que hacer, intento quedarme dormido en este sillón, esperando el rescate o la muerte por inanición. No me importa lo que llegue antes.

No sé cuánto tiempo pasa cuando me despierto de golpe tras tener una pesadilla tan ridícula: primero me perseguía el Furby ataviado con un disfraz de un nabo de color rosa; después me he caído por un acantilado interminable y he acabado tomando el té en la Casa Blanca con el presidente de España, Michael Jackson, María Antonieta y Elsa, la de *Frozen*.

Tengo que hacer memoria para acordarme de dónde me encuentro, en qué año estamos, cómo he llegado a este sillón y por qué tengo el torso tapado con una sudadera.

Una luz cegadora me destroza la vista y yo me tapo los ojos con las manos al instante.

¿Esa es la famosa luz que ve la gente cuando está a punto de palmarla? Si es así, no pienso acercarme a ella, que soy muy joven para morir y necesito ganar los veinte mil euros del premio del certamen literario y que me publique una editorial.

¡Ostras, tengo que recuperar los poemas!

Me despido de la muerte porque no es mi hora, parpadeo varias veces para acostumbrarme a la iluminación de esa cutre linterna, me pongo en pie y me enfundo la sudadera que ha aterrizado mágicamente sobre mi cuerpo. A continuación, me tiro al suelo y comienzo a gatear por si me topo con algún objeto similar a un cuaderno de terciopelo, porque estoy seguro de que ha salido volando cuando me he caído por culpa del Furby.

—¿Buscas esto, Apolo? —me interrumpe la horrible voz del chico con el que tengo que compartir esta noche, que sigue sentado en la zona de la estantería de las enciclopedias, justo donde lo dejé cuando me cambié al sillón, sosteniendo con una mano ese diario repleto de poemas.

Sin pensármelo, me arrastro hacia allí, como si fuera un felino a punto de cazar a su presa, y arremeto contra él para que no pueda huir, provocando que se caiga bocarriba y que mi cuerpo aplaste el suyo. Nos lanzamos chinchetas invisibles con nuestras miradas, pero la suya la acompaña una sonrisa burlona; la linterna descansa en el suelo, apuntando hacia nosotros.

—¿Dónde has dejado tu espada de combate? —me pregunta sonriendo aún más.

—¿Qué espada? —Frunzo el entrecejo.

—La que tienes ahí abajo colgada.

¿Me está vacilando por el incidente de antes? ¿A él nunca lo ha traicionado su entrepierna por estar tan pegado a alguien o qué? No soy de piedra.

—Ya te gustaría a ti que me volviera a ocurrir —le espeto.

—¿Cómo lo sabes? —Finge sorprenderse sin dejar de sonreír.

Para no admirar esa sonrisa que me está poniendo bastante nervioso, decido taparle la boca con la mano, pero él se carcajea y su pecho vibra junto al mío.

Aprovechando que lo tengo aprisionado debajo de mí y que no se puede mover, busco el diario con mi mirada y lo descubro tirado en el suelo, a mi derecha. Como la mano con la que le estoy tapando el hocico al Furby es la izquierda, extendiendo el brazo derecho hacia el cuaderno, pero el de Calisto se planta con rapidez sobre los poemas.

Tremendo hijo de... Ha adivinado mis intenciones.

Me muerde la palma y me pellizca una nalga a la vez (las dos acciones con una fuerza sobrehumana), y a mí se me escapa un quejido de dolor. Segundos después, coloca sus manos en mi cintura y empuja mi cuerpo hacia el lado contrario al que se halla el diario para tener vía libre y fugarse con esa obra de arte y la linterna.

—¡Me cago en ti, en tus antepasados y en tus descendientes, puto Furby! —le grito, sintiendo el escozor en la mano y en el trasero; estoy seguro de que me habrá dejado marcas, el muy bruto.

Bah, dimíto. Me he cansado de batallar con ese idiota para recuperar esos poemas, que ni siquiera serán suyos; ya se los robaré cuando se duerma.

Vuelvo a mirar la hora en el reloj: las dos de la mañana.

Pfff... Aún falta mucho para que abran.

Me siento en el suelo de nuevo y apoyo la espalda en la estantería más cercana. Tras cinco minutos, Calisto también se harta de nuestra absurda guerra porque se acomoda a mi lado.

—Este sitio es muy grande y me da miedo estar solo —me dice mientras mastica regalices —, por eso necesito estar acompañado. Pero no te emociones. —Me ofrece la bolsita de chuches —. ¿Quieres comerte los negros? Es que no me gustan y he oído el sonido de tus tripas. También tengo una botella de agua, por si tienes sed.

Encima es una persona maja (solo un poco).

—Gracias. —Sin sonreírle, cojo un regaliz negro—. Pero sigues sin simpatizarme, mangante de nabos.

—Tranquilo, que tú tampoco me caes bien, ladrón de poemas. —Le da un mordisco a su regaliz de fresa, mirándome, y añade—: Y eres un borde. Por tu culpa he dejado de creer en el *instalove*.

¿*Instalove*? Eso ni siquiera existe en la vida real, solo en las películas y libros de romance.

Cuando vaciamos la bolsa de regalices y bebemos agua sin dirigirnos la palabra, utilizamos nuestras respectivas mochilas como almohadas e intentamos pegar ojo durante lo que queda de noche, aunque yo aguardo a que el Furby se duerma primero para completar mi plan.

Al cabo de un rato, para asegurarme de que se ha quedado frito, lo llamo varias veces y le

doy con el dedo en el hombro. Como no se despierta, le arrebato el diario con cuidado, que lo está abrazando con fuerza, y lo guardo en mi mochila.

* * *

Estoy poniendo todo mi esfuerzo en explicarle a mi compañera de trabajo que Calisto y yo nos hemos quedado atrapados de manera accidentada en la biblioteca, porque ella, nada más abrir, nos ha encontrado durmiendo en el suelo y nos ha tenido que despertar.

—Ya. —Nos mira de brazos cruzados, sospechando de nosotros—. Vamos, que os habéis querido quedar aquí a propósito para... —Hace una mueca, divertida—. Ya sabéis...

—No, no —niego con rotundidad—. Te lo juro. No tendría nada con Calisto ni aunque fuera la única persona viva en el mundo.

—A ver, Apolo —el tarado toma la palabra, y yo ladeo la cabeza hacia él—. Yo tampoco tendría nada contigo, porque el objetivo del sexo es repoblar el planeta, algo que dos hombres no pueden hacer; lo demás es vicio. —Me sonríe y me guiña un ojo—. Me voy a casa a darme una ducha. Tú deberías hacer lo mismo, que apestas a Minotauro. —Se da varios golpecitos en la aleta de la nariz donde tiene el *piercing* y se marcha.

Qué ganas tengo de tirarle de ese pelo de Furby.

Le pido disculpas a mi compañera y le prometo que esto no se repetirá para que no me delate, pero a ella se la suda todo y solo se encoge de hombros.

—Se me olvidó decirte ayer que tú tienes tu propia llave para cuando te toque abrir o cerrar la biblio —me dice, y a mí se me pone cara de gilipollas—. Están guardadas en uno de los cajones de nuestra mesa. Lo siento.

¡Vamos, no me jodas! He pasado la peor noche de mi vida, aguantando a ese literato de pacotilla, para nada.

—No te preocupes, le podría haber pasado a cualquiera —le respondo, pero por dentro le estoy deseando que le entre un ataque de diarrea donde no tenga un baño cerca.

Me despido de ella, recojo mi mochila del suelo y me hago con la dichosa llave. Después, abandono la universidad y, cuando llego hasta mi coche, diviso a míster Cansino esperándome, con su moto aparcada en la acera.

—¿Qué haces aquí?

Calisto camina hacia mí, esbozando una sonrisa inocente.

—Quería comprobar si se te había caído ya la pestaña. —Se detiene a escasos centímetros de mí para tocarme la cara; yo aún estoy lo bastante dormido como para reaccionar.

—¿Qué?

—Es para encontrarla mejor. —Posa sus palmas en mis mejillas y aproxima su rostro al mío, interpretando el papel del mejor buscador de pestañas—. Ya la he visto. Pide un deseo.

«Que me dejes tranquilo y te largues de mi vista», pienso.

Se me seca la boca y el corazón comienza a latirme con fiereza, porque este tío, acaparando mi espacio personal, me pone de mala leche.

Permanecemos de esta manera unos segundos que me parecen eternos; él, aguardando a que yo pida un ridículo deseo y yo, como una estatua, contemplando su boca entreabierta. Luego corta la distancia que separa nuestros rostros y roza sus labios con los míos con suavidad.

¿Por qué no puedo moverme para apartarme de él? ¿Qué me está pasando? ¿Y por qué tengo tantas ganas de que me bese?

Cuando mi cerebro me exige dar el siguiente paso sin que yo quiera, Calisto suelta mis mejillas (bueno, una de mis mejillas, porque no tengo ni idea de cuándo ha quitado su otra mano)

y se aleja de mí, con la seriedad adornando su cara.

—Que sea la última vez que me robas mis poemas, Apolo —me dice enseñándome el diario de terciopelo rosa, que se suponía que estaba en mi mochila, y me apunta con su dedo—. Y esa sudadera es mía, que te la presté anoche para que no pasaras frío, así que quiero que me la devuelvas pronto.

—¿Eh?

Cuando el Furby se gira hacia su vehículo de dos ruedas, se fija en la bola de pelo negra que hay subida en el capó de mi coche y grita cosas incomprensibles sobre un gato demoníaco y ladrón, de lo más aterrorizado. Por último, desaparece con su moto tan rápido que no me da tiempo ni a pestañear.

Celestino, que ha cogido la manía de acostarse sobre mi coche mientras Celeste está en su tienda, intercambia una mirada conmigo y los dos nos quedamos con caras de alelados por la actuación del Furby.

9. ¿Pedirle ayuda a la casamentera de la ciudad?

Calisto

—Antes de que se termine la clase —nos habla la profesora de Escritura Creativa—, me gustaría informaros de que ya podéis inscribir vuestros manuscritos en el certamen literario de la ciudad. El plazo acaba en enero. ¿Alguno de vosotros va a participar? —quiere saber mirándonos a todos, desde el estrado.

Obviamente. Eso ni se pregunta.

Varios de mis compañeros alzan la mano y yo los odio al instante por convertirse en mis contrincantes. Mis amigos no se apuntarán porque no escriben ni la lista de la compra; se matricularon en esta asignatura porque los obligué yo y les hice pucheritos para que estuviéramos juntos.

Giro la cabeza hacia una de las filas del fondo, donde se encuentra ese Melibeo, que no se ha querido sentar conmigo cuando ha visto el pupitre de mi lado vacío, y me quedo a cuadros en cuanto lo descubro con su brazo levantado. Sus ojos celestiales se tropiezan con los míos y me mira con aires de superioridad; yo le saco la lengua como si fuera un niño de tres años.

Además de ser mi archienemigo porque me tiró la moto, me robó mis poemas y se metió con el color de mi pelo, ¿también tengo que pelear con él por el premio del concurso? ¿Qué está pasando en esta temporada de mi vida con este guion tan surrealista? ¿Acaso lo está escribiendo alguien de Wattpad y no el próximo Cervantes? Porque no hay coherencia por ningún lado.

No pienso permitirle a ese individuo que se lleve el premio ni aunque me propusiera una noche de pasión.

Pero no creo que gane; seguro que es el típico intento de escritor que no sabe estructurar ni una oración, y el mundo está repleto de esos «escribidores» de pacotilla. Por otro lado, la inteligencia y la belleza nunca pueden ir juntas en una misma persona. Apolo es demasiado guapo; por tanto, dudo que también sea inteligente.

Por supuesto, hay excepciones, como yo, que cuento con ambas cualidades.

Cuando la profesora nos da vía libre para marcharnos, recojo con parsimonia y noto una presencia a mi lado.

Melibeo.

Me levanto de un salto para plantarme frente él, ocasionando que la silla chirrié y que mis tímpanos tiemblen.

—Qué rápido me echas de menos después de que hayamos pasado una larga noche de lujuria —le digo con voz sensual, acompañando mis palabras con una sonrisa.

Su semblante se mantiene impasible y lo único que cambia de posición en su cuerpo son sus brazos, que los extiende hacia mí para entregarme una bolsa de papel, que la sujeta por las asas con las manos.

—Te devuelvo la sudadera que me has prestado; ni siquiera me he molestado en lavarla

porque quería apartarla de mi vista cuanto antes por si me salían ronchas —me habla en tono robótico, y a mí me recuerda a la voz que nombra las paradas en el metro—. También te he comprado ese horroroso tinte rosa que te echas en el pelo, porque se te están asomando las raíces oscuras.

Que te devuelva tu ropa sucia: bandera roja.

Pero que se preocupe por el tinte de tus cabellos y te regale uno del mismo color: bandera verde.

Esta vez ha conseguido empate. De exmuso a muso queda una fina línea.

—Muchas gracias, Melibeo —le respondo cogiendo la bolsa sin dejar de sonreír—. Eres un chico de lo más encantador. Ten cuidado por si Cupido te lanza una flecha para que te enamores de mí.

—Ya, claro. —Me mira con una ceja enarcada—. Mucha suerte en el certamen, porque la vas a necesitar si participas con esos poemas tan feos que has escrito.

Su respuesta me deja mudo, por lo que se me hace imposible contraatacar, y Apolo termina por desaparecer del aula.

Que insulte los poemas que escribes con todos tus sentimientos a flor de piel: bandera rojísima.

Antes de irme yo también, echo un vistazo al interior de la bolsa por si ese maniquí me ha engañado, porque ya no me fío nada de él y puede haberme regalado una bomba a punto de explotar.

Pero no. Encuentro exactamente lo que ha dicho: una caja con un tinte del mismo color que utilizo, pero de otra marca más cara, y mi sudadera doblada a la perfección, que la saco para esnifar el olor que se le ha quedado impregnado.

El de ese Melibeo.

Por Zeus.

Me encanta.

No tengo ni idea de a qué huele, pero desde ahora se ha convertido en mi olor favorito y no pienso lavar la sudadera jamás.

* * *

Cuando mis amigos y yo finalizamos las clases el viernes, decidimos irnos a comer a una hamburguesería cercana a la facultad.

—Chicos, ¿vosotros conocéis a una tal Celeste, que trabaja en una droguería de aquí al lado? —les pregunto, y le doy un buen mordisco a mi hamburguesa de ternera.

He releído un montón de veces el mensaje que me envió esa persona hace unos días. Desde que lo recibí, no he parado de darle vueltas a la cabeza, pensando si es real su propuesta o si me está tomando el pelo para estafarme. Ayer pasé por delante de ese establecimiento para cotillear y vi en el escaparate que era una droguería de verdad, donde se venden colonias, perfumes y potingues para el cuidado corporal; creía que me iba a encontrar drogas o pócimas para crear conjuros.

Lo peor de todo es que me estoy cuestionando si debería contratar a esa persona estafalaria para que haga de casamentera entre Melibeo y yo, porque los días transcurren a cámara rápida y soy incapaz de encontrar otro posible novio que se convierta en mi muso. Al final, se me echará el tiempo encima y no podré participar en el concurso, porque mi rival no quiere tocarme ni con un palo desde la encerrona en la biblioteca; tampoco me saluda cuando nos cruzamos por los pasillos ni me ha respondido al «hola» que le envié por WhatsApp ayer, nada más despertarme.

Si consigo que se enamore de mí, me ganaría un buen novio, que uno, al ser tan romántico, echa de menos estar emparejado y llevo bastante tiempo abrazando la soltería.

—Claro que la conozco —me responde Santi como si fuera algo evidente—. Es muy popular en la universidad, aunque no esté matriculada. Los estudiantes le piden consejos sobre sus vidas amorosas y ha formado muchas parejas; yo conozco a unas cuantas que siguen juntas gracias a ella.

—Guau, ¿en serio? —inquiero, atónito—. ¿Qué es? ¿Medio bruja?

—Una estafadora —interviene Pascual—. Se aprovecha de la gente desesperada para ganar dinero, y eso no está bien.

—No le hagas caso a este, que ya sabes que le tiene alergia al amor. —Santi hace un ademán con la mano, en dirección a Pascu, y este pone los ojos en blanco—. Si quieres, podemos ir para que nos ayude con nuestros problemas, a ver si esa chica es capaz de conseguir que dejes de lamentarte por ese Melibeo.

Escupo el zumo de piña sobre lo que me queda de hamburguesa.

—¿Cómo sabes que quiero contratar sus servicios para que ese Apolo se enamore de mí?

—¡Si no hablas de otra cosa!

Lleva razón. Desde que conozco a ese Melibeo no paro de mencionarlo, en sueños y despierto, de día y de noche, mientras como, me ducho y hago mis necesidades. Hasta les he prohibido a mis amigos que se coman su nabo, que lo tengo escondido en mi balda de la nevera.

Estoy un poquito obsesionado con ese chico.

Solo un poquito.

—Ten cuidado, Cal —me advierte Pascual, preocupado—, que no quiero que acabes con el corazón roto, como siempre.

—Tranquilo, que yo controlo.

Me enamoro muy pronto de la gente, sí, pero no lo puedo evitar; por suerte o por desgracia, soy así de nacimiento y es imposible cambiar mi forma de ser. Cuando he roto con mis novios o mi amor no era correspondido, me he tirado días enteros supertriste, llorando e inflándome a regalices de colores. ¿El lado positivo? Que he compuesto un montón de poemas de desamor preciosos; algo bueno he tenido que sacar ante tanto sufrimiento.

Una vez que terminamos de comer, decidimos hacerle una visita a esa tal Celeste en su droguería; Santi, para que lo ayude con Elisa (nuestra amiga, que le gusta muchísimo y que encima tiene novio); yo, para que provoque que Melibeo se derrita por mí; y Pascu, para vigilarnos, porque no se fía ni un pelo y piensa que esa moza nos va a engañar.

Nos adentramos en el local, que no imaginaba que fuera tan amplio en su interior, y una chica de nuestra edad nos saluda desde el mostrador.

—Esa es —me susurra Santi al oído, y los tres nos acercamos a ella.

—Hola, me llamo Celeste —se presenta muy sonriente—. ¿Qué necesitáis?

Permanezco mirándola, embobado.

Es una persona normal y corriente, que viste como una persona normal y corriente, y se comporta como una persona normal y corriente. Creía que era una bruja con su sombrero sobre la cabeza, vestida con una túnica negra, sosteniendo una escoba y una verruga decorando su nariz, como aparecen en los cuentos. Lo único que comparte esta chica con esas criaturas es el cabello rojizo... Y un gato NEGRO, que acaba de saltar sobre el mostrador y luce una pajarita rosa, como el color de mi pelo.

Se me escapa un grito al ver a ese animal y abrazo con fuerza a Pascu.

—Discúlpalo; no le gusta el color negro —interviene Santi mirando a Celeste.

—Entiendo —le responde ella sin abandonar su espléndida sonrisa—. No pasa nada. Su nombre es Celestino y se porta genial. —Dirige su vista hacia mí—. No te estreses, Calisto.

¿Eh? ¿Cómo es posible que me reconozca si no me ha visto jamás en persona y solo me ha enviado un mensaje? Y también me sorprendió que se supiera mi nombre aquel día.

Ah, ya, cosas de brujas, supongo.

Vuelvo a la realidad y señalo con mi dedo al animal diabólico que me contempla con sus horripilantes ojos verdes.

—¡Ese gato fue el que me robó mi manuscrito con los poemas y se los dio a Apolo! —exclamo, asustado.

—Igual te has confundido con otro —me dice Celeste—. Hay muchos gatos negros en esta ciudad.

No, no. Era este. Me he quedado con su cara de diablo grabada en mi mente. Estoy segurísimo de que no me equivoco. ¡Si hasta parece que está dedicándome una sonrisa chulesca!

Se acuerda de mí y por eso se está burlando. ¡Será...!

Mientras ese Celestino y yo batallamos con nuestras miradas, Santi le explica a la bruja el motivo por el que nos hemos presentado en su establecimiento. Cuando terminan de charlar, yo me ofrezco como voluntario para ser el primero en meterme en su «cuarto de hechizos» (así lo he bautizado en mi cabeza) y hablar con ella a solas con tal de no ver más a esa criatura carbonizada.

Otra de las sorpresas que me llevo es que la sala donde me invita a pasar es un despacho común, con su mesa, sus dos sillas, su ordenador, un ventanal que da a la calle, la pared pintada de azul celeste con dibujos de lunas y estrellas, y varias estanterías con plantas de plástico, velas, una bola de cristal y cartas del tarot.

Me había imaginado una habitación a oscuras, sin ventanas, atestada de gatos disecados, pociones y ojos humanos metidos en botes, con una olla gigante y humeante en medio para crear sus hechizos.

Me siento desilusionado.

Celeste, sentada frente a mí, comienza a hablar, mirándome fijamente:

—Te advierto que mis servicios te saldrán más caros que a los demás mortales, porque quieres que te empareje con mi mejor amigo y él se merece a alguien que le baje la luna, no a cualquiera que termine haciéndole daño, ¿estamos?

No sabía que esta chica era amiga de Apolo.

Pero no me importa pagar más para conseguir su amor.

—Soy buena persona —le respondo—. No le he hecho daño ni a una hormiga.

Más bien me han hecho daño a mí; soy una persona bastante sensible.

Celeste me contempla como si no me creyera.

—Eso lo tendré que comprobar yo, ¿no? —Aparta la vista de mí y escribe algo en el ordenador—. Voy a preguntarte un par de cosas para que comencemos a trabajar juntos.

Algunos datos que solicita son comunes, como mi nombre y mis apellidos, mi dirección y mi fecha de nacimiento (el veintitrés de febrero de 2003), pero me resulta extraño que quiera saber la hora en la que nací (las tres de la madrugada), mi orientación sexual y romántica (me gustan los chicos, tanto sexual como románticamente), el número de parejas que he tenido y por qué ya no estoy con ellas (demasiados detalles le he dado), si he padecido o padezco alguna enfermedad de transmisión sexual (siempre he estado sanísimo y uso preservativos), información sobre mi familia (¿para qué?) y por qué considero que soy digno del amor de Melibeo.

Pues porque lo necesito solo a él de muso y novio. Punto. No hay más motivos, pese a que

me caiga fatal. Si tuviera que elegir a mi amor platónico, él estaría fuera de la lista, como es evidente. Pero también me atrae y no puedo dejar de pensar en ese beso que casi le doy. ¿Alguien me lo explica? ¿Cómo es posible que me guste tanto y quiera que nos amancebemos si lo odio con cada una de mis fuerzas?

No comprendo mis sentimientos.

—Son cien euros —suelta Celeste interrumpiendo mi monólogo interior.

—¿Cómo? —Sacudo la cabeza y la miro—. ¿Quieres que te pague así, sin más? Primero tengo que comprobar si lo que haces es de fiar.

Parece que le hago gracia, porque se echa a reír.

—Cariño, yo cobro por adelantado. —Me sonrío como si fuera una asesina en serie—. Si no te fías de mí, ¿por qué has venido? ¿De verdad quieres que Melibeo te parta por la mitad? —Hace una mueca, fingiendo lástima—. Es una pena que seas un tacaño; acabo de leer en mi ordenador ambas cartas astrales y vuestro futuro, y he percibido momentos preciosos que vais a vivir juntos.

Ufff... Qué decisión tan complicada. No sé lo que hacer. Si le suelto a esta chica cien euros por la cara, me voy a quedar sin comer durante un mes. Que no soy millonario; soy un pobre estudiante que trabaja los fines de semana y algunos días de fiesta en El Cafecito Coquette y gano lo justo para mantenerme.

—No tengo tanto dinero —insisto con un nudo en la garganta—. Me pagan muy poquito en el trabajo.

Celeste continúa mirándome con compasión.

—¿Tienes algo más interesante que ofrecerme? —Repiquea con sus uñas negras, con dibujos de estrellas blancas, sobre la mesa—. Porque voy a confesarte una cosa: a Melibeo le gustas mucho, pero él es un inútil ligando y necesita que yo le dé un empujón. Me apena que en este caso no vaya a triunfar el amor.

¿Cómo? ¿Le gusto a Apolo? ¿Por eso finge que le caigo mal y me mira como si fuera un trozo de heces de caballo?

Tengo que aprovecharme de esta oportunidad antes de que le empiece a gustar otra persona.

Debato conmigo mismo durante diez largos minutos en los que Celeste se dedica a teclear cosas en el ordenador.

—¡Está bien! ¡Te pagaré con mi cuerpo si hace falta! —exclamo, y ella ladea la cabeza hacia mí con expresión divertida—. Pero no creo que me excite contigo, porque eres una mujer. Muy guapa, pero una mujer. Sin ofender, eh, que ya te he contado que me gustan los chicos.

Jamás en mi vida había pensado en prostituirme, pero ahora estoy desesperado.

La bruja piruja me contesta con un ataque de risa que le dura una eternidad, mientras yo me entretengo comiéndome las uñas. Cuando sus carcajadas cesan, se enjuga las lágrimas y me vuelve a mirar.

—Calisto, no me interesa tu ofrecimiento, pero puedes pagarme con desayunos gratis cada vez que vaya a la cafetería donde trabajas.

—Eh... Sí, vale —consigo responderle, y trago saliva—. Lo que quieras.

Solo espero que mis jefes no se den cuenta de ese trapicheo.

Celeste me da permiso para marcharme tras informarme de que volverá a contactar conmigo cuando haya novedades con Apolo. Me reúno con Pascu fuera del establecimiento y esperamos a que Santi charle con la bruja para que lo ayude a conquistar a su amada.

¿Acabo de contratar a una casamentera para ligar con Melibeo? Hilarante.

Mi móvil, que ha dado la casualidad de que me lo he traído hoy, me avisa de que he recibido

un mensaje de Apolo. Lo tengo que leer veinte veces porque no me creo que sea real.

Apolo: «¿Te apetece comerte mi nabo, bebé?»

¿Se refiere al nabo que le robé sin querer? ¿O está usando una metáfora obscena para referirse a su miembro viril?

Si es la segunda opción, me alegra saber que la especie de hechizo que ha empezado a usar esa Celeste esté haciendo efecto tan rápido sin haberle pagado nada todavía.

No quepo en mí de la emoción.

10. Mensaje equivocado y un Furby sinvergüenza

Melibeo

Le acabo de mandar a Celeste por WhatsApp una frase guarra que le dice uno de mis protagonistas al otro, para que opine y me dé su visto bueno.

Me considero un lector asiduo de erótica y me he releído los libros que tengo por casa para empaparme de escenas sexuales, pero dejo mucho que desear como escritor de esos momentos; también he borrado la mayor parte del texto que he redactado durante estos días porque no me convencía.

Suspiro y me revuelvo el pelo, frustrado, sentado en la silla del escritorio frente al portátil.

Todo sería más fácil si le volviera a robar los poemas a ese Furby.

Continúo intentando escribir mientras Celeste se digna a contestarme, porque le he enviado el mensaje hace cinco minutos y aún no he recibido respuesta, algo inusual en ella cuando siempre tarda menos de sesenta segundos.

A lo mejor está atendiendo clientes en la droguería u ocupada timando a algún desgraciado con su trabajo ilegal de casamentera y vidente.

O sea, yo quiero mucho a mi amiga desde el parvulario, aunque no me parece bien que engañe a gente desesperada con sus falsos trucos de magia. Ella asegura que todo es legal porque ha hecho un millón de cursos homologados de astrología, brujería y tarot, pero yo no creo en esas chorradas sacadineros. Me he negado miles de veces a que me leyera la carta astral y las manos, y a que me emparejara con alguien con la ayuda de sus hechizos. Eso último es lo que me da más rabia; no necesito que nadie se enamore de mí haciendo trampas y prefiero que ese sentimiento se desarrolle de manera natural.

La vibración de mi móvil me saca de mis pensamientos y de mi sesión de escritura fallida, y lo desbloqueo para leer el mensaje de Celeste.

Mierda, me he equivocado de persona. En vez de a mi amiga, se lo he mandado al Furby sin querer porque las dos conversaciones están cerca, una debajo de la otra.

Lo peor es que le he preguntado si le apetece comerse mi nabo y se ha pensado lo que no es.

Furby: «Vamos a ver, querido Melibeo Flores del Campo, yo soy una persona muy tradicional y me gusta tener un par de citas con los chicos antes de mantener relaciones sexuales con ellos. Me encantaría aceptar tu propuesta de llevarme a la boca tu miembro viril, pero primero invítame al cine, a cenar, al parque de atracciones, a la playa, regálame flores, pídele mi mano a mi padre... Un poco de romanticismo, por favor. Un besito»

¿Qué dice este cenutrio? ¿Y quién demonios escribe un mensaje tan largo y, sobre todo, respetando los signos de puntuación y la gramática?

Tras leer su testamento cuatro veces, le respondo:

Melibeo: «WTF?? No era para ti el mensaje, equisdé»

Cuando se marca como leído, Calisto permanece con el «escribiendo» cien años, hasta que por fin me llega su contestación:

Furby: «Querido Melibeo Flores del Campo, ¿cómo que ese mensaje no iba para mí? ¿Estás enamorado de alguien más? Me parece un poco feo que le envíes oraciones subidas de tono a más gente. Has provocado que me visite la tristura, me has roto el corazón y te has ganado una bandera roja. Posdata: ¿qué es “WTF??” y “equisdé”? Lo veo con asiduidad por redes y nunca he sabido el significado. Un besito»

Arrugo la nariz, flipando en colores.
¿De dónde se ha escapado este personaje?

Melibeo: «Pareces fumado LOL»

Furby: «Querido Melibeo Flores del Campo, te tengo que confesar que no tomo drogas. ¿Y para quién iba dirigido el mensaje obsceno de antes? ¿Qué es “LOL”? Un besito»

Joder, con la cantidad de cosas que tengo que hacer, estoy perdiendo el tiempo con este tarado.

Le envío un último mensaje para despedirme de él y que me deje en paz:

Melibeo: «Adiós XD»

Dejo el móvil sobre el escritorio para intentar, por enésima vez, escribir sin distracciones, pero ese energúmeno decide seguir con sus dichosos mensajitos que parecen cartas.

Maldito sea el día que le di mi número de teléfono para hacerle el *bizum*. Le hubiera entregado el dinero en efectivo para ahorrarme este sufrimiento.

Furby: «Querido Melibeo Flores del Campo, ¿puedes abrirme la puerta de tu castillo o prefieres que me cuele en tu jardín, como el primer día en que nuestras miradas se cruzaron y se quedaron clavadas en el corazón del otro? Un besito»

El timbre de casa suena de repente y yo me sobresalto.

Tiene que ser otra persona, como un repartidor, un vecino, los testigos de Jehová o un vendedor de enciclopedias, no ese idiota.

Para comprobarlo, me asomo a la ventana, escondiéndome con la cortina para que el invitado no me vea, y descubro esa cabellera rosa inconfundible.

¿Este tío es tonto? ¿Qué cojones pinta aquí?

El sonido del molesto timbre inunda la casa por segunda vez y yo suelto un bufido, porque no me apetece abrirle la puerta a ese bobo.

Mis padres y mi hermana se han ido hace un rato, así que, aprovechando que estoy solo, voy a fingir que no hay nadie para que ese Furby se vaya por donde ha venido con su moto ridícula y su peluca horrorosa.

Me alejo de la ventana para que no me vea, e incluso aguanto la respiración por si es capaz de escucharme desde la entrada.

Dios mío. He perdido la cabeza del todo. No sé por qué hago tantas estupideces.

El puto timbre suena sin cesar, como si ese Calisto se hubiese dejado el dedo pegado a él, y luego pronuncia mi nombre completo a gritos:

—¡Melibeo Flores del Campo!

Algo se estrella contra mi ventana y doy un pequeño salto por el susto.

¡Pero bueno, esto ya es el colmo! ¿Cómo se atreve a vociferar como un verdulero y a casi romper el cristal de mi ventana con lo que sea que haya lanzado, como si fuera un delincuente?

No, como si fuera un delincuente, no.

Es un delincuente.

—¡Sé que estás en casa! ¡Te he visto curiosear por la ventana de tu alcoba! —vuelve a gritar.

La vecina de enfrente se queja por el escándalo que ese tipo está montando, porque quiere grabar un vídeo de ASMR para Youtube y los berridos de Calisto no se lo permiten; él le responde que deje a los enamorados vivir su amor en paz y que se busque un trabajo.

Toda la discusión a ladridos.

Y yo muriéndome de la vergüenza ajena.

En cuanto escucho que la vecina va a llamar a la policía, me esfumo de mi habitación y bajo las escaleras para abrirle a ese idiota y colarlo en mi casa, agarrándolo de su sudadera con brusquedad, a ver si así deja de liarla.

Con esta ya van dos veces que lo salvo de los problemas en los que se mete.

Cierro mediante un sonoro portazo y me percató de que el panoli me contempla con expresión de sorpresa mientras se acaricia con una mano la zona de su prenda que he tocado, justo la del pecho, para eliminarle las arrugas.

—Qué agresividad desprendes, querido Apolo —es lo primero que me dice, con sus ojos grandes tan abiertos que parecen sandías, y sujetando con la otra mano una bolsa de papel de una tienda de ropa.

Me cruzo de brazos, irritado.

—¿Qué haces aquí? —exijo saber—. Que yo sepa, no te he invitado a mi casa y detesto cuando la gente se presenta sin avisar. No eres bien recibido, por si no te has dado cuenta.

El Furby esboza una sonrisa divertida.

—Para no ser bien recibido, te ha faltado tiempo para meterme en tu castillo de un tirón nada más abrir la puerta.

—¡Era para que dejaras de armar jaleo! —exclamo haciendo aspavientos con las manos—. ¿No te han enseñado nunca modales o qué? No puedes plantarte en la vivienda de unos desconocidos sin avisar para pegar gritos y lanzar objetos a las ventanas! ¿Qué clase de educación has recibido?

El cenutrio no abandona esa sonrisa burlona de su rostro porque se lo está pasando bomba con mi espectáculo, aunque también se ha quedado empanado mirándome, como le ocurre siempre.

Es tonto, ya está. No le da la cabecita para comportarse de una manera normal.

Chasqueo los dedos enfrente de sus narices para que vuelva al mundo real; él sonríe aún más, maravillado.

Necesito arrancar uno de los nabos de mi huerto para apalearlo otra vez, porque odio que me esté vacilando.

—Ahora el que grita eres tú, Melibeo —me dice—. Estás muy guapo y gracioso cuando te desquicias. Tu tez blanca como la porcelana se colorea de un rojo intenso, lo que provoca que parezcas un globo de ese color.

Abro la boca para intentar rebatirle y echarlo de casa, pero él me interrumpe, tendiéndome la bolsa que sostiene.

—Por cierto, he venido porque quería traerte esto. Me sentía mal por haberte roto la camiseta aquella noche, en la biblioteca, así que he investigado dónde la vendían y te he comprado una exactamente igual, de la misma marca. De nada.

El cabreo desaparece de mi ser al escuchar las palabras de este memo y contemplo la bolsa

con sospecha.

¿Es una especie de venganza?

La cojo por el asa y echo un vistazo a lo que hay en su interior: una camiseta gris con el dibujo de una coliflor.

Esta escena me recuerda a la misma en la que le compré el tinte y le devolví su sudadera (que es la que se ha puesto hoy); tampoco se fiaba de mi gesto de buena persona y agarró la bolsa con inseguridad.

Así que sí, puede que la prenda que me acaba de regalar contenga una bomba que estalle al ponérmela, algún material del que sea alérgico y no esté enterado, pinchos de cactus, un virus mortal o un séquito de arañas carnívoras pegadas a la tela.

Una vez que estudio, bajo la atenta mirada de Calisto, cada centímetro de la camiseta por si me encuentro con alguna sustancia venenosa, me doy cuenta de que, por ahora, todo está bajo control y no hay nada peligroso, pero la lavaré veinte veces antes de estrenarla, por si acaso.

—Eres muy desconfiado, Apolo. —El Furby se ríe—. No te va a comer la camiseta, que para eso ya estoy yo.

Tras volver a meter el trapo en la bolsa, alzo la vista hacia él.

—La propuesta para comerte mi nabo no iba para ti, sino para una amiga —le recuerdo—. Resulta que quiero escribir una novela erótica y, de vez en cuando, le paso algo de lo que escribo para que opine.

No sé qué demonios hago dándole explicaciones.

—¿Una novela erótica? —Suelta una carcajada—. ¿Me vas a dejar leerla algún día? Si quieres, puedes experimentar conmigo para inspirarte, Melibeo —pronuncia mi nombre con sensualidad y lentitud, como si estuviera saboreándolo.

Lo primero lo podrá hacer si gano el premio; lo segundo, ni de puta coña. Vamos, que antes introduzco la polla en la boca de un cocodrilo que en alguno de los agujeros de este idiota, que ni siquiera es de mi agrado.

—No te pienso enseñar mis escritos —le hablo apuntándolo con el dedo índice— ni voy a follar...

La puerta se abre de sopetón y mis padres hacen acto de presencia en el recibidor. Los dos se nos quedan mirando, incrédulos, y mis mejillas se sonrojan porque me da vergüenza que hayan escuchado lo que he dicho justo cuando han entrado.

Los dos saludan a «la visita», dedicándole una sonrisa, y él se presenta sin que nadie le haya dado permiso.

—No sabíamos que habías invitado a alguien —me dice mi padre intercambiando una mirada conmigo, que no sé qué demonios significa—. Nos lo hubieras dicho para que viniéramos más tarde.

—Claro, para daros intimidad —añade mi madre con sorna.

Se están cachondeando de mí. Seguro que han escuchado la palabra «follar» saliendo de mi boca y por eso se han puesto tan graciosos.

Tener padres para que se rían de ti delante de un chico...

Calisto ahoga una risita y yo me aguanto las ganas de estamparle la bolsa en ese cabezón tan grande que tiene.

—Solo ha venido para darme una cosa —les respondo a los señores que me trajeron al mundo, y desvío la vista hacia el Furby—. Ya se iba, ¿verdad?

—En realidad, no —suelta tan campante, y agrega con dramatismo—: Pero si insistes en que me vaya, me iré. Yo no estoy a gusto donde no se me quiere. —Finge enjugarse una lágrima.

—¿Eres tonto?

—¡Melibeo! —me regaña mi madre—. ¡No insultes a tu invitado!

—Perdón, mamá —me disculpo, y suelto un suspiro—. Pero de verdad que ya se iba; tiene muchas tareas que hacer y no quiero quitarle más tiempo.

Parece que mi madre se queda conforme, porque le dice a Calisto que le ha encantado conocerlo y que su pelo es muy bonito, y mi padre le suelta «me gusta tu rollo, colega», creyéndose joven; después, nos dejan a solas para que nos despedamos.

Me molesto en abrirle la puerta al Furby y le hago un ademán con la mano hacia la calle para que se largue ya.

—Venga, fuera de mi casa.

Otra vez, me mira con esa sonrisita de estar pasándoselo genial y sale al porche; sin embargo, en lugar de irse hacia su moto, se da la vuelta hacia mí, todavía con las comisuras de los labios curvadas hacia arriba.

—Piénsate esa proposición, ¿vale? Seguro que quedas en segundo puesto si te inspiras conmigo, porque yo ganaré el primer premio.

Permanezco mirándolo sin una pizca de emoción y le cierro la puerta en toda la cara, sin siquiera soltarle un simple «adiós».

No va a ganar el premio con esos poemas tan (preciosos) horribles y (bien) mal escritos, que los habrá copiado de internet. Le pienso robar ese maldito diario una vez más y esconderlo lo más lejos posible de él, no para participar con sus versos, sino para que no pueda presentarse al certamen.

11. Verde que te quiero verde

Calisto

Lo más divertido que puedo hacer un domingo a las nueve de la noche es teñirme el pelo. Sí, estoy siendo irónico. Se suponía que iba a encerrarme en mi habitación para escribir un poema, pero, en lugar de visitarme doña Inspiración, ha aparecido doña Procrastinación. Además, ese Melibeo tenía razón y ya ha llegado el momento de que me echara el tinte; se estaban asomando las raíces oscuras de mi color natural y se notaban un montón, algo muy poco glamuroso para un chico tan coqueto como yo.

Estoy sentado en el sofá, curioseando la cuenta de Instagram de Apolo, mientras espero a que el mejunje del pelo haga su magia. Santi está jugando a la Play, acomodado en el suelo y dándole tragos a una cerveza, y Pascual, estudiando en la mesita porque es un chico muy responsable y necesita ir al día con su carrera, y eso que nada más llevamos una semana de clases.

Al intentar aumentar un selfi de Melibeo cuyo fondo es una estantería repleta de libros (será de su cuarto), para descubrir qué gustos literarios tiene, pulso dos veces en la foto sin querer y le regalo un corazón.

¡Por Shakespeare! ¿Ahora qué hago? Por cosas como esta, odio los aparatos electrónicos y las redes sociales.

¿Debería quitarle el «me gusta», darme de baja la cuenta, desinstalar la aplicación y lanzar el móvil a la hoguera? Me da vergüenza que ese chico piense que soy un acosador, a pesar de que lleve varios días estudiándome su Instagram para memorizar cada uno de sus perfectos rasgos (excepto su nariz) con tranquilidad, porque, cuando lo tengo cerca, me quedo embobado, me pongo nervioso o todo a la vez.

—Tengo un problemón —les digo a mis amigos, y pausan sus tareas para centrar su atención en mí. Los miro y les muestro la pantalla de mi teléfono con el selfi del demonio—. Se me ha ido el dedo y se me ha escapado un corazón en una foto de mi muso. ¿Recomendaciones? ¿Debería huir del país?

—Sí —es Santi el primero que me responde—. No hace falta ni que hagas las maletas. Cuanto más rápido desaparezcas, mejor.

Como sé que me está tomando el pelo, le lanzo un cojín justo cuando le da un trago a su botellín de cerveza. Por suerte, mi amigo cuenta con los suficientes reflejos para cogerlo al vuelo con su mano libre, si no, habríamos causado un estropicio, con el líquido derramado en el suelo, el olor a alcohol instalado en el ambiente y los trozos de vidrio desperdigados por cada rincón, de los que el noventa por ciento terminarían clavándose en mi pie izquierdo porque tengo la manía de andar descalzo.

La escena que acabo de describir la he vivido infinitas veces.

—¿De qué año es la foto? —inquire Pascu.

Vuelvo a fijar la vista en mi móvil, compruebo la fecha y me muero aún más del bochorno.

—La publicó el diez de enero de 2018 —les cuento con el corazón a mil.

Hace más de cuatro años. Con razón me parecía que salía muy joven. ¡Encima es de las primeras que subió!

Necesito que se manifieste Medusa para que me ahorque con las serpientes que tiene por cabellos.

—En serio, hazme caso, vete del país cuanto antes —vuelve a hablar Santi.

—¡No pienso hacer eso, que tengo que ganarle en el concurso literario! —le grito, y ladeo la cabeza hacia Pascu, angustiado, para pedirle ayuda mientras le doy patadas al aire con impaciencia—. Piensa algo, que tienes un cerebro científico.

Pascual es el más inteligente de los tres; siempre ha sacado buenísimas notas en los estudios, tiene una media de sobresaliente en el grado de Matemáticas y es el único de nosotros que tiene sentido común.

—Vete del país —me contesta al fin, y continúa con su sesión de estudio para que no lo moleste más.

¿Y ya está? ¿Ese es el consejo? ¡Pues menudo cerebritito de pacotilla! ¡Ha plagiado a Santi!

—Vaya amigos tengo —comento negando de lado a lado con decepción.

El timbre del apartamento suena y Santi es el que se encarga de abrir la puerta. Observo la hora en el teléfono y descubro que solo me faltan cinco minutos para enjuagarme el pelo, así que aprovecho este tiempo en hacerle una captura de pantalla a la foto de Melibeo para fisgonear sus libros sin volver a equivocarme. Además, le quito el «me gusta», rezando para que sea otro ser antitecnológico como yo y no se haya enterado de mi metedura de pata. Pero, por si acaso le ha llegado alguna notificación, le regalo un corazón a su foto más reciente (una de postureo, de hace dos horas, en la que muestra su portátil encima de un escritorio, con una taza de té al lado y la descripción «Sesión de escritura») y pulso en «Seguir», que lo estaba deseando.

Bien, creo que he disimulado de maravilla y ya no tendré que huir del país.

Santi regresa al salón con las visitas, que son Adela y Elisa; a la segunda ni siquiera la reconozco porque se ha rapado la cabeza al cero y su melenaza rubia, que le llegaba al trasero, ha desaparecido.

—¿Qué te ha pasado en el pelo? —quiero saber frunciendo la nariz—. ¿Has perdido una apuesta?

—¡No! —Le roba la cerveza a Santi para darle un trago—. Me he rapado para cerrar ciclos, porque mi novio... —se detiene, dudosa, y luego rectifica—: Mi exnovio me ha estado poniendo los cuernos durante dos meses y me he enterado hoy.

—Qué fulano —comento.

Santi se frota las manos, sonriendo con maldad, mientras murmura «el plan está funcionando»; Pascu pone los ojos en blanco y las chicas los miran sin comprender nada.

¿Lo de que Elisa rompa con su pareja es obra de las brujerías de esa Celeste? Porque me estoy ilusionado de una manera un poco tonta.

—Tío, te tienes que quitar ese potingue ya —me recuerda Pascu.

Compruebo la hora y, efectivamente, me toca enjuagarme el cabello ya si no quiero quedarme calvo por tardar. No obstante, cuando salgo de la ducha y me miro al espejo, grito tan fuerte que hasta los pulmones se me salen por la boca y se estrellan contra el cristal.

¡Se me ha puesto el pelo verde!

¡Verde!

¡VERDE!

Verde que te quiero verde...

No, ese verso del romance de Federico García Lorca no pinta nada en esta situación tan trágica.

Mis amigos, alarmados, golpean la puerta del baño y me preguntan si me encuentro bien.

—¡Claro que no estoy bien! —vocifero a sollozos, contemplando el estropicio—. ¡Mi cabello está verde! ¡VERDE!

Inspecciono la caja del tinte que me ha regalado Melibeo, pero veo que todo se encuentra en orden: el tono es el mismo que uso yo (rosa pastel) y el modelo que sale en la imagen también está teñido del mismo color.

No lo entiendo; tampoco he tardado en quitármelo y he seguido paso a paso las instrucciones. No es la primera vez que me pongo un tinte yo solo... Aunque, antes de echarme el potingue, me ha parecido inusual su color verde, pero lo he achacado a que era de una marca diferente a la mía.

Vale, soy tonto y demasiado ingenuo. Apolo le ha dado el cambiazo para vengarse de mí.

Me hago con mi móvil, que lo he dejado sobre la taza del váter, y le envío un mensaje en mayúsculas para que sepa que estoy muy enfadado, además de una foto de mi pelo.

Calisto: «TE PIENSO DESCUARTIZAR EN CUANTO TE VEA MAÑANA EN LA UNIVERSIDAD, PEDAZO DE MANDRIL»

Después, me meto en la conversación con Celeste para cancelar el pedido.

Calisto: «Ya no quiero tus servicios. ODIO A ESE MELIBEO. LO CANCELO TODO»

La primera en responderme es la bruja:

Celeste: «Lo siento, no se aceptan cancelaciones. El proceso de enamoramiento ha comenzado y los astros están haciendo su trabajo. ¡Saludos!»

¡Agh!

Me tiro de un par de mechones, rabioso y deseando arrancármelos, pero un mensaje de ese narizudo me lo impide:

Apolo: «Qué guapo jajaja veo que ya has estrenado mi regalo. Estoy contando los minutos para verte en persona, césped andante XDD»

Lo peor es que se ríe de mí y usa ese «XDD», que me pone de los nervios.

Se va a enterar de quién es Calisto Enamorado Feliz.

* * *

Hoy es día de venganza. Melibeo ya ha aparcado su cucaracha negra gigante en la universidad y ha entrado en el edificio sin haberse dado cuenta de mi presencia, porque el coche que está al lado del suyo se ha encargado de cubrirme.

Gracias a él, he tenido que taparme los cabellos con un gorro de lana azul que me ha prestado Santi para que nadie viera el desastre de mi cabeza, del color del moho. Para colmo, ayer no pude salir a comprarme otro tinte ni ir a ninguna peluquería para arreglar mi imagen porque era tardísimo. Tampoco quería faltar hoy a clase; no me gusta perderme las explicaciones de los profesores y debía llevar a cabo mi plan. Esta tarde me pasaré por el supermercado que hay junto a mi casa y me compraré mi color de siempre, tras comprobar cada uno de los materiales que se incluyen en el interior de la caja para asegurarme de que nadie se haya hecho el

gracioso, porque ya no me fío de nada; seguro que ese Apolo del todo a cien ha ido tienda por tienda para cambiar todos los tonos rosas por otro diferente.

Miro a mi alrededor por si hay algún testigo que pueda presenciar mi venganza, pero parece que la suerte está de mi parte. La calle se halla despejada de humanos; solo veo a una paloma paseando por la acera mientras mueve la cabeza hacia delante y hacia atrás sin cesar... Y a ese maldito gato negro acostado sobre el capó del coche de Melibeo.

¿Por qué tengo que toparme con ese bicho en todas partes? Es como si me estuviera espionando con sus poderes de minibrujo, aunque lo dudo, porque tan solo es un animal estúpido que está por debajo de los humanos y carece de inteligencia. Por algo nosotros somos la especie superior.

Vuelvo a echar un vistazo a la zona, respiro hondo, cuento hasta tres y salgo de mi escondite, en dirección al vehículo de mi enemigo, sosteniendo con una mano el arma que utilizaré.

Siento la adrenalina surcando por cada poro de mi piel; jamás me he vengado de nadie porque soy una persona pacífica, pero acabo de descubrir que los minutos antes de cometer un delito son bastante emocionantes.

Me detengo frente a la puerta del asiento del conductor y comienzo a rayarla con la llave del portal de mi bloque, que es la que menos me importa, con la intención de escribir un insulto, pero mis oídos y yo sufrimos tanto con el sonido tan molesto que me obligo a dejar la palabra a medias.

Me han castigado los dioses por delinquir. Soy tan sensible que no sirvo ni para tomar represalias contra el ser que se ha cargado mi cabello.

Me guardo la llave en uno de los bolsillos delanteros de mis vaqueros y observo la obra de arte que he creado.

Bien, es suficiente. Seguro que sus padres se enfadarán con él, le quitarán el ordenador y lo castigarán sin escribir hasta que finalice el plazo para inscribirse en el concurso.

Oigo al gato demoníaco maullar y ladeo la cabeza hacia él; me está mirando con sus ojazos verdes de felino muy abiertos, desde el capó. Le sonrío con inocencia y me llevo un dedo a los labios para que mantenga el hocico cerrado y no se vaya de la lengua.

—Miau, miau, miau, miau —le hablo en su idioma gatuno, y su expresión se convierte en una de horror, como si yo hubiese cometido un millón de errores gramaticales.

En realidad, le he dicho que no sea un chivato y lo he amenazado con cortarle esos bigotes tan blancos con unas tijeras.

Antes de darme a la fuga, lo soborno con uno de mis regalices de fresa para que se olvide de lo que ha visto.

Entonces huyo, sin volver la vista atrás.

Venganza realizada con éxito.

12. Un brócoli andante

Melibeo

En cuanto entro en la clase de Escritura Creativa, tomo asiento en la segunda fila, deseando que nadie se acople a mi lado, y recibo un mensaje de mi amiga:

Celeste: «He encontrado al amor de tu vida: guapo, gracioso, inteligente, con personalidad, atractivo, con vehículo propio, enamorado, sin pareja, fiel, leal y le gusta leer y escribir. ¿Lo quieres conocer? No te vas a arrepentir»

Qué tía más pesada queriendo encontrarme un candidato para que folle.

Melibeo: «Voy a bloquearte como sigas tocándome los huevos»

Celeste: «¿No prefieres que te los toque TU CHICO IDEAL, el que han elegido los astros para ti? Vendrá a la fiesta del sábado, a la que tú estás obligado a asistir para que yo no vaya sola»

Anda, ahora me hace chantaje emocional. Sabe de sobra que no me gusta el ambiente de las fiestas universitarias, y mucho menos si está planeando emparejarme con alguien.

Melibeo: «Que me dejes en paz»

Cuando guardo mi móvil y alzo la vista hacia uno de los chicos que ha entrado en el aula, con un gorrito azul de lana tapando su pelo, me echo a reír de una manera escandalosa, señalándolo con el dedo, mientras los demás estudiantes y la profesora, que acaba de llegar, posan sus ojos en mí, curiosos. Calisto me contempla, frunciendo los labios, y camina con paso decidido hacia mi pupitre, con su séquito de amigos detrás de él (los dos tipos con los que apareció en la biblioteca y dos chicas), para detenerse a mi lado y vaciar una bolsa de plástico sobre mi cabeza, con alguna sustancia de origen desconocido en su interior.

—¡Al infierno te voy a mandar con Satanás! —me grita haciendo un gesto extraño con las manos, como si estuviera salpicándome agua, poseído—. ¡Fuera, fuera, engendro del mal!

Abandono mi ataque de risa y bajo la mirada hacia mi camiseta negra, que está repleta de motitas blancas.

¿Qué coño me ha tirado? ¿Azúcar? ¿Sal? ¿Cocaína?

Me paso el dedo por la tela para capturar unos cuantos granitos y llevármelos a la boca para probarlos.

—¿Sal? —inquiero al notar el sabor salado; Calisto aún está parado frente a mí—. ¿Por qué me lanzas sal?

—Para ahuyentarte de mi vida, Apolo de pacotilla —gruñe, y se marcha hacia el fondo de la clase con su ejército detrás.

Uno de sus lameculos me saluda con la mano con jovialidad, el tal Pascual me observa con

cara de pocos amigos, la chica rapada pone los ojos en blanco y la otra se disculpa con su mirada.

El Furby se ha levantado peleón. ¿Esta era su terrible venganza? ¿Rebozarme con sal? Vaya tarado.

Riéndome, me sacudo el pelo y la camiseta para quitar los restos de motitas blancas, y limpio los cristales de mis gafas con un pequeño pañuelo que llevo siempre guardado en su correspondiente estuche. Para mi sorpresa, el Furby toma asiento a mi lado, con la excusa de que no ha encontrado ningún sitio libre que le guste, y me aporrea la espalda con la mano, haciéndome daño a propósito. Me hartó de sus tonterías, me pongo mis segundos ojos y lo miro, cabreado.

—¿Qué haces? —Aparto su brazo mediante un guantazo.

—Quitarte los restos de sal —me responde, y me regala una colleja en la nuca.

La profesora nos observa con expresión molesta y yo le doy al *pelocésped* una patada en la espinilla con disimulo.

—¡Ay! —exclama en un susurro, y gira su cabeza hacia mí—. Ya vale, Apolo.

Un mechón verde se le escapa del gorro, porque quiere salir a la luz y descansar sobre la frente de este idiota, y yo ahogo una risita.

Cuando se despiste, pienso quitarle esa prenda para admirar su cambio de *look* tan ridículo.

—¿Y encima sonríes? —contraataca—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—El trozo de lechuga que tienes ahí pegado. —Le señalo la frente con mi mirada.

Él, como acto reflejo, se lleva una mano al mechón rebelde, asustado, y lo vuelve a esconder en el gorrito.

—Ojalá se te cuele una coma entre sujeto y predicado cuando estés escribiendo —es lo último que me dice antes de volverse hacia el frente para atender a la profesora.

Vale, creo que me he pasado cambiándole el color del tinte por otro; en mi defensa diré que lo hice porque me rompió mi camiseta favorita, aunque luego se sintiera culpable y me regalara una nueva después de que yo le entregara el potingue verde con su sudadera.

A medida que cojo apuntes durante la clase con el portátil, mi compañero de pupitre se dedica a acercar su mano a mi teclado para apalear las teclas y escribir letras aleatorias, sacándome de quicio.

—Hoy mueres, Melifeo Floresmuertas del Camposanto —me amenaza.

—Uy, qué miedo —me burlo, y le enseño mi mano para fingir temblores—. Mira cómo tiemblo, pedazo de panoli.

—Panoli tu culo.

Me descojono de la risa por esa contestación tan infantil y varios alumnos nos miran otra vez para cotillear; la profesora suspira con pesadez, cansada de nosotros, y continúa con el temario.

Me da lástima esa mujer. Jamás me he comportado así en clase; siempre me he mantenido callado, atendiendo cuando me interesaba la lección o perdido en mis pensamientos cuando me aburría.

Todo esto es culpa del Furby, que es una mala influencia con sus represalias infantiles. ¿Quién le echa sal a su enemigo o escribe «askdjfkska» en su ordenador? Mi venganza del tinte ha sido mucho más madura.

Una vez que finaliza la clase, aprovecho que el tarado está metiendo sus pertenencias en la mochila para arrebatarse el gorro y dejar al descubierto el cogollo de lechuga que tiene por cabello. Él se lo tapa con las manos, alarmado, y me contempla echando chispas por los ojos.

—Devuélveme eso, rata apestosa.

—Así no se piden las cosas. —Esbozo una sonrisa divertida, pasándome la prenda de una mano a otra—. Solo quería ver tu nuevo *look* para opinar.

—O para reírte de mí.

—No soy tan mala persona, eh. —Me llevo una mano al corazón para parecer más creíble—. Te prometo que no me burlaré de ti, Calisto.

Como me he atrevido a pronunciar su nombre, la hostilidad desaparece de su rostro y, en su lugar, se instala la duda. Yo me esfuerzo en aguantarme la risa, aún con la palma posada sobre el lado izquierdo de mi pecho y mirando al Furby a la vez que le hago pucheritos.

Y es entonces cuando destapa su cabeza y me muestra su pelo.

Joder, le queda horriblemente bien y contrasta de maravilla con sus ojos verdes. Se supone que se lo había regalado para burlarme de él y no para que me hipnotizara. Ese color siempre me ha generado paz porque lo asocio a la naturaleza, los árboles, la hierba, mi huerto...

—¿Y bien? —Calisto interrumpe mi ensimismamiento y yo sacudo la cabeza para regresar a la realidad—. ¿Te gustan mis cabellos o no? —me pregunta, aguardando mi veredicto de brazos cruzados.

Logro tragar saliva y respirar con normalidad, porque se me había olvidado, y me vuelvo a reír de él, apuntándolo con el dedo.

—¡Qué feo! —miento—. Te queda fatal, aunque no tanto como el que tenías antes. Ahora pareces un brócoli.

Al Furby se le colorean las mejillas de rojo por la rabia y se abalanza sobre mí para arrancarme el gorro de las manos y taparse el césped.

—¡¿Cómo que feo?! —Me empuja de una forma tan floja que me entran ganas de carcajearme más—. ¡No te rías! ¡Tú sí que eres feo con esas gafotas de abuela y esos cabellos tan rubios que se asemejan a la orina de un mastodonte! —Clava su mirada en la mía y añade—: ¡No vuelvas a dirigirme la palabra nunca más!

No puedo parar de desternillarme. Nunca había visto un brócoli tan enfadado.

—¡Que dejes de reírte! —sigue gritándome—. ¡Eres el peor muso que he tenido en mi vida! ¡Ojalá te atragantes con tu saliva! —Me bendice con otro ridículo empujón, se cuelga la mochila al hombro y se marcha escopetado del aula, escuchando mis risotadas de fondo.

He despertado a la temida «bestia».

Debería disculparme con él, que se nota que está sufriendo con su imagen, pero no voy a hacerlo ahora porque no quiero que me devore por el rebote que ha pillado, que me apetece conservar mi vida.

Me largo de la facultad y camino hacia el lugar donde tengo aparcado el coche de mis padres para irme a casa, pero cuando estoy a punto de abrir la puerta para meterme en el asiento del conductor, algo llama mi atención debajo de la ventanilla.

Alguien me ha rayado el vehículo y ha escrito algo parecido a la palabra «gafo» con un objeto filoso.

¿Quién ha sido el payaso? Se me viene a la mente el Furby para vengarse de mí, aunque no me lo imagino yendo por la calle destrozando coches.

Buah, habrá sido cualquiera para hacer la gracia.

Como de costumbre, Celestino se halla sobre el capó, pero esta vez no se está echando la siesta, sino que me está mirando, sujetando un regaliz de fresa con los dientes para enseñármelo. Se lo quito con cuidado para que no me arañe, no vaya a ser que se lo coma y se enferme, porque un gato no debería probar esto, y observo la chuchería con detenimiento.

Esto solo puede ser obra de una persona.

He infravalorado la maldad de ese Calisto y ahora, por su culpa, mis padres no me dejarán el coche y me decapitarán en cuanto descubran el tatuaje tan precioso que le ha hecho ese desgraciado a la puerta.

Sin embargo, en lugar de enfadarme, lo único que hago es reírme, con la vista fija en el regaliz, como si hubiese perdido la razón. Después, saco mi móvil y le envío un mensaje a Celeste.

Melibeo: «Oye, necesito un favor. Tú, que sabes absolutamente todo de cada alumno de la uni y tienes una lista interminable con sus datos... ¿Por casualidad conoces a un tal Calisto Enamorado Feliz, que es así como muy extravagante y tiene el pelo rosa? (Aunque ahora parece un brócoli xd). Es para que me dieras su dirección, porque tengo que hacerle una visita para partirle la cara por haberme rayado el coche»

Sí, es muy turbio que Celeste conozca tanta información sobre los alumnos, pero es por su trabajo ilegal. La mayoría de gente acude a ella porque quiere, pero, cuando tiene la oportunidad, recopila datos de las personas que le interesan, simplemente charlando con ellas y haciéndose su «amiga» con la intención de emparejarlas con alguien.

Muy bonito todo, claro que sí, pero también me da pavor. Jamás he visto esa famosa lista ni falta que me hace; solo espero no aparecer en ella.

Mi amiga me responde cuando transcurren sesenta segundos.

Celeste: «¿Eres tonto? No vas a presentarte en su casa tú solo sin haber sido invitado. Mejor te acompaño yo, que conozco a ese chico y a sus amigos bastante bien, y así aprovecho para hacer unas gestiones y tú, para partirle lo que sea a ese Calisto, sexualmente hablando»

Melibeo: «Lo que usted mande, jefa»

Seguro que ese césped andante me echa de su casa a patadas, pero intentaré hablar de manera civilizada con él para terminar con esta guerra absurda que ha nacido entre nosotros.

13. La bruja y el ricitos invaden mi hogar

Calisto

He conseguido comprarme mi tinte rosa y me lo pienso poner en cuanto llegue a casa para deshacerme del vergonzoso verde.

—Ese Melifeo se ha creído que puede reírse de mí —hablo conmigo mismo en el ascensor, esperando a que me deje en mi planta—. Pues va listo, el narizudo robapoemas.

Cuando el cacharro se detiene en mi rellano, me encamino hacia la puerta de mi piso, sujetando las llaves con una mano y la bolsa con el tinte con la otra. Sin embargo, tengo la sensación de que me hallo atrapado en una pesadilla porque, al adentrarme en el salón, me encuentro a mi archienemigo y a la bruja y suelto tal chillido con el que casi me quedo afónico.

—¿Qué hacen esos dos monstruos en mi casa? —inquiero apuntándolos con la llave—. ¿Quién los ha dejado entrar?

Están sentados en mis sofás, comiéndose mis galletas Oreo, viendo mi tele y hablando con mi Pascu y mi Santi.

¿Qué me he perdido? ¿Desde cuándo son todos tan amiguitos?

—Yo, tío —me responde Santi, acomodado en un sofá junto a la bruja—. Ya sabes que Celeste y yo tenemos que arreglar unos asuntos.

Niego con la cabeza, aún sin creérmelo, y miro a Pascual para pedirle ayuda, pero me ignora; nada más se concentra en fulminar con sus ojos a Melibeo mientras se lleva a la boca patatas fritas para mastincarlas con tranquilidad, sentado en el suelo, frente a él y con las piernas cruzadas. En cambio, al ricitos de oro parece no molestarle su presencia porque ni se inmuta.

—Ya era hora de que dieras señales de vida, Furby —me dice el innombrable dedicándome una falsa sonrisa, y da una palmada en el sitio vacío que hay a su lado—. Ven aquí, que tenemos una charla pendiente tú y yo.

—Y conmigo —añade la bruja mirándome—. Recuerda que tenemos un plan en marcha.

Apolo desvía la vista hacia la pelirroja, pasmado.

—¿Estás siendo la casamentera del Furby y ni siquiera te dignas a contármelo? ¿Y con quién quieres emparejarlo? —le pregunta simulando resentimiento—. Vaya amiga tengo.

—Es secreto profesional —le contesta ella—. Lo pone en el código deontológico del colegio de brujas.

¿Cómo se atreven a hablar como si yo no estuviera presente?

—Ya no me está haciendo de casamentera porque he cancelado sus servicios —informo a Melibeo—. Y yo no tengo nada de lo que hablar contigo.

Me doy la vuelta y huyo del salón a toda pastilla porque no aguanto estar entre las mismas cuatro paredes que esos dos, sobre todo del rubito, que me pone enfermo con su apariencia de ángel y su personalidad de demonio. Sacaría su nabo de la nevera y se lo estamparía contra esa carita de maniquí desfigurado que tiene.

—Idiota... —murmuro para mis adentros.

Me dirijo hacia mi habitación para ponerme ropa vieja antes de echarme el tinte, que no quiero destrozar la que llevo puesta, y dejo la bolsa sobre el escritorio. Mientras rebusco en el armario alguna prenda que me pueda servir, la voz de Melibeo me sobresalta:

—Bonita habitación.

Se me escapa otro grito por el susto y me doy la vuelta. Entonces, descubro a ese ricitos tumbado sobre mi cama, con los brazos detrás de la cabeza.

Qué sinvergüenza. ¿Cómo osa colarse en mi cuarto sin haber pedido permiso? ¿Y si me hubiera pillado desnudo?

—Oye, ¿qué haces? —Me acerco a MI CAMA, un sitio donde jamás lo invitaré, y me hago con un cojín con dibujos de árboles para pegarle una paliza—. ¡Fuera! ¡Que vas a dejar tu hedor a excrementos en mis sábanas!

Cuando se vaya, las echaré a lavar, porque no pienso dormir acompañado de su terrible olor.

Continuó dándole golpetazos por cada parte de su cuerpo (excepto en la cara, porque soy considerado y no quiero romperle las gafas), pero él ni siquiera se esfuerza en defenderse, tan solo permanece de la misma manera que cuando ha entrado; lo único que cambia es que ahora ha sido invadido por un ataque de risa.

O se está riendo de mí o tiene ganas de venganza por lo que le he hecho a su coche. Quizá las dos cosas.

Como no deja de desternillarse en mi propia cara y en MI CAMA, y tampoco se puede mantener una conversación civilizada con él, desisto y lo último que hago es estamparle el cojín en la cara; me da igual que me haya cargado sus segundos ojos.

Que le den. Cumple a la perfección con el típico cliché de ser rubio y tonto a la vez.

Decido no perder más mi valioso tiempo y regreso al armario para seguir buscando una camiseta vieja y fingir que no hay nadie ocupando mis sábanas blancas con nubes rosas. Al final, elijo una con un par de agujeros y manchas de otros tintes que me he hecho.

—Oye, brócoli.

Suspiro, exasperado, y me vuelvo a girar hacia él.

—No me llames así —le espeto—. Tengo un nombre.

Sus carcajadas han cesado y las ha reemplazado por una expresión seria; también se ha sentado en mi cama con las piernas cruzadas, como una persona normal, aunque no se ha quitado las zapatillas de deporte y me está ensuciando las sábanas con la suela repleta de bacterias de la calle.

—Vale, perdón, Furby —se vuelve a burlar de mí, aguantándose la risa, y yo formo una pelota con la prenda para lanzársela, pero él la captura al vuelo y la observa—. ¿Vas a limpiar el polvo con esto o qué?

—No, voy a arreglarme el estropicio de mi pelo.

Melibeo aparta los ojos del trapo y los posa en mí.

—Te ha molestado lo del tinte, ¿verdad?

—¿Tú qué crees? —Me cruzo de brazos, molesto—. Nadie se mete con mi imagen. Jamás.

—Pues a mí me ha cabreado lo que le has hecho al coche de mis padres —me responde con el semblante neutro, y da una palmada en el colchón para que me siente—. Pero ven, no te guardo rencor. Me gustaría disculparme contigo por haberle dado el cambiazo al tinte.

Enarco una ceja sin creerme sus palabras.

No me fío. Seguro que ha puesto chinchetas en ese lado de la cama.

—Mientes.

—Te lo juro, Calisto —confiesa con la mano derecha posada sobre su corazón, mirándome fijamente, sin reírse—. Admito que me he pasado un montón; debería haberte avisado de lo del tinte cuando viniste a mi casa a darme la camiseta. —Un amago de sonrisa se asoma a su rostro—. Pero no me fie de ti porque pensaba que le habías puesto pinchos, insectos o algo peor.

Lo contemplo con desconfianza y, para asegurarme de que dice la verdad, camino hacia él y acerco mi cara a la suya para observarlo mejor, sobre todo sus ojos, la única zona del cuerpo humano que nunca miente.

—¿Qué coño haces?

—Comprobar si me estás engañando —le respondo—. Tu mirada me dice que no, así que te perdono. —Me siento en la cama, a su lado; él no despega su vista de mí en ningún momento—. ¿A qué has venido a mi casa?

—Para acompañar a Celeste, que tenía que hacer unas gestiones con tus amigos, para disculparme por lo de tu pelo y... —Hace una pausa para colocarse bien las gafas, que estaban descendiendo por el puente de su narizota, mientras yo lo escucho con atención—. Como me has rayado el coche, mis padres me han castigado y ya no quieren prestármelo para ir a la universidad. —Me contempla como un cachorrito para intentar darme lástima—. Como ha sido por tu culpa y tienes una moto, considero que lo justo sería que me recogieras en mi casa cada mañana y cuando terminemos las clases hasta que a mi familia se le pase el disgusto.

Sí, hombre, ¡lo que me faltaba, ser el chófer de este tipo!

—¡Ni hablar! —Niego de lado a lado con vehemencia—. Vete en transporte público, en taxi o andando.

—Vamos, Calisto. —Me mira, suplicante—. No seas tan cruel. Me lo debes.

—No, no, no y no. —Sigo moviendo la cabeza sin cambiar de opinión, pero, a los pocos segundos, sufro un pequeño mareo y me veo en la obligación de parar—. No pienso permitir que coloques tus posaderas en mi Freya. De eso nada. —Me levanto de sopetón y voy hacia mi escritorio para coger el tinte, dando por finalizada esta disparatada conversación.

—De acuerdo, te espero mañana, a las ocho y media, en la puerta de mi casa. No llegues tarde.

En cuanto me vuelvo a girar para contestarle, me percató de que me he quedado a solas en mi habitación y de que ese Melibeo ha huido. Me aproximo a mi cama para planchar las sábanas que me ha arrugado y ahuecar la almohada, pero advierto un cabello rubio y rizado descansando sobre ella, de modo que lo cojo con los dedos índice y pulgar, como si fueran unas pinzas, para inspeccionarlo.

Qué asco me da tener esta hebra de oro tan cerca y tocarla. Me desinfestaré las manos luego.

Abro la ventana, extendiendo el brazo hacia el exterior y suelto el asqueroso pelo para que vuele como un pajarito. Después, me dirijo hacia el salón para escupirle cuatro cosas a ese Melibeo, pero descubro que ya se ha marchado con su amiga y camino hasta la cocina, buscando a mis amigos.

—A partir de ahora, queda totalmente prohibido que esos dos seres pisen el suelo de MI CASA —les ordeno apuntándolos con el dedo—. Como les permitáis el paso, os echo a la calle. ¿Me habéis oído?

—¿Por qué? —me pregunta Santi—. Necesito que Celeste me siga ayudando para conquistar a Elisa. Además, ¿tú no estabas tan obsesionado con ese Melibeo? Es un tío majo; nos ha traído frutas y verduras de su huerto. —Señala las cinco bolsas que hay sobre la mesa—. Y todo gratis. Menudo chollo. Espero que la próxima vez nos traiga una vaca o un par de pollos.

Estudio lo que nos ha traído, por si acaso está podrido y me ha gastado otra broma, pero

cada alimento goza de buen estado: plátanos, brócolis, coliflores, zanahorias, melocotones, lechugas, berenjenas, calabacines, NABOS...

—Estoy de acuerdo con Calisto; esos dos no me generan confianza —interviene Pascu, y a mí me dan ganas de darle un beso en la frente por ponerse de mi parte de no ser por una de las cosas que dice a continuación; la segunda, en concreto, sobre cierto rubio—: Esa Celeste es una pesada y me ha intentado convencer para buscarme pareja, a pesar de que le haya dicho por activa y por pasiva que no me interesa. A ese Melibeo lo tolero un poco más, solo porque nos ha traído la compra sin recibir nada a cambio y juega a los videojuegos que más me gustan.

Me fastidia que no tenga nada malo que decir sobre ese Melibeo después del análisis que le ha hecho cuando se han presentado en casa. Seguro que esas dos sanguijuelas le han comido la cabeza a mi amigo.

—Váyanse a freír espárragos —les suelto, y abandono la cocina, furibundo y comiéndome un plátano de Melibeo, que está delicioso.

14. Tutoría de besos

Melibeo

—¿No te vas a llevar hoy el coche, cariño? —me pregunta mi madre agitando las llaves del vehículo en el recibidor, antes de que me marche de casa.

—Me va a recoger un compañero de la facultad, que le pilla de camino.

Sí, ayer le metí una trola a ese Calisto porque no quería que se fuera de rositas por haberme rayado el coche. Mis padres ni siquiera se han enfadado conmigo; se han pensado que lo de «gafo» ha sido obra de algún delincuente.

—¿Qué compañero es? ¿El que vino el otro día con el pelo rosa? ¿El mismo con el que te quedaste encerrado en la biblioteca? —quiere saber, la muy cotilla.

—Sí —le respondo sin una pizca de emoción en la voz. Para evitar que pueda añadir algo más o que haga suposiciones extrañas, suelto—: Me voy ya, que no quiero hacerlo esperar.

Algo que ya he hecho porque, cuando he escuchado una moto, me he asomado a mi ventana y he visto que era él, así que he tardado en bajar diez minutos a propósito.

—Vale. —Mi madre me regala un beso empalagoso en la frente—. Que tengas un buen día. Me quejo de sus muestras de afecto y abandono mi casa.

Tengo la impresión de que el coche está lloriqueando desde el garaje porque hoy nadie lo sacará de paseo. Mis padres utilizan uno nuevo, que se lo compraron hace un par de meses, para ir a trabajar al hospital juntos (los dos son cirujanos), y mi hermana, como ha estudiado Medicina también, se va con ellos porque está haciendo la residencia allí, por lo que la mayoría del tiempo estoy solo en casa.

—Ya era hora, Apolo —me espeta el Furby en cuanto llego hasta él—. Llevo esperándote un millón de minutos.

Se ha vuelto a poner ese ridículo tinte rosa en el pelo, que le queda jodidamente bien.

—Me había entrado un apretón y no he podido salir antes —me burlo—. Ya sabes cómo son las necesidades fisiológicas.

El Furby arruga la nariz en una mueca de animadversión.

—Necesito borrar de mi cerebro la imagen tan vomitiva que me acabas de formar.

Me echo a reír y le arrebató uno de los dos cascos rosas. Después, pone en marcha la moto, pero, antes de que plante su culo en el sillín, me adelanto yo porque quiero conducirla.

—¿Qué haces?! ¡Ese es mi sitio!

—No me fío de ti, así que voy a llevar tu moto —le contesto con las manos posadas en los manillares, y le hago un gesto con la cabeza para que se monte—. Venga, sube.

—¡No pienso ir de paquete en mi moto! ¡Y mucho menos voy a permitir que la conduzcas! —vuelve a gritar, rojo de rabia, y se cruza de brazos, enfurruñado—. Vamos, por encima de mi cadáver.

Me vuelvo a carcajear ante su actuación tan cómica.

—Pues nada, ahí te quedas. Vete andando a la universidad.

Y salgo a la carretera, meándome de risa y abandonando a ese Furby en la acera, que me está insultando de todas las maneras posibles como si fuera un diccionario andante.

Ojalá pudiera poseer su amplio vocabulario para escribir mi novela erótica en vez de visitar cada diez segundos una página web de sinónimos y antónimos.

Cuando deja de vomitar insultos y se calla, doy la vuelta y regreso junto a él.

—Jamás he pensado que se podía odiar tanto a una persona —me dice, a punto de sufrir una úlcera—. Eres el ser humano más odioso que existe.

Suspiro, fingiendo aburrimiento.

—¿Subes o qué? No quiero llegar tarde.

Como era de esperar, se coloca su casco y se monta en la moto a regañadientes, procurando tocarme lo menos posible; sin embargo, en cuanto comienzo a circular por la carretera, pega su pecho a mi espalda y rodea mi cintura con sus brazos.

Tener a un casi desconocido abrazándome, sin un centímetro de espacio entre nosotros, no es para nada mi pasión.

—¿Qué haces, Furby? ¡Ni que fuera tu puto novio para que me abracés así! ¡Me estás aplastando los intestinos!

—No confío en ti. Seguro que no sabes conducir o me empujas a la carretera para que me atropelle un autobús. Si me toca fallecer, que sea contigo para que vivamos juntos en la eternidad, como Romeo y Julieta.

—Qué estupidez de historia. —Me detengo en un semáforo en rojo—. No hay nada más patético que morir por amor.

Noto un fuerte pellizco en el estómago, que procede de los dedos de la mano derecha del Furby, y se me escapa un quejido.

—¡Arrepiéntete de lo que acabas de decir! —me grita, más ofendido que si me hubiese mofado de sus antepasados—. ¡Maldito inculto! ¡No sabes valorar la literatura universal! ¡Shakespeare está llorando desde su tumba!

—¡Anda ya, panoli!

—¡No me llames panoli, cateto! —Y me pellizca otra vez, pero ahora con las dos manos y con unas ganas inmensas de arrancarme el pellejo.

El resto del trayecto transcurre en silencio, sin que nos gremos ni nos peleemos más, pero no me abandona la sensación de molestia por tener a este macaco envolviéndome con sus brazos.

La próxima vez, me pongo yo detrás.

Estaciono la moto en la facultad y él es el primero en bajarse; después lo hago yo y me percató de que se está sacudiendo los brazos y la camiseta con asco, deshaciéndose de mi esencia.

—Toma. —Le entrego las llaves de su ridiculez de vehículo y él me las quita de un tirón—. Como hoy tengo que quedarme trabajando en la biblioteca, me tendrás que recoger cuando termine mi turno.

Calisto me mira de hito en hito y vuelve a ladrarme porque tiene complejo de chihuahua:

—¡No voy a esperar a que salgas tan tarde! ¡Tengo cosas más importantes que hacer, como escribir poemas y seguir buscando a mi muso ideal!

—Escríbelos en la biblioteca y úsame a mí como muso, que así seguro que quedas segundo en el concurso.

Porque el ganador voy a ser yo, por mucho que este zoquete se empeñe en lo contrario.

El Furby levanta un dedo para rebatir:

—Primero: en la biblioteca no me concentro porque no tiene zonas verdes. —Me desafía con su mirada y añade otro dedo—. Y segundo: tú no me sirves como muso porque eres borde, tienes gafas y tu nariz parece un elefante bocarriba, como la de Góngora. Quevedo le dedicó un soneto buenísimo y divertidísimo, por cierto.

Permanezco callado y me llevo una mano a la parte de mi cuerpo que ha mencionado para comprobar si tiene la silueta de un elefante, cosa que es mentira porque luzco una nariz normal, aunque algo grande, que la he heredado de mi padre.

—Pues anda que tú —contraataco y, con mi dedo, me dedico a señalar cada zona de su ser que voy mencionando—: Con ese pelo tan horrendo que se asemeja a una peluca, esos ojos tan grandes que parecen dos huevos cocidos, esos labios tan gordos como morcillas y ese *piercing* en la nariz que estará lleno de mocos.

Calisto abre la boca y se lleva una mano al pecho, porque le habré herido sus ñoños sentimientos.

—Fatal, Meli. —Niega con la cabeza, decepcionado—. Así es imposible que te conviertas en mi muso, que lo sepas. Esfuérzate más si sueñas con serlo. —Se da media vuelta y se encamina hacia la facultad mientras habla consigo mismo en voz alta.

Antes deirme yo también, estudio mi nariz en el espejo retrovisor de la moto desde todos los ángulos posibles, porque ese tipo casi daña mi ego, pero sigo sin verle la similitud con un elefante.

Es una nariz de persona normal; no sé qué tiene en contra de ella ese memo.

* * *

Tengo dos capítulos escritos y me he quedado atascado en la escena donde se tienen que besar mis dos protagonistas por primera vez. Sobra decir que aún no han mantenido relaciones sexuales.

Estoy prácticamente en blanco. He leído un millón de novelas donde se narran besos y no soy capaz de acordarme de ninguna; tampoco recuerdo mi propia experiencia besando a la gente ni lo que sentí. No me he morreado con muchas personas a lo largo de mi vida, solo con tres, y no soy ningún experto en el arte de comerle la boca a alguien.

—¿Qué te pasa? Te veo muy estresado, Meli.

Aparto la vista de la pantalla de mi portátil y la alzo hacia la persona que acaba de interrumpir mi sesión de escritura en mi aburrida jornada laboral en la biblioteca.

Calisto me mira, risueño, con los codos apoyados en el mostrador y las manos posadas en sus mejillas.

—¿Qué quieres ya? —le espeto.

—Vengo a recogerte, que faltan diez minutitos para que salgas.

Desvío los ojos hacia la hora en mi ordenador. ¿Ya? ¿Tan rápido se me ha pasado el tiempo?

—Ah... —Vuelvo a mirarlo—. Recojo y nos vamos.

Pensaba que no vendría, igual que esta mañana, pero ha logrado sorprenderme.

—En realidad, llevo mirándote un buen rato y no te has dado cuenta. ¿Estabas concentrado, escribiendo, y por eso hacías muecas raras? ¿Tienes bloqueo de escritor?

—No es de tu incumbencia.

Calisto se cuela en mi zona de trabajo, sin ninguna vergüenza, para echarle un vistazo a mi documento abierto en el portátil, pero yo se lo impido, bajando la tapa a tiempo.

—Fuera —le ordeno asesinándolo con la mirada—. No eres un bibliotecario para estar aquí.

—Quiero ayudarte a avanzar con tu manuscrito, que te veo agobiado. —Se encorva para permanecer a mi altura; yo aún estoy sentado en la silla—. ¿Me dejas?

No entiendo por qué me apetece dedicarle una sonrisa, pero no lo hago porque necesito esforzarme en mantenerme serio.

—No voy a mostrarte nada de mi novela, y lo que me pasa es que estoy bloqueado porque no soy capaz de escribir la escena del beso.

Calisto hace una mueca con los labios.

—¿Qué problema tienes? —inquieta, creo que burlándose de mí—. ¿Te cuesta describir el proceso físico en sí o los sentimientos?

—Todo.

—¿Has escrito una escena así alguna vez? ¿Tienes experiencia besando a gente?

¿Y a él qué le importa eso último?

—No soy un monje, idiota —le espeto sintiéndome insultado—. Y nunca he descrito besos, pero he leído muchos libros donde los personajes se dan el lote.

El Furby deja escapar un suspiro.

—¿Por qué eres tan borde? Solo quiero ayudarte. —Me regala un pequeño empujón en el hombro y se pone recto—. En fin... Te espero fuera. —Y echa a andar hacia la salida de la biblioteca.

¿Ayudarme? Eso no se lo cree ni él. Somos contrincantes y dudo mucho que me quiera echar un cable con mi novela de manera altruista, sabiendo que él puede perder en el concurso.

Apago el portátil y el ordenador de la biblio, cojo mis cosas y me aseguro de que todo el mundo se ha marchado. Después, desconecto las luces, cierro con la llave y me largo de la universidad hasta mañana.

En los aparcamientos, Calisto aguarda al lado de su moto con los dos cascos; Celestino está sentado en el sillín con sus patitas escondidas debajo de su cuerpo.

¿Ese gato no tiene casa? Celeste lo ha malcriado demasiado.

—Venga, aconséjame sobre la escritura de besos —le digo al Furby cuando me detengo frente a él—. A ver si me sirve de algo aguantar tu presencia.

A lo mejor me da ideas absurdas, como las que ha tenido para escribir sus cutres poemas, y algo se podrá rascar entre tanta mierda.

—¿Aquí? ¿Ahora? —Enarca una ceja.

—Si quieres, te invito a cenar a mi casa, no te jode —le respondo con ironía, y le hago un gesto con la cabeza—. Empieza.

—Está bien. —Da un par de pasos hacia mí, despreocupado—. Tengo que invadir tu espacio personal para refrescarte la memoria y explicarte bien cómo se besa.

Les ordeno a mis piernas que retrocedan para alejarme de él.

—Ni de coña.

Se le escapa una carcajada.

—No voy a darte ningún beso, Apolo; me da asco compartir fluidos salivales con alguien como tú. Tendrás que hacer uso de tus fantasías para esa parte de la lección. Lo siento. —Se encoge de hombros, divertido—. Estate quieto y atiende.

—Vale.

Calisto carraspea, preparándose para la clase, y yo me cruzo de brazos para prestarle atención. Entonces, comienza a hablar, disfrutando de su explicación:

—Primero de todo: existen muchos tipos de besos, como los que se dan con cariño, los piquitos, con lengua, sin lengua, los pasionales, más húmedos, menos húmedos... Depende de la

escena que estés escribiendo.

—Ya lo sé.

Como ha dicho antes, se acerca a mí, acaparando mi espacio personal, y me descruza los brazos, que los dejo caer a cada lado de mi cuerpo.

—Por ejemplo, puedes contar que uno de los personajes le sujeta de la nuca al otro y aproxima su rostro al suyo.

Mientras parlotea, hace exactamente lo que ha descrito con sus palabras: cogerme del cogote y borrar la distancia que separa nuestras cabezas, pero sin besarme, aunque nuestras bocas casi se juntan.

—Lo que viene a continuación ya te lo puedes imaginar —susurra contra mis labios; yo trago saliva y respiro con dificultad.

Como intente besarme, le hago la cobra, le doy un puñetazo o ambas cosas a la vez.

Tras unos segundos en esta posición, Calisto me suelta y yo no sé si me siento aliviado o desilusionado.

—Otra forma puede ser la de que Fulanito, que eres tú, le hiciera esto a Menganito, que soy yo —continúa, y me coge los brazos para que rodee su cintura con ellos, como si estuviera abrazándolo; yo me dejo hacer, sintiéndome una marioneta—. Luego, yo puedo posar las manos en tu rostro. —Cubre mis mejillas con sus palmas y, conforme habla, va haciendo lo que dice—: Acariciarte con los pulgares, pasear un dedo por tus labios, mirarte a los ojos y... ¡Pum! —Me besa en la punta de la nariz—. Ya sabes, el esperado beso. —Y se aleja de mí para evitar contagiarse de la peste que no tengo—. Lección finalizada.

¿Ya? Pues vaya truño de clase; no me he enterado de nada y solo me ha servido para generarme incomodidad, sed y palpitaciones dentro de mi pecho.

—¿Y las sensaciones? —inquiero; la voz me sale ronca.

Calisto se coloca el casco con torpeza y ladea la cabeza en mi dirección; yo me fijo en sus mejillas sonrosadas.

—¿Qué sensaciones? Estás escribiendo porno gay.

—Erótica gay —lo corrijo—. No es lo mismo que la pornografía y se necesita describir las sensaciones.

—Ya... Bueno... Esto... —titubea jugando con sus manos con nerviosismo—. Otro día.

En lo que conecta la llave, me dedico a ahuyentar a Celestino para que deje el sillín libre, porque no se ha movido de ahí desde que hemos llegado y habrá disfrutado de lo lindo de nuestra actuación. Al final, consigo echarlo, explicándole con educación que el Furby y yo nos tenemos que ir y que Celeste lo estará buscando.

—¿Todavía no la has metido? —le pregunto a mi acompañante, porque le tiemblan tanto las manos que no es capaz de conectar la llave.

—Perdón, es que soy un poco torpe. —Me sonrío, abochornado, y me la tiende—. Intenta metérmela tú, por favor. —Al darse cuenta del doble sentido de esa expresión, sacude la cabeza y se pone aún más rojo—. ¡Meterla!

Me hago con las llaves, descojonándome de la risa.

—Vale, te la meteré yo.

Me obsequia con otro empujón en el hombro a la vez que me echa un mal de ojo.

—Soy mucha carne para tan pocos dientes, Apolo de pacotilla.

—Era una broma, Furby —le contesto—. Además, no puedo comer carne; soy vegano.

—¿Vegano? —Se le escapa una carcajada, ya que a algunas personas les hace gracia cuando menciono que no como nada de origen animal—. No está mal... Lo soporto más que el otoño y

el *inviegno*, pero a mí me gusta más la *primavega*, por las florecitas. —Me guiña un ojo y se monta en la moto—. Vámonos ya.

Un poco más y me desmayo por la «no risa» que me ha dado el chiste de don Comedias.

15. De la teoría a la práctica

Calisto

Al día siguiente, en uno de los descansos entre clases, me adentro como un huracán en la droguería de esa bruja estafadora para cantarle las cuarenta por el hechizo que no ha cancelado todavía. Sin embargo, me llevo la sorpresa de que Melibeo está haciéndole compañía y el gato, tumbado a un lado del mostrador.

Hoy también he recogido a ese rubito en la puerta de su casa, pero no le he dirigido la palabra en todo el trayecto ni lo he rodeado con los brazos. Prefiero morir estampándome contra el suelo antes que volver a abrazarlo.

No es posible que esté empezando a sentir cosas tan fuertes hacia él; me estoy asustando. Ayer, cuando estuve explicándole escenas románticas, faltó poco para que se me saliera el corazón del pecho por cada gesto que le regalé, por tenerlo tan cerca y por esos dos casi besos.

No, esto no es normal. No se parece en nada a los enamoramientos que he tenido antes, que sí eran reales. Lo que siento por ese Apolo es muy forzado, artificial y me desagrada. ¡Hasta he soñado que le volvía a dar clases y le mostraba el proceso del beso en sí! Me he despertado de lo más excitado y me he tenido que masturbar para acabar con esa sensación tan insoportable.

Y mi mente solo se imaginaba a Melibeo Flores del Campo.

Qué repelús.

—¡Te dije que dejaras de hacer brujería con mis sentimientos! —le espeto a la bruja—. ¡Quiero el libro de reclamaciones!

Celeste permanece sentada en un taburete tan tranquila, detrás del mostrador, sonriendo como una pirómana a punto de lanzarle una cerilla a su víctima, como si esto no fuera con ella.

—No tengo libro de reclamaciones y ya te he dicho que mis conjuros no se pueden cancelar. —Se encoge de hombros con jovialidad—. No hubieses pedido un servicio tan serio.

¿Cómo que no se puede cancelar? ¡Todos los servicios cuentan con un periodo de prueba donde te puedes echar para atrás si no te convencen!

La contemplo con ganas de abalanzarme sobre ella para arrancarle ese pelo del color del fuego.

—Eres una ramera barata y una bruja demoníaca —la insulto apuntándola con el dedo—. Tu gato y tú arderéis en el infierno por ser unas criaturas del mal.

Pero a ella parece que no le ofenden mis palabras porque se ríe en mi propia cara.

—Oye, ¿qué coño te pasa? —El machito de su amigo unineuronal sale en su defensa; yo ladeo la cabeza hacia él para mirarlo—. ¿Quién te crees que eres para insultar a Celeste?

Precioso. El caballero andante salvando a su dama de las manos del que considera el villano, cuando en realidad es al revés: ella es la villana y yo, el pobre señorito en apuros.

—¡Tú te callas, que todo esto es por tu culpa! —le grito a Melibeo, y me llevo las manos a la cabeza—. ¡Dios, es que no sabes cuánto te detesto, maldito engendro perfecto!

—¿Y yo qué tengo que ver en esta situación? —Pega un dedo a su sien derecha—. Se te ha ido la olla, Furby.

No le respondo y lo único que hago es dedicarle a la bruja un corte de mangas mientras ella nos mira como si fuera una madre orgullosa. Después, me fugo de ese hervidero de magia negra antes de que sea víctima de otro hechizo.

Me arrepiento muchísimo de haberle pedido ayuda para obligar a Melibeo a enamorarse de mí.

Ya no lo quiero; lo aborrezco, igual que los protagonistas de *Orgullo y prejuicio* se detestan entre sí. Somos Mr. Darcy y Elizabeth Bennet.

—¡Furby, espera!

En lugar de detenerme y girarme hacia él para recibirlo entre mis brazos, corro más deprisa porque no tengo ganas de verle esa cara de porcelana tan horrible y bonita. Como tengo tanta mala suerte, me tropiezo con una cáscara de plátano y aterrizo sobre el asfalto, bocabajo.

—¡Ay! —me quejo por el dolor.

Huida abortada.

—¡Furby! —Melibeo, cuando llega hasta a mí unos segundos después, se acucilla—. ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño en algún sitio?

—Estoy fenomenal. Gracias.

Apolo se incorpora y me ofrece su mano, pero yo la rechazo, de lo más digno, y me pongo en pie como si no hubiera sucedido nada; luego, me sacudo la ropa para deshacerme de las bacterias del suelo.

—¿Me vas a ayudar a narrar las sensaciones de los besos? —inquire, y yo desvío la vista hacia él, entre asombrado y molesto—. Necesito refrescarme la memoria. Hace mucho tiempo que no me morreo con nadie.

Y, cómo no, la ira invade mi ser.

—¿De verdad quieres saber lo que se siente al besar a alguien? —Clavo mis ojos en los suyos, protegidos por sus gafotas, y él asiente con el semblante impasible—. Te lo digo ahora: se siente asco, porque hay babas por todos lados; sabes lo que ha comido esa persona; a veces le apesta el aliento; notas si se ha lavado los dientes o no lo hace desde hace años; te introduce bacterias en el organismo que pueden ser letales... —Hago una mueca de desagrado y exclamo, haciendo aspavientos con los brazos—: ¡Un tremendo y absoluto asco!

Al parecer, se cree que soy un payaso porque se echa a reír, y los viandantes que pasan por nuestro lado nos miran, intrigados.

—Hombre, ya... —suelta Apolo entre risas—. Si se piensa solo en esos motivos, es evidente que dé asco besar a la gente.

—Pues eso. Los besos generan aversión. No los recomiendo. Cero estrellas de cinco.

—¿Qué te pasa hoy? ¿Te has levantado con el pie izquierdo? —se mofa—. ¿Por qué estás tan cabreado?

Me mantengo en la misma posición, sin responderle y con la vista fija en el edificio de la facultad que se alza ante nosotros, con estudiantes saliendo y entrando. Melibeo se acerca a mí y coloca una mano en el lado izquierdo de mi pecho.

—Con los besos se sentían también nervios, y tu corazón comenzaba a palpar con fiereza.

Aparto su mano de inmediato porque he notado que me quemaba por encima de la camiseta.

—Una conexión especial con la otra persona —añado—. Su calor, su olor, sus latidos... Todo lo que hay alrededor desaparece y solo existís vosotros. Te sientes feliz, relajado... —Mis ojos viajan hacia su boca y él se muerde el labio inferior—. Tienes la adrenalina a tope... —Me

esfuerzo en posar la mirada en la suya para evitar la tentación de querer probar sus besos—. Vamos, que te besaría ahora mismo para mostrártelo si no fuera porque me generas muchísima repugnancia.

Apolo se queda serio, mirándome.

—Tranquilo, que el asco es mutuo y seguro que besas fatal —contraataca, y se da la vuelta, en dirección a la entrada de la facultad, con el deseo de alejarse de mí.

Oh, por Venus, qué ataque más doloroso hacia mi ego. ¡Yo soy un experto en besos! Que se lo pregunte a cualquier chico que ha tenido la suerte de probarlos. A Pascu, por ejemplo, que ya lo conoce.

—¡¿Cómo que beso fatal?! ¡Retráctate! —Avanzo hacia él con gigantescas pisadas—. ¡Ven aquí, que te vas a tragar tus palabras!

Lo pienso besar para demostrarle que eso que ha comentado sobre mis besos es completamente mentira, que ya me está tocando demasiado la moral.

Cuando consigo alcanzarlo en los pasillos de la universidad, esquivando a algunos estudiantes, lo sujeto del brazo con fuerza y lo giro hacia mí.

—Me apetece besarte —suelto, superseguro de mi decisión; él me responde con una risotada y se suelta de mi agarre de un tirón—. ¿De qué te ríes?

—De ti, por supuesto.

Dios, es que no lo soporto.

—¿Me das permiso para besarte? —insisto armándome de paciencia.

He aprendido que debo pedir permiso antes de darle un beso a alguien, porque una vez malinterpreté las señales con un heterosexual muy heterosexual. Estábamos haciendo un trabajo del insti en mi casa, y el chico (del que estaba enamorado en secreto) no paraba de mirarme los labios, de modo que me lancé y lo besé, pero acabó dándome un puñetazo en la nariz. No tardó en huir de mi habitación y yo me fui al baño a limpiarme la sangre del golpe, aunque, al mirarme al espejo, descubrí que tenía una mancha de chocolate al lado de la comisura de los labios y que por eso ese tipo no dejaba de observarlos.

Parece un ridículo chiste, pero es una triste anécdota.

—Vale —me responde Apolo con desinterés.

Mi cerebro cortocircuita porque no se esperaba esa contestación tan firme.

¿Eh? ¿Vale? ¿Y ya está? Creía que se iba a negar con lo borde, frío y antipático que es.

—¿Sí? —inquiero, dudoso, para asegurarme de que no me está gastando otra broma.

—Claro, la teoría ya la tengo más que asimilada y siempre es bueno practicar, sobre todo contigo, que aparentas ser tan sabio en esto.

Mi corazón bombea como loco dentro de mi pecho; las manos me sudan y tiemblan a la vez.

¿Ahora qué hago? Se me ha olvidado cómo se besa y no me acuerdo de las explicaciones que le di a Apolo ayer.

Es la primera vez que estoy tan nervioso por dar un beso. El hechizo de esa bruja es lo peor y me está provocando sentimientos muy extraños.

—Furby, ¿es para hoy o no? Que me estoy perdiendo una clase por estar de cháchara contigo —Melibee interrumpe mi monólogo interior, con una sonrisita chulesca adornando su rostro y aguardando, de brazos cruzados, a que me lance—. ¿Qué te pasa? ¿Te da miedo que descubra que besas como el culo?

Sin importarme lo más mínimo que haya gente alrededor, la ira se apodera de mí como jamás antes lo ha hecho y me acerco a Apolo. A continuación, lo agarro de la nuca con firmeza, en un movimiento rápido para que no se le ocurra hacerme la cobra, y estampo mi boca contra la

suya.

Por la tensión que nos rodea, pienso que me va a empujar o a propinar un puñetazo, pero, tras unos segundos, recibo su aprobación porque presiona sus labios contra los míos con suavidad y deposita sus palmas sobre mis mejillas. Mis manos viajan hasta su cintura y lo atraigo más hacia mí; su boca se abre paso con timidez para recibir a mi lengua, que enseguida busca la suya.

¡Por Cupido! Estoy experimentando un millón de sensaciones multiplicadas por mil y me voy a desmayar. Lo único que oigo son los latidos de mi pobre corazón, que hace un esfuerzo sobrehumano para no estallar como si fuera un fuego artificial.

¿Existe el dios de los besos? Porque de ahora en adelante se llamará Melibeo.

Cuando nos separamos porque nos quedamos sin aire, nos miramos a los ojos y yo no tengo ni idea de lo que significa su expresión.

No sonrío, ni pestaño, ni luce seriedad... Nada. Parece un frío robot.

He besado un trozo de hielo humano que ha originado un incendio dentro de mi ser. Menuda paradoja.

—Bueno... —rompo el silencio entre nosotros. En el pasillo todavía quedan unos pocos estudiantes yendo de un sitio a otro y hablando entre ellos—. ¿Qué te ha parecido?

—Un asco —me responde, y esas palabras me golpean en la cara como si fueran una bofetada—. Sabía que besabas fatal. —Se limpia la boca con la mano, acompañando el gesto con una mueca de animadversión.

—A mí también me ha dado asco —replico para no ser yo el único que se sienta mal—. Ha sido el peor beso de mi vida.

—Me alegra que opinemos lo mismo.

—A mí también —repito como un papagayo.

Como es obvio, no le voy a confesar jamás que me ha encantado, porque le tengo aprecio a mi autoestima.

—Pues nada... —Acerca su mano a mis labios para pasear su pulgar por ellos sin parar de mirarlos; yo tampoco puedo dejar de contemplar los suyos—. El beso más asqueroso del mundo.

—Conuerdo contigo. —Mi voz suena inaudible—. Deberían añadirnos al *Libro Guinness de los récords*.

Y, como si no hubiésemos tenido suficiente con tanta aversión, nos volvemos a besar de esa manera tan asquerosamente maravillosa.

16. El café venenoso

Melibeo

Necesito cuarenta litros de cafeína en mi organismo. Si me los inyectan en vena, mejor.

¿Es normal haber escrito veinte mil palabras de mi historia en tres días?

Según yo: sí, porque debo aprovechar los momentos de inspiración.

Según mi padre: sí, porque «escribir mola mogollón».

Según mi hermana: no, porque voy a perder la cabeza igual que ella la perdió estudiando doce horas diarias para conseguir la primera plaza en el MIR.

Según mi madre: no, porque no me muevo de la silla del escritorio y tengo que salir más para que me dé el aire.

Según Celeste: sí y no, porque debe haber un equilibrio entre tareas y no se debe abusar de ninguna.

Según el Furby: no, por tres sencillas razones. La primera, porque me quedaré ciego y necesitaré unas gafas gigantes de culo de vaso con las que estaré horrible; la segunda, porque escribir tantas palabras en tan poco tiempo no es de fiar y la calidad brillará por su ausencia, ya que soy «un escritor de pacotilla»; y la tercera, porque si Cervantes levantara la cabeza, volvería a meterse en la tumba. Todo esto me lo puso en un comentario de una foto que publiqué ayer por la noche en Instagram, donde aparecía la pantalla del ordenador con el documento del manuscrito abierto y el número de palabras totales que tengo escritas.

El idiota es un tremendo *stalker*; hace unos días comenzó a seguirme en esa red social, sin yo haberle dicho mi nombre de usuario, y le dio a «me gusta» a la primera foto que subí hace como un millón de años, por lo que deduzco que me habrá estado cotilleando el perfil enterito.

Hoy es sábado y, desde el miércoles, solo he dormido tres horas por las noches por no haber podido parar de escribir. Juro que mis dedos se movían con vida propia por el teclado y que mi cabeza iba a mil por hora.

Los secretos: saltarme las escenas de sexo (que ya las redactaré más adelante porque ahora me da pereza), viajar hacia la cafetera en incontables ocasiones, no tener a tus padres en casa tantas horas... Y los besos asquerosos que me di con el Furby en mitad del pasillo de la universidad, que me llenaron de inspiración.

Debo admitir que ese chico sabe cómo besar. Al principio no lo creí y pensaba que estaba siendo un fantasma, pero después me tragué mis palabras con mucho gusto, además de sus besos con sabor a regalices. Todavía me estoy desintoxicando porque me provocaron adicción, y eso que solo nos morreamos dos veces. El jueves y el viernes me recogió y me llevó a casa con su moto, pero no hablamos mucho, solo «hola» y «adiós», y yo evité por todos los medios mirar sus labios.

Como hoy es el día libre de mi madre, me ha sacado de la cama a las ocho de la mañana (me he acostado a las seis) y ha entrado en mi habitación como un vendaval para subir las persianas y

pasar la aspiradora, a pesar de que yo la limpie a menudo porque odio que mi guarida se encuentre sucia. Luego me ha echado de casa para que tome el sol, sabiendo que hoy el día se ha despertado nublado y que puede que comience a llover de un momento a otro.

He quedado con Celeste dentro de una hora para desayunar en El Cafecito Coquette (la idea ha sido de ella), pero yo voy a pillar una mesa con antelación para no desperdiciar el tiempo y avanzar en la novela, que para eso me he traído el portátil, el único ser que me comprende.

Mientras aguardo mi turno en la cola, me entretengo mirando las redes sociales en el móvil sin despegar mi vista de la pantalla, ni siquiera cuando doy un paso adelante. Sin embargo, en cuanto me toca pedir, la irritante voz del Furby interrumpe mi lectura de un tuit:

—Que te presentes en mi lugar de trabajo para verme se considera acoso, Apolito.

Levanto los ojos del móvil y los poso en el barista que tengo frente a mí, con un delantal rosa encima de su uniforme, también de ese color.

Joder, con la cantidad de cafeterías que hay en esta ciudad, a Celeste se le ha ocurrido proponer esta, donde no tenía ni idea de que el Furby estaba currando.

—No sabía que trabajabas aquí; no te emociones tanto —le respondo con desdén—. De hecho, ni siquiera pensaba que currabas, sobre todo de forma legal.

Más bien tiene pinta de ser el típico hijo malcriado y mimado de sus padres, pero esta opinión me la guardo.

Calisto hace muecas de burla y me pregunta:

—¿Te pongo algo?

«Algo no, mucho», contesta mi subconsciente por mí.

—¿Qué? —Arrugo la nariz y él se echa a reír.

—Algo para desayunar, Melifeo.

Mi rostro se torna serio y le pido, en tono robótico, un café con leche de almendras, sin azúcar, y dos *cookies* veganas, pero le tengo que recordar que, como se equivoque con los ingredientes y me sirva productos de origen animal, me vengaré de él.

—Por mucho que te odie y me apetezca servirte leche de vaca, no lo pienso hacer porque no quiero que me despidan, guapetón. —Y se da la vuelta para preparar mi desayuno.

Vuelvo a sumergirme en mi móvil, aunque esta vez para echar una partida a un juego de un *ninja*, mientras ese cenutrio prepara mi pedido.

—Aquí tienes —me dice Calisto unos minutos después, plantando sobre el mostrador mi desayuno, y yo le entrego un billete de veinte euros.

—Tampoco te equivoques con el cambio.

—Eres un cliente demasiado exigente. —Suspira con cierto dramatismo—. Qué horror de persona.

En lo que tarda en regresar con mi vuelta, me percató de que ha escrito en el vaso, con rotulador negro, «Melifeo», acompañado del dibujo de una cara cabreada. A continuación, viene con el cambio y yo lo cuento tres veces para asegurarme de que está correcto. Después, cojo mi bandeja sin darle las gracias ni decirle nada más, para ocupar algún sitio libre y tranquilo, pero, cuando le doy la espalda y me alejo un par de pasos, oigo:

—Qué rata eres, que no me das propina con lo bien que te he atendido.

Yo le respondo enseñándole el dedo corazón a la par que sujeto con mi mano libre la bandeja, con cuidado para que no se me caiga.

Lo primero que hago al escoger una mesa es comprobar que el café y las *cookies* son aptas para veganos, porque no confío nada en ese tío, y me sorprende al descubrir que ha hecho bien su trabajo.

—Mmm... —gimoteo al saborear el café, que es el mejor que he probado en mi vida.

¿Le habrá añadido algún ingrediente extraño y por eso está tan delicioso? Porque he venido a esta cafetería otras veces para pedirme lo mismo (sin él como camarero) y el café sabía de otra manera.

Mejor será que no sepa qué clase de magia ha utilizado para que me enamore de su café si no quiero acabar en la cárcel por cometer un asesinato.

Durante la hora siguiente, no logro concentrarme en mi novela, pese a que lo intente con todas mis fuerzas, porque no puedo dejar de observar cómo el Furby atiende a sus clientes con simpatía, sonrisas gigantes, guiños de ojos, rapidez, maestría y coqueteo (sobre todo con algunos chicos), como si hubiera nacido con ese don de gentes que tanto piden en los trabajos de cara al público, algo que a mí no me sale de manera natural. Lo peor es que los demás lo adoran y yo no lo entiendo.

A alguien le parece bien darme un susto en este momento en el que me hallo lejos del mundo real, porque coloca las palmas sobre mis hombros, con su cuerpo detrás de mí, y exclama:

—¡Melibeo!

Se me escapa un grito y doy un respingo. Celeste sale de su escondite, riéndose y poniéndose frente a mí.

—¿Estás loca, tía? —le espeto—. Casi me caigo de la silla.

—Es que te has quedado embobado mirando a ese Calisto y tus babas se te estaban cayendo al teclado.

—¿Eh? —Me hago el tonto y mi vista desciende hacia el portátil por si está mojado, con las carcajadas de mi amiga de fondo, y vuelvo a centrarme en ella—. No estaba mirando a nadie, solo pensaba en mis personajes.

—Ya, claro —me responde sin creermelo—. En fin, voy a pedir. ¿Quieres que te traiga algo?

—Eh... Otro café igual que este, porfa.

Celeste se marcha hacia la cola y se detiene justo en la que atiende Calisto, supongo que para joderme. Como no hay mucha gente, su turno llega pronto y al Furby se le esfuma la felicidad del rostro en cuanto la ve; en cambio, ella interactúa con él con entusiasmo.

Me pregunto por qué le caerá tan mal mi amiga si la quiere todo el mundo. Es una pesada y demasiado intensa, eso sí, pero se le coge cariño enseguida. ¿Quizá porque no le han funcionado los servicios que ha contratado para conquistar a la persona que le interesa? Porque todavía estoy flipando por la escena que montó en la droguería el otro día.

¿Y quién habrá sido el desafortunado al que le ha querido hacer brujería? Necesito darle mis condolencias... O mi enhorabuena por no haberse enamorado del Furby. No me extraña que ni los hechizos de mi amiga hayan funcionado para emparejar a ese memo. Nadie, en su sano juicio, querría una relación con él. Igual, para pasar el rato no habría problema, pero para aguantarlo día sí y día también como novio... Como que no.

Cuando Celeste regresa a nuestra mesa, lo hace con su café y un trozo de tarta de chocolate; las dos cosas, para ella.

—¿Y mi café?

Como se le haya olvidado a propósito para que se lo tenga que pedir al tarado, me bebo el suyo, aunque sea de leche de vaca.

—Ahora te lo trae el barista sexi de pelo rosa, que se ha empeñado en darse un paseíto hacia aquí —parlotea mientras toma asiento—. Se nota que le gustas un montón. Podrías lanzarte y pedirle que sea tu conejillo de indias para tu novela, no sé... —agrega como quien no quiere la

cosa—. Se te va a caer el nabo y te vas a quedar ciego de tanto ahorcártelo a solas.

—Cállate —le ordeno con ganas de estamparle el trozo de tarta en la cara—. Solo hago eso cuando el cuerpo me lo pide, no a todas horas como si fuera un vicioso.

Un carraspeo suena cuando termino de hablar. Alzo la cabeza hacia el camarero que se ha parado a nuestro lado y escucho una risita ahogada de mi amiga.

—Tu café, Melifeo —me dice el Furby mordiéndose el labio para aguantarse la risa, y deposita el vaso en la mesa sin dejar de mirarme—. Ahora comprendo por qué llevas gafas: estás perdiendo visión por masturbarte tanto.

—Un empleado no debería meterse en conversaciones ajenas, que solo estás para atender a los clientes —le contesto con las mejillas ardiendo, de lo más clasista—. Largo. —Le hago un ademán con la mano y él me contempla, molesto por mis palabras.

—Para que lo sepas, en este sitio no servimos en las mesas, así que la próxima vez que se te antoje otro café con ese intento de leche que has pedido, levantas tu trasero de esa silla y te vas a la barra.

—¿Qué dices? —Elevo las cejas, anonadado, y Celeste nos mira a cada uno como si estuviera disfrutando de una serie adictiva—. Si has sido tú el que ha querido traérmelo, imbécil.

—¿Yo? —Calisto se señala a sí mismo, también desconcertado—. Tu amiga bruja me ha dicho que te hacía ilusión que yo te lo trajera.

Ladeo la mirada hacia Celeste para solicitarle una explicación, y la descubro sonriendo con inocencia y enredándose un mechón de pelo en el dedo.

—Me he confundido, perdón. —Después, cambia de tema con los ojos clavados en Calisto—. ¿Vas a ir a la fiesta de la uni de esta noche?

—Puede que sí. Con mis amigos.

—Genial, entonces os veremos allí.

El Furby le advierte que no se le ocurra acercarse a ellos, la llama «bruja timadora» y, antes de marcharse para continuar trabajando, nos dice «que os aproveche», con educación y una sonrisa falsa.

—¿Cómo que «os veremos allí»? ¿Te refieres a nosotros? —le pregunto a Celeste—. Yo no pienso ir, que tengo que escribir.

—Me toca currar emparejando gente. —Le da un sorbo a su café—. Y tú debes despejarte, que llevas tres días escribiendo a lo loco y vas a acabar como el demente del hacha que sale en *El resplandor*.

La miro, sospechando de ella.

—No seguirás empeñada en querer hacer de celestina entre ese chico que me comentaste y yo, ¿verdad?

La expresión sonriente de mi amiga se transforma en una de ofensa.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí? Sabes que jamás haría eso contigo sin tu consentimiento —me dice con sinceridad—. Nos conocemos desde muy pequeños. Te aprecio y te respeto, Melibeo.

—Vale, vale, te creo. —Levanto las manos en son de paz y bajo la voz—. Oye, ¿a quién quieres liar con el Furby? Porque creo que lo estás haciendo mal; no lo veo muy contento con tu trabajo. Cuéntamelo. —Le pongo ojitos—. No se lo diré a nadie.

Celeste me dedica una sonrisa traviesa.

—¿Para qué quieres saberlo? ¿Estás celoso? Ya sabes que no tengo ningún problema en chasquear los dedos para que caiga rendido a tus pies.

—Solo era simple curiosidad. No quiero nada con ese poeta sacado del siglo XV.

Nos dedicamos a charlar durante el rato que desayunamos; yo le hablo sobre mi novela y ella sigue intentando convencerme para que vaya a la fiesta. Cuando debe marcharse para ayudar a su madre a colocar algunos productos en las estanterías de su droguería, decido quedarme unas horas más en la cafetería para dignarme a escribir, aunque sea, diez palabras.

En cuanto me dan las dos de la tarde, me obligo a dar por finalizada mi sesión de escritura (he llegado a las mil palabras hoy) y, tras echar un vistazo a la calle a través de la ventana que tengo al lado, me fijo en que está lloviendo una barbaridad. Por suerte, me he traído el coche de mis padres y un paraguas.

Recojo mis pertenencias de la mesa y dirijo la vista hacia la barra, pero no hay rastro del Furby, así que su turno habrá acabado ya.

—¿Me estás buscando, ricitos de oro? —me habla alguien al oído; yo me sobresalto y lo miro.

Calisto se ha deshecho de su delantal; ahora lleva una mochila colgada a la espalda y luce su camiseta rosa con un dibujo de un hipopótamo abrazado a una palmera de chocolate.

—Claro, en tus sueños —le contesto.

Salimos juntos del establecimiento y yo abro mi paraguas para no mojarme de camino al coche. A Calisto, como es tan despistado, se le habrá olvidado en su casa y llegará hasta su moto hecho un desastre, aunque tengo la sensación de que no le molestan las gotas de lluvia estrellándose contra su rostro y su pelo, porque ni siquiera se cubre con las manos.

Como me está dando pena y mi paraguas es amplio, me acerco a él y nos protejo del aguacero.

—Te estás empapando —le digo a medida que avanzamos por la acera, con nuestros brazos rozándose.

Él se echa a reír, pero no se aparta.

—Me gusta la lluvia y no me importa mojarme, Melibeo.

—Pero tampoco sería agradable que pillases una pulmonía. —Mis ojos viajan hacia Calisto y descubro que me está mirando con una sonrisa—. ¿Dónde tienes la moto aparcada?

—Se la he prestado a Santi.

Vaya, qué mala suerte. Lo bueno es que su bloque de pisos no se encuentra tan lejos.

Nos detenemos al lado de mi coche, pero no me atrevo a cerrar el paraguas.

—¿No te habían castigado tus padres? —me pregunta señalando el vehículo con la cabeza.

Uy...

—Sí, pero ya me han perdonado.

—Entonces, a partir del lunes ya no me necesitarás para que te recoja, ¿no?

—Eh... No —le respondo, y creo que he sonado desilusionado.

—Vale. —Se mete las manos en los bolsillos de sus vaqueros con timidez—. Pues me marchó ya, antes de que empeore el tiempo.

—Genial.

Mantenemos nuestra mirada pegada a la del otro, como si deseáramos decirnos algo más.

¿Cómo se va a ir con la que está cayendo? ¿Qué hago? ¿Le presto mi paraguas y que me lo devuelva otro día? ¿Lo llevo en el coche? Me cae mal, pero no soy tan mala persona.

—Adiós, Apolo —se despide de mí, regalándome otra sonrisa—. Gracias por cubrirme con tu paraguas.

—De nada —le contesto con sequedad.

Cuando se dispone a darse la vuelta para largarse, lo agarro del brazo para impedirselo y él se queda estupefacto.

—¿Qué pasa?

—¿Qué le has echado a mi café? —le pregunto, porque soy así de gilipollas y no me sale de dentro ofrecerme para llevarlo—. Tenía un sabor diferente.

Esta vez, su sonrisa se ensancha aún más, dejando entrever sus colmillos como si fuera mi amor platónico Damon Salvatore, pero con el pelo rosa.

—Una cucharadita de azúcar para endulzar ese carácter tan agrio que tienes.

Abro la boca, ojiplático, suelto su brazo y lo empujo fuera de mi paraguas mientras se ríe.

—¿Estás chalado? ¡Imagínate que hubiese sido alérgico!

—Pero no lo eres; pensé en la noche en la biblioteca, cuando compartimos mis regalices de origen animal y con azúcar, y no te dio ningún telele. Además, la que he usado hoy es orgánica, porque hay clientes muy tiquismiquis que piden cosas raras, como tú, y debemos tener un montón de productos.

No le voy a desear que pille una pulmonía porque no soy tan cruel, pero ojalá se resfríe.

Sabía que las chuches que me ofreció aquel día no eran veganas, pero no tuve otra opción y me las comí para no morir de hambre. Lo hice por mera supervivencia. Lo del café de hoy no se lo pienso perdonar, a pesar de que el azúcar que dice que le ha agregado sea orgánica y me haya encantado.

Se ha reído en toda mi jeta mientras veía cómo bebía.

—Te iba a llevar a tu casa en mi coche, pero me he arrepentido —le suelto, malhumorado—. Venga, que te sea leve el camino y espero que te tropieces con un charco.

Me meto en mi vehículo de inmediato y salgo a la carretera antes de que la lástima se apodere de mí. Por el espejo retrovisor, veo al Furby descojonándose de la risa y calándose hasta los huesos.

Ojalá la lluvia le borre ese tinte rosa que le está afectando a las neuronas, si es que acaso le queda alguna.

17. Ya no existen hombres de bien

Calisto

Me quiero ir a mi casita. Es ilógico que no existan chicos normales en esta ciudad.

—¿Qué le dice un espagueti a otro? —me pregunta el tipo con el que estoy ligando en la disco donde se celebra la fiesta universitaria, y yo le respondo que no lo sé—. ¡Oye, mi cuerpo pide salsa! —Y se echa a reír como si fuera lo más gracioso del mundo.

Finjo una carcajada y le doy un sorbo a mi bebida.

Mis amigos se han perdido por ahí hace rato y yo me he dedicado a buscar otro muso durante la mayor parte de la noche, pero he perdido el tiempo porque no he encontrado nada interesante. Todos los chicos con los que he interactuado hoy tenían alguna tara: uno mascaba chicle de una manera muy vulgar, otro me ha tirado su cerveza encima sin querer, otro no paraba de hablarme de su madre, otro me ha intentado vender una aspiradora, otro me ha propuesto que fuésemos al baño para que le practicara sexo oral... Todo mal. Y el último, que es con el que estoy sentado en un reservado, está buenísimo y cuenta con las características físicas necesarias para ser mi amor; su único defecto es que no para de contarme chistes malísimos. Para colmo, en este sitio solo ponen canciones horribles de reguetón, que eso ni es música ni es nada.

Que alguien me ayude. Estoy sufriendo.

—¿Sabes qué le dice un techo a otro? —continúa el cómico—. ¡Techo de menos! —Y vuelve a estallar en risas.

Socorro. Ojalá sonara la alarma de incendios para salir corriendo.

Noto mi móvil vibrar en el bolsillo de mis vaqueros, que siempre me lo traigo a las fiestas por si sucede algo o no encuentro a mis amigos, y leo el mensaje que acabo de recibir.

Bruja: «¿Necesitas ayuda con don Comedias?»

¿Cómo? ¿Me está espiando con sus poderes y su bola de cristal?

Levanto la vista de la pantalla y miro a mi alrededor, buscando a esa estafadora entre tantas personas, pero no la localizo, ni a ella ni a su amigo.

A ese Melibeo no lo he visto en toda la noche ni por casualidad, y eso que me he recorrido el local entero para capturar chicos.

Menuda desilusión. A él sí que le estimularía el pene con mi boca en los sucios baños y todo lo que me pidiera... Y no sé por qué estoy pensando esto si me da asco; será por el alcohol que he tomado, que me obliga a comportarme como si no fuera yo.

—¿Qué dice una cereza cuando se mira al espejo? —el cómico interrumpe mis cavilaciones.

—A ver, sorpréndeme —le respondo, hastiado.

—¿Cereza? —Y, de nuevo, se ríe de su propio chiste y yo simulo otra carcajada por educación.

Qué chico más pesado, por Poseidón. Que se cosa el hocico y me deje tranquilo, que es más

aburrido que la bazofia de literatura que se escribió en el siglo XVIII español.

Para que no piense que le estoy prestando más atención a mi móvil que a él, aprovecho que le da un trago a su bebida para contestarle con disimulo a Celeste.

Calisto: «Por favor te lo pido»

—Cuéntame tú algún chiste, que solo estoy hablando yo. —El cómico me mira, esbozando una sonrisa—. Te veo muy tímido.

—No se me ocurre ninguno.

—Entonces, si no te sabes ningún chiste, lo nuestro no va a funcionar, eh. —Hace una mueca de fastidio.

—¿Lo dices en serio?

Vaya, he sonado ilusionado; espero no haber herido sus sentimientos.

—¡Era broma! —Se ríe por millonésima vez y me da un golpecito en el hombro con la mano—. En realidad, quiero conocerte más; me pareces un chico muy interesante.

Oh, qué majo. Una lástima que tenga el sentido del humor en el ano.

Estoy a punto de darle las gracias por el cumplido cuando siento una presencia sentándose a mi lado, que me rodea el cuello con un brazo.

—¿Dónde te habías metido, mi amor? Te estaba buscando.

Al girar la cabeza hacia la persona que ha invadido mi espacio personal, me planta un pico inesperado en los labios y yo permanezco como una estatua.

—¿Tienes novio y no me lo dices? —me espeta don Comedias.

Logro reaccionar para mirar a mi intento de ligue; Celeste se halla de pie, observándonos supersonriente.

—Tenemos una relación abierta —le contesto al chico con inocencia.

—Ah, no, eso no. —El comediante niega de lado a lado con efusividad y se levanta del sofá que compartimos para apuntarme con su dedo—. Yo quiero exclusividad.

La bruja se mete en la conversación para hacer negocio y le pregunta a don Comedias si desea que le busque al amor de su vida «porque yo no valgo la pena y no sé valorar su humor». Él la estudia de arriba abajo, como un auténtico baboso, y su mirada se detiene en sus pechos voluminosos, pero ella lo sujeta por la barbilla y le levanta la cabeza para que su vista se centre en su rostro.

—¿Quieres encontrar al amor de tu vida, sí o no?

Apolo y yo seguimos cotilleando ese lanzamiento de fichas tan explícito desde el sofá; su brazo aún rodeándome los hombros.

—Si es como tú, sí —le responde don Comedias.

—Acompáñame.

Antes de que la parejita desaparezca, ella se saca dos *brownies* de un táper que lleva guardado en el bolso y nos lo entrega a Melibeo y a mí, comentando que son veganos y que nos los comamos para reponer energías, porque estamos bebiendo mucho y no le apetece llevarnos al hospital.

Por suerte o por desgracia, me quedo a solas con Apolo, que ya ha recuperado su brazo, y no sé qué debo hacer ni de qué hablar, solo me entran ganas de devorarle la boca.

—Con esta, ya son tres las veces que te salvo, Furby. —Me mira y sonrío, enseñándome su mano con un par de dedos levantados.

Admiro sus mejillas, que lucen coloreadas de un rojo intenso, a pesar de las luces de la discoteca, y después su atuendo: una camiseta lisa azul, una cazadora negra de cuero y unos

vaqueros ajustados, también negros.

Jolín, está irresistible. Quiero que duerma en mi cama esta noche.

Voy a dejar de perder el tiempo buscando un muso, porque lo he tenido en frente de mis narices desde que me colé en su jardín. No me importa que sea el ser más odioso del universo; a mí solo me interesa ganar en el juego del amor, además de en el concurso literario.

—Se te ha olvidado levantar el tercer dedo, estúpido —le espeto, y me termino lo que me queda de mi copa.

—El tercero lo tengo en otra parte de mi organismo.

Al oír semejante grosería, escupo sobre mis zapatillas de deporte el líquido que estaba a punto de tragar y miro a Melibeo de hito en hito, que me está sonriendo a la vez que me muestra su inmejorable dentadura.

Estupendo. Satanás va más ebrio que yo, lo que es un gravísimo problema, porque dos borrachos juntos son un peligro para la humanidad. El lado positivo es que yo aún pienso con claridad; si bebo agüita a partir de ahora, nada malo sucederá.

¿El lado negativo? Que me da igual todo.

Aprecio cómo engulle de un bocado el *brownie* que le ha dado su amiga, y a mí se me seca la boca cuando se chupa los dedos con sensualidad y de una forma muy poco decorosa.

Ufff... Quiero que haga eso con mi...

Sacudo la cabeza ante ese pensamiento.

—Está riquísimo —me dice, y señala mi *brownie*, que lo sostengo con una mano—. Si no te lo vas a comer, dámelo. —Extiende su brazo para robarme el pastelito, pero yo lo alejo de sus manazas babeadas.

—No. —Coloco una palma en su pecho para que no se acerque a mí más de lo debido—. Atrás, Satanás.

Más me vale desaparecer de su vista antes de que mi boca se pegue a la suya otra vez, porque estoy asado de calor, nervioso y excitado por tenerlo a escasos centímetros de mí.

Lo más sensato es que me vaya a mi casa.

Sí.

Necesito dormir.

No.

Lo que necesito es a Melibeo Flores del Campo.

Todo esto lo estoy debatiendo a medida que me como mi *brownie* sin parar de observar cómo mi muso hace el idiota. Se ha quitado las gafas para estudiarlas como si fueran un objeto inventado por los marcianos.

Creo que este energúmeno necesita irse a dormir más que yo. Lo iba a dejar aquí solo, poniendo como excusa que tengo que buscar a mis amigos, pero me da terror que le pase algo si no tiene a ningún conocido cerca, porque la bruja estará amancebándose con don Comedias y se habrá olvidado de él.

Qué estrés. No me apetece hacer de niño con lo borracho que estoy.

—Oye, Apolo —pronuncio su apodo, dándole con el dedo en el hombro; él me mira, sin haberse puesto las gafas, y se echa a reír.

—¿Por qué estás tan borroso, Furby? Ponte la cara bien, que eres muy mono y quiero maravillarme con tus preciosos ojos. Solo veo un manchurrón rosa, que será tu horrendo pelo.

Suspiro con pesadez y le arrebató las gafas para colocárselas donde deben estar.

¿Ha dicho que soy muy mono y que mis ojos son preciosos o lo he entendido mal a causa de la música que suena de fondo?

Imagino que habrá sido lo segundo.

—Estás fatal —le digo—. Voy a llevarte con tu amiga.

—No, porfa —me suplica haciéndome pucheritos—. Quédate conmigo, que estoy atascado con mi novela porque no tengo ni idea de cómo narrar una mamada. ¿Quieres que te haga una? Así aprendo.

—¿Qué?!

¿Apolo acaba de soltar que quiere meterse mi miembro en la boca?

Madre mía, esta noche mi cerebro solo funciona para malinterpretar las palabras de este chico.

Me ha entrado mucho calor de repente y me estoy asfixiando. Me urge salir a tomar el aire, echarme agua en la cara y pillar el metro para irme a casa.

Melibeo mantiene su mirada azulada intensa en mí, aguardando una respuesta.

—¿Y bien? ¿Quieres o no? Aprovéchate, que mañana, cuando se me pase el pedo, me seguirás cayendo mal.

—No tan rápido, ¿vale? Que me agobio. —Me abanico con la mano, sonriendo con nerviosismo, y me pongo en pie—. Voy al baño. No te muevas de aquí, Apolito.

Pero no logro que me deje en paz porque se ofrece para acompañarme, según él, «para protegerme de los monstruos». Durante el paseo hacia los baños en el que nos dedicamos a esquivar cuerpos, Apolo se aferra a mi brazo y, al mismo tiempo que camina, señala a algunas personas y se echa a reír; yo siento vergüenza ajena.

Ya en el servicio de hombres, como no hay tanta gente, me aproximo a uno de los lavabos libres para humedecerme la nuca y refrescarme la cara, y Melibeo hace pis en un urinario.

No puede ser que mi muso esté orinando delante de mí.

Cuando el vaciamiento de su vejiga llega a su fin, regresa conmigo y me pregunta si nos vamos, pero yo le ordeno que se lave las manos porque tenía pinta de irse sin hacerlo. Después, se echa agua en los rizos rubios y sacude la cabeza, salpicando gotas por doquier; algunas se chocan contra mi cara, aunque a mí me importa un pimiento porque me he quedado atontadísimo contemplando sus movimientos y el par de mechones que le han caído sobre la frente.

—¿Qué miras tanto, Furby? —Coloca las manos debajo del grifo abierto, simulando que son una barquita, y luego las acerca a mí para derramar el agua por mi cabello.

Gimoteo de placer al notar lo helada que está. Los sofocos que me ha provocado el pedazo de ser humano que tengo delante consiguen mitigarse.

—Por todos los dioses —murmuro.

Melibeo me revuelve el pelo; yo casi me muero del gusto por ese gesto y por presenciar esa sonrisa tan luminosa que se asemeja a un sol resplandeciente.

—Estabas muy seco, Calisto.

Un cosquilleo me recorre el cuerpo al oírlo acariciar mi nombre con ese tono de voz tan sexi.

—Seco te quiero dejar yo esta noche —responde mi boca por mí, y me la cubro con la mano, arrepentido.

Ups... ¿Yo he dicho eso?

No, no he sido yo.

Ha sido el alcohol, a pesar de que no haya bebido tanto.

O el *brownie* que me ha dado la bruja. Seguro que le ha añadido alguna sustancia mágica e ilegal, como sangre de dinosaurio o vómito de cuervo.

Melibeo me mira con el semblante entre sorprendido y divertido.

—Perdón —me disculpo con él al destaparme la boca—. No quería decir eso. Normalmente no soy tan directo ni vulgar cuando hablo.

—Pues qué lástima. —Pone morritos—. Y yo que quería que me dejaras seco... Voy a proponérselo a otra persona. —Pasea la vista por el baño y la detiene en un chico que está haciendo pis en un urinario, que parece un armario empotrado por el cuerpazo repleto de músculos que tiene—. Oye, tú. Me gustaría proponerte algo.

Por un segundo, pienso que el tipo va a propinarle un puñetazo a Apolo o va a apuntarlo con su pene para terminar de orinar sobre él por la miradita tan escalofriante que le está dedicando. Para evitar la muerte o la desfiguración del rostro del ser más hermoso que existe, intervengo y agarro el brazo de mi amado con fuerza.

—Discúlpalo, que va borrachísimo. —Le sonrío con inquietud al desconocido, que ya se ha guardado la chorra y nos está mirando como si quisiera estampar nuestras cabezas contra los azulejos.

¿Acabo de llamar «chorra» a los genitales masculinos en mi mente?

Arrastro a Apolo hacia la salida del baño para evitar una posible masacre. Cuando nos encontramos fuera, desvío la mirada hacia él para averiguar qué le pasa y descubro que tiene mala cara, aunque no distingo si también se ha puesto pálido; el color de su rostro cambia de azul a rosa, de rosa a verde, y de verde a azul sin parar, por las luces estroboscópicas de la discoteca.

—Creo que... —Se lleva una mano a la boca para cubrírsele, sintiendo una arcada.

—¿Quieres vomitar? —le pregunto, preocupado.

No, por favor. Ya he presenciado cómo hace pis; no deseo contemplar cómo echa el contenido de su estómago por la boca.

Apolo me indica con su palma que espere. Tras unos segundos impacientándome y rezando para que no me enseñe su lado antisexi, suspira con alivio y suelta:

—Falsa alarma.

Menos mal.

—Genial, entonces ya puedo llevarte con tu amiga. —Lo vuelvo a sujetar del bíceps y lloro por dentro cuando noto lo duro que lo tiene. Después, añadido en un susurro para que no me oiga —: ¡O te llevo a mi cama, si quieres, y me envuelves con estos brazos que sirven para partir troncos!

Ups... Eso no ha sido un inocente susurro precisamente.

—Vale —acepta mirándome con lascivia, y levanta el dedo índice, en señal de advertencia—. Pero con una condición: que te conviertas en mi conejillo de indias para que pueda experimentar contigo las escenas que quiero escribir de mi novela erótica.

¡Guau! ¿Me quiere usar como si fuera su vibrador humano?

Nunca he colaborado en el proceso de escritura de un libro de esta manera. Suena interesante la idea; espero que me añada en los agradecimientos.

—Y yo podría ser tu novio de mentira para que compongas tus poemas horrorosos y cursis de amor —agrega, interrumpiendo mis pensamientos—. Salimos ganando los dos.

Oh, por Atenea, claro que sí. He soñado cada noche con esta conversación.

Antes de aceptar nada, me hago el digno para no parecer un desesperado.

—Estás lejos de ser un perfecto novio y muso, pero me tendré que conformar contigo porque no encuentro nada mejor.

Apolo alza una ceja, asombrado.

—A ver si te crees que tú eres el Christian Grey ese —se defiende en tono de ofensa—. Seguro que eres un aburrido con cero dotes de amante sexual.

Le regalo un puñetazo en el hombro, porque ahora el que se ha picado he sido yo.

—Vas a tragarte tus palabras, Melibeo Flores del Campo, como que me llamo Calisto Enamorado Feliz. —Extiendo el brazo hacia él—. ¿Trato hecho?

Nos estrechamos las manos, desafiándonos con nuestras miradas.

—Trato hecho. —Ladea una media sonrisa para soltar—: Pero también me tragaré otras cosas.

OH.

DIOS.

MÍO.

Acabo de fenecer, subir al cielo, resucitar como Jesucristo y volver a morir.

18. ¿Qué ocurrió anoche?

Melibeo

—Eres la cosa durmiente más fea que he visto en mi vida —oigo esa irritante voz en sueños.

O medio despierto.

O en el cielo.

No, en el cielo no, porque está el Furby, que tiene la entrada prohibida.

Quizá los dos estemos en el infierno, algo que no comprendo, si he sido una buena persona durante mi existencia en la Tierra.

—Voy a tener que tirar la almohada y esa funda de perros salchicha a la basura porque las estás bañando con tus asquerosas babas.

Otra vez ese insoportable tono de voz, por lo que deduzco que habré muerto en la fiesta de anoche y estoy siendo torturado en el infierno por algún pecado que habré cometido y no recuerdo.

Me hallo tumbado bocabajo, con la mejilla derecha pegada a una superficie esponjosa, y consigo abrir los ojos con lentitud, aunque solo veo manchas borrosas; una de ellas, de un cabezón con un pegote rosa en la parte superior.

—Buenos días, Apolito. ¿Te apetece un regaliz? —me pregunta con la boca llena; creo que está sentado con las piernas cruzadas.

Vuelvo a cerrar los ojos y suspiro a causa del dolor de cabeza.

—Cállate.

Al ser consciente de lo inusual de esta escena, abro los ojos de nuevo y me incorporo de golpe sobre la cama, observando la nubosidad desconocida de mi alrededor.

Vale, ¿cómo he llegado hasta aquí? Esto no es ni el cielo, ni el infierno, ni mi habitación. También me percató de que estoy casi desnudo y de que nada más llevo mis calzoncillos, unos vergonzosos de *La patrulla canina* con un par de minúsculos agujeritos (uno en la parte delantera y otro en la trasera), que son los primeros que cogí ayer del cajón de la ropa interior y que debería haber tirado a la basura hace muchísimo tiempo.

Me levanto de inmediato del colchón, abochornado, y me tapo, desde el cuello hasta los pies, con la sábana que he conseguido arrancar de un tirón. Después, con una mano, porque la otra está ocupada sujetando el pedazo de trapo, toqueteo cada trasto que hay en la mesita de noche para intentar encontrar mis gafas y poder ver con nitidez dónde estoy, aunque solo me topo con una lámpara, dos libros, una botella de agua, un blíster con analgésicos, un bolígrafo y un par de cosas más que no tengo ni idea de lo que son, pero que no tienen pinta de ser mis segundos ojos.

—¿Buscas esto?

Ladeo la cabeza hacia el pegote rosa, que sostiene algo con la mano. Entrecierro los ojos para reconocer el objeto y llego a la conclusión de que, por la forma, puede tratarse de mis

queridas gafas.

Tener ocho dioptrías y no distinguir nada es una grandísima boñiga. Si gano los veinte mil euros del premio, puede que me monte un debate conmigo mismo sobre invertirlos en operarme la vista, con el riesgo de que me dejen ciego, o guardarlos en una cuenta corriente para independizarme cuando termine de estudiar la carrera.

—Son tus gafas, por si no las ves bien —me responde el Furby al advertir el esfuerzo que estoy haciendo con la vista. Se pone en pie, frente a mí, y me las coloca despacio, provocándome cosquillas en las orejas con las patillas y una especie de retortijón en el estómago, que será de hambre—. ¿Mejor?

Por fin, aprecio las imágenes en alta definición, aunque la primera que observo es la del rostro de Calisto, y me da la sensación de que lleva un buen rato despierto y duchado por lo fresco que parece, el olor a jabón que se cuela por mis fosas nasales y porque se ha vestido y peinado. Luego, estudio las cuatro paredes rosas en las que estoy secuestrado, que son las de su ridícula habitación, y me pregunto por enésima vez cómo he llegado hasta aquí, qué se supone que hice anoche y dónde cojones está escondida mi ropa.

Ojalá haber perdido la virginidad, aunque haya sido con el ser insufrible que tengo delante.

Carraspeo, incómodo, y vuelvo a mirar al Furby.

—¿Me haces un resumen de lo que pasó anoche? ¿Ocurrió algo entre tú y yo?

Calisto me dedica una sonrisa y yo no comprendo por qué se me hace tan bonita. Será por la resaca o porque aún estoy medio atontado y dormido.

—Anoche sucedieron una serie de acontecimientos interesantes, querido Melibeo. —Se da la vuelta, rodea la cama y comienza a planchar la sábana bajera con las manos, para después hacer lo mismo con la almohada—. Cuando me devuelvas eso con lo que te has tapado esa obra de arte que tienes por cuerpo, podré terminar de hacer la cama que me has destrozado.

¿A qué clase de acontecimientos se refiere? ¿Sexuales? Porque lo que recuerdo fue que, al llegar a la disco con Celeste, comencé a beber como un vikingo; luego tuve que salvar al Furby de las garras de un cuentachistes, le propuse hacerle una mamada que me rechazó con elegancia (¡tierra, trágame!) y firmamos un extraño pacto. Cuando nos estrechamos las manos, creo que apareció mi amiga con el tal Pascual, y los dos se ofrecieron para llevarnos a casa, si no me equivoco.

El problema: que esta no es mi casa y tengo amnesia, porque no recuerdo nada más.

Calisto coge mi ropa, que descansaba perfectamente doblada sobre su escritorio (a excepción de mi cazadora, que está colgada en el respaldo de la silla), y me la trae.

—Toma. —Me la tiende, pero, cuando la cojo con mi mano libre, me roba la sabana mediante un tirón; yo me pego mis prendas al pecho, abrazándolas, y él se dispone a terminar de vestir su cama.

¿Las personas se sienten diferentes y especiales al acostarse por primera vez con alguien? ¿Y les dolerán ciertas partes de su anatomía? Porque yo estoy como siempre, aunque agotado y con un dolor de cabeza de la hostia.

Que me esté cuestionando esto con casi veinte años es de traca.

—Dame una alegría y dime que hemos follado, por favor.

El Furby coloca un cojín en el centro de la cama doble que habremos compartido y, a continuación, se me queda mirando durante unos segundos, en silencio y superserio, hasta que estalla en carcajadas.

—Siento decepcionarte, pero no nos hemos retozado juntos, aunque ganas no nos faltaron.

Chasqueo la lengua con fastidio.

—Vaya... Sigo siendo un virgen desgraciado. Menudo sufrimiento incurable.

Calisto abre la boca, asombrado, porque no se esperaba ese notición.

—¿Eres virgen?

—Por desgracia, sí. —Le hago un ademán con la cabeza para animarlo a que se descojone de mí—. Venga, riéte; sé que lo estás deseando.

—Oh, no iba a burlarme de tu padecimiento —me dice sin disimular su tono de diversión al mencionar la última palabra, y me estudia de arriba abajo con descaro—. Es solo que... Me sorprende que no le hayas regalado tu pureza a nadie con lo perfecto que eres físicamente.

¿Mi pureza?

En fin... Sin comentarios.

—Pero, claro... —continúa parloteando; yo lo contemplo con la ceja enarcada para oír las sandeces que va a soltar por esa boquita que me trae muy buenos recuerdos de anoche—. Con lo borde, frío y antipático que eres, no me extraña que nadie quiera mantener relaciones sexuales contigo. Sería como acostarse con un escorpión de hielo sin sentimientos.

Joder, tremenda comparación. ¿No había otra mejor?

—Anoche no opinabas lo mismo mientras me comías la boca, eh.

La amnesia ha desaparecido y ahora imágenes de esa escena inundan mi cabeza.

En realidad, lo que pasó fue que, después de comentar el dichoso pacto de escritura y antes de que nuestros amigos hicieran acto de presencia, le propuse al Furby empezar con el plan ahí mismo, en ese ambiente ruidoso y repleto de desconocidos, y estuvimos besándonos durante un buen rato hasta que acabé potando sobre su camiseta. En cuanto vacié mi estómago, Celeste vino a salvarme y, junto a Calisto y el tal Pascual, nos subimos a un taxi, que nos acercó hasta el bloque de pisos del Furby. En su dormitorio, mi amiga me ayudó a deshacerme de mi ropa, a la vez que me desternillaba de la risa, y me metió en la cama.

—Fue culpa del *brownie*, que seguro que llevaba esos ingredientes extravagantes que usan las brujas para hacer sus conjuros —se defiende Calisto posando las manos en sus caderas e hinchando el pecho, orgulloso—. ¿Quieres que te preste una toalla para que te des una ducha? Porque apestas a pañal de recién nacido.

Me obligo a poner mi mente en orden ante la lluvia de tantos recuerdos y logro responder:

—Vale.

Se encamina hacia el armario y saca una toalla rosa, que me la lanza al momento.

—Ahí tienes.

—Te gastaré el agua caliente y seré generoso con el champú y el gel.

—Bien —es lo único que me contesta, y sus labios dibujan una fina línea.

—Estupendo. —Me giro hacia la puerta del dormitorio, que la tengo detrás, pero, antes de abrirla, el Furby me interrumpe:

—Preciosos calzoncillos, por cierto.

De espaldas a él y sin que me vea, esbozo una sonrisa bobalicona.

—Lo que hay dentro es muchísimo mejor.

Y huyo de la habitación a toda prisa tras oír a Calisto murmurar «oh, desmayado me hallo, dulce Melibeo».

Media hora exacta más tarde, cuando se me arruga cada parte del cuerpo por permanecer tanto tiempo bajo el agua caliente, salgo del baño, hecho una pasa andante con aroma a fresas con nata, gracias a los productos del Furby que he utilizado. Recupero mi teléfono y mi chaqueta de la habitación, y aprovecho para llamar a mi amiga porque me tiene preocupado su paradero.

No me resultaría raro que no contestara mi llamada si no fuera porque su móvil, con el tono

de la serie *Embrujuadas*, suena desde algún rincón de este piso. Me detengo en mitad del pasillo, con el ceño fruncido, cuando lo oigo mucho más cerca, como si estuviera metido en una de las tres habitaciones. La que está justo al lado de la de Calisto, en concreto; la otra se encuentra con la puerta abierta y sin nadie en su interior.

Vuelvo a telefonar a Celeste, pero esta vez sí que hace algo: suelta un «joder» tras la puerta y me corta la llamada.

Ah, perfecto. Ayer ligó con uno de los colegas del Furby y ahora no le apetece que su amigo del alma, que está en un sinvivir porque no sabe si la han raptado, la moleste.

—¿Qué haces ahí parado? —Calisto me saca de mi ensimismamiento; yo doy un respingo, porque estaba muy concentrado creando mis suposiciones sobre cuál de los otros dos tipos que viven aquí es el dueño del dormitorio que tengo delante.

—¿De quién es este cuarto? —le pregunto apuntando con el dedo la puerta que me separa de mi amiga.

—Mío.

—¿Tuyo? —inquiero con perplejidad.

¿Cómo va a ser suyo este también?

—A ver, Apolo, era mío antes de instalarme en la habitación más grande; ahora pertenece a uno de mis amigos.

Sí, uno de sus amigos, pero ¿cuál?

—¿Te quedas a desayunar? —me propone, y advierto una pizca de ilusión en su cara—. No sé qué sueles tomar a estas horas, pero tengo lechuga en la nevera; puedes tostar una hoja, hacerte un zumito o comértela a mordiscos.

Ya estaba tardando en meterse con mis gustos alimentarios.

—Más sano que desayunar regalices será —replico—. Te agradezco la oferta, pero prefiero prepararme un café bien cargado en casa.

—Como quieras. —Se encoge de hombros, despreocupado—. Aunque me parece de muy mal gusto que rechaces mi invitación.

Se me acaba de ocurrir un planazo al que no se podrá negar.

—Mira, te propongo algo mejor. —Le sonrío y él aguarda mis palabras con atención y emocionado—. ¿Por qué no me invitas a desayunar fuera y hablamos con calma sobre el pacto que hicimos anoche? Tenemos que poner unas reglas, si sigues estando de acuerdo.

La felicidad se esfuma de su semblante y suelta un bufido.

—Me encantaría, Meli, pero me toca entrar a trabajar dentro de una hora. —Hace una mueca—. ¿Te viene bien esta noche? Podemos ir a cenar al Señor Pollo.

Ni de coña pienso pisar ese establecimiento que ha mencionado, que a saber qué clase de carne le sirven a la gente.

—Al Veggie King, mejor. Te recojo a las nueve y media.

Risueño, se lleva las manos a las mejillas teñidas del color de su pelo.

—¿Es una cita?

—No —respondo con rapidez y seriedad—. Una cena de negocios.

—Eso suena muy aburrido. Llamémoslo «cita de negocios».

Le suelto que bautice nuestra quedada como le salga de los huevos, y él me contesta que soy muy soez y que debería ser más elegante hablando. Después, me despido de Celeste, aporreando la puerta del cuarto en el que está metida, y ella me dice, desde dentro, que tenga cuidado en la calle y que mire a ambos lados de la carretera cuando la cruce.

Y lo último que escucho de la boca del Furby antes de marcharme del apartamento es:

—¿Por qué está la bruja en la alcoba de Pascual?!

19. Cita de negocios

Calisto

Tengo una cita con Melibeo Flores del Campo.

UNA.

CITA.

CON.

MELIBEO.

Llevo hiperventilando, distraído y con las mejillas ardiendo desde que me lo ha propuesto esta mañana. No puedo pensar en otra cosa.

Bueno, sí: todavía no se ha resuelto mi duda sobre qué han estado haciendo la bruja y Pascu en esa habitación. Espero, por el bien de todos, que se hayan dedicado a jugar al parchís, al ajedrez, a las muñecas o simplemente a dormir para recargar las pilas tras la fiesta de anoche. Tampoco he podido preguntarles nada antes de venir al trabajo porque no se han dignado a salir del cuarto ni para hacer pis, y a mí se me estaba haciendo tarde.

Sin embargo, ahora ese tema no es de mi interés y lo voy a dejar abandonado en un segundo plano de mi mente porque, en este momento, mi prioridad es la cita de negocios con mi muso, que me tiene supernervioso. No he podido concentrarme en la cafetería; Melibeo acaparaba mis pensamientos cada minuto. Me he equivocado preparando los cafés, he dado mal el cambio, he escrito mal los nombres en los vasos y me he sentido la persona más torpe del universo, aunque esa «cualidad» la lleve en la sangre desde que era un espermatozoide. Por suerte, ninguna de mis equivocaciones ha pasado a mayores, ya que mis clientes, compañeros de trabajo y jefes son muy majos y el ambiente que se respira en esta ciudad es de felicidad. La única persona antipática que conozco aquí es Melibeo, pero no pasa nada; en todas las familias hay una oveja negra.

Y Melibeo es la oveja negra de Oxímoron, aunque todavía conserve la pureza.

Miro la hora en el reloj de mi mesita de noche y me entra taquicardia al descubrir que son las nueve y cuarto y que solo me quedan quince minutos para terminar de arreglarme.

He perdido demasiado tiempo eligiendo la ropa que quiero ponerme y llevándome las manos a las mejillas mientras « melibeaba ». La última palabra me la acabo de inventar y significa «pensar en Melibeo, tu amor platónico». Haré todo lo posible para que los señores de la RAE la incorporen en el diccionario, porque «melibear» es un término precioso. Lo mismo pienso hacer con «muso», que solo viene en femenino y me parece inaceptable, porque jamás utilizaré «numen» en su lugar. Qué horror.

Vuelvo a ver la hora: catorce minutos.

Tic, tac, tic, tac.

No me siento atractivo con cada prenda que me pruebo. No son suficientes para impresionar a mi muso en nuestra primera cita. Debería haber ido de compras, pero no he tenido ni un hueco libre debido a lo precipitado que ha sido este plan. Además, mi economía no me permite renovar

el armario, que me tengo que mantener como persona adulta que soy.

Al final, me decanto por unos pantalones rosa pastel, una camisa blanca sin ningún dibujo, unas deportivas, también blancas, y mi chaqueta vaquera por si refresca. Por último, me lavo los dientes para tener el aliento fresco, hago pis por décima vez desde que he llegado y bajo a la calle cuando me sobran tres interminables minutos.

Como era de esperar, Apolo se retrasa y aparece treinta segundos después de la hora correspondiente.

Que sea impuntual: bandera roja.

A mí nadie debe hacerme esperar. NADIE, ni aunque Melibeo perteneciera a la realeza. ¿Qué se ha creído el ricito de oro? Que me dé las gracias porque alguien tan inalcanzable como yo haya aceptado tener una cita romántica con él.

Permanezco de pie en la acera, contemplando su enorme cucaracha negra y esperando algún gesto caballeroso de su parte, como, por ejemplo, que me abra la puerta del asiento del copiloto.

Pero no. Lo único que hace es bajar la ventanilla y preguntar, como si le costara la vida dirigirse a mí:

—¿Vas a subir o qué, Furby? ¿Piensas quedarte ahí parado toda la noche?

Que no te abra la puerta de su carroza mágica: bandera roja.

Increíble que lo tenga que hacer por mí mismo.

Me adentro en su vehículo y, cuando estoy sentado, cierro con un sonoro portazo para que sepa que estoy molesto; él, en lugar de darse cuenta de que ha herido mis sentimientos, lo que hace es ordenarme que me ponga el cinturón de seguridad.

Oh, es verdad. Me hallo tan enfadado con el rubio que se me ha olvidado proteger mi vida frente a los peligros de la carretera, y más aún si un ser como él es el que conduce, que todavía no he tenido el privilegio de viajar en su carbón con ruedas.

Mientras Melibeo me lleva hacia el restaurante de comida de vaca en su carroza putrefacta, admiro su perfecta figura vestida con un chándal negro, decorado con rayas blancas en los laterales, y una sudadera negra con capucha y el dibujo de un plátano; las dos prendas desteñidas y con pelusillas de tanto uso.

Qué horror de atuendo. ¿Cómo se le ocurre no haberse arreglado para nuestra cita? Parece que se ha puesto una venda para buscar la ropa en lo más hondo de su armario.

—Dime que todas tus prendas decentes se encontraban sucias y que esos harapos eran los únicos que tenías limpios —le digo totalmente escandalizado—. A mí me daría vergüenza salir así hasta para sacar la basura.

—¿Cómo dices? —Gira su cabeza hacia mí.

—No te has puesto guapo para mí. Con esos trapos viejos, deduzco que te acabas de despertar de la siesta.

Se le escapa una carcajada.

—No vas muy desencaminado. Me he despertado hace media hora y me ha dado pereza cambiarme de ropa —me cuenta con sus ojazos posados en la carretera, y arruga la nariz cuando agrega—: ¿Y por qué debo ponerme guapo para ti?

¿Cómo se atreve? ¡Ni siquiera tenía la intención de cubrir su templo con ropas elegantes para quedar conmigo! ¡No le intereso lo más mínimo! Yo me he esforzado en escoger las prendas adecuadas y he estado en las nubes todo el día, igual que me ha ocurrido en cada una de las citas que he tenido a lo largo de mi existencia. ¿Y Melibeo qué es lo que ha hecho esta tarde? ¡Nada, solo dormir, como si esto no lo considerara importante!

Que pase de arreglarse para verme: bandera roja.

Uno debe ser exigente con sus pretendientes.

—Es nuestra primera cita —le espeto mirándolo con rencor, aunque él siga con su vista clavada delante de él—. Tendrías que estar comiéndote las uñas.

La versión de imitación del dios Apolo se vuelve a reír de mí.

—Es una reunión de negocios, no una cita pastelosa, Furby. Y prefiero la comodidad ante todo. A la persona que me quiera no le tendría por qué importar la ropa que me pongo para salir con ella.

—Disiento completamente de usted, querido Melibeo.

—Pues qué lástima. Se me ha quitado hasta el hambre —me contesta con ironía.

Niego con la cabeza y me concentro en admirar el paisaje, de brazos cruzados y en silencio, durante lo que nos queda de trayecto. Una vez que la carroza fúnebre se detiene detrás de una fila de coches, al lado del restaurante de las verduritas, descubro las intenciones del rubio: pedir la cena desde el vehículo.

—¿No vamos a comer dentro?

—No. —Estira su brazo hacia la guantera, inclinándose hacia mí, para abrirla y hacerse con un trozo de papel; yo aguanto la respiración por tenerlo tan cerca—. Mejor en el coche.

—¿Cómo? ¿Tu plan es que cenemos en esta cosa ennegrecida? —suelto señalando nuestro alrededor, y él asiente—. ¡Es muy cutre para una cita romántica!

Pensaba que íbamos a entrar en el local y nos sentaríamos a una mesa decorada con un par de velitas, el uno frente al otro, con música ambiental de fondo y un camarero sirviéndonos.

—Te voy a llevar a un sitio más tranquilo, donde estaremos rodeados de naturaleza. —Me tiende la hoja que ha sacado: un *flyer* del restaurante con los platos que preparan—. Elige.

Esto va a ser un desastre.

Cojo la «carta» para comprobar qué clase de experimentos sirven aquí. ¿Una rodaja de tomate entre dos hojas de lechuga para simular que es una deliciosa hamburguesa? ¿Bocatas de nabos? ¿Agua con trozos de brócoli, como si fuera una sopa? Me voy a quedar con hambre. Cuando llegue a casa, tendré que saquear la nevera para llenar mi estómago con algo comestible y poder conciliar el sueño.

—¿Por qué pones esos caretos tan graciosos? —Melibeo interrumpe la inspección que le estoy haciendo al trozo de papel con letras y fotos de verduritas, y yo ladeo la cabeza hacia él.

—Porque no entiendo nada. —Vuelvo a posar la vista en la carta y le enumero las recetas más llamativas que me encuentro—: ¿Seitán? ¿Hummus de zanahoria? ¿Crema de brócoli? ¿Berenjenas en escabeche? ¿Tofu encebollado? ¿Cuscús de coliflor? ¿Bastones de boniato? ¿A qué viene la gente aquí? ¿A alimentarse o a ser torturada? ¿Qué clase de masoquista se pide estos bodrios?

—Yo.

Lo miro de nuevo y me fijo en su expresión de maniquí estreñido. No le han hecho ni una pizca de gracia mis comentarios sobre estas comidas de cabra adicta a la verdura.

Pero así, observándome con esa seriedad, está muy sexi.

—Eo. —Apolo mueve la mano delante de mis narices y yo regreso al mundo real, porque me había quedado eclipsado con su belleza, como me ocurre desde que lo conozco.

—Dime —le respondo con las mejillas ardiendo.

—¿Qué vas a pedir?

«Un Melibeo con sabor a regalices de fresa», piensa mi cerebro.

Ah, no se puede. En este lugar no se sirve nada de carne, a pesar de que sea de un humano. Aunque, quizá, de tanto comer verduras, Apolo se ha convertido en un nabo andante.

—Quiero lo mismo que vayas a pedir tú —le digo, arriesgándome con mi elección—. Intentaré ser empático.

Ojalá sea un plato comestible y no algo con lo que acabe vomitando.

—Te va a gustar, ya lo verás —me asegura—. Se va a convertir en tu comida preferida.

Continúo con los ojos pegados a don Perfección y, como estoy experimentando una especie de ensoñación, la traidora de mi boca aprovecha para soltar:

—¿Después de ti?

Melibeo ignora mi pregunta y mueve el coche para estacionarlo al lado de la ventanilla del restaurante, donde una mujer de unos treinta años está lista para atendernos. Mi acompañante le pide dos hamburguesas con patatas fritas y dos refrescos de cola, y ella desaparece para preparar nuestra cena.

Lo bueno es que no es una comida tan extraña, pero tengo curiosidad por saber de qué están fabricadas esas hamburguesas y si sabrán igual que las de carne.

Mientras esperamos en silencio, mi muso hace algo tan desagradable como entretenerse con su móvil en lugar de prestarme atención a mí, a la persona con la que ha quedado para que le quite la pureza.

Que mire el dichoso teléfono en la primera cita: bandera roja.

Demasiadas banderas se está ganando hoy. Se me va a acabar el espacio en la pizarra que tengo en mi habitación para añadirselas.

En cuanto la muchacha nos entrega las bolsas de papel con la cena en su interior, un aroma delicioso inunda el vehículo y a mí me rugen las tripas. Melibeo es el que se encarga de pagar, solo con la condición de que lo invite yo otro día, lo que me deja boquiabierto.

¿No hemos acabado la primera cita y ya está pensando en la segunda? Bandera verde.

De camino hacia donde me quiere llevar, enciende la radio y la canción que suena es de reguetón; yo suspiro, decepcionado con su gusto musical.

Melibeo entero es una grandísima bandera roja.

Si ya me lo decía mi abuelita: «No hay que fiarse de los chicos guapos, Calisto».

Diez minutos más tarde, en los que me he destrozado los pobres tímpanos con esa música, adivino el lugar al que nos dirigimos: un lago precioso, que se encuentra en lo más profundo del bosque de Oxímoron y al que he venido infinitas veces a escribir poemas a solas (por las noches, sobre todo, para ver las estrellas y porque no le tengo miedo a que me coma el padre de Bambi), a pasar el día con mis amigos o a practicar ciertas escenas solo aptas para adultos con mis exnovios.

Pero, ahora que lo pienso, Melibeo, alguien a quien apenas conozco, puede haberme traído aquí para asesinarme y tirarme al agua, porque en realidad no está escribiendo una novela pornográfica gay, sino una de misterio y necesita vivir en su propia piel lo que se siente al arrebatarle la vida a una persona.

No creo, ¿no? Estoy seguro de que acaba de aparcar frente al lago porque simplemente quiere cenar conmigo en nuestra cita romántica (aunque él se empeñe en no ponerle esa etiqueta), mirando las estrellas y oyendo el sonido de los insectos, a medida que charlamos sobre nuestro plan de convertirnos en musos y amantes de mentira, con el único objetivo de inspirarnos y ganar el premio del certamen literario. Nada más. Además, he visto unas cuantas tiendas de campaña y un par de coches escondidos en el bosque; no puede cometer un crimen rodeado de público.

Melibeo deja las luces de su cucaracha encendidas y se desprende del cinturón con tranquilidad. Al percatarse de que no me muevo y de que solo lo miro, abrazando las bolsas con

nuestra comida, me pregunta si prefiero que cenemos dentro del coche o sobre el capó.

—¿Por qué me has traído a un sitio tan oscuro y solitario? —inquiero como el señor dramitas que soy, apretando aún más las bolsas.

Debería haber metido el móvil en alguno de mis bolsillos. Qué manía con dejarlo en casa... Tengo que acostumbrarme a llevármelo a la calle siempre; uno no sabe cuándo va a necesitarlo.

Agatha Christie estará sintiendo envidia desde su tumba, porque su título de «mejor escritora de misterio de todos los tiempos» se lo arrebatará Melibeo Flores del Campo con su novela, en la que apareceré yo como el personaje asesinado.

El futuro criminal me contempla con confusión, o con malicia, o con perversión... No sé cómo descifrar la forma en la que me está mirando con esas gafotas que lo hacen parecer un ser inocente.

—Estás aplastando nuestras hamburguesas. —Me las quita con brusquedad y, sin desviar sus intensos ojos de los míos, añade—: Voy a ser sincero desde el principio: a mí lo único que me interesa es follar contigo.

¡Por Cupido! Acaba de cometerse un asesinato, pero no ha sido el mío.

Descansa en paz, romanticismo.

20. El contrato a lo Christian Grey

Melibeo

En cuanto le confieso al Furby mis intenciones con claridad, él me contempla como si le hubiera soltado que lo voy a asesinar dentro del coche y voy a lanzar su cuerpo al lago.

¿No le parece atractiva mi idea? Todo el mundo (o la mayoría, más bien, porque no me gusta generalizar) desea mantener relaciones sexuales; lo sé, porque desde el instituto la gente no tiene otro tema de conversación. No hay más que meterse en Tinder o en cualquier otra aplicación de citas, donde está de moda quedar para follar sin comprometerse.

—Di algo —vuelvo a hablar.

Calisto abre la boca para responderme:

—Primero: dame eso. —Me roba las bolsas que contienen nuestra cena, coge una patata de su interior para zampársela con nerviosismo y prosigue—: Segundo: Shakespeare, Garcilaso de la Vega, Jane Austen y Walt Disney estarán revolviéndose en sus respectivas tumbas porque te has cargado el romanticismo. —Se come otra patata—. Y tercero: quiero cenar sobre el capó y ver las estrellas, así que vamos a salir de esta cucaracha claustrofóbica, que tengo hambre. —Se desabrocha el cinturón con mala leche y se apea del vehículo, cerrando con un sonoro portazo.

Ya van dos veces que cierra el coche así y lo va a descomponer. La próxima vez que lo haga, lo dejo en tierra y que se pida un taxi.

Me uno a él en el capó, sentándome a su lado, frente al lago. Cojo la bolsa sobrante, porque él ya ha empezado a devorar el contenido de una (solo las patatas) como un ansioso.

—Ten cuidado, no vayas a atragantarte —le aconsejo—. Y la hamburguesa también se come, no es de plástico.

—Hasta el plástico estará más bueno que ese experimento —murmura por lo bajo.

Saco mi riquísima hamburguesa de su envase y, cuando le doy el primer mordisco, pillo a Calisto mirándome.

—¿Qué? —le pregunto con la boca llena.

—Qué poco glamuroso eres comiendo.

Le saco el dedo corazón y abandono mi hamburguesa en su caja para abrir el procesador de textos en el móvil y empezar con nuestra especie de pacto extraño. A continuación, bautizo el documento con el nombre «Contrato literario».

—Si vas a estar todo el rato con ese aparato tecnológico sin prestarme atención, me voy a mi casa o me uno a la fiesta que tienen montada esos desconocidos —dice señalando con la cabeza una tienda de campaña a lo lejos, con varias personas cantando con una guitarra, alrededor de una hoguera—. O me doy un chapuzón con ese señor, con el agua a tres mil grados bajo cero, que seguro que está más calentita que tu corazón —agrega tras apuntar con su dedo el lago.

Suspiro con pesadez.

—Ten paciencia, joder, que esto es importante —le respondo—. Cuando termine de escribir,

te paso el móvil y me dices si estás de acuerdo o no.

Mientras deslizo los dedos por la pantalla, el Furby aprovecha el momento para liberar su hamburguesa vegana del envase y probarla por primera vez. Pauso lo que estoy haciendo para mirarlo de reojo, porque me puede la curiosidad y necesito saber si mi comida favorita le gusta o no. No por nada en especial, sino porque me quiero burlar de él por haber criticado tanto mis gustos alimentarios.

—Mmm... Pero si esto sabe a hamburguesa normal. ¿Cómo es posible? ¿Seguro que no lleva nada de carne?

Me aguanto la risa y continúo escribiendo en el móvil.

—Solo lleva lentejas y verduras. Sabía que te iba a gustar.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión, querido Melibeo? No he dicho nada de que me guste esta comida de cabras.

—Por el «mmm...» que se te ha escapado al saborearla.

Le da otro mordisco; lo sé, porque no paro de vigilarlo por el rabillo del ojo. Sin embargo, esta vez no gimotea.

—No se me ha escapado ningún «mmm...» —replica cuando traga—. Son imaginaciones tuyas.

Le respondo con un simple «ya» y le paso el teléfono para que le eche un vistazo a lo que he escrito, pero él me indica con su palma que espere mientras continúa engullendo su cena.

—Son unas normas que me he inventado para que nuestro plan salga bien —le explico—. No quiero que haya malentendidos.

—Hay que acabarse la comida primero. Después, se hablará de los negocios.

Bufo, frustrado.

—¿No puedes hacer dos cosas a la vez o qué?

Me es muy complicado ser simpático con este Jigglypuff humanizado.

—Es mejor hacer las labores una por una. La multitarea no me va.

Me golpeo en la frente con el móvil y pienso que ha sido una pésima idea proponerle esta especie de «cita» (como la llama él) para que me ayude con mi novela.

—Lo llego a saber y me creo una cuenta en Tinder o en cualquier otra aplicación de ligues para quedar con el primer tío que no se complique tanto la vida, que de esos hay un montón.

Calisto, con la pajita metida en la boca porque mis palabras lo han pillado bebiéndose el refresco, me observa como si hubiese insultado a alguno de sus cursis poetas muertos. Cuando termina de hidratarse, suelta la bebida y lo invade el espíritu de la paternidad, porque me echa tal bronca con la que mis padres se sentirían celosos.

—Te prohíbo terminantemente que te sumerjas en esas aplicaciones repletas de depravados y desesperados, que nunca sabes lo que te puedes encontrar. Todo es muy superficial por esos lares. Las descripciones de los chicos dejan mucho que desear; solo quieren practicar relaciones sexuales en un descampado con jeringuillas y pasan del amor romántico —parlotea gesticulando con las manos con dramatismo—. Además, algunas fotos son horribles y tienes la sensación de estar mensajeándote con un torso musculado y decapitado. Por no hablar de los salidos, que lo primero que hacen cuando les dices «hola» es enviarte una asquerosa foto de un pene.

Arqueo una ceja y él se toma un descanso tras su monólogo para darle otro sorbo a su bebida.

—Pareces un experto en esas aplicaciones.

—Tengo una cuenta en un par de ellas y he vivido malas experiencias, por eso no te las recomiendo. Lo mejor es conocer al amor de tu vida cara a cara.

—Vaya... —murmuro, asombrado y comiéndome mis patatas fritas, que ya están heladas—. No me esperaba que estuvieses registrado en esos sitios. Pensaba que eras un antiguo que se comunicaba con sus amores mediante cartas escritas con una caligrafía bonita.

Mi comentario le hace gracia porque se echa a reír; las comisuras de mis labios se elevan un poco, como si me apeteciera sonreír.

—Ojalá, pero a nadie le gustan las cartas —me dice con decepción, pero enseguida esa emoción desaparece de su rostro para darle paso a la ilusión—. ¿A ti te gustan? ¿Puedo escribírtelas?

—Ni de coña —respondo con rapidez—. Ya te he dicho que no quiero cursilerías, solo follar.

Con la cantidad de chicos que hay, he tenido que elegir al más ñoño.

—Eso ya lo veremos, Apolo. Debes entregarle tu inocencia al amor de tu vida.

—¿Mi inocencia? ¿Al amor de mi vida? —Me descojono de la risa y me llevo un dedo a la sien—. Estás loco. No vivimos en la Edad Media para que uses esas expresiones, sino en el siglo XXI.

En lo que nos acabamos la cena, nos dedicamos a discutir, con diversión, sobre los pensamientos tan anticuados que tiene él y lo poco romántico que soy yo. Frunzo la nariz cuando me cuenta que, en sus anteriores relaciones, les pidió permiso a los padres de sus exnovios para salir con ellos, y le respondo que es normal que ya no sean sus parejas. Después, le vuelvo a entregar mi móvil con el documento abierto y aguardo, expectante, a que descubra las cinco reglas que he escrito; la última es la que considero más importante. Conforme las lee, hace muecas y sonidos con la garganta para mostrar su desacuerdo, y luego alza la vista hacia mí.

—Vale, acepto las dos primeras —me dice, y vuelve a clavar la mirada en la pantalla para recitarlas—: «Llevarse lo mejor posible, aunque seamos rivales» y «Ser novios de mentira para que Calisto pueda escribirle poemas de amor a su muso Melibeo». Pero no me parecen bien las otras tres: «Mantener relaciones sexuales, sin cursilerías, con el único fin de que Melibeo escriba su novela», «No compartir el premio si alguno de los dos se convierte en el ganador» y «Queda prohibidísimo enamorarse».

Cómo no. Sabía que iba a estar en contra de esas tres.

—¿Y qué propones, listo? Porque los veinte mil euros no los pienso compartir contigo —le suelto con firmeza; ambos permanecemos mirándonos—. Y peor para ti si te pillas por mí, porque ese tipo de atracción nunca será mutua y sufrirás de manera tonta.

Calisto entrecierra los ojos, creo que porque se ha sentido herido con mi sinceridad. Yo no puedo hacer otra cosa; es mejor ir con la verdad por delante desde el principio. Si no le gusta, que cancele el plan y se vaya a escribir sus poemas absurdos usando una mosca como musa.

—Voy a cambiar esas tres reglas. Espera.

Se sumerge en el móvil y, durante tres milenios, me quedo atontado mirando cómo edita, de lo más concentrado, lo que he escrito, con las luces de la pantalla y del coche iluminando su rostro entre la oscuridad de la noche. Cuando recupero mi teléfono, el Furby arrastra su culo por el capó para leer sus ridículas correcciones junto a mí:

Que nuestros encuentros sexuales estén cargados de romanticismo y que ninguno de los dos se largue justo al terminar (si podemos dormir juntos, abrazados, mejor).

No frialdad.

No buscar solo el propio placer.

No practicar solo el mete-saca.

No violencia (nalgadas, bofetadas y demás golpes).

Sí están permitidos los besos, las caricias y las palabras bonitas.

Utilizar condón siempre.

Exclusividad obligatoria.

Me parto de risa a medida que mis ojos se pasean por tantas sandeces.

Madre mía, si esto parece el contrato que le hace el prota de *Cincuenta sombras de Grey* a su amante sexual, pero al revés.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —me pregunta mi acompañante con una extraña tranquilidad.

—Lo empalagoso que es todo esto. —Señalo con la cabeza el móvil sin dejar de reírme—. Pero se intentará, aunque no te prometo nada. Soy menos cariñoso que un cactus.

Haré un esfuerzo; no soy ningún capullo y tengo algo de empatía. Al fin y al cabo, el Furby es un ser humano con sentimientos y estaría fatal jugar con él.

—Se agradece la intención.

Leo la siguiente norma modificada:

El ganador deberá compartir algo del premio con el otro (si gana Melibeo, le dará a Calisto los bolígrafos que brillan en la oscuridad; si gana Calisto, le obsequiará a Melibeo con algún regalo).

Con esta sí estoy de acuerdo. Me importan un pimiento esos bolis; yo solo participo por el dinero y la publicación de la novela con la editorial.

Por fin, me toca leer la última regla:

Como los sentimientos no se pueden controlar, no pasará nada si alguno de los dos se enamora del otro. Si el amor surge en mitad del plan, nos tendremos que comunicar para llegar a un acuerdo y que nadie salga herido.

Me parece estupendo también. Hablando se entiende la gente.

—Por mí no hay problema. No voy a pillarme de ti jamás. —Sacudo los hombros, sintiendo un escalofrío—. Porque menuda grima.

—Yo ya lo estoy de ti, pero platónicamente, así que no te preocupes —confiesa esbozando una amplia sonrisa—. ¿Me llevas a casa? Ya hemos terminado con nuestro contrato y es tarde. Mañana es lunes y tenemos clase.

—Como quieras.

Recogemos la basura del capó y la guardamos en una de las bolsas de papel del restaurante para tirarla cuando veamos una papelería. De camino a su bloque de pisos, escuchamos canciones de Bad Bunny y Calisto me pide que, cuando tenga tiempo, le entregue una copia manuscrita de nuestro contrato en un folio perfumado, para colgarlo en la pared de su habitación y no olvidarse de las reglas.

—Y le pido a un gigoló que te abanique —ironizo.

—Prefiero que me abaniques tú.

Al llegar a nuestro destino, detengo el coche en doble fila.

—¿No va a haber beso en nuestra primera cita?

Ladeo la cabeza hacia él, como si fuera la niña de *El exorcista*, y lo descubro mordiendo el labio inferior.

—No —le contesto, tajante, sin mover ni una pestaña—. Adiós.

—Agh. —Hace un ademán con la mano, se apea del coche, lo cierra con otro portazo (qué sorpresa) y se encamina hacia su portal, con prisas y sin haberse despedido de mí.

—Tsss... Vaya personaje —hablo conmigo mismo.

Una vez que me adentro en casa, sin mi familia merodeando en su interior, me pongo cómodo en mi cama con los pies descalzos y el portátil para seguir escribiendo, y recibo un mensaje de míster Empalagoso, acompañado de un puñado de corazones rojos.

Furby: «Buenas noches, amado Melibeo, que tengas dulces sueños»

Arrugo la nariz y le respondo:

Melibeo: «Pues gracias xd»

Furby: «De nada, trozo de hielo amargo»

Melibeo: «Buenas noches»

El siguiente mensaje que me regala es otra ristra de corazones y se desconecta.
Otro día más cargando con el lastre de la virginidad.

21. Me gusta que el amor se cocine a fuego lento

Calisto

El martes, tras terminar las clases, compro en la cafetería de la universidad seis *brownies* y un café con leche de vaca y mucho azúcar, para sobornar y endulzar a la bruja que se encarga de manipular mi vida amorosa porque quiero continuar con esta especie de brujería.

Pese a que Celeste me haya repetido mil veces que sus hechizos no se pueden cancelar, creo que al final sí lo ha hecho o algo ha salido mal. No es normal que Santi y Elisa estén ya enamoradísimos el uno del otro (son insoportables así) y que Melibeo no quiera rozarse conmigo ni por accidente. ¿Qué es eso de no desear besarme en nuestra primera cita? ¡Ya hemos dado el paso de juntar nuestros labios! ¡Ni que fuera la primera vez que lo hacemos!

—¿Dónde está la mujer más guapa, hermosa y preciosa de Oxímoron? —suelto al entrar en la droguería, y me encamino hacia el mostrador, donde se halla Celeste comiéndose unos macarrones con tomate en un táper, acompañada de Celestino, que está a su lado, con una pajarita azul decorando su cuello—. ¿Qué digo de Oxímoron? ¡Del universo entero! —Me detengo frente a ella, fingiendo una espléndida sonrisa mientras me contempla de brazos cruzados, con la ceja enarcada. Entonces, sigo con mi elegante retórica mezclada con vocablos coloquiales—: Estás hecha un pivonazo. Si no fuera gay, me arrodillaría ante ti para pedirte matrimonio. —Le lanzo un beso con una mano a la vez que sujeto con la otra lo que le he traído—. Tía buena, maciza, tu culo me hipnotiza.

—¿Qué quieres?

Uy, ha descubierta mis intenciones.

—Venía a traerte el postre para esos macarrones. —Deposito el café y la caja con los *brownies* en el mostrador, al lado de su comida, sin dejar de mirarla ni de sonreír—. Eres mi mejor amiga, me caes genial y tus cabellos me encantan, porque son de un color rojo salvaje.

—¿Vienes a que te diga la marca de tinte que uso? Porque siento decirte que mi tono es natural.

—Oh, no, no. —Le hago un ademán con la mano—. Estoy muy contento con mi pelo rosita, pero gracias.

La bruja se me queda mirando, como si estuviera analizando mi alma, y a mí me entran sudores fríos.

Da miedo esta chica. Mucho. Seguro que es hija del mismísimo Lucifer.

—Vale, ya lo pillo. Tu visita tiene que ver con la conquista de Melibeo.

—Respuesta correcta. —La aplaudo simulando énfasis—. No canceles mi pedido, por favor. —Junto las manos a modo de súplica—. Sé que te dije que no quería más tu ayuda, pero cometí un error. Reanuda el hechizo y oblígalo a que se enamore de mí, que solo le interesa amancebarse conmigo y yo necesito algo más.

Para ganarme también al maldito gato carbonizado, me saco de la mochila una lata de paté

de pescados del océano, especial para mininos, que he comprado en el supermercado. Le pido a su dueña que la abra, porque yo no tengo fuerza, y el animal comienza a comérsela, superfeliz.

—Está rico, ¿verdad? —le pregunto acariciando su lomo, pero él no me contesta ni un miau, solo traga y traga—. Estás muy elegante con esa pajarita celeste, Celestino. —Vuelvo a mirar a la bruja y me limpio los gérmenes del animal en la camiseta—. ¿Vas a seguir ayudándome a conquistar al muso de mi vida o me busco otra maga?

—En eso estoy, Calisto. Debes tener paciencia. Melibeo no se va a enamorar de ti de la noche a la mañana.

—¿Cómo que no? Santi ya tiene a Elisa comiendo de su mano. El hechizo que has hecho conmigo está defectuoso.

Mis amigos me dan un poquito de asco en estos momentos; las cosas como son. Se lían en cada rincón de mi casa, se dedican palabras bonitas y ella ya se ha quedado varias veces a dormir.

Y yo quiero todo eso para mí.

—Tienes que entender que con algunas personas tarda más en hacer efecto —me explica Celeste con su voz de profesional con cincuenta años de experiencia—. Elisa ya sentía algo por Santi antes de meterme yo en medio y no ha sido tan complicado darle el empujón. En cambio, con Melibeo es más difícil, porque tiene un carácter más rancio, y tampoco me ayuda el hecho de que os llevéis mal. Me estoy esforzando lo máximo posible para que mi amigo se enamore de ti.

Junto las manos otra vez y la miro con cara de cachorrito.

—Por favor, esfuérzate más. ¿Qué deseas que te traiga para agilizar el proceso? Si quieres, mañana me presento aquí a primera hora para empeñar a Pascual. Te lo comes, lo sacrificas u os retozáis juntos.

A pesar de que no apruebe lo que sea que hayan tenido, ya que mi amigo es sagrado, haría lo que fuese necesario para ganarme el corazón de Melibeo.

La bruja se echa a reír, porque se pensará que estoy de farol, y se oye un golpe en el mostrador que nos interrumpe.

Golpe que no ha sido provocado ni por ella ni por el gato. De una persona escondida, tal vez.

—Lo intentaré —me responde Celeste, enredando un mechón de su pelo en el dedo, sin abandonar sus risas.

¿Qué le hace tanta gracia? ¿Y a quién tiene escondido como rehén?

Me asomo al otro lado del mostrador, sospechando, y me encuentro a Pascu oculto, sentado en el suelo, abrazándose las rodillas y mirándome con expresión de no haber roto un plato en su vida.

—Hola —me saluda—. Me he perdido buscando los geles de afeitado.

—Agh. —Me doy la vuelta para salir de la tienda, gesticulando con las manos conforme hablo—: Que os aprovechen los macarrones, el café, los *brownies* y vuestros actos lujuriosos.

* * *

Por la noche, decido cometer la misma ilegalidad que hace unas semanas: colarme en el jardín de Melibeo, pero no para perseguir un gato, sino para buscar la inspiración rodeado de naturaleza.

—Auch —me quejo en cuanto mi trasero se golpea con la dichosa plantación de nabos.

¿No puedo caer en otro tipo de verdura o qué? ¿Todas estas tierras las han invadido los nabos?

«Ojalá me invada el de Apolo», pienso.

No, mejor no. Mi lado romántico no me lo permite tan pronto.

—¿No puedes entrar por la puerta como una persona normal? ¿Siempre tienes que acabar aplastándome algún nabo?

Aún clavado en esa verdura, echo un vistazo a mi alrededor, iluminado por un par de farolas negras adecuadas para los jardines, y diviso a Melibeo acomodado en la mesa de madera, sin dignarse a dedicarme una mirada y tecleando en su portátil, que lo tiene encima de las piernas.

Acabo de aterrizar en su huerto tras haber trepado por un muro; lo normal es que se preocupe por mí, por si me he hecho daño, ¿no? Lo único que le ha importado han sido sus asquerosos nabos.

—Es más emocionante escalar muros como un auténtico caballero para llegar a mi amado. —Me pongo en pie y me sacudo la ropa—. Me gusta arriesgar mi vida por amor.

—Me parece genial, pero, si te desnucas, no me vayas a echar las culpas de tu muerte desde el más allá. —Ahora sí, centra su vista en mí y esboza una sonrisa maliciosa—. Lo bueno es que, si te mueres, mejor para mí, porque podré ganar el premio.

Me cubro las mejillas con las manos y abro la boca, totalmente ofendido.

—¿Me estás queriendo decir que no te importa que me muera?

Que tu muso desee que fallezcas: bandera rojísima.

—Hombre, dicho así, suena un poco cruel.

Dejo escapar un «agh» y camino hacia el árbol más lejano posible de él (un naranjo), con la intención de tomar asiento y escribir mis poemas sin ese bellaco riéndose de mis desgracias.

—¡Pero no te enfades, Furby! —exclama, carcajeándose, mientras se acerca a un manzano con su maquinita bajo el brazo; yo lo contemplo con odio y pienso que ojalá caiga un chaparrón y se le moje el portátil—. ¿Con quién me metería si te murieses? Me aburriría sin ti. —Se sienta, apoyando la espalda en el tronco del árbol, se coloca su aparato con teclas sobre los muslos y da una palmada al pedazo de césped que hay a su lado—. Anda, ven.

Me hago el interesante durante unos segundos, pero al final me siento junto a él, no porque me lo haya pedido, sino porque en su sitio hay más luz, que la necesito para poder distinguir las hojas de papel y la tinta del boli. No como él, que ve de maravilla con la iluminación de la pantalla de su artificial aparato tecnológico.

—¿Cómo llevas la escritura de las escenas pornográficas?

Apolo, como parece que hoy tiene los ojos y los dedos pegados al ordenador, ni deja de teclear ni me mira, y hace una mueca de fastidio al escuchar mi pregunta.

—Ni bien ni mal, porque no las estoy escribiendo.

—¿Una novela erótica sin escenas de cama? —le pregunto, asombrado—. Yo no soy experto en ese género, pero juraría que lo imprescindible en ese tipo de historias es el sexo.

—Me las estoy saltando. —Suspira—. Las escribiré más adelante.

—¿Me dejas leer lo que llevas escrito?

Como era de esperar, me contesta con un rotundo «no» y me ordena que me ponga a escribir mis «poemas empalagosos» y lo deje en paz, que para eso me ha permitido venir hasta su casa y utilizar su jardín como lugar ideal para alimentar mi creatividad. De hecho, hace media hora me hallaba tan estresado en mi piso, soportando a los inaguantables tortolitos, que me he visto en la obligación de buscar mi móvil entre los cojines de los sofás y mandarle un mensaje a Melibeo para pedirle, por favor, que me dejara colarme en su edén porque lo necesitaba, si no, iba a fallecer; él ha autorizado mi autoinvitación bajo la condición de que «no le diera la tabarra con mis ñoñeces».

No importa; ya leeré su novela cuando se escape hacia el baño, como ser humano que es.

Además, él se lo pierde, porque le puedo seguir dando consejos muy valiosos, como los que le regalé cuando quería inspirarse para describir besos.

Me pongo cómodo en el césped con mi bolígrafo de cuatro colores y mi cuaderno para escribir en sucio; el de terciopelo rosa lo tengo a mi lado, junto a un libro que me he traído con las rimas de Bécquer. Sin embargo, no logro concentrarme con el maldito ruido de Apolo aporreando las teclas de su portátil, y me entran ganas de lanzar ese dispositivo hacia el cielo como si fuera un búmeran, pero para que regrese y se estampe contra su frente.

El papel y el boli son más silenciosos. Debería percatarse de que me está molestando.

Respiro hondo y me masajeo las sienes para tranquilizarme, pero no me funciona porque continúo oyendo dedos fingiendo que son martillos.

Insisto en que tendrían que caer, por lo menos, cuatro gotas, que hay sequía en el mundo.

¡Ostras! Ahora que Melibeo está tan enfrascado en su historia pornográfica, puedo aprovechar la ocasión y curiosear su documento.

Me froto las manos, con una sonrisa pícara dibujada en mi cara, y estiro el cuello con disimulo hacia mi muso, que no se está enterando de mis intenciones.

La suerte está de mi favor, porque el tamaño de la letra que usa es gigante y tiene el *zoom* activado, por lo que no se me hace complicado leer el texto. También debo recalcar que este chico huele genial, lo que ocasiona que las defensas de mi romántico interior disminuyan para darle paso a mi otro yo: el Calixto salvaje. Por no hablar de que tampoco colabora el diálogo que mantienen sus personajes: un tal Aedus le dice a Stephen que quiere que lo «empotre» contra la pared y el otro le responde que prefiere «follar» mirándolo a los ojos.

¡Por Cupido, qué escena más obscena! La literatura fenece cada vez que sale a la luz un escrito con estas características.

Pero no soy capaz de apartar la vista de cada palabra que Melibeo añade al texto.

Dios mío, mis pobres ojitos están a punto de salirse de las cuencas de lo mucho que sufren. Ahora, Aedus se ha arrodillado para llevarse a la boca el miembro erecto de Stephen.

Me abanico con mi cuaderno para calmar el bochorno que ha invadido mi ser, sin desviar la mirada de la pantalla, donde mi muso escribe a continuación: «narrar esta escena más adelante porque PEREZA XD».

Ah, no, esto sí que no. ¡No puede dejarme con la intriga! ¡Necesito saber si hacen el amor mirándose a los ojos!

—¿Qué haces, Apolo?! ¡Sigue escribiendo! —me delato yo solo.

Él cierra el portátil de inmediato y ladea la cabeza hacia mí, entre avergonzado y enfadado; mi cuello vuelve a su sitio, porque no me apetece que se quede largo.

—¿Que qué hago yo? —me espeta—. ¡Qué haces tú husmeando mi novela!

—Soy un cotilla y te tengo demasiado cerca. Era inevitable. —Me encojo de hombros, divertido—. Pero sigue, porfi, que me has dejado enganchado.

A Apolo se le suaviza la expresión en cuanto oye la última palabra.

—¿En serio? —inquieta con ilusión, y yo asiento—. Pues gracias, supongo. Pero no sé cómo continuar; siempre me atasco cuando van a mantener relaciones sexuales.

Se me acaba de ocurrir una propuesta interesantísima.

—Te la escribo yo. —Le robo el portátil de las piernas y me lo coloco sobre las mías, pero Melibeo intenta arrebátarmelo.

—Ni de coña, que tú vas a llenar esa escena de azúcar.

—Luego editas lo que no te convenza. Déjame echarte un cable.

Acepta a regañadientes y se pega a mí para observar cómo las letras se escapan de mis

dedos, aunque, a los cinco minutos, me llama «tortuguita» y recupera su portátil, desquiciado por mi lentitud al mecanografiar de lo poco acostumbrado que estoy a usar estos aparatos.

—Siempre seré fan del papel y boli —confieso.

—Venga, díctame tus cursilerías.

Me arrimo aún más a él y me aferro a su brazo para disponer de un mejor plano de la pantalla; después, me centro en narrarle la escena erótica que estoy imaginándome en mi mente como si fuera una película. Lo malo de esto es que Melibeo traduce mis vocablos «ñoños» por otros más vulgares con los que no estoy de acuerdo, porque con estos últimos la escena parece pornografía barata.

Le he dictado con todo lujo de detalles la felación que le regala Aedus a Stephen y el sexo anal entre los dos, mirándose a los ojos, sobre la mesa de una cocina, algo muy poco higiénico. He sugerido que se acostaran en una cama, que es lo más normal, pero mi archienemigo, como es tan terco, se ha negado.

—Pon que eyaculan al unísono, que es más bonito —le sugiero, acalorado y tapándome el bulto de la entrepierna con mi cuaderno de lo excitado que me encuentro.

¿A Melibeo también le habrá pasado lo mismo que a mí? No puedo comprobarlo con el portátil cubriendo parte de sus muslos y su zona prohibida, pero me he fijado en lo incómodo que ha estado mientras escribía, removiéndose y exhalando suspiros.

¿A todos los escritores de novelas porno les sucede esto? Siempre me lo he preguntado.

—Que se corran a la vez no es realista —replica—. Primero Aedus y luego Stephen. Después, cada uno a su casa.

—Ese final de escena es horrible; yo lo escribiría de otra manera.

—Es mi libro, no el tuyo.

—No me gusta esa frialdad. Tienen que enamorarse.

Melibeo pulsa en «guardar» tres veces seguidas y gira la cabeza en mi dirección; su cara, a escasos centímetros de la mía.

—Poco a poco. Aún es temprano para eso.

—Ah, genial. —Le dedico una sonrisa y me pierdo en sus ojos, que descienden hasta mis labios—. También me gusta que el amor se cocine a fuego lento.

Sí, sí, sí. El esperado beso viene ahora, que mi amado me está mirando la boca con deseo.

Cruzo los dedos, hecho un flan y con mi corazón latiendo con vehemencia dentro de mi pecho, y rezo para que Melibeo no se eche atrás ni nos interrumpa nada ni nadie.

Acerca su rostro al mío, tratando de cortar el espacio libre que nos estorba, pero, cuando nuestros labios casi se rozan, unas inoportunas gotas de lluvia caen sobre nosotros, obligando a mi muso a separarse de mí, alarmado.

—¡Joder, el portátil, que se me va a mojar! —brama levantándose como un resorte—. Puta lluvia. —Y corre hacia la puerta corredera que da al jardín, con la dichosa maquinita entre sus brazos, para resguardarse en su casa.

Me pongo en pie yo también y pataleo sobre el césped, cabreado con la naturaleza por haber impedido EL BESO.

22. Calzoncillos de lentejuelas

Melibeo

¿Qué coño hace el Furby hablándole al cielo en mitad del césped y mojándose?

Cada vez tengo más claro que este tipo es lo siguiente de raro. Si busco ese adjetivo en el diccionario, aparecerá su nombre como una de las acepciones, acompañado de su foto.

—¿Quieres entrar de una vez? —le ordeno mirándolo desde la cristalera que da al jardín—. ¡Te vas a empapar!

Lo misterioso de esta situación es que ha empezado a llover de improviso, porque el día ha amanecido despejado, sin una nube en el cielo, con treinta grados y los rayos del sol estrellándose contra mi jeta. No me voy a quejar del aguacero, que mis frutas y verduras necesitan agua y a mí me relaja el sonido, pero la naturaleza es una tremenda hija de su madre y de su padre por haber interrumpido mi casi morreo con el Furby. Para una vez que lo tengo tan cerca y me apetece besarlo... ¡Pum! Lluvia para el planeta.

Calisto no para de hacer el panoli, gritando y pataleando en el césped como si tuviera cinco años.

Voy a tener que rescatarlo de la lluvia; a sus ridículos poemas, también, que los ha abandonado bajo el árbol y van a quedar destrozados por las gotas de agua que les están cayendo.

Salgo al jardín otra vez, sin importarme lo empapado que me ponga, y salvo sus pertenencias metiéndolas en su mochila, que me la cuelgo al hombro.

—Vamos dentro. —Lo sujeto del brazo, deteniendo la cantidad de insultos que se escapan de su boca—. Mira cómo te estás poniendo.

Él se zafa de mi agarre, vuelve a alzar la vista hacia el cielo, que lo apunta con el dedo índice, y suelta:

—Me las pagarás, maldita naturaleza de pacotilla. Me vengaré de ti usando más plástico, dejaré todos los grifos de mi casa abiertos y tiraré basura en la calle por no haberme permitido besar a mi muso.

¿Está echándole la bronca a algo inanimado, que ni tiene conciencia ni piensa por sí mismo, por habernos cortado el rollo? ¿Y yo me estoy sorprendiendo por ello cuando debería estar acostumbrado a sus memeces?

—Eh... Furby —intento captar su atención, y le señalo mi casa mientras motitas de agua invaden los cristales de mis gafas, dificultándome la visión—. Podemos continuar ahí dentro con lo que estábamos haciendo sin pillar una pulmonía.

Logro que su mirada se desvíe hacia mí.

—¡No lo entiendes! —me grita haciendo aspavientos con los brazos—. ¡Era una escena perfecta! Los dos, acomodados bajo un manzano y rodeados de verdura, en un ambiente de *locus amoenus*, a punto de unir nuestros labios... Hubiera sido tan romántico... —Suspira, entristecido—. Qué mala suerte.

Qué tipo más pesado con el romanticismo. ¡Eso solo ocurre en las películas de Disney! La vida real es de otra manera, a ver si lo acepta de una vez.

—Voy a resguardarme de la lluvia, que no quiero resfriarme. Tú deberías hacer lo mismo.

Pero ahora es Calisto el que me coge del brazo para que no me vaya.

—Besémonos bajo la lluvia, Melibeo —me suplica o me ordena, o una mezcla entre ambas acciones—. Si no, me quedaré la noche entera aquí fuera hasta que decidas besarme. Si me enfermo, recaerá sobre tu conciencia.

—¿Chantaje emocional para darte un simple beso? —Ahogo una risita—. ¿Y qué gano yo a cambio?

Me suelta el brazo para colocar los suyos en jarras y mirarme con la boca abierta, indignado.

—¿Te parece poco que te haya escrito la escena pornográfica de tu novela? No seas tan egoísta, que me merezco el beso.

—¿Sabes en qué otro lugar podemos besarnos? —Ladeo una media sonrisa—. En mi cama, mientras follamos.

Se le escapa el centésimo «agh» de la noche y vuelve a patalear, supercabreado, para después arrebatarle su mochila del hombro y colgársela a la espalda.

—¡Qué obsesión tienes! ¡Refréscale esa mente tan calenturienta leyendo a Shakespeare! Me voy a mi casa. —Me dedica una pederreta, gira sobre sus talones y se encamina con paso firme y la cabeza bien alta hacia el muro por el que ha saltado.

—¿Cómo vas a irte con la moto con la que está cayendo? ¡Espera a que cese la lluvia!

De pronto, el ruido de un trueno nos sorprende. Yo doy un respingo, y Calisto pega un saltito y chilla por el susto que se ha llevado. A continuación, regresa junto a mí, muerto de miedo, y me rodea con sus brazos tan fuerte que hasta creo que me han crujido un par de huesos y me ha desinflado la mayoría de los músculos. Intento hacer algún movimiento, pero no consigo moverme porque este tarado me tiene apresado.

—Lo he pensado con más detenimiento y he llegado a la conclusión de que será mejor que me quede contigo, que eres mi amado y debes protegerme de los truenos.

«Su amado».

Ni que fuera yo el caballero de alguno de esos libros antiguos que lee. Me siento como si estuviera metido en un capítulo de los *Bridgerton* con este payaso comunicándose con su idioma «taradés».

—Suéltame para que pueda llevarte hasta mi castillo, idiota.

Me libera de sus brazos y me aparta de su camino, dándome un ligero empujón, para adelantarme y ser el primero en entrar en mi casa.

—Espera, que nos hemos olvidado algo importante.

El Furby frena sus pasos, se gira hacia mí y echa un vistazo a nuestro alrededor, buscando ese «algo importante».

—¿El qué? —inquieta, confundido.

Entonces me aproximo a él con decisión, cubro sus mejillas con mis manos y le estampo ese beso que tanto deseaba, para que deje de darme la lata con sus escenas de historias azucaradas.

Y de paso me aprovecho, que me había quedado con las ganas.

Como si no fuera suficiente con la lluvia cursi, su boca sabe a regalices, como de costumbre, y no sería extraño que acabase en Urgencias por sufrir un empacho de tanto dulce.

Me imagino a mis padres alucinados en el hospital, cotilleando el motivo de mi ingreso: pulmonía e hiperglucemia por compartir, bajo la lluvia, fluidos salivales con un regaliz de fresa humano.

Me descojono solo de pensarlo.

Un relámpago alumbrando la oscuridad de la noche provoca que los dos nos caguemos vivos, pero el Furby me gana a cobarde, porque me lleva a rastras hacia el interior de mi casa, agarrándome con fuerza de la mano a la vez que les reza a todos los dioses y comenta, entre lloriqueos fingidos, que es muy joven para pasar a mejor vida.

—Guau, qué bonito tu hogar —me dice, paseando sus ojos del color de la lechuga por el salón y bañando la pobre moqueta, que será la responsable de mi muerte porque mi madre le tiene mucho cariño—. ¿Dónde están tus padres?

—Currando. —Me limpio las gafas con un paño, que lo he cogido de la mesita de centro, y me las vuelvo a poner—. Ven conmigo arriba para secarnos y cambiarnos de ropa.

Mientras subimos, el Furby quiere saber a qué se dedican mis padres para que tengan que trabajar tan tarde; yo le cuento que los dos son médicos, que mi padre está de guardia esta noche y que a mi madre le toca operar durante dieciséis horas. Después, lo guío hasta el baño y le digo que deje las prendas mojadas en el suelo y que se seque con una de las toallas limpias que hay guardadas en el armario blanco.

Cuando cojo ropa seca de mi habitación para prestársela y vuelvo al servicio, que tiene la puerta abierta de par en par, «mi visita» está frotándose el pelo con una toalla, con solo unos aterradores calzoncillos rosas de lentejuelas puestos.

—Qué espanto —es lo único que puedo expresar ante las vistas tan horribles y estupendas que estoy presenciando.

Que conste que lo de las vistas horribles va por su ropa interior; lo de estupendas, por su cuerpo.

Calisto termina de secarse el pelo y, al descubrir que lo estoy espiando, me lanza la toalla a la cabeza con mala leche; yo la capturo al vuelo.

—Espantosa tu cara con esa nariz de Pinocho y esas gafotas.

Me echo a reír al escuchar esos insultos de patio de colegio.

—A ver, Furby, me refería a tus calzoncillos tan catetos. —Lo recorro entero con mi mirada, sonriendo—. Te aconsejo que elijas unos que te favorezcan, eh, porque esas lentejuelas me deslumbran y no me dejan apreciar tu paquete.

—¡Agh! —Sus mejillas se colorean de rojo y sus manos se quedan suspendidas en el aire, a la altura de mi cara, con los dedos doblados como si quisiera estrangularme—. Qué lástima que no tenga ningún objeto pesado para descalabrarte.

Sin dejar de sonreír, le tiendo la ropa que le he traído.

—Te espero en mi habitación. Es la puerta del fondo.

Me responde con un tímido «gracias, eres muy amable, Apolito», y su enfado por haberme metido con sus calzoncillos se esfuma. Ya en mi cuarto, a solas, me cambio de ropa y ordeno las cosas que tengo por medio (algunos libros, ropa y cables de aparatos electrónicos), no vaya a ser que el Furby se escandalice.

Es la primera persona que va a pisar mi madriguera, sin contar a Celeste, y necesito que esté presentable y acogedora. Menos mal que he pasado la aspiradora y he cambiado las sábanas hoy, al regresar de la biblioteca de la uni.

—¿No tenías otras prendas para prestarme? —se queja mi invitado nada más adentrarse en mi dormitorio; yo aparto la mirada de mi ventana, desde donde contemplaba la tormenta, y la poso en él—. No me gusta este atuendo de friki drogadicto que no pisa la ducha desde hace meses.

He escogido uno de mis pantalones de chándal negros y la misma sudadera que me puse en

nuestra «cita de negocios»: la desteñida con el dibujo de un plátano.

—Mejor que los calzoncillos de lentejuelas... —le respondo con el semblante lleno de diversión—. Por cierto, ¿has cenado? Y no me vayas a decir que tu cena ha sido una bolsa de regalices.

—Mi cena ha sido una bolsa de regalices —confiesa tan pancho, como si alimentarse de esas porquerías fuera saludable.

Me revuelvo el pelo y suspiro.

—Voy a meter una pizza en el horno. Ponte cómodo, que ahora vuelvo.

Bueno, una pizza congelada no es que sea más sana que las chucherías, pero por lo menos contiene verduras.

Una vez que la cena está lista y cojo un par de refrescos de limón de la nevera, vuelvo a mi habitación y me encuentro al Furby invadiendo mi cama, como si estuviera en su casa, tapado con las mantas y escribiendo cursilerías en su cuaderno.

—¿Qué haces?

—Anotando unos versos que se me acaban de ocurrir.

Me acomodo junto a él y deposito la bandeja con la pizza entre los dos, en el colchón. Le propongo que veamos alguna peli en la tele que tengo colgada en la pared mientras cenamos, y él me recita títulos de historias ñoñas, como *Orgullo y prejuicio*, *Romeo y Julieta* o *Un paseo para recordar*.

—Estamos en mi casa, concretamente en mi habitación, y eso que está ahí es mi tele —le digo, apuntando con el mando a distancia el pedazo de pared donde se encuentra la pantalla—. Así que elijo yo.

—Pero yo soy tu invitado y me tienes aquí secuestrado, en contra de mi voluntad. —Le quita los trozos de champiñones a la porción de pizza que acaba de coger y los abandona en un rincón de la tabla—. No me gusta este ingrediente.

—Pues a mí me encanta. —Los atrapo y me los llevo a la boca—. Venga, va, me has convencido. Te permito escoger la peli que quieras, pero, cuando se acabe y tienes la suerte de que ha parado de llover, te largas.

—Muchas gracias, querido Melibeo. —Su voz suena sarcástica y, con su mano libre, me roba el mando—. Te has ganado una banderita verde, pero las rojas siguen ganando.

—¿Tengo banderas rojas? —Me carcajeo—. Si soy buena gente.

—No tan buena gente —me corrige—. Te has ganado un montón desde que te conozco; lo tengo todo anotado en la pizarrita de mi cuarto.

—Estás majareta.

Espero que se esté quedando conmigo con eso último, aunque tampoco me extrañaría que fuera verdad, porque muy bien del coco no está este chico sacado de la Edad Media.

Durante lo que queda de noche, hago un esfuerzo por tragarme *El diario de Noa*, una película que jamás he visto, mientras comparto la pizza vegana con el Furby y me zampo los champiñones marginados de sus porciones. También se me cierran los ojos y finjo unos cuantos bostezos cuando Calisto comenta «oh, qué bonito», «esta es mi parte favorita» o «quiero vivir esa hermosa historia de amor».

¿Que tu pareja no se acuerde de lo que habéis vivido es bonito? ¡Es una gran putada!

En cuanto los créditos aparecen en la pantalla y me deshago del par de lágrimas de mi rostro y de la sensación tan mala que me ha producido el final de esa historia, apago la tele y, por el silencio que inunda la habitación, deduzco que la tormenta se ha calmado.

—Ya te puedes ir a tu cas... —me detengo al mirar al Furby y descubrir que se ha quedado

frito, de lado, abrazando mi peluche de Mario Bros, con la cabeza recostada en la almohada.

Ahora sería un buen momento para dibujarle un pene en la frente, pero no lo haré porque seguro que se despierta y me da una paliza con el muñeco.

Sin hacer ruido, me escapo hacia la cocina para llevar la tabla con las migas de la pizza y tirar las latas de refresco vacías a la basura, pero justo en este instante mi hermana se manifiesta en casa tras su larga y dura jornada en el hospital.

—¿Has hecho pizza y te la has comido entera? —me recrimina al verme echar la caja de cartón al cubo azul—. Ya podrías haberme dejado algún trozo, que vengo muerta.

—Perdón. He tenido visita.

—Mmm... ¿Celeste y su gato? —Coge una botella de la nevera y le da un sorbo.

—No, un chico de la uni.

Lucrecia escupe el agua y me observa como si le hubiera contado que un mono se ha colado en nuestro huerto para robar verduras.

—¿Un chico? —Se limpia los restos del líquido de la cara con la manga de su camiseta.

—Sí, un chico. ¿Sabes lo que es o necesitas que te lo defina? —le suelto, sacando a la luz mi versión antipática.

—¿Y cómo es posible que alguien, además de tu amiga hechicera, te aguante con lo borde que eres?

Me río con ironía y le saco el dedo corazón.

—Buenas noches, que tengas pesadillas, hermanita.

De vuelta a mi cuarto, el Furby continúa durmiendo en la misma posición y me acerco a él para cubrirlo con las mantas hasta la barbilla por si tiene frío.

Qué divertido. Me toca compartir mi preciada cama con este ser. Como se le ocurra pegarme patadas o hablar en sueños, lo agarro de ese pelo de algodón de azúcar y lo arrastro hasta el jardín para que duerma acompañado de mis nabos.

23. Los suegros y el cadáver

Calisto

—¿Vosotros también bebéis leche rara como Melibeo? —les pregunto a los padres del ricitos de oro, en la cocina.

Estoy sentado a la mesa, esperando a que me sirvan el desayuno. Anoche caí en los brazos de Morfeo en la cama de Apolo, me perdí el final de *El diario de Noa* y no pude regresar a mi piso.

Todo mal.

Lo bueno es que hemos vuelto a dormir juntos, y lo primero que mis ojos han visto nada más abrirse ha sido su careto.

Es feísimo cuando duerme. Tiene la boca abierta, se le caen las babas, hace ruidos extraños y el cabello se le despeina. Debería descansar como un auténtico príncipe, no como un vulgar mundano.

Que tu muso no luzca favorecido mientras duerme: bandera roja.

—Nosotros no somos veganos —me responde Alicia, la madre de Melibeo, sirviéndome un zumo de naranja natural en una taza con el dibujo de un brócoli con ojos.

—Ah, entonces sois personas normales y Melibeo es el rarito de la familia, ¿no? —Le doy un sorbo a mi bebida.

A Alicia se le escapa una risita ante mi comentario y yo le doy las gracias por el zumo.

—Cuidado, eh, que mi niño mola mogollón, aunque solo se alimente de verdura —me dice Pedro, su padre, colocando en mi lado de la mesa otra taza (esta vez, con dibujos de fresas y llena de café con leche de vaca) y un gofre de chocolate y nata con trocitos de plátano y kiwi.

Qué rico y qué buena pinta tiene todo. Hacía tiempo que no desayunaba así de bien, porque cada mañana me bebo con prisas un batido de chocolate o un café y me como algún producto de bollería industrial. Otras veces me quedo dormido y salgo de casa sin haberle metido nada al estómago, así que me tengo que comprar cualquier cosa en la cafetería de la universidad.

—Y aunque sea lo menos cariñoso del mundo —oigo una voz femenina, que no es la de mi suegra.

Dejo los cubiertos en mi plato porque me moría por probar el gofre y, masticando el pequeño trozo, ladeo la cabeza hacia la puerta de la cocina. Una chica, superparecida a Melibeo físicamente, acaba de hacer acto de presencia con un pijama de osos panda y se acerca a mí, esbozando una sonrisa enorme.

—Hola, soy Lucrecia. —Se encorva para estar a mi altura y me da un beso en cada mejilla —. Tú debes de ser el chico del que tanto me ha hablado mi hermano, ¿verdad? —quiere saber, haciendo énfasis en la expresión «el chico».

¿Melibeo le ha contado cosas sobre mí? ¿Eso significa que le intereso? ¿Es amor?

Ay, creo que mis ojos han tomado la forma de dos corazoncitos rojos.

—Eh... Supongo que sí —le respondo con timidez—. Me llamo Calisto.

¡Pues claro que ese chico soy yo! ¿De quién más le va a hablar a su familia? ¿De su amiga bruja?

Lucrecia me roba un trozo de plátano del plato y, antes de llevárselo a la boca, suelta con jocosidad:

—Te acompaño en el sentimiento, porque vas a tener que comprarte paciencia infinita para aguantar a mi hermano. —Se encoge de hombros, se come la rodaja de fruta y desaparece de la cocina para darse una ducha y vestirse.

¿Y esta chica tan maja y con una nariz preciosa comparte el mismo ADN que Melibeo? Si no fuera porque tienen el mismo tono de rubio y los mismos ojos azules, pensaría que a mi muso lo han parido y criado las lobas en el bosque, los padres de Pinocho o es el hermano gemelo inmortal de Góngora.

—No le hagas caso a la niña —me aconseja Pedro, que me revuelve el pelo— y téminate el desayuno, que tienes que empezar el día con energía para aprender mucho en la uni. —Levanta el puño, en señal de fuerza, y yo le doy las gracias por enésima vez.

Estoy un noventa y nueve por ciento seguro de que Melibeo Flores del Campo no pertenece a esta familia y ha dado la casualidad de que comparte algunos rasgos con todos sus miembros.

—Voy a subir a despertar al niño, a ver si se ha quedado dormido —interviene Alicia con los brazos en jarras, negando con la cabeza—. Si es que le tengo dicho que no se acueste tan tarde... Esto no puede ser... Toda la noche pegado al ordenador, escribiendo historias de amor.

¿Cómo que historias de amor?

«Señora, su hijo se está inventando una novela erótica de gais», le respondo en mi mente, a pesar de que me muera de ganas de decírselo a la cara. También evito reírme porque no me apetece parecer un maleducado con mis suegros.

Y sí, Melibeo aún está en el séptimo sueño. Como no quería despertarlo hace una hora, me he escapado hacia el baño para hacer pis y ducharme, y me he vuelto a enfundar su sudadera calentita y harapienta, pero no he hecho lo mismo con el pantalón de chándal que me prestó anoche; en su lugar me he puesto mis vaqueros, que ya estaban secos.

Pero lo mejor que me ha ocurrido ha sido cuando, nada más abrir la puerta del servicio, me he encontrado con sus padres en el pasillo, que llegaban de trabajar; me han preguntado si había dormido con su hijo (les he contestado que sí, porque ayer no paraba de llover y no podía regresar a casa) y se han ofrecido a prepararme el desayuno.

—Buenos días —la voz seca y adormilada de Melibeo nos interrumpe.

Poso la vista en él y lo veo de pie, en el umbral de la puerta de la cocina, bostezando y restregándose los ojos con los dedos por debajo de las gafas. Su padre le pregunta si ha dormido bien, a lo que él responde «he pasado noches mejores», dedicándome una mirada asesina; y su madre le echa la bronca por esa cara de cansancio que trae, porque se piensa que se ha tirado hasta las cinco de la mañana enganchado a sus novelitas romanticonas.

—¿Todavía estás aquí? —me espeta mi amado con su cariño habitual, inspeccionando lo que me han preparado sus padres—. ¿Quién te ha dado permiso para desayunar en mi cocina? ¡Y encima estás usando mis tazas! ¡Vete a tu casa ya, gorrón!

Si a lo largo del día este chico es un encanto de persona, recién despierto es místico Simpatía.

—No le hables así a nuestro invitado —me defiende Pedro mientras le sonrío a Melibeo con felicidad—. ¿Para qué se va a ir a su casa? Podéis ir juntos a la universidad.

—Ve a arreglarte; nosotros nos iremos a dormir ahora —agrega Alicia dirigiéndose a su hijo—. Y no te olvides de quitarte esos garabatos de la frente.

—¿Qué garabatos? —inquire Melibeo con confusión. Huye de la cocina para buscar un espejo y comprobar lo que tiene en la frente, y regresa a los diez segundos para señalarme con el dedo y decirme—: Me arrepiento de no haberte dibujado penes por toda la cara mientras roncabas.

—Acepta que te ha encantado lo que he plasmado sobre tu piel de porcelana. —Le lanzo un beso y él me muestra el dedo corazón antes de volver a fugarse, con la compañía de las risitas de sus padres.

No le he escrito ni dibujado nada que lo avergüence, solo le he puesto, con un rotulador morado, «Amo a Calisto» y un puñado de corazones.

* * *

Termino la última clase del día y me escapo hacia el baño, antes de ir directo hacia la cucaracha con ruedas en la que me ha traído Melibeo esta mañana, porque ha empezado a llover otra vez en cuanto hemos salido de su casa los dos juntitos.

Adoro que el tiempo esté a mi favor.

Sin embargo, al entrar en los servicios de la planta baja de la universidad, me encuentro a mi muso sentado en el suelo de uno de los habitáculos, con la puerta abierta, la espalda y la cabeza apoyadas en los azulejos, los ojos cerrados y el rostro más blanco de lo normal.

—¡Meli! —lo llamo, alarmado, y me acuclillo junto a él.

No pasa nada; me encargaré de resucitarlo mediante un beso en los labios, como si estuviéramos recreando *La bella durmiente*.

Parece que Melibeo me ha leído el pensamiento porque, para evitar el beso, abre los ojos para mirarme, suspira con fastidio y los vuelve a cerrar.

—El que faltaba... —murmura, y yo me quedo mucho más tranquilo al saber que sigue igual de rancio que siempre y que no se va a morir—. No tengo ánimos para soportar tu personalidad tan excéntrica, que me ha dado un amarillo y casi echo la pota.

—Anda, ¿y eso? —Me siento a su lado, con las piernas cruzadas para estar más cómodo—. ¿Has comido alguna verdura en mal estado o con gusanos? ¿Quieres que te acompañe al médico o que avise a tus padres?

Se ríe con ironía porque se cree que me estoy burlando de él cuando, en realidad, me hallo bastante preocupado por su salud.

—Ojalá haya sido por zamparme algo en mal estado, pero no. El culpable ha sido mucho peor.

—¿El culpable? —Frunzo el ceño—. ¡Dime quién es para batirme con él en un duelo de espadas!

—Un cadáver —me responde como si me hubiera dicho el nombre de una persona aleatoria viva.

¿Un cadáver?

Me alejo unos centímetros de él, aunque el suelo esté pegajoso, y trago saliva.

—¿Has matado a alguien?

—Ojalá también, pero tampoco ha sido por eso.

Se me pone cara de tonto porque no comprendo nada.

¿Existe algo peor que asesinar a una persona?

—¿Entonces? —inquiero con curiosidad—. Dímelo, Meli. No te voy a delatar a la policía. Puedes confiar en mí.

Mentira. Sí que me chivaría, por el bien de la ciudadanía y porque soy un muchacho

responsable al que no le apetece convertirse en cómplice de una ilegalidad. O quizá me lo pensaría mejor y guardaría el secreto, puesto que el amor está por encima de todo.

Melibeo se digna a mirarme.

—Antes de que te cuente nada, me tienes que prometer que no le contarás nada a mis padres ni a mi hermana, que están muy orgullosos de mí y se llevarían una decepción si se enterasen —me dice con el semblante tan serio que provoca que me asuste y que casi me haga caca encima—. ¿Entendido?

Me llevo la mano derecha al lado izquierdo de mi pecho, donde está escondido mi corazón enamorado.

—Prometo que no le diré nada a nadie —le respondo contemplando su mirada—. Te ayudaré a deshacerte de ese cadáver, lo lanzaremos al mar para que se lo coman los tiburones, lo enterraremos en el fondo del bosque, le prenderemos fuego o lo descuartizaremos. Puedes elegir el plan que más te guste. Después, eliminaremos las pruebas.

A Melibeo se le escapa una carcajada y un par de chicos que han entrado al baño nos observan como si no estuviéramos muy bien de la cabeza; yo los saludo con la mano, les regalo una gran sonrisa y vuelvo a centrarme en él.

—Venga, cuenta, cuenta —insisto frotándome las manos, emocionado.

Y me responde en un susurro y estremeciéndose:

—El cadáver ya está descuartizado. Ha sido la escena más traumática de mi vida.

24. Ángel y demonio

Melibeo

—¿A dónde vas? —le pregunto al Furby, que hace el amago de levantarse del suelo pringoso del baño—. ¿No estabas tan interesado en que te contase lo que me ha ocurrido?

—Me ha empezado a dar miedo, perdón —me responde, inquieto—. Eso del cadáver descuartizado son palabras mayores, y yo no soy tan osado como para pasar el resto de mi vida en la cárcel, rodeado de presos tatuados, con sus respectivas caras de asesinos, y arrastrando una bola gigante atada a los pies. Además, el color naranja no me favorece y provoca que me asemeje a una calabaza con peluca rosa.

Menudo cagón, y eso que comete la ilegalidad de colarse en huertos ajenos sin el consentimiento de sus dueños.

—Me encanta comer calabazas. —Hago una pausa al percatarme de lo extraña que ha sonado la frase. Calisto también se da cuenta del doble sentido de mis palabras porque me mira, flipando en colores, y entonces, para aprovecharme, añado con una sonrisa—: Así que te comería si te parecieses a una deliciosa calabaza con una ridícula peluca rosa.

Suelta un «oh» y se cubre las mejillas sonrosadas con las manos, gesto que hace cuando le da vergüenza algo o se ilusiona.

—Qué dilema. Elegir entre vivir en libertad sin ti o convertirme en prisionero contigo. Escogería la segunda opción sin dudarlo.

Yo me decantaría por la primera, pero no se lo confieso para no herir sus sentimientos tan delicados.

—Volviendo al tema del cadáver... —cambio de tema porque me quiero ir a mi casa ya y no me apetece seguir ni un minuto más aquí metido.

Cada vez que lo pienso, siento escalofríos por el cuerpo. Qué imagen tan terrorífica; ha sido peor que el vídeo del parto que me pusieron en clase el año pasado. La diferencia es que en esa última situación sí que acabé vomitando, y no comprendo por qué, si contemplar un cadáver en persona ocasiona que se te revuelvan las tripas y termines echando hasta lo que comiste en el día de tu primer cumpleaños.

—Ah, sí, dímelo ya, que me tienes en ascuas. —El Furby se me vuelve a arrimar y sus ojos herbosos se centran en mí, expectantes.

Exhalo, fatigado, y escupo la razón:

—Me ha tocado hacer una práctica de la carrera con un cadáver humano.

La expresión de curiosidad de su rostro se convierte en una de decepción.

—Bah, menuda tontería. Pensaba que te había pasado algo mucho más interesante. ¿Para eso pierdo mi preciado tiempo? Debería estar componiendo mis poemas bajo un árbol y no en este suelo bañado en pis. —Hace una mueca de repulsión—. Iugh.

¿Cómo puede tener tan poca empatía en un momento donde lo estoy pasando realmente

mal?

—Me gustaría verte manipulando un cadáver con tus manitas tersas de poeta —le espeto—. Te daría un patatús.

Se horroriza al imaginarse esa escena y frunce la nariz.

—Espero no tener que hacer algo así jamás. ¿Qué estás estudiando para toquetear muertos? ¿*Sepulturerología*?

—Mis padres son médicos y mi hermana, también. A ver si lo adivinas.

La maldita tradición familiar.

—¿Medicina? ¿En serio? —inquire con sorpresa, creyéndose que le estoy tomando el pelo—. No te pega nada. Pensaba que te estabas formando para ser verdulero profesional o algo relacionado con las lechuguitas y los nabos. —Y se echa a reír ante su chiste nada gracioso.

Permanezco más serio que un enterrador.

—Gracias por tu «no apoyo», majo. —Me levanto de un salto, me sacudo los vaqueros y, mirándolo desde las alturas para sentirme imponente, suelto—: Que te den.

Él, en lugar de ofenderse, se ríe más.

Ojalá le entre una mosca en la boca y se atragante con ella.

—Lo que quiero es que me des tú, Melibeo Flores del Campo.

—Es lo que llevo esperando desde que hicimos nuestro pacto literario. —Extiendo el brazo hacia él para ayudarlo a levantarse—. Mucho blablablá y poco pim, pam, pum.

—Tengo que prepararme para que me entregues tu pureza, que no es algo fácil y estoy histérico.

—Pues prepárate más rápido, que se me va a acabar el plazo para inscribir mi manuscrito en el concurso y tengo pendientes un montón de escenas de sexo duro y explícito.

El Furby, con la cara más colorada que el traje de Ladybug, me pide que tenga paciencia porque «todos los días no le regalan a uno algo tan importante como la virginidad», y después se va a hacer pis, que ha entrado al baño expresamente para eso y yo lo he interrumpido con mis dramas.

No seré yo quien le diga a este caballero medieval que la tontería de la virginidad es una construcción social y que no sirve para nada, por eso quiero follar cuanto antes con quien sea.

—Oye, si estás estudiando Medicina, ¿por qué has elegido la optativa de Escritura Creativa si no tiene nada que ver con tu rama? —me pregunta, ya fuera de la universidad y caminando hacia mi coche.

—Me apetecía cursarla, nada más. —Me encojo de hombros con desinterés.

—Mmm... —Hace una mueca con los labios—. Pero hay algo en esta historia que no entiendo. ¿Por qué has dicho antes que ibas a decepcionar a tu familia? ¿Por casi desmayarte por practicar con un cadáver?

La preguntita del millón que estaba esperando que me hiciera.

Detengo mis pasos, obligando al Furby a imitarme, y tomo aire para confesarle mi secreto a alguien por primera vez:

—Creo que me he equivocado de carrera. —Y se me escapa una carcajada nerviosa—. No se parece en nada a *Érase una vez el cuerpo humano*. Es horrible y muy, pero que muy complicada.

No es por mi aprensión hacia los cadáveres, ya que puedo dedicarme a otra rama de la Medicina que no consista en ver muertos, toquetear órganos o traer bebés al mundo. En realidad, escogí esta carrera porque no tenía ni idea de cuál me gustaba y mi nota media era altísima por haber sido un empollón en el instituto. Ahora mis calificaciones dan pena; el año pasado no

saqué más de un cinco y medio y suspendí cuatro asignaturas. Me matriculé por mis padres, que no me presionaron, pero me aconsejaron estudiarla con un brillo de orgullo en sus miradas, y yo no tuve el valor de negarme.

—Es cierto que eres la oveja negra de tu familia —me dice el Furby en tono de mofa.

Ahí está el experto en mostrar apoyo y en hundirme en la miseria. Diez banderas rojas le acabo de poner. A ver quién gana.

—Gracias otra vez, eh.

—Era broma, lo siento —me responde con una tímida sonrisa, y carraspea para agregar—: Voy a ponerme serio, que este tema es importante para ti. —Me coge de las manos y me mira a los ojos—. Mi querido Melibeo, si la Medicina no es tu pasión, no estás disfrutando mientras la estudias y, sobre todo, no te visualizas trabajando como médico dentro de unos años, déjala y haz algo que de verdad engendre mariposas en tu estómago. No vas a defraudar a tus padres por no seguir el mismo camino que ellos. Pero eso sí: seguirás siendo la oveja negra. Mis suegros son encantadores y tú, un amargo café sin leche ni azúcar y adicto a la verdura.

—Qué fácil lo ves todo. —Pongo los ojos en blanco—. ¿Y qué voy a hacer con mi vida si abandono la carrera?

—Ahí ya no te puedo ayudar. —Me suelta las manos y me da un par de golpecitos en el pecho—. La respuesta está en el trozo de hielo que tienes aquí dentro con forma de corazón.

—Puto cursi... —murmuro, y reanudo mi camino—. Y devuélveme esa sudadera que me has robado, que no te queda bien.

Mentira. Le queda jodidamente bien.

* * *

—¡Aléjate de mi portátil! —le grito a Celestino nada más entrar en mi habitación y pillarlo en mi cama, sentado sobre el teclado, tan tranquilo y ataviado con el disfraz de bruja (capa y sombrero negros) que le ha puesto mi amiga para la noche de Halloween.

Estornudo por la alergia y el animal me enseña los dientes y patalea sobre las teclas porque se ha enfadado por regañarlo. Por último, se esfuma de mi cama para acomodarse en el alféizar de la ventana con sus patitas delanteras estiradas.

Uno ya no puede ni escaparse a la cocina a por galletas, porque enseguida ese minibrujo invade mis cosas.

Me tumbo en la cama bocabajo, con los codos apoyados en el colchón, y me percató de que ese gato le ha enviado un mensaje a Calisto mediante WhatsApp web.

Melibeo: «Quiero ser tu escoba para que me agarres por el mango, bb»

Mierda.

—Te mato —le digo a la bola de pelo, que no entiendo cómo puede escribir oraciones coherentes si no goza de inteligencia humana.

Cuando me dispongo a borrar el mensaje, descubro que el Furby ya lo ha leído porque aparecen las dos rayas azules y el famoso «escribiendo».

Furby: «Vente a mi casa para que probemos si mi mano es de la talla de tu mango»

Me atraganto con el trozo de galleta que estaba devorando y toso.

Este no es mi educado Furby. Le han *hackeado* el móvil.

Melibeo: «¿¿??»

Melibeo: «¿Quién eres?»

Furby: «Soy Calisto Enamorado Feliz de Melibeo Flores del Campo»

Melibeo: «No te creo. Tú nunca me responderías con una frase guarra. ¿Te encuentras bien?»

Hoy es Halloween. A lo mejor, los demonios se han llevado su alma inocente.

El Furby, para que lo crea, me envía una videollamada que acepto al instante. Su careto sonriente inunda la pantalla de mi portátil y, de fondo, advierto los azulejos de su baño.

—Ah, pues sí eres tú —es lo primero que le digo—. ¿Estás cagando?

—¡No! —Se escandaliza—. ¿Cómo voy a hacer de vientre delante de ti? Es asqueroso. —Finge una arcada—. Iba a meterme en la ducha. Estoy con el pepino al aire. —Hace una pausa, confuso por el término con el que acaba de bautizar a su nabo, y yo me echo a reír—. ¿He dicho «pepino»?

—En serio, ¿qué te pasa? —Me descojono de la risa aún más—. Tú no te expresas de esa forma tan soez.

A continuación, Calisto me explica, también riéndose, que la culpa de sus palabras malsonantes la tienen las galletas con forma de calabaza que me estoy zampando, que las ha preparado Celeste con «alguna droga ilegal de brujas», según él, y mi amiga ha ido a su casa para regalarle a Pascual una caja entera, pero el Furby se ha comido más de la mitad y lleva un buen rato carcajeándose solo.

Si está desnudo y colocado, rezaré para que la cámara de su móvil viaje por accidente hacia su entrepierna.

—Enséñame tu pepino ahora mismo, si no, no me creo que estés hablando en pelotas conmigo —suelta mi boca antes de que mi cerebro procese la propuesta, y Calisto me sonrío con malicia.

—Es mejor que lo veas en persona; en pantalla pierde belleza. ¿Estás ocupado esta noche? —Se cubre la boca con la mano—. Ups, te juro que eso no lo he dicho yo.

¿Cuánto dura el efecto de lo que sea que le haya echado mi amiga a las galletas? Necesito que Calisto se comporte así hasta que se termine el plazo del concurso literario y no como un pastel de merengue andante.

—Voy a pasar la noche de Halloween en la universidad, como todos los años. ¿Nos vemos allí?

En esta ciudad, es tradición que los jóvenes se reúnan esta noche en la universidad, disfrazados. El edificio entero se decora con adornos de la temática de Halloween; el salón de actos se convierte en un cine donde se reproducen pelis de miedo; algunas zonas se acondicionan para que los más juerguistas monten fiestas; otras, para que la gente se entretenga jugando a juegos de mesa o simplemente para pasar el rato con sus amigos. Además, como el cementerio se encuentra justo detrás, algunos visitan a sus seres queridos, los gilipollas de siempre se dedican a asustar a los demás y los más valientes se comunican con los muertos mediante la *ouija*, cosa que yo jamás he hecho porque les tengo respeto a los seres no vivientes.

—No, yo nunca voy, que me da mucho miedo esta fiesta. —Su semblante se torna serio y se sacude los hombros como si hubiera sentido la presencia de algún espíritu—. Mis amigos van siempre; seguro que te los encuentras.

¿Qué es eso de que no irá? ¡Todo el mundo asiste esta noche a la universidad! El Furby debe ir, y más aún después de haberme ilusionado con querer mostrarme su polla.

—Tus amigos no me interesan. Quiero que vengas tú. —Le hago pucheritos—. Por favor... Te protejo de los fantasmas y de los seres malignos, y te quedas a dormir conmigo en una tienda

de campaña de la biblioteca, así admiro tu pepino en persona.

Me dedica otra vez su sonrisa pícaro porque se le habrá hecho la boca agua con mi plan.

—Suenan tentador... Pero no sé.

De fondo, oigo que Celeste aporrea la puerta de su baño y le grita que es obligatorio que vaya, que lo llevará arrastrándolo de su pelo rosa y que, como se niegue, no le dará su bendición para que sea mi amante sexual. Calisto, atemorizado, le responde que lo deje en paz, que no escuche conversaciones ajenas y la llama «bruja ramera»; después, se despide de mí porque la otra lo está poniendo histérico y me dice que, durante su ducha caliente, se lo pensará, pero que no me promete nada.

No importa si se niega; Celeste usará su magia negra para que acepte venir a la fiesta de Halloween.

* * *

Unas horas después, Celeste, Celestino y yo (los primeros, disfrazados de brujas y yo, de diablo, con unas alas rojas enganchadas en la espalda y sosteniendo una especie de tenedor gigante, que no tengo ni idea de cómo se llama), llegamos a la universidad en el coche de mi amiga.

—¿Qué hechizo has usado para obligar al Furby a que viniese?

—No he necesitado mi magia; lo has convencido tú con tu plan de encerraros en una tienda de campaña para que veas su pepino.

¿Esta chica ha escuchado absolutamente toda nuestra conversación?

—Celestino —le hablo al gato, que se halla entre los brazos de su dueña—. Guíame hasta Calisto.

Gracias a este animal, me he tenido que medicar hasta las cejas porque me ha dado un ataque de alergia por compartir tantas horas con él, así que, entre los antihistamínicos y las galletas de la felicidad, voy más drogado que un politoxicómano en una barra libre de psicotrópicos.

—Está en el cementerio —me informa Celeste tras hacer algo tan surrealista como comunicarse con la mente con su mascota.

—¿Y si no lo reconozco con el disfraz?

—Oh, no te preocupes. En cuanto te lo cruces, vas a saber que es él.

Habrán ido con sus amigos para visitar a sus seres queridos, porque no me lo imagino yendo solo con lo miedoso que es.

Nos adentramos en el cementerio silencioso, donde ya hay gente frente a las tumbas y varios grupitos molestando a los muertos con la *ouija*, y seguimos las indicaciones de Celestino, que camina delante de nosotros con elegancia.

Y sí, mi amiga tenía razón, porque con solo ver una figura con una sábana blanca cubriéndole el cuerpo como si fuera un dios griego, unas alas del mismo color pegadas a su espalda y algo parecido a un platillo volante flotando sobre su cabeza, sé que es el Furby.

—Ahí tienes a tu ángel —me dice mi acompañante—. Os dejo para que intiméis, que voy a buscar a Pascual.

Lo curioso de este escenario es que Calisto se encuentra solo, sin ninguno de sus amigos alrededor, sentado sobre una tumba y siguiendo con la cabeza un vaso de cristal que se pasea por un tablero de la *ouija*, probablemente gracias a unas pilas o a una batería.

Aguardo unos minutos a que su conversación con los muertos finalice, porque quiero darle privacidad. Una vez se pone en pie, deduzco que ya tengo vía libre para acercarme y me coloco detrás de él para decirle al oído:

—Vengo a llevarme tu alma.

El Furby da un respingo y suelta tal chillido que por poco me deja sordo. Se da la vuelta hacia mí para apalearme con el tablero e insultarme, y yo me desternillo de risa.

—Te empujaría hacia una tumba vacía y te enterraría yo mismo —me espeta hecho una furia, y me recorre con su mirada—. Y encima te has disfrazado del diablo con el pavor que me da ese señor.

—Y tú, de ángel. Hacemos una bonita pareja.

—Te has ganado que no te enseñe mi pepino esta noche —me dice mientras me da golpecitos en el centro del pecho con la punta de su dedo índice—. Voy a devolverles la *ouija* a los muchachos de la tumba de enfrente, que me la han prestado. Ahora vuelvo.

—Cuida tu vocabulario, Furby, que estamos en camposanto y vas a asustar a los muertos.

Me muestra su dedo corazón y se aleja de mí, aporreando el asfalto con sus pies y provocando que sus alitas de ángel se muevan al compás.

Aprovecho que se ha marchado para sacar mi lado cotilla y curiosear los nombres de las personas con las que estaba comunicándose:

Hermógenes Enamorado Honrado
Oriana Feliz Guerra

Mmm... Comparten los primeros apellidos con el Furby. ¿Quiénes serán?

—Vámonos ya de aquí. —Calisto regresa a mi lado—. Me está dando repelús este sitio y me apetece besarte sin muertos vigilándonos.

—Qué morboso sería montárselo en un cementerio, ¿no? Sería una buena escena para mi novela.

—No —me responde, tajante—. Ni en tus mejores sueños, Apolo demoníaco.

25. La cursilería... eres tú

Calisto

Odio la noche de Halloween, a la gente disfrazada de seres perversos y a las calabazas con caras terroríficas. Los típicos graciosillos ya me han asustado cinco veces; imagino que les habrá parecido divertido atemorizar a un ángel indefenso. Por suerte, tengo a mi muso, aunque haya elegido el disfraz de demonio, para defenderme y aporrearlos con su tridente (o su «tenedor gigante», según él).

Ahora estamos jugando con mis amigos y con la bruja a *El pueblo duerme*, un juego que no me gusta nada; se me da fatal mentir cuando me toca ser el lobo y me descubren enseguida por mis risitas nerviosas (las galletas de la felicidad que he devorado tampoco ayudan) y por mi rostro, que luce más rojo que las alas y los cuernos del disfraz de Melibeo.

Y hablando del ricitos de oro... ¡Siempre me come el primero cuando le toca ser hombre lobo! Yo soy incapaz de atacarlo; no me sale ser malvado con él.

Que tu muso te mate en un juego ficticio: bandera roja.

La octava partida a la que jugamos finaliza (yo he muerto el primero, siendo un simple y aburrido aldeano) y se destapa quién es el licántropo, que casualmente ha ganado: Melibeo. Otra vez. Se le da de maravilla ese personaje; se nota que es un demonio.

—Qué sorpresa —comento con sarcasmo—. Ya no juego más. —Me levanto del suelo con dignidad ante las atentas miradas de mis amigos—. Aquí hay mucha gentuza tramposa. Me voy a la biblioteca a leer poemas de Bécquer. —Y me doy la vuelta para abandonar el aula con la cabeza bien alta.

Sí, me he picado. Me da rabia perder, y más aún si soy el primero en morir a manos de mi amado.

Me giro para ver si Melibeo viene detrás de mí para disculparse, pero no diviso ninguna cabeza rubia con cuernos rojos entre el gentío del pasillo de la universidad, por lo que se habrá quedado con los demás para continuar zampándose los.

Que tu muso no te pida disculpas por asesinarte: bandera roja.

Qué desilusión... He accedido a venir a la fiesta por él, que ha logrado manipularme en esa videollamada con su risa musical, el cielo de sus ojos y su propuesta para admirar mi pepino en persona.

¿Acabo de llamar otra vez «pepino» a mi miembro?

Sí, lo he hecho.

Malditas galletas de la bruja.

Si mi abuela, que ha sido la primera persona que he visitado antes, me ha repetido por la *ouija* que no me fíe de los chicos guapos, por algo será. Ella siempre ha sido una mujer muy sabia.

De camino a la biblioteca, como me hallo tan desprotegido, un clan de fantasmas

australopitecos me intenta asustar; un integrante de ellos, cubierto por una sábana de flores que le habrá robado a su tía abuela.

—Mangurrianes —los insulto, y les dedico una peineta.

Todos se echan a reír como atontados y se alejan de mí con la intención de seguir asustando a los demás.

Me adentro en el templo de la sabiduría y distingo varios grupos sentados en círculo, contándose historias de miedo; los más lectores, como yo, disfrutan de la compañía de un libro. Alcanzo a ver el que sostiene una chica (uno de Stephen King) y me entra un escalofrío.

El género de terror está prohibidísimo para mí. Me estaré perdiendo a un montón de escritores buenos por no darle una oportunidad, pero no me apetece tener pesadillas, que no comparto cama con ningún ser humano al que poder abrazar, por desgracia.

Me voy a la sección donde descansan los fabulosos clásicos, que se encuentra desierta, me hago con una edición de las rimas de mi poeta preferido y leo algunas en voz alta, añadiéndoles todo el sentimiento posible, mientras me paseo por la estancia.

—*¿Qué es la cursilería?, dices mientras clavas en mi hocico tu pepino de gran longitud* —la voz de Melibeo interrumpe mi lectura, y yo ladeo la cabeza hacia él, horrorizado—. *¿Qué es la cursilería? ¿Y tú me lo preguntas? La cursilería... eres tú.* —Me señala con su tridente y me hace una reverencia.

Puedo percibir cómo el gran Gustavo Adolfo Bécquer se revuelve en su tumba y les ruega a los alienígenas que lancen un meteorito en dirección a la Tierra.

—¿Cómo has tenido el valor de destrozar mi rima favorita de mi Gustavo?

No sé si sentirme decepcionado por su obscenidad o halagado y más enamorado, porque ha leído a Bécquer y ha creado su propia versión del poema que más me gusta.

—¿Destrozar? —Se echa a reír—. Qué va, Furby. Admite que te ha encantado, incluso más que el original.

—Pero si hasta un babuino chillando es mejor que la porquería que has recitado, por el amor de Cupido. —Abraza el ejemplar, pegándomelo al pecho—. Y no me hables, que aún no se me ha pasado el enfado del jueguito. Parecía que estabas hambriento y obsesionado con devorarme.

—Ya que no me permites que te coma en la vida real, lo he tenido que hacer en el juego.

«Ni se te ocurra sonreírle, Calisto, o caerás en su trampa», me dice el lado decente de mi conciencia, que es un ángel en miniatura.

«Ojalá te lleve el diablo», interviene el lado malvado, calcado a Melibeo con el disfraz que se ha puesto.

—Qué bien. —Me esfuerzo en no expresar ninguna emoción—. Te has dado un buen festín imaginario.

—Lo curioso es que me he quedado con hambre y necesito hincarle mi tenedor gigante a un tierno angelito.

Las comisuras de mis labios se elevan y me tapo media cara con el libro, desde la nariz hasta la barbilla, para que no descubra mi sonrisa.

—¿Sabes que la mirada es el espejo del alma? Por mucho que te ocultes, sé que estás sonriendo; tus ojos te delatan.

—Mentira. —Ahora me cubro el rostro entero mientras me imagino que mis poemas se los come un perro de raza peligrosa y no los podré recuperar nunca—. No estoy sonriendo; estoy muy serio, tan serio que hasta tengo ganas de llorar.

De pronto, el libro se esfuma de mis manos, que parecen fabricadas con mantequilla, porque Melibeo me lo acaba de robar, y mis ojos se tropiezan con su perfecto rostro repleto de maldad, a

escasos centímetros del mío.

—Sí, llorar de la risa.

Me tendría que haber traído una bolsa enorme con sal en su interior para ahuyentar a este ser del infierno, como hice una vez en la clase que compartimos.

Como soy débil ante su mirada, no puedo aguantar más y se me escapan un par de risitas tontas porque no tengo ni idea de mentir.

Quiero huir de este demonio con apariencia de ángel, pero mis pies se mantienen pegados al suelo, mis neuronas están drogadas todavía y, para colmo, esta situación me excita.

Tras unos segundos, mis piernas me hacen caso, pero no para salir corriendo, sino para dar un par de pasos hacia atrás y chocar mi espalda y mis alas contra la estantería que tengo detrás. Como no tengo escapatoria, Melibeo aprovecha el momento para acercarse a mí, esbozando una sonrisa siniestra.

—Estás muy sexi así vestido.

OH. DIOS. MÍO.

—Está bien, me rindo. —Extiendo los brazos hacia ambos lados, dándole vía libre—. Soy todo tuyo. Hazme lo que te plazca y no me hagas sufrir más, Apolo.

No pienso comer más galletas mágicas ni nada que haya sido cocinado con las manos de la bruja, porque no me reconozco.

Melibeo se ríe y yo me derrito como si fuera un helado de fresa.

Un cucurucho con tres bolitas de ese sabor, para ser más exactos.

Y quiero que me lama entero.

—Pero sigo enfadado, eh —le advierto levantando el dedo índice, aunque parezca que estoy bromeando porque no paro de reírme—. Y me sigues cayendo mal y te sigo odiando, que lo sepas. Solo lo hago por nuestro trato.

—Claro, nuestro trato es la razón principal, Furby. —Mi muso tampoco para de desternillarse—. Eres un pastel con demasiada azúcar, y eso no es bueno para la salud.

Lo agarro del brazo y lo atraigo hacia mí, porque me está agobiando la distancia y quiero que usemos la lengua para algo más aparte de hablar. La mirada de Melibeo se desvía hacia mi boca, que la entreabro de manera automática, y pasea su pulgar por mi labio inferior para después cubrir mis mejillas con sus palmas y besarme.

Siento que la presencia de las otras personas de la biblioteca desaparece y que nuestro único público son los libros que nos rodean.

Mis manos viajan solas hacia su cintura y, al pegar mi cuerpo más al suyo para profundizar el beso, gimoteo al notar lo durísimo que tiene el tridente que oculta bajo su túnica.

—¿Me vas enseñar a comerte el pepino? —me pregunta cuando se separa de mi boca para tomar aire, y yo me tapo el rostro con una mano, acalorado, pero no por vergüenza.

—Romanticismo.

—Vale, perdón. —Despega sus garras de mi cara, carraspea y, al aproximar sus labios a mi oído, me susurra—: ¿Quieres enseñarme a darle mimos a tu... —hace una pausa para buscar en su mente la palabra adecuada con la que referirse a mi miembro— cucurucho azucarado?

Se me escapa una risotada.

No sé qué término me parece peor. Aun así, no provoca que el calentón se me baje; permitiría a este chico hacerme lo que acaba de decir hasta encerrados en un tenebroso ataúd.

—Acepto, pero aquí no, que nos va a ver todo el mundo y no quiero montar un escándalo ante sus ojos curiosos.

Para que tengamos más privacidad, Melibeo me propone que ocupemos una de las tiendas

de campaña de la biblioteca, instaladas para que la gente duerma esta noche en ellas.

Cuando encontramos una vacía en la planta superior, alejada de los seres humanos vivientes (a los no vivientes no puedo mencionarlos porque son invisibles), la cerramos con la cremallera, nos ponemos cómodos con un par de cojines y nos desprendemos de nuestras alas. Para que no nos quedemos totalmente a oscuras y podamos admirarnos el uno al otro, mi muso enciende la linterna de su móvil y crea un ambiente acogedor.

Echo de menos los pétalos de rosa y unas velas aromáticas, pero no se puede tener todo en este improvisado instante, por lo que me tendré que conformar con compartirlo con mi odioso y demoníaco amado, una luz artificial y una cutre tienda de campaña.

Reanudamos nuestros besos ardientes que causan que el habitáculo parezca el mismísimo infierno.

—¿Te puedo quitar esta sábana? —me pregunta refiriéndose a mi disfraz, y ladea una media sonrisa—. Ya sabes, para verte mejor.

—No es una sábana; es la túnica con la que se visten los ángeles —replico—. Y por supuesto que puedes quitármela, Meli; faltaría más.

Me ayuda a desprenderme de mis vestimentas, incluido el «platillo volante», bautizado por él, que flota sobre mi cabeza, y percibo su nerviosismo a través de sus manos temblorosas y su torpeza.

Ay, qué mono. El frío iceberg está inquieto porque vivirá su primera experiencia sexual. Y lo más importante: conmigo.

Pero yo estoy más histérico que él; no puedo dejar de reírme, también me siento un poco torpe (como siempre en la vida), siento millones de mariposas revoloteando en mi interior y tengo las emociones multiplicadas por infinito.

—No te rías tanto, que eso no me tranquiliza —confiesa, y me da un guantazo cariñoso en la tripa, como si yo tuviera la culpa de lo que me ocurre.

—No soy capaz de controlarlo. —Le quito los cuernos que lleva puestos, que afean sus bonitos rizos de oro—. Perdón, parezco un manojo de flanes.

—Un manojo de nervios, querrás decir.

—Eso.

Y nos reímos al unísono.

—¿Quieres que me deshaga de la túnica yo también? —sugiere—. Así estamos en igualdad de condiciones. No es por echarme flores, pero tengo un cuerpazo que flipas, y sería una pena no lucirlo delante de ti.

Trago saliva y mis pulsaciones aumentan a cien por milisegundo, si es que eso es posible, porque no puedo pensar con claridad.

—Hombre, se agradece la desnudez en esta situación —le respondo con un tono de voz inaudible.

Cuando la prenda negra de Melibeo se esfuma de su ser y deja su monumento al descubierto (a excepción de la parte censurada y abultada, que la esconden sus calzoncillos azules de Calvo Klein), mi corazón late desbocado.

Estoy a punto de desmayarme y de achicharrarme. Vamos, que si ahora me lanzan una cerilla, la encendería con mi calentura y desencadenaría el peor incendio de la historia de la humanidad.

—¿Calisto? —Melibeo agita la mano por delante de mi cara para que reaccione, porque me he quedado embobado por lo bueno que está—. ¿Quieres que llame a una ambulancia? —se mofa.

—No es necesario. —Consigo mirarlo a los ojos y volver a la realidad—. Todavía.
Cuando terminemos de torturarnos, necesitare asistencia médica.

—Bueno, ¿puedo hacerte una mamada ya?

Hala, qué atrevido e impaciente.

—¿Te has traído papel y pluma para tomar mi pepino? —Sacudo la cabeza, superrojo, y rectifico—: Apuntes. Iba a decir «tomar apuntes para tu novela».

Melibeo me bendice con otra de sus encantadoras risas.

—¿De verdad crees que estoy pensando en eso ahora? ¡Que le den a la puñetera novela!

No, no necesitare asistencia médica, sino un milagro para resucitar después de esta noche.

26. La noche de Halloween menos terrorífica

Melibeo

—Vas a saltarte la dieta vegana hoy —me dice el Furby, cachondeándose de mí.

—Cierra ese pico que tienes.

Estoy tumbado sobre él, besándole el cuello mientras me manosea el culo por encima de los calzoncillos.

—Tienes todas las partes de tu cuerpo durísimas —suelta, apretándome las nalgas y restregándose contra mí—. Me encanta.

Este chico es un experto subiendo la autoestima de los demás. Cuando me he quitado el disfraz de diablo, se ha dedicado a pasear sus manos por mi torso y mis bíceps a la vez que decía «jamás he visto un muso tan perfecto», «eres una obra de arte», «quiero tatuarte mis versos y besos» y el clásico «oh, Dios mío».

Lo peor de este panorama es que las malditas gafas me estorban para besarlos y no paran de empañarse. Tendría que haber aprendido a usar lentillas, por lo menos para mantener relaciones sexuales.

Cuando la niebla de los cristales se disipa, aproximo mi rostro al del Furby y lo miro a los ojos para decirle:

—Voy a chupártela.

Sin embargo, su respiración agitada (o la mía o una mezcla entre ambas) provoca que mis gafas se vuelvan a empañar, robando el erotismo de la escena y prohibiéndome que admire la expresión que acaba de adornar su cara.

—Joder, me cago en las putas gafas de mierda. —Intento quitármelas, pero él me agarra del brazo para impedirlo.

—No. Quiero que te las dejes.

Se me escapa una risotada.

—¿Por? ¿Es una especie de fetiche? Son molestas.

—Me pones mucho con ellas. —Me sonrío de tal forma con la que me enciendo más—. Porfa...

Si me lo pide así, no me importa. Que se ponga cachondo con mis gafas es una fantasía normal y corriente. Podría ser peor, como pedirme que le lama los pies o que le escupa en la boca, que a la gente le gustan cosas muy raras.

—Está bien. —Le doy un pico—. Y no te metas mucho conmigo si lo hago mal, que lo más parecido a una polla que he chupado ha sido un polo.

El Furby me mira con ternura.

—Estoy seguro de que tienes un talento oculto como practicante de felaciones.

Desciendo hasta el bulto de su entrepierna, regalándole un reguero de besos por su torso, y libero su polla de su bóxer blanco sin lentejuelas.

—Joder —mascullo, maravillado por lo gorda y rosada que la tiene.

Calisto flexiona las rodillas y apoya los codos en el suelo de la tienda para mirarme.

Vale, me he puesto más nervioso aún. ¿Y si no le gusta? ¿Y si es la peor mamada que ha recibido en su vida? ¿Y si...?

—No muerde, eh —me dice, chistoso, y acerca una mano a mi cara para cogerme del mentón, obligarme a mirarlo y tranquilizarme con sus siguientes palabras—: Es imposible que no me vaya a gustar si me la haces tú.

—Será la mejor mamada de tu vida —le respondo fingiendo seguridad.

Menudo macho estoy hecho.

Cuento hasta tres en mi mente y, sin pensármelo más, me introduzco su polla entera en la boca de sopetón.

—¡Hostia, Melibeo! —Calisto deja caer su espalda en el suelo (creo que se ha desmayado) y se cubre el rostro con un brazo—. Míjala antes; no empieces a lo loco.

Me río, sacándola.

—Vale, vale, perdón.

Abrazo la erección con una mano para comenzar a masturbarlo. A continuación, rodeo el glande con mis labios para dibujarle círculos con la lengua.

—Oh, Dios mío.

Alza su pelvis y vuelvo a cubrir su polla al completo con la boca, chupándola y lamiéndola despacio y de arriba abajo. Calisto se incorpora de nuevo, me acaricia un moflete con cariño y me pide en un susurro que tenga cuidado con los dientes, pero también confiesa que lo estoy haciendo genial. Luego, sus dedos viajan hacia mis rizos para enredarlos en ellos, y nuestras miradas se encuentran y conectan de inmediato; la suya, llena de fascinación y acompañada del rubor de sus mejillas.

Conforme aumento el ritmo de los movimientos, controlando mi inhabilidad con los dientes para no hacerle daño, se le escapan un montón de palabrotas que jamás había oído salir de su tímida boca («hostia puta», «joder», «me cago en la puta», todo en bucle), hasta que me agarra del pelo como si quisiera arrancármelo y gime mientras noto cómo se vacía en mi lengua.

—Oh, Dios mío. —Y vuelve a tirarse en el suelo, bocarriba—. Tenías razón: ha sido la mejor mamada de mi vida.

Mis labios dibujan una sonrisa.

—Gracias por el halago.

Me tumbo junto al Furby, que sigue medio moribundo y recuperándose, y lo beso con la intención de deshacerme del calentón masturbándome porque tengo la polla en carne viva, pero él, cuando se da cuenta de lo que voy a hacer, baja hacia mi entrepierna para devolverme el favor.

—También tienes ricitos de oro en los huevos —me dice contemplando mi minga al desprenderse de mis calzoncillos—. Y un miembro precioso.

Esbozo una sonrisa y extendiendo un brazo hacia él para pasear mi pulgar por su labio inferior.

—Tú sí que eres precioso, Jigglypuff.

¿Quién ha dicho eso? Ha sonado como si hubiera nacido de mis cuerdas vocales. ¿He sido yo?

No, no. Es por el calentón.

La mamada de Calisto no se parece, ni por asomo, a la que le he realizado yo. Se le nota la experiencia, porque con su boca y su lengua provoca que fallezca y resucite varias veces seguidas y que, cuando me corra, me ponga a vomitar tacos y a jadear, peor que una gata en celo.

Lo siento, pero me acabo de enamorar de él solo por la tremenda felación que me ha regalado.

—¿Estás bien, Meli?

—Muerto, Calixto, estoy muerto —le respondo haciendo énfasis en la equis que le he puesto a su nombre, tumbado en el suelo y al borde del colapso—. Acabas de cargarte a tu querido muso.

* * *

Horas después, soy yo el primero que se despierta, pero ni siquiera me tomo la molestia de levantarme porque el Furby me mantiene prisionero, rodeándome con un brazo; su cuerpo pegado al mío, su cabeza acaparando el hueco de mi cuello y su aliento chocando contra mi piel.

No sé qué hora será ni si ha amanecido o aún es de noche. La universidad está sumida en un completo silencio; no se oye la música de fondo que debería proceder de la planta de abajo ni las voces escandalosas de la gente. Tampoco logro escuchar cuchicheos ni pasos, solo la respiración acompasada de Calisto con la mía y las palpitaciones de mi corazón, que retumban en mis oídos y no lo considero normal.

¿Habré perdido audición por todas las emociones que experimenté anoche y mi cuerpo no lo ha podido soportar?

Enseguida esa suposición se esfuma porque mi móvil comienza a sonar, dándome un puñetero susto, y suelto una maldición. Extiendo mi brazo libre (el otro lo tengo ocupado envolviendo al Furby) para palpar con la mano el suelo de la tienda de campaña, buscando mi teléfono. Sin embargo, lo único que mis dedos encuentran son mis gafas y unas alas antes de que el bello durmiente lloriquee y me apriete contra él con más fuerza.

—Lo siento —le susurro, tocando un objeto rectangular que vibra. Me lo acerco a la cara, cierro un ojo para poder distinguir quién me llama y descubro que es un número que no tengo guardado. Descuelgo, por si acaso son mis padres o Celeste desde otro móvil—. ¿Quién es?

—Hola, le llamaba de parte del abogado —me responde una voz masculina, parecida a la de un adolescente.

—¿Qué abogado?

—¡El que tengo aquí colgado! —Y el gracioso se echa a reír junto a otras personas.

—¡Gilipollas! —lo insulto antes de colgar; Calisto está descojonándose con la cara enterrada en mi cuello.

Que son las nueve de la mañana, por Dios. ¿Quién tiene ganas de hacer bromas por teléfono tan temprano?

—Deja de reírte y quítate de encima —le ordeno a la lapa empalagosa—, que me duele la espalda por dormir aquí y necesito estirarme.

—Vaya, no me acordaba de lo simpático que eras recién despierto —se queja, y su voz ronca mitiga solo un poco mi mal humor—. Ni habiendo pasado una noche fogosa.

Me río.

—No es por eso; es este sitio, que es muy incómodo. La próxima vez nos buscamos otro mejor.

—Oh... Mi cama me ha chivado que eres más que bienvenido. —Me planta un rápido beso en los labios y se incorpora, liberándome de su abrazo y torturándome sin él.

Mientras el Furby se calza sus zapatillas de deporte blancas impolutas, me pongo las gafas y me fijo en que Celeste me acaba de escribir para avisarme de que está en la cafetería de la uni con los demás. Le propongo a Calisto que bajemos a desayunar con ellos, pero él me contesta

que se tomará cualquier cosa rápido, ya que a las diez le toca turno en El Cafecito Coquette y le gustaría ir a su casa a darse una ducha antes de entrar a trabajar, porque, según él, «huele peor que un puerco encebollado después de haber mantenido relaciones sexuales con otro puerco».

Cuando irrumpimos en la cafetería tras haber deambulado por los pasillos fantasmagóricos de la universidad, atestados de tiendas de campaña con zombis en su interior, nos acoplamos en una mesa con Celeste y los amigos de Calisto, y este se ofrece para ir a la barra a pedir nuestros desayunos; los demás ya se están zampando los suyos.

—¿Qué tal la noche con tu conejillo de indias? —quiere saber Celeste, dándome un codazo. Al parecer, ha hablado en un tono más alto de lo normal porque el tal Santi, que lo tiene enfrente, nos ha mirado, aunque su curiosidad no ha durado más de un segundo porque enseguida se ha puesto a parlotear con Pascual.

Carraspeo y murmuro, con el semblante impasible:

—Bien.

Ella me observa con una sonrisilla pícara, como si ya supiera lo que ha ocurrido entre nosotros.

—Yo no usaría esa palabra tan simplona, Melibeo. —Sin dejar de sonreír, echa un vistazo a su zona de la mesa—. Uy, se me ha olvidado pedir un sobre más de azúcar. Ahora vuelvo. —Y se encamina hacia la barra para detenerse al lado del Furby.

En lo que aguardo mi desayuno, Pascual me da conversación y me cuenta que está deseando jugar al videojuego de Pokémon ambientado en España; también me invita a pasar alguna tarde en su casa para que nos viciemos a la Switch; yo acepto su invitación y le prometo que iré algún día que no esté muy liado estudiando o escribiendo.

Me caen bien los amigos de Calisto; son gente maja, y anoche me sentí integrado en la fiesta con ellos.

Desvío la vista hacia la barra para comprobar si algún camarero le ha servido ya a Calisto, y contemplo cómo él y Celeste charlan de manera animada y se susurran secretos al oído.

¿Desde cuándo se tienen tanta confianza?

Sigo hablando con Pascual hasta que el Furby me trae mi café con leche de almendras y mis tostadas de aguacate y tomate; él se ha pedido un batido de fresa y dos donuts de chocolate.

—Gracias. ¿Cuánto te debo?

—Diez besos.

Lo miro sin que me haga ni una pizca de gracia ese tipo de pago.

—Vale, luego te paso cinco euros por *bizum*.

Calisto se queda boquiabierto.

—Si haces tal cosa, te los devolveré. Y que sepas que le he echado azúcar a tu café, Melisoso. —Aparta su mirada de la mía, hostil, y le da un gran mordisco a su donut.

Cojo mi taza del asa para llevármela a la boca y, con disimulo, guío mi mano libre hacia la entrepierna del Furby, que casi muere atragantado con un trozo de donut. Todos posan sus ojos en él, preocupados, y yo me encargo de golpearle la espalda, aguantándome la risa.

—¿Estás bien? —le pregunta Elisa, que está sentada a su lado.

—A saber en lo que estaba pensando —me mofo.

Calisto, con la cara a punto de explotar, me da una patada en la espinilla por debajo de la mesa cuando se calma de las toses; después, le entra un ataque de risa y, con las manos cubriendo su rostro, nos dice que está perfectamente y que el donut se le había ido para otro lado. Los demás continúan hablando entre ellos conforme se terminan sus desayunos y yo acerco mis labios al oído del Furby para susurrarle:

—¿Y no prefieres que te pague con diez mamadas?

—Oh, Dios mío. —Se estremece, con la cara aún tapada y riéndose más—. Tú quieres que me muera hoy, ¿verdad?

Le muerdo el lóbulo de la oreja, provocando que vuelva a soltar otro «oh, Dios mío», y apuro mi café, que se me va a enfriar con tanta tontería empalagosa.

—Joder, estáis tontísimos —interviene Celeste sin quitarnos su ojo de bruja de encima.

—Cállate.

Pascual y Adela, que se han tirado todo el rato tonteando entre ellos (no soy el único que se ha dado cuenta), son los primeros en despedirse de nosotros y en marcharse de la cafetería. Ladeo la cabeza hacia mi amiga y la veo repiqueteando con sus gigantescas uñas postizas negras sobre la mesa y frunciendo los labios, a la vez que sigue con la mirada a la parejita, recelosa.

Me da la impresión de que ha habido salseo en mi ausencia.

—¿Qué ha pasado con el amigo? ¿No se suponía que estabais...? —En lugar de acabar la pregunta, le enseño mi dedo índice de cada mano morreándose.

—Han ocurrido... —Exhala un suspiro—. Cosas.

—Pascual siempre va por ahí rompiendo corazones —Calisto se mete en nuestra conversación privada y mira a Celeste con lástima—. Bienvenida al club de sus víctimas. —Le muestra su palma y la choca con la de mi amiga.

Menudo mamón es ese Pascual. Retiro lo que he dicho de que me caía bien. ¿Cómo se atreve a jugar con la Cupida de la ciudad?

—Me tienes que contar lo de Pascual y tú. —Me dirijo hacia el Furby—. ¿También te rompió el corazón?

—Eh... Sí... Algo así. —Se pellizca el puente de la nariz, sonriendo con nerviosismo, y le echa un vistazo al reloj invisible de su muñeca—. Hala, qué tarde se ha hecho. Debo irme ya. —Se levanta de sopetón de su silla y les pregunta a sus dos amigos que quedan—: ¿Nos vamos?

La expresión de imbécil que tengo grabada en la cara es digna para que sea enmarcada.

—Espera, Furby, no te puedes ir todavía. —Me pongo en pie yo también y sus amigos le dicen que lo esperan fuera—. Te tengo que devolver lo que te ha costado mi desayuno.

—¿Las diez... —baja la voz para pronunciar la siguiente palabra—: felaciones?

Niego con la cabeza, sonriendo, y le pago con mis besos diez veces seguidas. Luego se marcha, quejándose de que la vida es muy injusta por separarlo de mí, y me acomodo en mi asiento junto a Celeste.

—Dais un poco de asco. —Le da una calada al cigarro que se ha encendido—. Nunca he conocido al Melibeo enamorado y es rarísimo.

—No es lo que piensas —intento defenderme—. Solo me ha dado rabia lo que sea que haya ocurrido con ese Pascual. ¿Has visto cómo se ha puesto? Pues por eso me he tenido que poner cursi, para retenerlo y que siga siendo mi conejillo de indias para mi novela erótica. —Le arrebató el cigarro y lo apago con torpeza en el plato—. Y no fumes en la universidad, que es un espacio libre de humos.

—Ya. —Celeste me mira sin creérselo—. En mi idioma eso se conoce como «celos».

—Lárgate por ahí a seguir estafando a la gente con tus hechizos de alcahueta.

27. *Melibeando*

Calisto

¿Fue real lo que ocurrió ayer con mi dulce Melibeo o fue un sueño? ¿Qué hora es? ¿Es de día o de noche? ¿Es invierno o verano? ¿En qué año estamos? ¿Quién soy? ¿Dónde estoy? ¿Eso que oigo son pajaritos cantando o es producto de mi mente por la felicidad que sentí en la noche azucarada de ayer?

¿Qué estará haciendo Melibeo ahora? ¿Estará pensando en mí? ¿Lo habrá visitado la inspiración y estará escribiendo con sus preciosas y sexis gafas de intelectual? ¿Me estará echando de menos?

Lo primero que he hecho al llegar de trabajar ha sido tirarme en la cama y echarme una siesta porque me encontraba agotado. He estado algo torpe en la cafetería; no paraba de pensar en Melibeo, en lo que hemos hecho y en que estoy deseando volver a verlo.

Cojo mi móvil de debajo de la almohada y me deleito con las fotos que nos hicimos en la fiesta. Damos vergüenza ajena porque salimos haciendo boberías y poniendo carantoñas, pero también besándonos y desprendiendo belleza.

Somos la pareja más hermosa del mundo. Se tenía que decir y se dijo.

De pronto, siento que un ente extraño me golpea varias veces en la frente, y el *smartphone* se me escapa de las manos y se estampa contra mi rostro. Me incorporo sobre la cama, asustado, y descubro al maldito gato sentado en mi almohada, tan tranquilo y lavándose con la lengua la patita con la que me ha aporreado.

—Disculpe, su Majestad carbonizada, por ensuciarle —le digo en tono burlón, y estudio el complemento que le rodea el cuello—. Esa pajarita naranja con dibujos de pollos no te favorece.

El animal me mira con los ojos entrecerrados y me muestra su dedo corazón con la garrita sacada. Abro la boca, superofendido, y el gato se baja de mi cama para desaparecer de mi cuarto con la cabeza y la cola bien altas.

Con tantas emociones a flor de piel, tanto amor y tanto Melibeo, me han entrado ganas de escribir un poema sobre él. A lo mejor, hasta lo añado a mi antología para el concurso, porque tengo la corazonada de que será uno de los más especiales que he compuesto a lo largo de mi existencia.

Me levanto del colchón y rebusco en mi mochila, que está en la silla del escritorio, la libreta que utilizo para escribir los poemas en sucio. No obstante, advierto que el cuaderno de terciopelo rosa, donde los tengo todos escritos en limpio, no está junto a él y me da un vuelco el corazón. Paseo la mirada por el dormitorio, pero así, a simple vista, no logro localizarlo.

Otra vez lo he perdido. Si es que no se puede ser tan despistado en la vida.

Desperdicio dos importantísimas horas poniendo mi casa patas arriba, husmeando en las habitaciones de mis compañeros de piso y buscando hasta en los sitios más bizarros que me pueda imaginar, como en el felpudo del descansillo, en la tostadora o dentro del váter, para

intentar encontrar el cuaderno, pero no hay manera.

—¿Habéis visto mi cuaderno de terciopelo rosa? —les pregunto a mis amigos.

Elisa y Santi están en la cocina haciéndose la cena y Pascual acaba de llegar.

—Lo tendrás a saber dónde o lo habrás perdido, como siempre —me dice Santi.

—¿Cuándo lo viste por última vez? —interviene Elisa.

¿Cómo me voy a acordar de eso si siempre lo llevo conmigo como si fuera mi razón de vivir? Además, ni siquiera recuerdo lo que comí ayer.

Bueno, sí, el miembro de Meli.

Hago memoria, paseándome de un lado a otro de la cocina, sin mirar a nada en concreto y masajeándome las sienes, y se me viene a la mente aquella noche en el jardín de Melibeo en la que lo ayudé a escribir una escena erótica y nos cayó el diluvio del año. Me llevé mi cuaderno y lo dejé sobre el césped, pero ya no recuerdo si me lo olvidé allí, lo que sería una tremenda faena porque la lluvia lo habrá destrozado, o si lo metí en la mochila y lo perdí otro día en cualquier sitio.

Recupero mi móvil de mi cuarto y le envío un mensaje a Melibeo por si lo ha visto en algún rincón de su casa.

Calisto: «Querido Melibeo Flores del Campo, ¿tienes mi cuaderno de terciopelo rosa con mis poemas inéditos? Dime que sí, por favor; es que no lo encuentro. Un besito»

Miro la hora de su última conexión, que es hace diez minutos, y suelto suspiros de enamorado con su foto de perfil.

Qué ser humano tan perfecto.

Últimamente vivo pegado a este aparato electrónico para hablar con Melibeo, aprenderme de memoria las fotos que cuelga en su Instagram o comprobar si me ha enviado algún mensaje. Yo, que desde que tengo uso de razón he odiado todo lo que tuviera que ver con la tecnología, voy y me convierto en un adicto. Quién lo diría...

El amor me vuelve irreconocible.

—¿Se puede saber quién diantres se ha querido zampar el cable de la Nintendo Switch?! —escucho la voz cabreada de Pascu, que proviene del pasillo.

Salgo de mi habitación para cotillear el desastre y veo a mi amigo sosteniendo el cable de su consola, totalmente mordisqueado.

—Celestino ha estado merodeando por aquí. Igual él es el culpable —le digo, y Santi y Elisa se asoman desde la cocina.

—No me jodas. —Pascu se pasa una mano por la cara—. Se va a enterar ese gato pulgoso cuando lo pille.

Hago una mueca, pensativo, y suelto mis reflexiones en voz alta:

—¿Se trata de algún tipo de venganza por haberle roto el corazón a su dueña?

Debe contarme lo que sea que pasara ayer con la bruja y Adela, que para eso soy su amigo.

—¿Qué dices, tío? —Me mira, creo que extrañado o haciéndose el tonto.

—Nuestro querido Pascual destrozando corazones desde tiempos inmemoriales —se burla Santi.

Yo me cruzo de brazos y me dirijo al rompecorazones:

—¿Qué le has hecho a Celeste y qué tienes con Adela?

—Vale, ya te entiendo. —Parece que por fin comprende a dónde quiero llegar, porque se echa a reír—. A Celeste no le he hecho nada y con Adela tengo algo. Ahora me voy a mi cuarto para comprar un dichoso cable nuevo en Amazonas.

En cuanto desaparece del pasillo, Elisa, desde donde está, me susurra «yo sé lo que está pasando» y me indica con la mano que me acerque a ella.

—Ya lo puedes estar soltando.

Para tener más privacidad y que Pascual no nos oiga, nos metemos en la cocina y cerramos la puerta. Después, mi amiga me cuenta que Adela, hace unos días, visitó a Celeste en su tienda y la contrató para que Pascual consiga enamorarse de ella con sus trapicheos de casamentera.

Y a mí, al enterarme de ese chismorreó, casi me da un soponcio.

—No puede hacer eso —intervengo, molesto—. Está mal y es ilegal.

Esas dos no saben que van a perder el tiempo, porque Pascual no se enamora de nadie, por mucha magia negra que utilice la bruja.

—Hombre, tú eres el menos indicado para opinar —Santi introduce el dedito en la llaga, y su novia nos mira a ambos sin entender nada.

Le iba a responder algo relacionado con su relación de mentira con Elisa, también por usar los servicios de Celeste, pero me muerdo la lengua y me mantengo callado, porque no me apetece que haya dramón, y huyo de la cocina con dignidad.

Lo único que logra suavizar mi enfado es el mensaje que acabo de recibir de Melibeo.

O incrementarlo, mejor dicho.

Apolo: «¿Para qué querría yo esa porquería? Equisdé»

Calisto: «Porquería tu careto con esas gafas de culo de vaso»

Que no haya caído rendido a mis pies, y que encima no me trate con dulzura a estas alturas de nuestra historia de amor, es para demandar a esa Celeste.

Apolo: «Anoche no decías lo mismo mientras te la chupaba con mis gafas de culo de vaso puestas»

Sin querer, esa escena inunda mi mente y me la imagino con cada uno de sus detalles, como si estuviera visualizando un vídeo de contenido adulto.

Calisto: «Solo quería que te las dejaras para que vieses mejor, no te confundas»

Nunca me han atraído los chicos con gafas, pero a Melibeo le quedan horriblemente bien, sobre todo cuando su boca abraza mi miembro.

Apolo: «Para que te comiera mejor, como el lobo de Caperucita»

La respuesta que le mando es un montón de emojis con la cara sonrojada.

Acaba de destrozar mi infancia con esa comparación.

* * *

Tras el puentazo de Halloween, toca regresar a la universidad. No hay nada más maravilloso que hacerlo compartiendo mi clase preferida con Melibeo.

Me hubiera gustado esperarlo en los aparcamientos a primera hora para saludarlo, pero lo he pensado mejor y no quiero agobiarlo con mi intensidad. He tenido algunos novios que me han dejado porque se cansaron de que yo fuera tan pesado y, conociendo su personalidad agria, seguro que es un chico al que no le gusta que lo atosiguen.

Me adentro en el aula de Escritura Creativa, comiéndome un regaliz de fresa, y busco con la mirada a Melibeo. Cuando doy con él, sentado en uno de los pupitres del fondo y entretenido con su móvil, sonrío y me encamino hacia allí. Sin embargo, uno de los alumnos que ha entrado

delante de mí se detiene al lado de la mesa vacía que se halla junto a mi muso.

La mesa que debería ocupar yo.

—Disculpa, ¿me puedo sentar aquí? —le pregunta el invasor.

Melibeo levanta la vista de la pantalla de su teléfono y la posa en el chico para responderle, con su mal humor mañanero y su careto de vinagre:

—No. Está reservado.

Y el alumno se aleja de él, entristecido y llorando en su interior, para plantar su trasero en otro lugar.

Estoy emocionado. Melibeo me ha guardado el sitio. Eso significa que está enamorándose de mí.

—Buenos días, Apolo.

De nuevo, despega sus ojos celestiales de su móvil y los clava en mí, sin siquiera sonreírme.

—¿Qué quieres tú ahora?

Me llevo una mano al pecho, disgustado.

¿Cómo que qué quiero? ¡Necesito que quite su mochila negra de la silla!

—Sentarme junto a ti, idiota —le espeto.

—Está ocupado este sitio por mi macuto. Lo siento. —Se encoge de hombros, despreocupado, pero veo en su mirada una pizca de diversión.

—No tengo ningún problema en sentarme encima.

Pero cuando arrastro la silla hacia atrás, separándola de la mesa, y me dispongo a aplastar su mochila con mis nalgas, Melibeo la retira con rapidez, comentando que su portátil está dentro y que se lo voy a romper.

—Vaya, qué mala suerte no haberlo hecho trizas con el peso de mi culazo —le digo acomodándome en el asiento—. Así destrozo también el manuscrito de tu novela para que no me ganes.

—Lo tengo guardado en la nube, así que no te preocupes por eso, que jamás lo perderé.

Claro, cómo no. ¿Qué sería de la gente normal sin la tecnología ayudándola? Ahora me arrepiento de no haber hecho lo mismo con mis poemas extraviados.

Pero soy raro; los ordenadores y yo no nos llevamos bien.

—Yo no estaría tan seguro, eh. Te aconsejo que lo vigiles muy de cerca —le advierto fingiendo maldad—. Nunca se sabe.

Puedo aprovechar para ser malévolo cualquier momento en el que deje su portátil abandonado y encendido. No le borraría el documento de manera definitiva porque en el fondo soy buena persona; en realidad, antes de eliminarlo de la nube, me lo enviaría a mi correo electrónico para no perderlo y se lo devolvería cuando se terminara el concurso, con el premio ya en mis manos.

Ay, pero no soy capaz de hacer algo tan perverso y sería jugar sucio.

—¿Estás pensando en robarme mi fantástica novela erótica para presentarla con tu nombre, porque has descubierto que es muchísimo mejor que tus poemitas? —inquieta en tono jocoso, con una ceja alzada.

—Qué horror. —Hago una mueca de asco—. No quiero que una historia pornográfica se asocie con mi nombre.

—Ah, ¿no? Entonces no te añado a los agradecimientos cuando la acabe.

Miles de mariposas enamoradas de Melibeo revolotean en mi estómago y yo sonrío, embobado.

—Oh, Dios mío, qué ilusión. Ahí sí puedes escribir mi nombre. Menudo halago.

—Bueno, siendo sincero, iba a escribir: «Esta novela no habría sido posible sin ti, Furby. Gracias por haberme dado clases de chingar. Ha sido un placer». —Y el cabrito suelta una carcajada.

A mí, como es evidente, no me hace gracia. Lo llamo «bellaco», le doy una patada en la espinilla y le aparto la mirada para atender a la profesora. De reojo, me percató de que recuesta la cabeza en su mochila, con la cara vuelta hacia mí, sobre la mesa. Lo vuelvo a mirar y descubro que también se ha desprendido de sus gafas.

—¿Qué haces? —le susurro.

—Descansar, que no he dormido nada —me responde con los ojos cerrados—. No me hables demasiado, si me haces el favor.

Durante la clase, uso los oídos para atender a la profe; los ojos, para contemplar a Melibeo; y una mano, para tocarle los rizos que le caen sobre la frente y acariciarle el rostro, en el que se dibuja una sonrisa cuando nota mi tacto.

—Se me había olvidado mencionar algo que os va a gustar —nos dice Altagracia cuando quedan diez minutos, y yo ladeo la cabeza hacia ella, curioso—. Los días veinte y veintiuno de diciembre haremos una excursión a la feria del libro navideña de Sinécdoque. Los que queráis venir podéis apuntaros en esta hoja. —Nos enseña el folio, que se lo da al alumno del primer pupitre—. Tenéis de plazo hasta el viernes de esta semana, por si hay algún rezagado que necesite pensárselo.

Ya era hora de que nos llevaran de excursión, aunque solo sea a una ciudad que se encuentra a tres horas de Oxímoron. Lo malo es que odio viajar en autobús; es un transporte horroroso, con asientos incómodos, huele mal y a veces me mareo.

Melibeo se incorpora tras su pequeña siesta y se restriega los ojos con las manos. Santi, que está sentado delante, le pasa la hoja, pero él, con las gafas ya puestas, la mira con desinterés y me la da.

—¿No te apuntas? —le pregunto.

—Tengo que preparar los exámenes y terminar el borrador de la novela. No puedo perder el tiempo en viajecitos.

Escribo mi nombre en el papel y se lo paso al alumno de la mesa de atrás, que es el que me iba a robar el asiento antes.

—Tienes que venir. —Le hago pucheritos a mi muso—. Debes ser mi pareja en el autobús, que mis amigos me van a abandonar para sentarse con sus amadas y no quiero que alguien a quien no le tengo confianza se acople a mi lado. Imagina que el extraño no se calla en todo el trayecto, vomita, se me duerme en el hombro, no deja de toser, se tira pedos o apesta. O peor aún, ¿y si me toca compartir la habitación del hotel con un perverso, un asesino, un homófobo o un cani? ¿Vas a hacer que sufra de esa manera? Yo no tendría la conciencia tranquila si fuera al revés.

Melibeo me dedica una sonrisa socarrona.

—No intentes manipularme dándome lástima, porque no lo vas a conseguir.

No importa; tengo hasta el viernes para convencerlo, si no, lo agarro de los rizos y lo arrastro hasta el autobús.

28. Metiendo la pata y una feria del libro muy mamarracha

Melibeo

El viernes, paso toda la tarde en la biblioteca de la universidad, pero no para trabajar ni estudiar, sino para continuar dándole forma al manuscrito de mi novela. Ya tengo escritas cincuenta y cuatro mil palabras y me he propuesto alcanzar las cien mil de aquí a enero.

Cuando el reloj de mi portátil marca las ocho, finalizo mi sesión de escritura por hoy; esta noche me tocará empezar a preparar los exámenes de la carrera y terminar un trabajo de Fisiología para entregarlo dentro de dos días.

Mientras descanso, abro el WhatsApp desde el navegador y le envío un mensaje de auxilio a Celeste:

Melibeo: «Corre, invéntate alguna frase guarra para escribírsela al Furby»

Ni siquiera le cuesta ningún esfuerzo pensar en una porque me responde con rapidez. Le devuelvo un millón de «XD» y le reenvío la frase a Calisto, que la lee al instante.

Melibeo: «Quisiera ser pirata, no por el oro ni por la plata, sino por el tesoro que tienes entre las patas»

Me he dado cuenta de que el enemigo de la tecnología no se despegga de su móvil ni para ir al baño. Lo sé, porque no tarda en contestar mis mensajes y a veces me manda selfis metido en el servicio; imagino que lo hará sentado en el trono mientras hace de vientre.

Furby: «Qué halagador, mi querido Melibeo, pero podrías ser menos bruto dedicándome piropos. Además, me acabas de destrozarme el corazón, porque esas sucias palabras las has reenviado y creo que no he sido la primera persona en recibirlas»

A continuación, me manda un puñado de corazones rotos y me enfado conmigo mismo por haber sido tan inútil, pero me daba pereza escribir el mensaje o hacer algo tan simple como copiar y pegar. La opción de reenviar me ha parecido mucho más fácil.

Melibeo: «No se las he enviado a nadie, solo a ti xd»

Furby: «Seguro que eso se lo dices a todos»

Ahora recibo un montón de emojis de la cara llorando.

Melibeo: «En realidad, le he pedido ayuda a Celeste para que me dijera alguna frase bonita para ti»

Furby: «Pues de bonita tiene lo mismo que el trasero de un gorila»

Regreso a la conversación con mi amiga; esta vez para pedirle una frase romántica. Aguardo a que vuelva a dar señales de vida y, cuando transcurren tres minutos, le doy las gracias por no estar disponible. Como a mi cerebro le cuesta pensar tras haber estado cuatro horas secuestrado

por mis personajes, reciclo uno de los piropos más habituales de Celeste.

Melibeo: «Diles a tus suegros que me encantaría que fueran mis padres»

Furby: «¿¿?? Pero si tus progenitores ya son mis suegros»

Leo su mensaje varias veces sin entenderlo; entonces, releo el mío y caigo en la cuenta.

Vale, me merezco un descanso de la escritura, de la universidad y de la vida en general.

Melibeo: «Lo siento; hoy estoy atontado. La frase era al revés: Diles a tus padres que me encantaría que fueran mis suegros»

Escribiendo...

En línea.

Escribiendo...

Furby: «Ya les he hablado de ti. A mi abuela, también. Si te parece bien, cuando los visite de nuevo, me acompañas y se lo dices tú»

La sola idea de conocer a su familia provoca que me ponga nervioso y no sé por qué, si nuestra especie de relación no es real y solo estamos juntos para ganar algo a cambio.

De todas formas, me lo habrá dicho en plan coña, aunque voy a asegurarme, por si acaso.

Melibeo: «O sea, que me estás queriendo decir que me vas a presentar a tus padres algún día»

Furby: «Pues claro, pero tienes que llevar encima una *ouija* para comunicarte con ellos»

Melibeo: «WTF??? XD»

No sé si creerme la información de este mensaje o pensar que está siendo irónico, así que lo mejor será cambiar de tema.

Melibeo: «¿Y qué planes tiene un chico como tú un viernes por la noche? Si no tienes nada importante que hacer, te invito a cenar pizza y, de postre, te comes mi bollo alargado relleno de crema pastelera»

Me envía el *sticker* de un gato sonrojado con las palabras «modo tomate», y después su mensaje.

Furby: «Sí a todo. Voy a buscarte, como el buen caballero que soy»

Le respondo que lo espero en la biblioteca y, en lo que tarda en llegar, le hablo otra vez a Celeste, la Wikipedia de cotilleos de Oxímoron, que justo me ha mandado una frase romántica, pero llega tarde.

Melibeo: «¿Qué sabes de los padres de Calisto?»

Y tarda otro milenio en dar señales de vida.

Celeste: «¿Por? No es mi tarea hablarte de ellos. Deberías formularle esa pregunta a tu Furby en vez de a mí»

Melibeo: «Creo que la he cagado. Le he soltado que les dijera a sus padres que me encantaría que fueran mis suegros y me ha contestado que lo hiciera yo por la *ouija* xd. Me ha dado la sensación de que se ha molestado»

Celeste: «Tío...»

Melibeo: «¿Qué pasa?»

Un manto de oscuridad se apodera de mis gafas y un empalagoso aroma a fresas con nata me embriaga.

—Ya está aquí el ser más cursi del planeta. —Suspiro y finjo desinterés por su aparición.

—Me alegra que te emociones tanto por verme. —Me destapa los ojos y, abrazándome por la espalda, me planta un sonoro beso en la mejilla.

—Apártate —le ordeno quitándome las gafas para limpiarlas—. Ya me has dejado tus sucias huellas pegadas a los cristales.

—Perdón. —Todavía rodeándome con sus brazos, une su mejilla a la mía para fisgonear la pantalla de mi portátil—. Y no me ha molestado lo que has dicho ni la has cagado.

Me coloco las gafas tras limpiarlas y, al descubrir a qué se refiere, bajo la tapa del ordenador con celeridad, porque estaba la conversación con Celeste abierta y ha leído lo que hemos hablado de él. Después, me libera de su abrazo y se sienta en la silla que hay junto a la mía, de lado para mirarme.

—¿Quién te ha dado permiso para leer conversaciones ajenas? —le espeto.

—Tienes el *zoom* a doscientos, por el amor de Cupido. —Señala con la mano el ventanal que se halla a unos metros de nosotros—. Hasta la gente que vive a tres manzanas de aquí se ha enterado de lo que hablabas con tu amiga.

Ahora que lo dice... Cualquiera que ha pasado por detrás de mí durante la tarde habrá leído lo que he escrito de mi novela. Qué bochorno. Ya no pienso venir más a la biblioteca a crear historias. A partir de mañana, lo haré encerrado en mi cuarto.

—Y lo de la *ouija* iba completamente en serio —añade sonriendo—. Los muertos no son tan modernos como para disponer de *smartphone* en el más allá.

¿Ahora qué se supone que tengo que hacer? ¿Reírme por ese chiste tan malo? ¿Permanecer serio y darle el pésame? Porque ha sido gracioso y está claro que lo ha contado con un tono desenfadado, pero no quiero parecer un insensible y herirle los sentimientos.

Al final, opto por seguirle el juego.

—Espero caerles bien cuando los llame por la *ouija*.

A Calisto se le escapa una risotada verdadera y luego aproxima su rostro al mío y me da un tierno beso en los labios.

—Te habrás apuntado a la excursión, ¿no? —susurra contra mi boca—. Hoy era el último día para hacerlo.

—No me ha quedado más remedio con lo pesado que has estado toda la semana.

Porque no solo me ha narrado posibles escenarios peligrosos que viviría en esa feria del libro si no iba con él, también ha querido romper nuestro contrato literario para dejar de ser mi conejillo de indias.

Pero me vengaré de él llevándolo a alguna feria de verduras. O peor aún: lo colaré en mis prácticas para que se le revuelva el estómago con los cadáveres.

* * *

—¿Tengo que comprarle un regalo de Navidad al Furby, aunque estemos liándonos de mentira? —le pregunto a Celeste mientras asistimos a la presentación de la última novela de Rosalía Gallego, mi autora favorita.

Hemos llegado a la feria del libro de Sinécdoque hace unas horas. Mi amiga, como siempre ocurre cuando la universidad organiza algo, se ha acoplado con su gato en el autobús para venir con nosotros, a pesar de que no esté matriculada. No sé cómo se las apaña para conseguir apuntarse... Habrá sobornado a la profesora Altagracia Segura o habrá usado sus superpoderes

de bruja.

—Tío, llevas comiéndole la polla un mes y diecinueve días, y se te pone cara de tonto cuando me hablas de él y cuando estáis juntos; eso no es de mentira. —Se descojona en mi propia cara—. Deberías hacerle un regalo.

¿Un mes y diecinueve días? ¿Tanto tiempo? ¿Por qué Celeste lleva la cuenta? Y lo de que se me pone cara de tonto es falsísimo; tengo la misma expresión desde que nací.

—¿Y qué le regalo? Dame consejos o cómprale tú algo, que eres la experta en romanticismo. Luego te devuelvo lo que te haya costado.

Mi amiga niega con la cabeza, en desaprobación.

—No eres más rancio porque no puedes, Melibeo. —Rehúye de mi mirada para prestarle atención a lo que está diciendo la escritora e ignorarme.

Ya le vale. Le pido ayuda sobre algo importante y pasa de mí, sabiendo que soy un inútil en este tema. Flipante.

¿Y qué le regalo al Furby? Si fuera por mí, le daría el dinero para que se comprase lo que quisiera, pero sería bastante cutre. Pero ¿y si no me regala nada a mí? Haría el ridículo con él y sería una situación incómoda.

Cuando finaliza la presentación, los admiradores de la autora se levantan de sus respectivos asientos y comienzan a hacer una fila, dándose empujones los unos a los otros, para que les firme sus libros. Yo me uno a ellos, pero sin comportarme como un troglodita. Por eso me arrepiento cuando descubro que soy uno de los últimos y que mi turno llegará dentro de tropecientas largas horas y moriré de hambre, sed y cansancio.

—Yo te abandono —me dice Celeste—. No pienso perder el tiempo aquí de pie. Lo siento.

—Qué amiga más maja tengo, eh —ironizo—. Ni me ayudas a elegir un regalo para Calisto ni me haces compañía en la cola.

—No te preocupes, que lo busco y te lo traigo para que te acompañe él, que seguro que no le importará. ¿Ves como no soy tan mala?

Celeste me deja a solas, abrazando la nueva novela de Rosalía Gallego y aburrido, y regresa un rato después con el pobre Furby, que se había ido a la presentación del poemario de algún poeta y no sabe la que le espera durante las próximas tres horas, como mínimo.

—No pienso tragarme esta cola enorme —me dice señalando con la cabeza a las personas que tenemos delante.

—Bueno, guapo, la de mi amigo bien que te la tragas sin rechistar —interviene Celeste riéndose, y Celestino, que está entre sus brazos, esboza una sonrisa.

El Furby, con las mejillas coloradas, abre la boca, patidifuso, y se aferra a mi brazo para sentirse protegido.

—Un respeto, hechicera estafadora.

—Me parece que tienes una pequeña obsesión con lo que hacemos en la intimidad —le espeto a mi amiga.

—Ay. —A ella se le escapa un suspiro sin dejar de mirarnos con adoración—. Es que hacéis tan buena pareja... Os veo dentro de unos años, casados y teniendo Minicalistos y Minimelibeos miopes y con la cabeza repleta de ricitos rosas.

—Te lo ha dicho tu bola de cristal, ¿verdad? —le respondo con sarcasmo.

—¿En serio? —inquieta el Furby, ilusionado.

Mi amiga vende húmeros asiente, muy convencida de sus palabras, y yo pongo los ojos en blanco.

—Me encantaría que ocurriera eso —añade Calisto—. Pero insisto en que no pienso estar

todo el día aquí parado. —Primero me mira a mí y luego a la otra para pedirle—: Haz algún hechizo que nos permita colarnos.

Celeste me roba el libro de las manos, se lo coloca a Celestino entre los dientes y nos recita las instrucciones que debemos seguir. A continuación, suelta al gato en el suelo, que sale escopetado hacia la mesa donde la escritora se encuentra firmando, y Calisto me tira del brazo para que persigamos a la bola negra de pelos.

—¡Misifú, ven aquí! —le ordena el Furby.

Joder, qué puta vergüenza estoy pasando.

Celestino se cuela entre la gente con su par de cojones, se sube a la mesa de Rosalía, deposita el ejemplar delante de ella y restriega la cara por su brazo, liberando sus feromonas. La escritora lo mira con ternura y le acaricia el lomo.

Cuando logramos llegar hasta ellos, la gente de la fila nos lanza un mal de ojo y el Furby, con todo el descaro del mundo, le dice a Rosalía:

—Perdón, se me ha escapado el gato; es que es muy fan tuyo, igual que su dueño. ¿Puedes firmarnos el libro, ya que estamos aquí?

Voy a matar a Calisto, a Celeste y al gato.

—¡Por supuesto que sí! —Rosalía le acaricia la barbilla a Celestino, que está en la gloria recibiendo mimos—. Me encantan los gatos.

—A nombre de Melibeo, por favor —le digo con educación.

Buah, es guapísima y quiero escribir novelas eróticas como ella.

El pijo al que le hemos robado el turno se queja de que nos hayamos colado y se acerca a nosotros. Nos apunta con el dedo índice y, con una mano posada en la cadera, como si fuera una señora mayor regañándonos, nos suelta:

—Eso no se hace. Debéis esperar vuestro turno, niños maleducados.

¿Quién se cree que es este estirado con ese palo que tiene metido en el culo y ese ridículo jersey azul sobre los hombros?

—Déjalos, Cayetano —le responde el tipo que hay a su lado, que viste una camiseta de manga corta para lucir sus brazos repletos de tatuajes, inmune al frío—. Los michis son lo primero en esta vida.

Rosalía me devuelve el libro firmado, yo le doy las gracias y dos besos en las mejillas, y le dejo vía libre al estirado, que no para de mirarnos con altanería. Después, los celestinos desaparecen de nuestra vista, y el Furby y yo nos perdemos por la feria para visitar cada caseta y cotillear los libros que hay; Calisto, bien pegado a mí y sin soltarse de mi brazo. Nos detenemos más de lo necesario en un *stand* de clásicos porque seguro que le daría un soponcio si no toquetea y manosea cada ejemplar con fascinación.

—¡Oh, Dios mío! —exclama al coger un libro—. ¡Una edición ilustrada de las rimas y leyendas de mi Gustavo Adolfo Bécquer! —Hojea las páginas, a punto de llorar de la emoción, y yo lo contemplo como si le hubiera salido un brócoli en la cabeza—. Qué preciosidad. Lo necesito ya.

La mujer que atiende esta caseta nos observa con una sonrisa en los labios.

—Pues cómpratelo y deja de ser tan dramático —le digo al Furby.

Le da la vuelta al ejemplar para comprobar el precio en la contraportada y casi se le desprenden los ojos de las órbitas.

A mí también.

Cuarenta euracos es un pastón. ¿De qué está hecho el libro? ¿De oro?

—¿Qué hago? ¿Me lo compro o llego a fin de mes?

Le quito el tomo para ponerlo en su sitio y evitar que sufra de manera innecesaria.

—En mi humilde opinión, es mejor que llegues a fin de mes. Además, ¿para qué quieres otra edición si ya tienes un millón en tu casa y te sabrás los textos de este señor de memoria? No tiene ningún sentido.

—Las colecciono, idiota. —Me mira como si lo hubiera apuñalado con mis palabras—. Te has ganado otra bandera roja. —Y se aleja de mí, provocando terremotos con sus zancadas.

Vuelvo a echarle un rápido vistazo al precio, por si es una jodida broma.

—¿Quiere que le guarde un ejemplar para que se lo regale a su novio estas navidades? —me pregunta la caradura de la dependienta—. Puede recogerlo más tarde, cuando esté distraído.

Ni de coña voy a gastarme cuarenta pavos en un regalo para mi conejillo de indias.

—Por supuesto que no, señora —le respondo, tajante. Giro la cabeza hacia el Furby, que se ha detenido en otra caseta, a bastante distancia de donde me encuentro, para entretenerse con otro libro. Entonces, aprovechando que no me ve, me dirijo hacia la dependienta otra vez—. Me lo llevo ahora mismo.

29. Discusiones y mucha tristura

Calisto

Ya he estrenado la habitación del hotel con mi querido Melibeo, como tiene que ser. Ahora estoy haciéndome selfis, tumbado en la cama, mientras mi amado está metido en el baño.

Podría haber tenido la decencia de cerrar la puerta, por lo menos, porque estoy oyendo cómo hace pis, y eso le quita el romanticismo a esta escena después de habernos hecho el amor mutuamente con la boca.

Melibeo tira de la cadena, se lava las manos (me alegro de que sea un chico limpio) y regresa a la habitación conmigo, con solo sus calzoncillos ajustadísimos puestos. Yo, desde el colchón, lo apunto con mi teléfono para fotografiar su tremenda figura.

—Posa para mí, Apolito.

—No soy modelo. —Me contempla de pie, con los brazos en jarras, y me sonrío con naturalidad.

Cuando le hago la foto, admiro cómo ha salido.

Perfecto, como siempre. Está claro que la cámara lo adora.

—Te iría genial, y más aún si te hicieras una rinoplastia.

—Deja de meterte con mi nariz si no quieres que insulte tu pelo de Furby.

Melibeo camina hacia mi cama y se encorva para ver la foto. Al mostrarle la pantalla, comenta que no sale tan mal y que me puede servir para mis «pajillas nocturnas», así que se gana un lanzamiento de cojín, pero no consigo darle en su careto porque lo coge al vuelo.

—Por cierto, te ha hablado un tal Raúl en Tinder —añade, creo que con tono de fastidio—. Necesita unas clases de ortografía urgente, porque se me han caído los ojos. —Se sienta en la fría cama del otro extremo de la habitación, algo que me duele en lo más hondo del alma porque estábamos juntos en la mía.

Echo un vistazo a la oportuna notificación de Tinder, que ha escogido el peor momento para aparecer después de tantas semanas sin entrar en la aplicación ni recibir nada.

«ola wapo, ase muxo k no havlamos. Te as olvidado de mi? Jeje»

—Qué horror... —suelto al leer el mensaje, haciendo una mueca de animadversión. A continuación, miro a Meli, que permanece con el semblante serio y aguardando una explicación, porque se pensará que no he cumplido con la regla de la exclusividad de nuestro pacto literario —. No es lo que parece. Hace mucho que no me conecto a Tinder y ni siquiera me acordaba de que la seguía teniendo instalada. Antes de conocerle, entraba para ver si algún chico poseía las características para ser mi muso, pero solo encontraba sapos, como este analfabeto que me ha hablado.

A medida que parloteo con nerviosismo, Melibeo se mantiene callado, analizándose con su preciosa mirada azulada para decidir si lo que le estoy diciendo es verídico. Al final, esboza una

sonrisa y yo respiro, aliviado.

—Has tenido suerte encontrándome a mí, eh. —Se ríe—. Si no, estarías componiéndole poemas a ese tipo que no sabe escribir. —Se pone en pie y vuelve a acercarse a mí—. Hazme sitio, anda, que hace mucho frío.

Me hago a un lado en esta cama tan pequeña para dos personas y Melibeo se mete entre las sábanas, acomodándose junto a mí.

No entiendo por qué nos han dado una habitación con dos camas individuales en vez de una doble.

—¿No vas a estar helado si solo llevas unos calzoncillos? —Lo rodeo con los brazos para que entre en calor.

—Es que yo no voy por ahí robándole la ropa a la gente, ¿sabes? —me responde, refiriéndose a la camiseta que se ha puesto hoy (la de la coliflor con ojos que le compré cuando le rompí la suya en la biblio) y que le acabo de coger prestada para dormir—. ¿Cuándo me piensas devolver la sudadera del plátano? Es mi favorita y ya ha pasado más de un mes.

—Hay un problema con esa prenda gastada y harapienta. —Se me escapa una risita tonta, con la cabeza apoyada en su hombro—. Se ha convertido en mi nuevo pijama.

—Espero que la hayas lavado, aunque sea, una vez.

—Pues claro. ¿Por quién me tomas?

Como me ha insultado llamándome puerco en mi propia cara, dejo de abrazarlo y me preparo para escribir unos versos con sus carcajadas de fondo.

—¿Has encontrado el cuaderno que perdiste?

—No. —Exhalo un suspiro repleto de tristura—. He puesto carteles por la ciudad y en la uni, pero nada; creo que ya lo doy por perdido. El lado positivo es que no iba a presentar esos poemas al certamen literario, pero me duele que hayan desaparecido.

—¿Cómo que no los ibas a presentar? —Melibeo se sorprende y yo lo miro con el ceño fruncido—. Pensaba que sí, aunque fueran horribles.

Le doy una patada por debajo de las sábanas por insultar mis escritos y le explico que los que quiero presentar son de amor, con él como muso, porque los del cuaderno tratan temas variados y muy íntimos, como el desamor, la muerte o la propia existencia; algunos son de temática amorosa también, pero dedicados a mis exnovios, y esos ya han pasado de moda.

—¿Me enseñas los que estás escribiendo sobre mí? —Señala con la cabeza el cuaderno que tengo entre las manos.

—No. —Abrazo mis poemas, pegándomelos al pecho para protegerlos—. Duérmete, que son las dos de la madrugada, o haz lo que quieras, pero no cotillees mi libreta.

Se tumba de lado, con el codo apoyado en la almohada y la cabeza en su mano, sonriéndome.

—¿Puedo mirarte mientras escribes?

Hago una mueca.

—No, que me desconcentras y se esfuma mi inspiración.

—¿Y me puedes dar un beso de buenas noches para que tenga dulces sueños? —me pide sin borrar esa sonrisa que me tiene enganchado, y yo me acerco a sus labios y los junto con los míos.

—Buenas noches.

—No tardes mucho en acostarte. —Bosteza—. Tenemos que despertarnos a las siete.

Cierto. Mañana toca madrugar para seguir visitando la feria del libro navideña y asistir a otro par de presentaciones. Por la tarde, regresaremos a Oxímoron.

Le quito las gafas, que las coloco en la mesita de noche, y él no tarda en dormirse, lo que me

permite inventarme un bonito poema sobre Melibeo cayendo en los brazos de Morfeo, que además rima en consonante.

* * *

Estoy envolviendo los regalos de Navidad de todos mis amigos, incluidos los de Celeste y su gato. Les he querido comprar un detallito a esos dos seres del infierno por ayudarme a conquistar a Melibeo.

A mi muso también le voy a hacer un regalo y espero, con todo mi corazón, que le encante, porque casi se me desmayan las neuronas de tanto pensar en algo que le pudiera gustar, que fuera bonito y romántico, que le hiciera ilusión y, a poder ser, que no fuera tan caro. Encontrar algo con las tres primeras características no ha sido tan complicado, pero la última es la que más me ha dado quebraderos de cabeza. Quizá, si le hubiese pedido ayuda a su amiga, me habría ido mejor, pero me he negado porque quería hacerlo por mí mismo.

Si no le gusta, no pasa nada; lo importante es la intención. Aunque me sentiría decepcionado.

Escondo debajo de la cama los paquetes, envueltos con papel de regalo navideño, para que no los vea nadie, y voy al salón, donde están mis amigos viendo el sorteo de la lotería.

En realidad, el que tiene los ojos pegados a la pantalla del televisor es Santi, como cada año, mientras Pascual mantiene la vista clavada en los apuntes de su carrera.

—Me voy, que he quedado con Meli.

—¿Cómo te puedes ir en este momento? —me espeta Santi al ladear la cabeza hacia mí—. No pienso avisarte si nos hacemos millonarios.

Me encojo de hombros con desinterés.

Hemos comprado un décimo entre los tres, pero no nos va a tocar nada porque el número acaba en trece (elegido por Santi), y eso da muy mala suerte. Por no hablar de que le ha restregado el boleto a Celestino por el pelaje, lo que aumenta las posibilidades de perder porque ese maldito gato es NEGRO.

—¿Qué vas a hacer en Nochebuena? —me pregunta Pascu, sentado en el sofá—. Sabes que siempre eres bienvenido en mi casa.

—Aún no lo he decidido. —Me centro en ponerme mi abrigo.

—Yo me iré a cenar con la familia de Elisa, pero en Nochevieja puedes venirte a mi casa, si quieres —interviene Santi.

Dios mío, esta pareja va demasiado rápido. ¡Hasta cenan el uno en la casa del otro con solo tres meses de relación!

Pascu comenta que, por ahora, se va a librar de la tortura de pasar estas fechas con la familia política.

—¿No te ha invitado a su casa tu novia Adela? —inquiero con cierto retintín mientras me subo la cremallera del abrigo.

—Aún es pronto y no vamos tan en serio, pero temo que llegue el día en que tenga que asistir a esas reuniones familiares por compromiso. Menuda pereza.

Me río con ironía y poso la mirada en él.

—No estás enamorado de ella; eres arromántico.

—¿Y tú qué sabes? A lo mejor solo estaba confuso porque no encontraba a la persona adecuada. —Pascu me contempla con ojeriza.

Este tema me irrita sobremanera. Es como si ahora yo me convirtiera en hetero por culpa de los superpoderes de Celeste; sería una atrocidad y viviría en una mentira. Las orientaciones

sexuales y románticas de las personas no se deberían cambiar con la magia.

—¿A la persona adecuada? —Finjo una risotada y Pascu se levanta de golpe—. ¡Que no estás enamorado de Adela! ¡Siempre le has dado calabazas!

—¿Qué os pasa? —Santi intenta poner orden—. Que es Navidad; no os peleéis.

—¿Estás celoso de Adela porque me he enamorado de ella y de ti no? —me espeta Pascu ignorando a nuestro amigo—. Yo también puedo decirte que lo que tienes con ese Melibeo no es de verdad porque el pobre está siendo manipulado por la magia negra de Celeste.

Tras vomitar esas palabras tan hirientes, se esfuma del salón para encerrarse en su habitación mediante un sonoro portazo que provoca que dé un respingo.

Genial. Ahora se ha montado una película extraña en su mente en la que parezco el despedido de esta historia cuando no es así. Solo estoy preocupado por él y no quiero que le tomen el pelo.

El sonido de los niños del colegio de San Ildefonso, cantando los números de la lotería desde la tele, inunda el piso.

—¡Acaba de salir el Gordo! —exclama Santi, y yo le echo un vistazo a la pantalla con indiferencia—. Mierda, el número premiado termina en noventa. Seguimos siendo pobres un año más.

—Te dije que el trece daba mala suerte. —Miro la hora en mi móvil—. En fin... Me voy ya, que no quiero hacer esperar a mi Meli.

En cuanto salgo de casa, me encuentro a Adela saliendo del ascensor.

La que faltaba.

—Calisto —me saluda ella esbozando una sonrisa.

—Hola —le respondo, más seco que una hoja cayéndose de un árbol cuando llega el otoño.

—Vengo a ver a Pascual.

Me muerdo la lengua para no soltarle lo que pienso porque, para colmo, también es mi amiga desde hace años.

—Está estudiando. —Me esfuerzo en sonreírle—. No me lo distraigas mucho.

Como ella pasará las vacaciones con su familia fuera de la ciudad, nos damos un abrazo para despedirnos y nos deseamos feliz Navidad. Después, abandono el edificio y, durante el trayecto en moto hacia la casa de Melibeo, me trago el nudo del tamaño de una naranja que tengo instalado en la garganta e intento que desaparezcan estas tontas ganas de llorar que me han entrado.

Odio esta época. Me vuelve muy sensible.

Al aparcar a Freya, espero a mi muso, que tarda diez largos minutazos en salir, como el buen señorito impuntual que es. Una vez está frente a mí, me mira y arruga el entrecejo.

—¿Qué?

—Te noto lánguido, taciturno y algo circunspecto —se burla—. ¿Qué te ocurre?

—¿Has desayunado un diccionario mojándolo en tu leche de almendras?

Se echa a reír.

—No, es que acabo de escribir esas palabras en mi novela. —Me coge del mentón, intranquilo, para que lo mire—. En serio, ¿qué te pasa?

De nuevo ese dichoso nudo acampa en mi garganta y las lágrimas inundan mis ojos.

—Hoy se cumple un año más de la muerte de mi Gustavo Adolfo Claudio Domínguez Bastida por culpa de la tuberculosis. Estoy de luto.

Mi tristeza no es por ese motivo exactamente, pero agradezco la fecha del fallecimiento de mi autor favorito para salir del apuro y no hablar sobre lo que me pasa.

—¿Quién es ese? —se vuelve a cachondear de mí—. Vaya nombrecito.

—¡Bécquer! —grito, o eso intento, porque se me rompe la voz y la primera lágrima desciende por mi mejilla.

Melibeo se ríe más y a mí me entran ganas de cortarle esos rizos de oro.

—No me puedo creer que estés así por un escritor que se murió hace ochocientos años.

—Ciento cincuenta y dos —lo corrijo—. ¿Puedes hacer algo bien y abrazarme en vez de reírte tanto? ¿No ves que estoy sufriendo?

—Vale, vale. —Levanta las manos en son de paz—. Perdóname, mi querido Furby. Ven aquí.

Acto seguido, me rodea con sus brazos y yo entierro el rostro en el hueco de su cuello para derrumbarme por completo.

30. Charlas en el cementerio y unas buenas dotes de actor

Melibeo

No sé cuántos minutos han transcurrido desde que me he decidido a abrazar al Furby; se ha puesto a llorar de manera intensa y aún no ha parado.

Me estoy desesperando y me siento muy incómodo. No tengo ni la más remota idea de lo que hacer para calmar sus insoportables llantos ni para que deje de llenarme el abrigo de mocos.

Necesito sacar el móvil y enviarle un mensaje a Celeste, a escondidas de él, para que me regale un consejo que sirva para tranquilizar a un conejillo de indias en estos momentos, que ella tiene que saber algún truco decente que no sea sedarlo ni hipnotizarlo con la minga (lo segundo quizá funcione, pero no me voy a sacar la polla en mitad de la calle para que me vean los vecinos y mi familia).

Y lo más importante: necesito saber el motivo por el que este chico está así, porque está claro que lo que ha dicho sobre la muerte de ese Bécquer se lo ha inventado o lo ha usado como excusa. Quizá sea porque echa de menos a su familia...

—Hay sequía en el planeta —le recuerdo, y me armo de valor para ponerme cursi y obsceno a la vez—. Es una lástima que desperdicies el agua de tu cuerpo en lágrimas. Podrías, no sé... Convertirla en sudor mientras nos damos tan fuerte como si fuéramos cajones que no cierran.

A Calisto se le acaba la llorera de repente y se aparta de mí para mirarme frunciendo los labios, con las mejillas cubiertas de ríos.

—Así no se consuela a un novio, aunque sea de mentira —me espeta entre hipidos—. Debes dedicarme palabras bonitas, abrazarme sin protestar y besarme, pero ya veo que este clima invernal aumenta la frialdad de tu corazón.

¿Qué he dicho y hecho? ¡Si lo he abrazado y me he puesto empalagoso!

No entiendo el amor romántico.

—Vale. —Poso las manos en sus mejillas para borrarle las lágrimas con los dedos. A continuación, me aguanto la risa y lo miro a los ojos para agregar—: No me gusta verte llorar, cariño mío; prefiero que uses esa agua para perlar tu templo mientras nos amamos en mi alcoba hasta la llegada del amanecer.

Le arranco una risita y me doy por satisfecho.

—Eres un payaso.

Sonrío, lo beso en los labios y lo vuelvo a rodear con los brazos.

—Puedes contarme lo que quieras y apoyarte en mí siempre que lo necesites.

—Gracias, Meli.

Antes de irnos, se suena los mocos con un pañuelo de papel que le doy y me propone que lo acompañe al cementerio para hacerles una visita a sus familiares.

Quince minutos más tarde, la primera tumba en la que nos detenemos en el camposanto es la de sus padres, y Calisto le coloca un ramo de rosas encima. Son las mismas personas a las que

vino a ver en la noche de Halloween, pero aquel día no me fijé demasiado en los datos de la lápida, solo en los nombres tan extravagantes.

En serio, ¿quiénes se llaman Hermógenes Enamorado Honrado y Oriana Feliz Guerra? No me descojono por respeto a mi acompañante y a los fallecidos que tengo delante, y porque yo también tengo unos apellidos aptos para crear memes.

—Qué nombres tan peculiares —comento para romper el hielo, intentando permanecer serio.

Calisto ladea la cabeza hacia mí y analiza mi expresión.

—Como se te ocurra reírte, te juro que la próxima persona que será enterrada en este lúgubre lugar serás tú, Melifeo Floresmuertas del Camposanto.

¡Pero si ni siquiera he sonreído! ¿Cómo ha adivinado mis pensamientos con solo verme la cara?

—No voy a reírme, tranquilo. Guárdate la metralleta.

Tras esta breve discusión, me presenta a sus padres, contactando con ellos mediante la *ouija* que hemos comprado en el bazar asiático y que contiene el Monopoly en la otra cara del tablero.

—¿Cómo funciona eso? ¿Con pilas? —inquiero con curiosidad, y él suelta el tablero en la tumba—. Nunca me he comunicado con un muerto.

—No. —Me mira como si lo hubiera insultado con mi ignorancia—. El puntero se mueve solo según lo que le vayas preguntando a la persona del más allá.

—Ah, vale. Qué divertido.

La charla con sus padres, con el tablero de por medio, me parece extraña pero emotiva. Calisto me ha presentado como su «amado muso» y ellos han respondido que parezco un buen chico y que están encantados de conocerme, porque su hijo les ha hablado maravillas de mí, algo que me ha sacado los colores.

¿Cuáles habrán sido esas maravillas? ¿Que somos rivales y que nos llevamos como el perro y el gato?

También han querido saber lo que estoy estudiando y lo que estoy escribiendo, me han pedido que cuide mucho a su hijo, nos han deseado felices fiestas y que Papá Noel y los Reyes Magos nos traigan un montón de regalos.

Yo solo voy a pedir este año el premio del certamen literario. En este capítulo de mi vida no necesito nada más.

Cuando nos despedimos de ellos y nos encaminamos hacia el lugar donde se encuentra enterrada la siguiente persona, Calisto me cuenta, conmovido, que sus padres fallecieron hace diez navidades en un accidente de tráfico y su abuela se tuvo que hacer cargo de él, pero, por desgracia, ella murió el pasado mes de febrero con noventa y nueve años porque ya estaba muy mayor.

—Fue muy duro para mí. —Se enjuga otra lágrima—. Voy a pasar mi primera Navidad sin ella.

Conforme andamos, paso un brazo por sus hombros y lo atraigo hacia mí para darle un tierno beso en la mejilla.

—Siento mucho todo lo que has pasado.

Entonces, ¿con quién pasará estas fechas? ¿Solo? ¿Con sus amigos? ¿Con otros familiares?

Me olvido de ese tema una vez que mis ojos se topan con el nombre de su abuela grabado en la lápida.

Joder, ahora sí que se me va a hacer muy complicado no reírme.

Calista Feliz Víbora

—Era muy feliz y un poco víbora. Adelante, puedes reírte —me anima Calisto, y yo estallo en carcajadas—. No eres más insoportable porque tu lado adorable no te lo permite.

Cuando me calmo de mi ataque de risa, le pregunto al Furby por qué a su abuela no le ha traído flores y me contesta que no le gustan porque piensa que es un gasto tonto de dinero y acaban marchitándose, que ella prefiere la presencia de su nieto sano y salvo.

Después de las debidas presentaciones, la señora mueve el puntero por el tablero de la *ouija* para decirme:

«No me fío de ti, rubiales gafotas. Aléjate de mi Calisto».

Levanto las cejas, sorprendido.

—¡Abuela! —exclama el Furby a mi lado, mirando la tumba.

—¿Y eso por qué? —Se me escapa otra carcajada—. Soy buena persona, no he ido a la cárcel y tampoco me drogo.

—Porque eres guapo —interviene Calisto—. Y, según ella, no hay que fiarse de los chicos guapos.

Me río y vuelvo a posar los ojos en la tumba para hablarle a la abuela.

—Señora, ¿por qué no se fía de mí? Yo no le he hecho daño a nadie.

Su respuesta no tarda en llegarme, con el puntero moviéndose con demasiada mala hostia:

«Lo sabes muy bien. A mí no me la cueles, ricitos».

Lo último que me esperaba en la vida era que el espíritu de una señora centenaria me pillara manía sin conocerme siquiera. ¿Solo porque me considera guapo? Yo creo que soy un chico del montón, por muy idealizado que me tenga Calisto.

Ahora siento miedo por si la anciana sale de la tumba y me aporrea con sus zapatillas de andar por el más allá o su bastón... O me visita por las noches cuando estoy a solas y a oscuras en mi cuarto.

—Abuela, por favor —le ruega el Furby, avergonzado—. No voy a volver a visitarte como sigas tratando mal a Melibeo.

Ahora Calista se dirige a su nieto:

«Te va a hacer daño, como todos los hombres guapos, y vas a sufrir. Huye ahora que estás a tiempo».

¿Sabrá que solo estoy interesado en su nieto para utilizarlo como conejillo de indias?

—Sí, claro —suelto con sorna—. ¿Qué eres? ¿Vidente?

El puntero se arrastra por el tablero hasta llegar al «sí».

—Agh, no le hagas caso. —El Furby hace un ademán con la mano—. Nunca le han caído bien mis novios, excepto uno, que era poco agraciado físicamente pero precioso para mí. Siempre les ha tenido manía a los otros y no sé por qué.

Su abuela se mete en la conversación y le dice a su nieto:

«Porque te rompen el corazón. Está comprobado por la ciencia; puedes buscar el artículo en Google Académico. Por eso no debes enamorarte del ricitos».

Al final, Calisto se cabrea con ella, suelta un bufido y se da media vuelta para no hablarle más ni leer lo que nos dice. Yo me despido de la señora con una sonrisa y un «me ha encantado conocerla», pero recibo como respuesta el emoji enseñando el dedo corazón, que también viene

incluido en el tablero.

—Espera, Furby. —Corro hacia él mientras camina a paso lento por el cementerio, husmeando las lápidas de los demás muertos—. No se lo tengas en cuenta; se nota que te quiere y se preocupa por ti.

—Ya lo sé. —Sus labios se curvan hacia arriba—. La próxima vez que venga a visitarla, nos comportaremos como si no hubiera pasado nada, como siempre.

Dejamos atrás el cementerio y nos sentamos en uno de los bancos que hay fuera, para pasar el rato y compartir regalices de fresa veganos hasta que a Calisto le toque entrar a trabajar dentro de media hora.

—¿Qué vas a hacer en Nochebuena? —me pregunta.

—Me voy a casa de mis abuelos con mis padres y mi hermana —le cuento sin una pizca de entusiasmo—. Tengo cero ganas de cenar con la familia al completo, con la que no nos reunimos desde el año pasado.

—¿Por? ¿Os lleváis mal?

—Me aburre estar allí, internet va como el culo y estoy cansado de que mis tíos y mis abuelos siempre me pregunten lo mismo: cómo llevo la carrera, qué notas saco, dónde tengo a la novia... —Pongo los ojos en blanco—. Una tortura.

Calisto se echa a reír.

—Un clásico en las cenas familiares.

No sé si debería preguntarle qué planes tiene para esa noche, por si le sienta mal y lo envuelve la tristeza de nuevo, pero me muero de la curiosidad por si se queda solo, ya que este año su abuela no lo acompaña.

—¿Y tú qué vas a hacer? —decido lanzarme a la piscina.

Me aparta la mirada, que la clava en una paloma que busca comida en el asfalto, a nuestros pies, y suelta un profundo suspiro antes de contestar:

—No lo sé. Pascu me ha dicho que puedo ir a su casa, pero después de la discusión que hemos tenido antes, dudo que su invitación siga en pie. —Juguetea con sus manos, y a mí me entran ganas de saber por qué se ha peleado con su amigo—. Quizá me quede en mi piso, leyendo o terminando mis poemas.

—No es mal plan. Si quieres, te lo cambio. Tú aguantas a los pesados de mis familiares y yo te escribo unos cuantos poemas subidos de tono.

Consigo robarle otra risa con mi loca proposición.

Ojalá pudiera quedarme con él, pero a mis padres no les haría ninguna gracia si me escaqueara de la cena familiar, porque esa tontería hipócrita es tradición.

A no ser que me ponga enfermo de la noche a la mañana por andar descalzo o permanecer tanto tiempo pegado a los aparatos electrónicos.

* * *

El veinticuatro de diciembre me levanto a la hora del almuerzo a propósito y bajo al salón, en pijama y con los rizos revueltos, para darle señales de vida a mi familia, que está terminando de preparar el equipaje para irse unos días a Retruécana, el pueblo en el que viven mis abuelos y el resto de familiares.

—Te parecerá bonito despertarte a estas horas, ¿verdad? —me recrimina mi madre con los brazos en jarras—. Seguro que te acostaste a las tantas por estar escribiendo esa novelita amorosa.

Esa afirmación es mitad verdadera y mitad falsa. Sí, me acosté tarde, pero no por estar

enganchado a mi libro, sino porque el Furby se presentó en mi casa a las dos de la madrugada para despedirse de mí (menos mal que se le ocurrió enviarme un mensaje para avisarme y no saltó por el muro, si no, estalla la alarma y les pega un buen susto a mis padres). Estuvimos liándonos en mi habitación en silencio, luego se quedó a dormir y esta mañana se ha marchado supertemprano, antes de que los demás se levantasen, porque tenía que servir cafés.

—Me encuentro fatal. —Finjo una tos—. He pillado algún virus; llevo toda la noche tosiendo y estornudando, y creo que tengo fiebre.

Todos centran sus miradas en mí, en estado de alerta.

—A ver... —Mi padre se acerca a mí y me toquetea las mejillas y la frente—. No parece que tengas fiebre.

—¿No? —Simulo sorprenderme—. Pues me pesan los ojos, tengo escalofríos y me noto caliente.

Mi padre, para demostrar sus dotes de médico, coge del bolsillo de su camisa un palito de madera, de esos que les ponen a los polos, y me pide que abra la boca.

¿Por qué lleva ese utensilio encima? ¿Acaso va por la calle mirando las gargantas de la gente?

Hago lo que me dice y él apoya el palo en mi lengua para hurgar dentro de mi boca.

—Tampoco veo inflamación ni infección.

Joder, qué putada más grande esto de tener padres médicos, así uno no puede fingir enfermedades con tranquilidad. Para colmo, mi hermana me está contemplando de brazos cruzados y con la ceja alzada; me conoce bastante bien y sabe cuándo estoy mintiendo.

—Ya empeoraré —intervengo—. Estaré en la primera etapa del virus. —Toso tres veces seguidas, tan fuerte que hasta siento que me explota un pulmón—. Además, habré comido algo en mal estado, porque me he levantado varias veces a vomitar y me duele la tripa. —Me masajeo la zona que he mencionado.

Mi madre entra en acción y comenta que no importa, que podré recuperarme en la casa de los abuelos con los guisos que preparan y, si me encuentro muy mal y no puedo cenar, que me encierre en una de las habitaciones.

Me obligo a pensar alguna otra excusa coherente, que para eso soy un intento de escritor.

—De verdad que estoy fatal, eh. —Me agarro al brazo de mi padre y hago como que me mareo, llevándome una mano a la frente—. Uy, me está dando un patatús.

—No pasa nada, hijo. Puedes descansar en el viaje en el coche, que no te vas a ir a correr una maratón —insiste la señora que me trajo al mundo.

—Y somos médicos; no vas a estar más seguro que con nosotros —añade mi padre—. No es recomendable que te quedes aquí solo, sin nadie que te cuide.

Mierda... ¿Cómo es posible que tengan solución para todo? Las excusas se me están acabando y ya no tengo escapatoria.

Intercambio una mirada con Lucrecia para que me ayude y vuelvo a toser.

Hay dos opciones: que mi hermana se ponga de parte de mis padres, porque le da rabia que me escaquee de la cena familiar, o que me siga el rollo y los convenza de que me estoy muriendo. Según mi experiencia conviviendo con ella, me decantaría por la primera opción, así que le suplico con la mirada que venga a socorrerme.

Entonces, toma aire y entra en escena:

—Yo pienso que mi hermanito se sentiría más cómodo en su propia casa, en su cama y con sus cosas, para que no se le haga tan aburrido el proceso de curación; donde viven los abuelos no hay absolutamente nada para entretenerse y la señal de internet funciona a ratos. Otra razón

importante es que, si viene con nosotros, nos va a contagiar, y a mí no me apetece estar enferma el resto de las navidades. Por no hablar de que los abuelos ya están mayores y no sería lo más adecuado que estuvieran compartiendo el mismo espacio con un ser humano podrido. —Me señala con la mano—. ¿Os habéis dado cuenta del careto que tiene? Si no fuera porque es rubio, sería clavadito a Marilyn Manson.

Mis progenitores inspeccionan mi rostro y es mi madre la primera en hablar:

—Tu hermana lleva razón; tienes muy mala cara y vas a preocupar a los abuelos.

Mi padre opina lo mismo que ellas y yo me ofendo en mi interior por haber recibido ese insulto, porque mi cara no ha cambiado de la noche a la mañana, aunque no voy a ser tan tonto como para replicarles, ya que, tras las palabras manipuladoras de Lucrecia, mis padres me permiten que me quede en casa. Me visita el impulso de sonreír y de saltar de alegría, pero me detengo a tiempo y vuelvo a fingir las típicas toses vomitivas de cualquier persona (hombre de edad avanzada, la mayoría de las veces) que se sienta a tu lado en el transporte público y no deja de irritar su garganta hasta que un buen samaritano le regala un caramelo Pictolín.

—Gracias —les digo—. Dadles recuerdos a los abuelos, tíos y primos.

Mi madre me planta un beso en la frente, mi padre me regala el palito con el que ha hurgado en mi boca y mi hermana me ordena que me largue ya, que los voy a contagiar.

Ya en mi cuarto, más contento que una tortuga con ruedas, me hago con mi móvil y le mando un mensaje al Furby.

Melibeo: «¿Quieres pasar la Nochebuena con tu amado muso?»

31. La enfermedad del amor

Calisto

Mi plan para Nochebuena consistirá en meter en el horno dos pizzas que he comprado en Comestibles Pepita, y acompañarlas con una botella de dos litros de ColaLoca y una bolsa gigante de regalices de todos los colores y sabores, excepto los negros, que se los guardaré a Melibeo para cuando regrese de pasar estos días en casa de sus familiares. También veré una película romántica y, cuando termine, me meteré en la cama para leer a Bécquer y escribir versos hasta las tantas de la madrugada.

Mi noche sería perfecta si no fuera Nochebuena, porque me sentiré solo mientras los demás están de celebración con sus seres queridos.

Llego a casa con las compras que he hecho y guardo cada producto en su sitio hasta la hora de la cena. Después, voy a mi habitación para coger el móvil, que lo he dejado sobre la mesita de noche todo el día, para desearle a Melibeo un buen viaje, porque son las dos de la tarde y se marcha dentro de una hora.

Sin embargo, me llevo la sorpresa de que tengo un mensaje suyo.

Apolo: «¿Quieres pasar la Nochebuena con tu amado muso?»

Frunzo el ceño y pienso que me está gastando una de sus bromas.

¿Celebrar la Nochebuena con Melibeo? Me encantaría si no fuera porque ya tiene planes con su familia.

Le envío mi respuesta:

Calisto: «No entiendo la pregunta»

Escribiendo...

Contemplo la pantalla en lo que tarda en redactar su mensaje.

En línea.

Me desespero.

Escribiendo...

Y me vuelvo a desesperar, así que le mando un *gif* de Mr. Bean mirando su reloj en mitad de un prado primaveral.

Agh, me puede la impaciencia. Melibeo ya me ha ilusionado con esa propuesta y me daré de bruces contra el suelo cuando me responda en su idioma: «es coña, Furby xdddd LOL equisdé WTF».

Por fin, gracias a Cronos, me envía su contestación:

Apolo: «Resulta que ha habido un cambio de planes: no voy a irme con mis padres y mi hermana a Retruécano para ser torturado por los demás miembros de mi familia xD. He conseguido escaquearme por estar enfermo y pasaré la Nochebuena en casa, a solas, a no ser que algún poeta venga a hacerme compañía. Si no tienes otra cosa más importante que hacer, puedes venirte para que cenemos juntos, o voy yo a tu piso, si lo prefieres»

Oh, Dios mío, claro que quiero cenar con él.

Calisto: «¿Me lo estás diciendo en serio? Como te estés riendo de mí, te vas a enterar de quién es Calisto Enamorado Feliz»

Ahora, en lugar de un mensaje, me acaricia los oídos con su sexi voz en un audio que escucho cinco veces seguidas:

—*Y tan en serio, Furby. Jamás bromearía con algo así, porque sé que estas fechas son muy importantes para ti. Quiero pasar esta noche contigo.*

Yo también me uno a la grabación de audios, sonriendo:

—*Acepto, pero voy yo a tu casa para curarte, que no quiero que te enfermes más por tener que pasar frío viniendo hacia aquí. Estaré saltando por el muro de tu jardín dentro de un par de horas, cuando me dé una ducha y me ponga guapo para ti. Un besito, Meli.*

Tras recibir un *sticker* de un Pikachu rodeado de corazones como respuesta, me olvido del móvil y me pongo en marcha.

Como no le he metido nada a mi estómago desde esta mañana, me preparo un sándwich de jamón york y queso para no perder el tiempo cocinando y, de postre, me como uno de los plátanos preciosos, grandes, gordísimos y deliciosos que me trajo Melibeo el otro día de su huerto.

Desde que ese ricitos de oro ha aparecido en mi vida, mis compañeros de piso y yo no compramos frutas y verduras, porque mi querido muso, cada vez que se deja caer por aquí, nos regala un par de bolsas llenas y yo se lo agradezco, por ayudarme a volver a comer sano.

Y debo reconocer que todos los alimentos que trae están riquísimos y son de buena calidad. Se nota que cuida su huerto y lo trata con amor.

Pascu entra en la cocina cuando estoy devorando el plátano de Melibeo, sentado en la encimera.

Aún no me dirige la palabra por haberme metido con la relación de mentira que tiene con Adela.

Mi amigo coge un plátano del frutero, que está en el centro de la mesa, y se sube a la encimera junto a mí.

—Feliz Navidad y todo eso —rompe el hielo.

—Igualmente. —Ladeo la cabeza hacia él y suspiro—. Oye, siento mucho lo que te solté el otro día. No debería haberme entrometido en tu relación con Adela. Si la quieres y deseas estar con ella, adelante; tienes mi apoyo.

Mentira. No siento haber sido tan cruel escupiéndole verdades, pero estamos en Navidad, una época bonita, repleta de amor y felicidad, y no me apetece que estemos enfadados. Mi primer propósito de Año Nuevo será contarle los trapicheos de Adela y Celeste, porque no me da la gana que jueguen con sus sentimientos.

Que sí, que yo estoy haciendo lo mismo con Melibeo, pero prefiero disfrutar de lo que tenemos sin sentirme como un excremento de gorila por provocar que se interese por mí mediante la magia de una bruja diabólica y un gato carbonizado.

—Gracias, tío. —Mi amigo me sonríe y agrega, masticando un trozo de plátano—: ¿Qué vas a hacer esta noche? ¿Te vienes a mi casa?

—He quedado con Meli. Se ha puesto enfermo y está solo; necesita a alguien que lo cuide. Otro día iré a visitar a tus padres, que hace mucho que no los veo. Salúdalos de mi parte.

—Lo haré. —Se termina de comer la fruta y se baja de la encimera de un salto. Después, tira la cáscara a la papelera y, antes de marcharse, me dice, sin dejar de sonreír—: Disfruta de esta noche con tu muso, ponte mascarilla para que no te contagie su enfermedad y usad condón.

—¡Gilipollas!

Le lanzo mi cáscara, ya vacía, pero no consigo estrellarla contra su cara porque huye rapidísimo y riéndose.

* * *

Ya estoy duchado y con las uñas pintadas de rosa. Llevo media hora de pie, delante del armario, eligiendo el atuendo que me pondré para impresionar a Melibeo. Estoy con mis vergüenzas al aire y Celestino, que ha venido de visita disfrazado de Papá Noel, me está juzgando con sus ojos verdes de felino desde el escritorio.

Podría echarme una pata, por lo menos, que seguro que es un experto en moda por la cantidad de ropa que tiene y su colección de pajaritas.

—¿Qué te parece esto? —le pregunto al gato cuando saco una elegante camisa rosa pastel, y él niega con su cabecita.

Le muestro unas cuantas prendas más: varias camisas con dibujos, un traje violeta que me puse para mi graduación de Bachillerato y el disfraz de ángel que usé en Halloween. Su Majestad no me da su aprobación y se siente obligado a saltar del escritorio para acercarse a mi armario y curiosear mi ropa, además de llenarla de pelos pegajosos NEGROS.

Aguardo, expectante, ese *outfit* y, dos minutos después, me muestra un jersey navideño de renos, sujetándolo con la boca.

Mmm... Muy adecuado para hoy, pero no es elegante. Aunque imagino que Melibeo no se vestirá de etiqueta para recibirme; se pondrá cualquier pijama o ropa vieja y roída, y más si está tan enfermo.

—Confiaré en ti —le digo a Celestino, y le acaricio la cabeza—. Buen chico.

Acompaño el jersey con unos vaqueros y mis zapatillas de deporte, y estreno unos calzoncillos rojos sin ningún dibujo decorándolo, que casi se me olvidan. Después, meto en la mochila el regalo de Meli y, en una bolsa, lo que he comprado para cenar, y me echo mi perfume de fresas con nata para oler bien y que a mi muso se le revolucionen las hormonas.

—A ver, ¿qué se me olvida? —hablo conmigo mismo mirando la cama, donde tengo lo que me voy a llevar.

Celestino se esfuma de mi habitación y regresa al instante con una larga tira de preservativos entre sus dientes.

—¡Vuelve aquí, gato pulgoso! —grita Santi persiguiendo al felino, y aparece en mi cuarto—. ¡Devuélveme esos condones!

Me echo a reír por lo listo que es este animal y le quito la tira de paquetitos de la boca para arrancar unos cuantos.

Ahora que lo pienso... ¡No me he acordado de comprar profilácticos! ¿Y si ocurre algo más entre Meli y yo esta noche? Qué desastre soy. La protección debería ser lo primero en mi lista.

Y el lubricante, lo segundo. Tengo uno con sabor a fresa en el cajón de los calcetines de la mesita de noche.

—Te cojo prestadas un par de barreras contra las ETS —le digo a Santi, que me está mirando de mala manera—. Te compraré una caja; te lo prometo.

Ni que fuera a usarlos hoy todos con Elisa... Que los comparta conmigo, que para eso le permito vivir en esta casa.

—Está bien. Puedes quedarte con la tira entera como regalo de Navidad. De todas formas, tengo cuatro paquetes más para usarlos con Elisa. —Y suelta una carcajada tras fardar de su agitada vida sexual.

—Muchas gracias —le respondo, irónico—. Es un detalle.

Ya puedo irme tranquilo, que lo tengo todo listo y creo que no me olvido de nada por una vez en la vida.

Les digo a mis amigos y al gato que pasen una buena noche y conduzco la moto hacia la casa de Melibeo en modo automático, flotando en una nube y perdido en mis pensamientos. Cuando me quiero dar cuenta, he aparcado frente a su castillo y dejo mis pertenencias en mi vehículo para no destrozarlas (luego vendré a buscarlas), porque quiero entrar por todo lo alto como un caballero, colándome en su huerto.

Y me enfada que la alarma se encuentre desconectada, porque no suena. ¿Y si en vez de su Furby, yo fuera un ladrón o un asesino?

—Es que lo sabía —escucho a Meli, que hace acto de presencia en su paraíso vegetal y frutal. Me mira, poniendo los brazos en jarras y negando con la cabeza, como una madre cabreada con su hijo cuando hace alguna trastada—. Voy a tener que instalar una cama elástica en mis terrenos para que dejes de destrozar mis verduras con tus caídas.

Con un nabo de Meli clavado en el culo y riéndome, recorro con la vista sus atavíos: un pijama rojo navideño con dibujos de renos y unas zapatillas de andar por casa muy graciosas, con la cabeza de peluche de Papá Noel.

Y yo, preocupándome por arreglarme mientras él ha cogido lo primero que se ha encontrado.

Me ayuda a levantarme, sujetándome de las manos, y sacude la tierra que se ha quedado impregnada en mis vaqueros, dándome palmadas; las más fuertes, en el trasero, pero no me sale del alma protestar, aunque no sea fanático del BDSM, porque a este chico le permito que me haga todo lo que le plazca.

—Ahora en serio, Calisto. —Mi muso, tras dar por finalizada la paliza que le ha dado a mis nalgas, me contempla con seriedad—. No vuelvas a saltar por el muro, que un día va a ocurrir una desgracia. Le prometí a tu familia que cuidaría de ti.

No puedo evitar sonreír, emocionado.

Si le duele en el corazón que fallezca, será porque le importo.

Que tu muso se preocupe por ti y que no quiera que vuestra historia de amor termine con un desenlace fatal: bandera verde.

—Si muero, tendrás que visitarme cada día en el cementerio, con una *ouija* bajo el brazo, para comunicarte conmigo y contarme cómo te va por el mundo de los vivos —me mofo sin borrar mi sonrisa—. O que Celeste me resucite con uno de sus hechizos de brujería, que seguro que existe alguno.

Mi broma no le hace ni pizca de gracia porque su expresión se entristece.

—No vuelvas a decir algo así.

—Vale, perdón. —Pongo los ojos en blanco y analizo su rostro más a fondo—. Dios mío, se nota que estás malo. Tienes la cara más horrible de lo habitual.

Mentira. Está guapísimo y no parece enfermo.

Consigo que se esfume su tristura con mis palabras porque me mira, sintiéndose insultado.

—¡Es mi cara de siempre, mendrugo!

Arrugo el entrecejo al advertir que no tiene ningún síntoma de nada y que se halla más sano que un gusano comiéndose una lechuga.

—¿Tú no estabas enfermo?

—Por supuesto. Padezco la enfermedad del amor —me responde en tono jocoso y con una sonrisa torcida—. Y tú eres el que me la ha contagiado.

Me derrito.

—Qué romántico. —Me llevo una mano al pecho—. ¿Y cómo puedo curarte?

Cómo no, Melibeo hace un gesto obsceno con sus manos, imitando al acto sexual.

—Es el mejor tratamiento para curar esos males —le doy la razón en lugar de irritarme, y entonces recuerdo que la cena, su regalo y los profilácticos continúan en mi vehículo—. Ahora vuelvo, que me he dejado unas cosas importantísimas en mi moto para que no se estropearan con la caída a tu huerto.

—Joder, eres la persona más estrafalaria del planeta. —Me mira sin siquiera sorprenderse—. Hubieses entrado por la puerta para ahorrarte el viaje. De verdad que no te entiendo.

—Debía hacer una entrada triunfal.

Esta segunda vez, con mi mochila a cuestas y la bolsa con la comida, sí que entro en su casa como si fuera un vulgar mundano.

Y, sobre todo, con la intención de curarle su enfermedad del amor.

32. La Nochebuena con el conejillo de indias

Melibeo

El sonido de mi teléfono interrumpe nuestro momento de manoseos y besos antes de que nos pongamos a tope con el turrón.

Calisto, tumbado sobre mí y devorándome el cuello, suelta un quejido y yo maldigo para mis adentros, porque debería haber lanzado el dichoso móvil por la ventana para que nadie nos molestase. Pero, si hubiera hecho eso, les habría arruinado la cena de Nochebuena a mis padres de manera innecesaria al no dar señales de vida, ya que se presentarían en casa en un santiamén por si me he muerto. Encima, nos pillarían en plena acción y descubrirían que me he inventado que estoy enfermo para escaquearme de la reunión familiar.

Menudo dramón me he montado en mi mente en los segundos en los que la melodía ha estado sonando y Calisto, aguardando a que se detuviera para poder concentrarse y continuar tatuándome un pedazo de chupetón en el cuello.

Cuando la llamada cesa, al milisegundo vuelve a sonar la musiquita.

Todos los días vivo con ese aparato en silencio, ¿por qué he tenido que ponerle el sonido si pertenezco a la generación Z y nunca atiendo las llamadas?

—Quítate de encima, porfa —le pido al Furby sintiéndolo en el alma—, que tengo que responderles a mis padres.

—Jolín. —Hace lo que le digo y me incorporo sobre el sofá.

—Procuraré no tardar —le prometo, y cojo el móvil de la mesita de centro para descubrir que mis progenitores quieren que les acepte una videollamada—. ¡Mierda!

Si me ven a través de la pantalla con estas pintas de «no enfermo», tendré que rezar para que no me decapiten cuando regresen pasado mañana.

—¿Qué te pasa, Meli? —quiere saber Calisto, que se halla de pie, mirándome.

Me vuelvo a tumbar en el sofá y me revuelvo el pelo aún más de lo que ya lo tengo, para parecer que he estado toda la noche durmiendo.

—Pásame la manta blanca que hay en el otro sofá y lánzame un puñado de servilletas arrugadas. No preguntes; solo corre.

El Furby me obedece, descojonándose de la risa; yo, rodeado de bolas de papel arrugadas, simulando que son pañuelos bañados en mocos, me tapo con la manta hasta la barbilla y le ordeno a mi acompañante que se mantenga callado y que ni se le ocurra asomarse a la cámara del teléfono.

Y es entonces cuando acepto la videollamada.

Me encanta que la señal de internet de ese pueblo fantasmagórico se haya arreglado por arte de magia para que las personas que me trajeron al mundo se comuniquen conmigo.

—¡Cariño! —exclama mi madre al verme; a su lado se encuentra mi padre y, de fondo, se oye jaleo.

Intento poner cara de enfermo terminal y finjo tres toses. A Calisto se le escapa una risita desde el otro sofá y yo le dedico una mirada de asesino en serie. Después, vuelvo a centrarme en la pantalla.

—Hola, mamá, ¿cómo va la divertida fiesta familiar?

—Muy bien, pero tus abuelos se han puesto tristes cuando les hemos contado que no venías porque estabas malo, así que te mandan un fuerte abrazo.

—¿Y tú cómo estás pasando la noche? —interviene mi padre—. ¿Qué has cenado?

Buena pregunta.

Calisto y yo nos hemos zampado las pizzas congeladas que ha traído (¡y veganas!), el montón de regalices y el refresco de cola. Todo de lo más saludable.

—Pues he cenado... —Hago una pausa para toser y desviar la mirada hacia el Furby, que se acaba de convertir en un mimo y se está comiendo algo en un tazón invisible—. Cereales con leche. No tenía ganas de cocinar.

Calisto bufa, porque supongo que no habré adivinado el alimento de su actuación; mi madre me regaña por no haberme alimentado con algo saludable para curarme pronto y me dice que me hubiera preparado una sopa, aunque fuera de sobre, y mi padre comenta que cenar cereales mola. A continuación, me preguntan si me encuentro mejor de la gripe y del dolor de barriga, y me invento que sigo igual que hace unas horas, pero que las medicinas (inexistentes) y el descanso me están ayudando.

—Y los cuidados de ese Calisto, ¿verdad? —suelta mi madre.

Por el rabillo del ojo, reparo en que el aludido se pone recto.

—No sé de qué me estás hablando, mamá —me hago el tonto, y fuerzo otra tos.

A este paso, acabaré con la garganta destrozada.

—Ah, ¿no? —Mi padre toma la palabra—. ¿Y esa cabellera de color rosa que veo ahí al fondo de quién es?

—De Papá Noel, que se ha echado un tinte para sentirse moderno —escucho a mi hermana.

Miro a mi alrededor, justo en las partes donde la cámara frontal del móvil es capaz de enfocar, y luego al Furby, que sigue en el otro sofá, a un metro de mí y supertieso.

Imposible que mis padres lo hayan visto.

—Sigo sin entenderos. —Los miro otra vez—. Será mejor que me vaya a dormir. Feliz Navidad.

La cara de Lucrecia aparece en la pantalla y doy un respingo.

—Deja de fingir, Melibeo. Sabemos que te has escaqueado de la cena para quedarte en casa e invitar a ese chico.

—¡Deséale Feliz Navidad de nuestra parte! —exclama mi padre desde atrás.

—¡Y no os acostéis tan tarde! —se une mi madre.

¡Pero bueno! ¿Cómo lo han adivinado?

Intercambio una mirada con mi conejillo de indias, cuya expresión es la de estar a punto de estallar en carcajadas.

—Creo que se os está yendo la señal, eh —le digo a mi familia utilizando mi cerebro creativo de intento de escritor—. Os escucho con interferencias y os veo borrosos.

—Nosotros te vemos y oímos perfectamente —me responde mi madre.

—¿Qué dices, mamá? —continúo actuando—. ¿Estáis ahí? ¿Hola?

Y finalizo a propósito la videollamada.

Ea, ya está.

Suelto el móvil sobre mi regazo y me paso las manos por la cara, estresado, a la vez que

Calisto se carcajea, aplaudiéndome desde el sofá.

—Qué buen actor eres —se burla.

—Cállate, que no sabes el mal rato que he pasado —le espeto incorporándome—. ¿No me vas a dar mi regalo de Navidad o qué? Espero que te hayas dignado a comprarme algo, que para eso te he invitado a pasar la Nochebuena conmigo.

—Pues claro, pedazo de brócoli amarillento. Tú también me habrás comprado algo, ¿no? ¡Que he sacrificado mi noche literaria para venir a tu casa y curarte tu enfermedad del amor!

¿Qué me acaba de llamar?

—Mira debajo del árbol. Los tres paquetes que hay son para ti. —Le sonrío, y a él se le ilumina el rostro—. Pero como me vuelvas a llamar brócoli amarillento, le hago un puré a Celestino con tus regalos.

Se levanta del sofá y corre hacia el árbol de Navidad que han puesto mis padres al lado del mueble de la tele. Cuando coge los paquetes, regresa conmigo, feliz, y se sienta a mi lado.

—¿Cuál abro primero?

—El que quieras.

Elige el que tiene forma de caja cuadrada y, al romper el papel de regalo con dibujos de muñecos de nieve y encontrarse con lo que hay escondido dentro, por poco me lo lanza a la cabeza.

—¿Un horroroso Furby? —inquire al sacar el peluche de su caja de plástico, mirándome con los ojos entrecerrados.

—Y con el pelaje rosa —hago hincapié en su color—. Es tu hermano gemelo.

Abandona en el sofá al pobre Minicalisto para abrir el siguiente regalo: una caja rectangular llena de regalices de todos los sabores y colores.

—Vale, con este sí que has acertado.

Por último, abre el que yo considero que es el más importante de los tres. Sus ojos casi hacen *punting* desde sus cuencas, de lo pasmado que se queda al descubrir su querida edición ilustrada de las obras de ese tal Bécquer que tanto le apasiona.

—No me lo puedo creer. —Pasa las páginas del libro, y después lo abraza y me mira, sonriendo de oreja a oreja—. Te has ganado un centenar de banderas verdes. Muchas gracias, Meli. —Acerca su rostro al mío y me da un beso.

—De gracias, nada. Quiero mi regalo.

Calisto murmura «qué impaciente» y se escapa a la cocina, donde se ha dejado la mochila cuando estábamos haciendo la cena. Al volver al salón, saca tres paquetes de su macuto y me los tiende.

—Feliz Navidad.

Como me haya comprado alguna cursilada de las que le gustan a él, se me notará en la cara que no es de mi agrado. Sin embargo, me asombra que haya acertado con los dos primeros que abro: un Funko de Bulbasaur (uno de los pokémones principales, que además es de tipo planta) y un planificador de novelas para escritores. Pero en cuanto rompo el papel de verduras del tercer regalo, me entra un ataque de risa.

—Para que practiquemos juntos —me dice—. Y espero que sea pronto.

Me ha comprado un puñetero manual de posturas del Kamasutra gay.

—¿Probamos alguna postura de estas ahora? —Muevo las cejas de arriba abajo.

—¿Ahora *ahora*? —me contesta sin creérselo, y yo asiento con la cabeza sin dejar de sonreír—. ¿Estás seguro? Que algunas posturas que vienen ahí son puras acrobacias para un principiante como tú.

Será mamón.

Aunque razón no le falta.

—Probamos con una fácil, como la del misionero.

Calisto acepta mi plan y me cuenta que primero tiene que entrar al baño a prepararse mentalmente para recibir como regalo mi pureza (está chalado). Antes de marcharse, le digo, con total tranquilidad, que lo espero en mi habitación; él me responde que procure calmarme y que no esté tan nervioso, pero en realidad se está aconsejando a sí mismo, porque se ha puesto histérico y más rojo que las fresas de mi huerto.

Mientras está en el baño, quito el montón de ropa que tengo sobre la cama y un par de cosas más, y aguardo, sentado en el colchón, hasta que aparece por la puerta con un bote de lubricante y una tira de condones entre los brazos.

—Ya estoy aquí. ¿Estás más calmado?

—Ni siquiera estoy nervioso.

Me contempla, patidifuso, y coloca lo que ha traído sobre la mesita de noche.

—¿Cómo que no? —Hace aspavientos con las manos con dramatismo, aún de pie—. ¡Le vas a entregar tu pureza a alguien! ¡Y ese alguien voy a ser yo!

—¿Quieres dejar de decir «pureza»? —Me río y lo atraigo hacia mí, tirándolo del brazo—. Te he comido la polla mil veces, ¿tú crees que sigo siendo puro? Si es que alguna vez lo he sido... —Le empiezo a subir ese jersey navideño de renos con la intención de quitárselo.

Calisto aparta mis manos de su cuerpo.

—Espera, no vayas tan rápido. Primero tenemos que hablar.

—¿Hablar? —Me vuelvo a reír—. Para comerme el bombón, lo primero que tengo que hacer es quitarle el envoltorio, ¿no crees?

Le contagio mis risas y se sienta a horcajadas sobre mí, despacio.

—Me refería a cómo lo vamos a hacer —me dice con voz melosa y con las manos posadas en mis mejillas; las mías, que no sé dónde ponerlas, viajan hacia su cintura—. Quién sería el activo; quién, el pasivo...

—No sé... ¿Qué es lo que más te gusta a ti? Yo quiero probarlo todo contigo.

—Me gustan las dos cosas, pero hoy me apetece ser pasivo.

Trago saliva, cagado de miedo, porque acaba de invadirme la inseguridad por si no logro estar a la altura de la situación. Pero ni como activo ni como pasivo. Aunque no tengo ninguna duda de que el Furby tendrá mucha paciencia conmigo y me tratará como si fuera de porcelana, como la primera vez que le hice una mamada.

Y ahora sí, continuamos con lo que estábamos haciendo en el salón antes de que me llamaran mis padres, pero ya sin interrupciones.

—Este pijama tuyo estorba —me dice cuando se deshace de su jersey, tumbado sobre mí, en la cama—. Para comerse el ave, primero hay que quitarle las plumas.

—Te recuerdo que soy vegano; eso ha sonado muy turbio —le respondo, ofendido—. Además, mi comparación ha sido más bonita que la tuya.

—Vale, perdón. —Se le escapa una carcajada—. Sigamos con lo nuestro.

Me ayuda a desprenderme de la camiseta del pijama y comienza a marcarme el cuello con sus besos; los pezones, con sus lametones y mordiscos; y el torso, con sus caricias. La sangre se concentra en solo una zona de mi cuerpo y el Furby desciende hacia allí para quitarme los pantalones y los calzoncillos. Luego se lleva mi polla a la boca para chupármela y volverme loco, y después regresa a mis labios para devorarlos mientras nos desprendemos de su ropa, lazándola por la habitación.

Rodamos por la cama, acariciando y besando cada uno el cuerpo del otro, y cuando no podemos aguantar ni un segundo más, cojo el bote que descansa en la mesita de noche. Bajo su atenta mirada verdosa, me embadurno los dedos de lubricante; él se tumba bocabajo y apoya las rodillas en el colchón para obsequiarme con las vistas impresionantes de su trasero. Tanteo su entrada con mi índice húmedo, y primero se lo introduzco con suavidad para después presionar contra las paredes de su recto.

—Oh, Dios mío —gimotea con la cabeza enterrada en la almohada.

Saco el índice para echarle más lubricante y hago lo mismo, pero añadiendo el dedo corazón; Calisto no para de gruñir, pidiéndome más. Una vez que está lo bastante abierto para recibirme, me coloco el condón y, tras preguntarle si está también listo mentalmente, obtengo su aprobación e intercambio los dedos por mi polla, que se la meto con cautela, agarrándolo de las nalgas con las manos.

—Oh, joder —se le escapa la primera palabrota.

Y eso mismo pienso yo al clavársela: joder.

Empiezo a regalarle movimientos lentos y profundos sin dejar de fliparlo en colores, y el Furby ahoga en la almohada las siguientes palabrotas que suelta: tres «joder» y dos «hostias», según mis cálculos, que no son muy fiables en este momento.

—Ponte bocarriba —le pido.

Necesito verle la cara para descubrir si de verdad está disfrutando.

Calisto se da la vuelta y me rodea las caderas con sus piernas; yo me quedo eclipsado con sus mejillas tan sonrosadas como el color de su pelo, con sus ojos verdosos mirándome con deseo, con su polla durísima y su sonrisa iluminándolo todo.

Entonces, junto mi cuerpo con el suyo otra vez, y la sensación tan maravillosa que estoy sintiendo aumenta porque nuestras miradas se mantienen unidas. Acelero mis embestidas a medida que él se masturba, contemplándome con admiración, y las gafas se me resbalan por la nariz y se caen, pero no les doy importancia.

Pego mi pecho al suyo para besarlo con vehemencia y, entre jadeos, caricias y respiraciones agitadas, ambos nos corremos; primero lo hago yo, perdiéndome en la naturaleza de su mirada, y después él, susurrando «joder, Melibee».

Nos quedamos en esta postura, calmándonos y sonriéndonos con las mejillas ardiendo, y jugueteo con el par de mechones rosas de su frente.

—Ha sido el mejor polvo de mi vida —me dice—. Eres increíble.

—Lo sé. Me he preparado durante toda mi vida leyendo novelas eróticas. ¿Cuántas banderas verdes y rojas me he ganado?

—He perdido la cuenta de las verdes, pero están ganándoles a las rojas.

Los dos nos reímos al unísono y fundimos nuestros labios en un beso.

Vale, estoy experimentando cosas extrañas que jamás había sentido.

No puedo estar pillándome por mi conejillo de indias, porque estaría fatal.

No, claro que no me estoy pillando. Solo es culpa de la emoción por lo que acabamos de hacer. Nada más.

Mañana, cuando me despierte con la cabeza fría, estos pensamientos ya se habrán esfumado de mi mente.

33. Una temida amenaza y un ladronzuelo

Calisto

—Si le vas con el cuento a Pascual, le digo a Melibeo que tú también te traes chanchullos con Celeste para engañarlo —me amenaza Adela, en los pasillos de la universidad, tras regresar de las vacaciones de Navidad.

Estas dos semanas me he estado comiendo la cabeza con este tema, pero hoy, al encontrarme con esta chica después de terminar mi última clase del día, he decidido soltarle lo que pienso sobre lo que está haciendo, porque mi lado ético no puede mantenerse callado ante tal injusticia.

Sin embargo, la valentía huye de mi interior ante esa amenaza y me hago pequeñito al descubrir que conoce mi secreto.

Me pregunto quién se lo habrá contado si solo lo saben mis amigos, Celeste y Celestino, y dudo mucho que alguno de ellos haya traicionado mi confianza. A Celeste nada más le interesa su negocio y su reputación como buena profesional, Celestino es un gato, y Santi y Pascu jamás me delatarían, a no ser que este último se haya ido de la lengua con Adela en pleno acto romántico.

—¿Cómo te has enterado de eso? —Siento mis manos sudadas.

—Santi se lo ha contado a Elisa, Elisa me lo ha contado a mí y yo se lo pienso contar a Melibeo como te atrevas a soplarle lo mío a Pascual —me responde con sus palabras cargadas de maldad y el semblante impertérrito, de modo que deduzco que no está de broma.

¡Agh! Santi siempre ha sido un bocazas.

—Yo no estoy haciendo nada malo —intento engañarla a ella y a mí mismo—. Lo mío con Melibeo es real y lo tuyo con Pascu no. Punto.

Adela se ríe en toda mi cara sin creérselo (yo tampoco); mis labios dibujan una fina línea y me muerdo la lengua para evitar convertirme en un verdulero. Finalmente, le digo «adiós» con una sonrisa más falsa que el amor de Pascual hacia ella y me marchó en dirección a la biblioteca. Antes de entrar, me como un sándwich vegetal y un plátano de mi muso, sentado en uno de los sillones de fuera y perdido en mis pensamientos.

Debo decirle a Melibeo que ha sido víctima de la magia de su amiga antes de que lo haga Adela; pero, si lo hago, estoy segurísimo de que se sentirá engañado y utilizado, y se enfadará conmigo. Yo me defenderé y le diré que Celeste no me ha querido cobrar porque voy justo de dinero; se suponía que la iba a invitar a cafés y, siempre que ha aparecido en la cafetería, ha insistido en pagarme su pedido, e incluso me dejaba propinas generosas.

Así que una de dos: o de verdad la magia de la bruja está funcionando en Melibeo, a pesar de que no haya dinero de por medio, o Celeste me está estafando, no está usando ningún hechizo y mi muso solo finge que le intereso para que sea su experimento sexual.

A ver, yo también lo estoy utilizando para crear mis preciosos poemas de amor, pero la

diferencia es que yo me enamoré de él a primera vista; su belleza renacentista se quedó clavada en mi alma cuando me colé en su huerto y me hincó su nabo en el trasero.

La gente común no cree en el *instalove* porque no han tenido la suerte de vivirlo, pero yo sí y puedo asegurar que mis sentimientos por Melibeo son verdaderos; los de él por mí, espero que también.

—Qué sexi estás tan pensativo y devorando mi plátano.

La voz de mi amado me saca de mis reflexiones y ladeo la cabeza hacia el sillón que tengo al lado, donde se ha acomodado para comerse una ensalada de pasta en un táper.

—Ah, hola, Meli. —Le sonrío—. No te había visto llegar.

—Normal. Te he llamado tres veces y estabas como ido de este mundo. —Se echa a reír—. ¿En qué estabas pensando? Parecía bastante interesante.

—En cosas... de poetas —consigo contestar.

—Vale, ya no me parece tan interesante.

Estoy a punto de ponerle de sombrero la cáscara de la fruta que me he comido por reírse de mi pasión, pero mi Calisto decente me lo impide porque no quiere que esos ricitos le huelan a plátano ni se ensucien.

En lo que tarda en vaciar el táper, le pregunto por el manuscrito de su novela, si ya lo tiene terminado y corregido, y él me cuenta que ha conseguido escribir todas las escenas sexuales y que solo le queda hacer una última revisión a la historia antes de presentarla al concurso.

De no haber sido por mi fantástica ayuda, ese libro no hubiera existido nunca, así que estoy muy orgulloso de mi Meli, de mí y de nosotros juntos.

Hemos aprovechado bastante bien las vacaciones de Navidad experimentando para su novela erótica: en su casa, cuando sus padres trabajaban; en la mía, cuando teníamos la oportunidad y nos entraban ganas; en mi bañera, mientras nos duchábamos juntos; en su jardín, a altas horas de la madrugada para que no nos viese ni oyese nadie; en el capó de su coche en Nochevieja, en el lago de Oxímoron, sin nadie alrededor, tras tomarnos las uvas (yo, doce trocitos de regaliz de fresa); él de pasivo, yo de activo y viceversa; y probando posturas del libro del Kamasutra que le regalé (unas, más conocidas y fáciles, y otras, más bizarras y algo incómodas en las que casi me rompo un hueso).

Y todas esas veces en las que hemos compartido ese momento de intimidad han sido sublimes.

Estoy loco de amor por Melibeo.

Melibeo soy, a Melibeo adoro, en Melibeo creo, a Melibeo amo, por Melibeo enloquezco y por Melibeo muero.

—Oye, Furby —Meli me vuelve a sacar de mis cavilaciones.

—Dime.

—Cuando termine mi turno en la biblioteca, tengo que hablar contigo de algo importante.

Al escucharlo con ese tono de voz tan serio, el pánico se apodera de mí.

—¿Sobre qué, exactamente? —quiero saber, hecho un flan aterrado.

—Luego lo sabrás. —Mira la hora en su móvil—. Me voy a currar. —Me roba un beso y me abandona, dejándome con la intriga.

Bien, hay tres opciones posibles.

La primera: como ya hemos terminado de escribir nuestras obras, nuestro pacto ha llegado a su fin y Melibeo ha perdido su interés en mí, así que me querrá mandar a paseo, y si te he visto, no me acuerdo, lo que me obligaría a demandar a Celeste.

La segunda: a pesar de que ya no nos necesitemos para inspirarnos, quizá desea que sigamos

juntos como hasta ahora y me quiere pedir que sea su novio de manera oficial, porque el arduo trabajo de la bruja ha dado sus frutos y Melibeo se ha enamorado perdidamente de mí.

Y la tercera y a la que más temo: que Adela se haya chivado porque se haya encontrado con Melibeo justo después de despedirme de ella.

Espero que no sean ni la primera ni la tercera y que Melibeo y yo podamos vivir nuestro amor tranquilos, sin pactos de por medio y sin personas rencorosas como Adela a nuestro alrededor.

Me digno a entrar en la biblioteca y ocupo una de las mesas más cercanas al mostrador de Melibeo, para no quitarle el ojo de encima y alegrarme la vista de vez en cuando.

No he decidido pasar la tarde en este templo de la sabiduría para estudiar (con esa tarea me pondré en serio a partir de mañana, que los exámenes se acercan), sino para pasar a un documento artificial de ordenador los treinta poemas que he escrito durante estos meses en mi cuaderno en sucio, para imprimirlos y presentarlos al certamen literario.

Todavía no me explico por qué no aceptan obras escritas a mano con lo bonitas que quedan. De toda la vida se ha hecho así, antes de que se inventaran y nos invadieran las dichosas máquinas. Por ejemplo, mi querido Miguel de Cervantes creó *El Quijote* con solo una pluma, ¿por qué yo no puedo hacer lo mismo? ¡Es injusto!

Conecto los auriculares al portátil y me pongo sonidos de lluvia para sumergirme de lleno en mis poemas y no entretenerme, y también para que no me molesten los ruidos y los susurros de la gente, porque me conozco y sé que con cualquier tontería se esfuma mi concentración, además de que mi lentitud a la hora de teclear tampoco ayuda. Para rematar, he tenido la brillante idea de sentarme en un sitio donde lo primero que veo al levantar la mirada es a Melibeo, la mayor distracción que existe en el planeta. Si es que a inteligente no me gana nadie.

Las cuatro horas siguientes consigo mantenerme abstraído en mis poemas y solo me tomo un par de descansos para admirar al atractivo bibliotecario gafotas con rizos de oro, ir al baño, beber agua, comer regalices o acercarme a Meli para que me dé un beso; él también ha venido a mi mesa en varias ocasiones para hacer lo mismo y darme ánimos.

Y lo más importante: ya tengo listo el documento con mi nombre completo y mis treinta poemas de temática amorosa, con una fuente horrorosa que se llama Times New Roman. Mañana, a primera hora, iré a la oficina de la Propiedad Intelectual a registrar los derechos, como me ha recomendado mi muso, para que nadie me robe la obra, y el jueves la presentaré al concurso.

—Cierro y nos vamos —me dice Melibeo cuando termina su turno.

Le respondo que lo espero fuera, sentado en un sillón, porque, si me quedo dentro, seré capaz de robarle las llaves y encerrarnos en la biblioteca para que suelte por esa boquita lo que me tiene en ascuas.

Sin rodeos ni nada. Necesito que vaya directo a la herida. Si está pensando en romper lo nuestro, que sea ahora y no me haga sufrir haciéndome falsas ilusiones.

Y eso es lo que mi Calisto más incontrolable me obliga a hacer: adentrarme en el museo de libros y recrear el plan de quitarle las llaves a Melibeo.

—¿Qué haces? —me espeta cuando se las arrebato, y echo a correr hacia la entrada de la biblioteca—. ¡Furby!

Por suerte, este lugar repleto de libros se halla vacío de personas humanas y vivientes, a excepción de la mejor pareja de amantes.

Nos encierro con rapidez y me escondo el llavero en uno de los bolsillos traseros de mis pantalones vaqueros. Después, apoyo la espalda en la puerta para impedir que intente traspasarla,

abrirla mediante la fuerza o aporrearla como si fuera Hulk, que lo veo capaz.

—¿Estás loco? —Extiende un brazo hacia mí para que le devuelva las llaves—. Tengo que cerrar.

—Ya he cerrado yo por ti, no te preocupes. —Le sonrío con inocencia.

Se cruza de brazos y su cara se convierte en una de acelga.

—Esto se considera secuestro, lo sabes, ¿verdad? —Entonces, parece que se le ilumina la bombilla porque cambia su expresión de amargado a una de pícaro—. Ah, vale. Ya lo entiendo... Has tenido la idea de encerrarnos aquí porque quieres que follemos entre tantos libros, ¿no?

«Ojalá, cariño. OJALÁ».

—En realidad, no. —Trago saliva, temblando de miedo—. He hecho esta absurdez porque necesito saber ya eso tan importante que me querías decir. Dime, Meli, ¿estás pensando en romper nuestra relación *escritoril* de interés con lo bonita que es? Adelante, destrózame el corazón.

Melibeo frunce el ceño, extrañado, y suelta una carcajada.

—Se te ha ido la olla. Aún no ha terminado nuestro contrato de negocios porque no hemos inscrito las obras en el concurso.

Si no está pensando en dejarme, las únicas opciones que quedan son la de ser novios y la de la chivata de Adela. Pero, si fuera la última, Melibeo parecería cabreado y no tendría tan buen humor. Es más, hasta no me querría ni mirar a la cara ni hacer el amor conmigo en este museo.

—¿Entonces?

Me pide que lo siga hasta el mostrador, donde se ha dejado sus pertenencias. Antes de sacar lo que sea de su mochila, me dice que no me enfade demasiado con él.

—¿Por qué me iba a enfad...? —No acabo la pregunta porque mi cuaderno de terciopelo rosa aparece ante mis ojos, sostenido por las manos de nieve de Melibeo—. ¿Lo has encontrado?

—No exactamente.

Lo cojo y lo hojeo para comprobar que no se ha ensuciado, que todos mis poemas están intactos y que no falta ninguna página.

Está tan cuidado como antes de perderlo.

—¿Te acuerdas de esa noche lluviosa en mi casa? Pues aproveché para robártelo mientras dormías, porque creía que esos poemas los ibas a presentar al certamen y no quería que me ganases —confiesa, y yo paro de curiosear mi cuaderno para alzar la mirada hacia él, ojiplático—. Lo siento.

—¿Cómo dices?

No me creo lo que me está contando.

—Lo siento —repite con el semblante lleno de arrepentimiento.

No concibo que Melibeo Flores del Campo, un ser con el rostro angelical, los cabellos tan rubios como el oro, gafas sexis de intelectual, nariz de tucán y cuerpo de dios griego, me haya traicionado de esta manera.

«Calisto, acuérdate de que, cuando os conocisteis, también te robó tu preciado cuaderno de terciopelo rosa», me recuerda mi mente esa información que se me había borrado por completo.

Jolín, dos veces.

La primera puedo perdonársela porque apenas sabíamos cosas el uno del otro y nos llevábamos fatal, pero la segunda... No la entiendo.

Confiaba ciegamente en Melibeo.

Que tu muso te robe los poemas que has escrito durante tu existencia y que haya tenido la desfachatez de hacerlo dos veces: bandera rojísima.

El lado positivo es que me los ha devuelto y está arrepentido, pero no puedo evitar sentirme decepcionado.

Sin embargo, no debería enfadarme con él, porque esto no se asemeja ni por asomo a lo que le he hecho yo con la ayuda de Celeste.

Que te traicionen tu mejor amiga y el chico con el que has compartido momentos mágicos es peor que haber robado un cuaderno.

—Dime algo —Melibeo interrumpe mi monólogo interior.

Abrazo mis creaciones todo lo fuerte que puedo para que este ladronzuelo no vuelva a arrebatármelos.

—Lo que has hecho ha estado bastante feo —le respondo, procurando respirar hondo—. ¿Tú sabes lo mal que lo he pasado pensando que los había perdido? Aquí —añado agitando la libreta en el aire y mostrándosela— se encuentra mi historia vital en forma de versos. ¿Cómo has podido hacerme algo así?

Se revuelve el pelo con una mano.

—He sido un cabrón.

«No más de lo que lo estoy siendo yo», vuelve a hablar la pesada voz de mi cabeza, que la ignoro, aunque lleve más razón que mi abuela cuando me dice que no me fíe de los chicos guapos.

Ah, claro... Calista es una señora muy lista. Ha calado a Melibeo desde el primer instante y ya se olía algo raro cuando se lo presenté.

—¿Y qué habría pasado si hubiera querido presentar estos poemas al concurso y no los otros? —Mantengo mi dura mirada en la de mi muso, pero él no responde a mi pregunta y solo me contempla, con sus labios dibujando una fina línea—. En fin... Tengo que pensar.

—Calisto...

Guío la mano hacia el bolsillo trasero de mis vaqueros, donde tengo guardada la llave de la biblioteca, para entregársela.

—Me voy a la planta de arriba a distraerme un rato leyendo —le informo sin apartar mis ojos de los suyos—. Puedes irte cuando quieras, pero deja las llaves sobre el mostrador para que me encargue de cerrar la puerta cuando decida irme.

Y me doy la vuelta, superindignado, para caminar en dirección a las escaleras.

Tengo que fingir que estoy muy enfadado, porque Meli es inteligente y sospecharía que algo ocurre si lo perdonase tan rápido.

34. Disculpas y trapicheos

Melibeo

Mierda. Quién me mandaría a mí robarle ese maldito cuaderno de terciopelo rosa al Furby. Se lo tendría que haber devuelto aquella noche de tormenta en vez de esconderlo en el cajón de los calzoncillos de mi mesita de noche.

He sido un egoísta y un tremendo gilipollas. Ahora, Calisto no quiere verme ni en pintura y lo entiendo. ¿Cuándo me he convertido en un ser sin escrúpulos? Yo siempre he sido buena persona. Un poco huraño, eso sí. Pero un buen chico, al fin y al cabo.

Y todo por querer ganar el certamen literario. La avaricia me ha cegado y me ha arrebatado la humanidad... Pero es que esos veinte mil euros son bastante jugosos; no estamos hablando de que te regalen un bocadillo de mortadela de aceitunas y una lata de refresco de Comestibles Pepita si escribes la mejor obra de Oxímoron. Sé que el premio no es excusa y que no existe nada que justifique haber sido un cabronazo con Calisto.

Buah, a la porra el concurso y el dinero. Hasta se me han quitado las ganas de presentar la novela por haber jugado sucio. Lo importante ahora es hacer las paces con el Furby, y para eso necesito la ayuda y los consejos de mi amiga, que es psicóloga de la vida y una bruja cualificada.

Melibeo: «Auxilio, tía. Hace unos meses le robé unos poemas al Furby porque creía que los iba a presentar al certamen. Como me sentía como una mierda, se los he devuelto y se ha enfadado conmigo. ¿Qué hago?»

También le mando un montón de emojis llorones.

Celeste, al conectarse, lee el mensaje y me fijo en que no está escribiendo, sino que ha comenzado a grabar un audio. O un pódcast, más bien, porque cuando me lo envía, han pasado seis minutos con treinta segundos.

Para no perder tanto tiempo, acelero la velocidad. En cuanto termino de escucharla, siento que la cabeza me da vueltas como si estuviera metido en una lavadora de lo rápido que ha hablado.

En resumen: durante más de cinco minutos, mi amiga, mediante gritos, se ha dedicado a insultarme de todas las maneras posibles, a decirme que lo que le he hecho a Calisto no tiene perdón de Lucifer, ni de Dios, ni de ningún ser divino o del inframundo, y también me ha informado, en los segundos restantes que quedaban en el audio, de que nos traerá la cena a la biblioteca para que nos reconciliemos.

Lo de que estamos en la biblioteca se lo ha chivado su bola de cristal, porque yo no se lo he dicho.

Como la cancela de la universidad todavía se halla abierta, Celeste no tendrá ningún problema en entrar al edificio, así que me dispongo a salir para esperarla en el pasillo.

No tarda en llegar; supongo que habrá venido volando con su escoba o mi mensaje la habrá pillado en su tienda. Me vomita otra vez todos los insultos de su pódcast y me entrega una bolsa

con dos cajas de pizza en su interior y otra con un par de refrescos y un táper con el postre.

—Son mis *brownies* —me dice refiriéndose a lo último.

—¿Llevan tu ingrediente especial de la felicidad? —le pregunto para no darle ninguno a Calisto sin antes recibir su perdón, porque no quiero que una droga interfiera en un momento tan importante.

—Claro. —Celeste me dedica su sonrisa de demonio—. Para que os relajéis un poquito, que estáis muy tensos.

Le agradezco lo que acaba de hacer por mí, me despido de ella con un abrazo, supercontento, y me vuelvo a encerrar en la biblioteca con la llave. Para que nadie sospeche de que alguien se ha quedado merodeando por aquí, apago solo las luces de la planta baja y subo a la de arriba, donde se encuentra el Furby leyendo (o escribiendo; no logro apreciarlo bien) en una esquina, con la espalda apoyada en una estantería. Cierro las persianas de cada ventana para que no nos descubran y noto los ojos de Calisto pegados a mí cada vez que me muevo de un lugar a otro. Una vez que termino, me siento frente a él, con las piernas cruzadas, y lo miro mientras finge ignorarme, concentrado en escribir algo en su cuaderno.

Entonces, me armo de valor y hago míos unos versos de su querido Bécquer:

—*Por una mamada, un mundo. Por un polvo, un cielo. Por un perdón... Yo no sé qué te daría por un perdón.*

Calisto aprieta los labios con fuerza, convirtiéndolos en una fina línea para evitar reírse, porque sé que le ha hecho gracia, y sus mejillas se colorean de rojo. Acto seguido, se cubre el rostro con su cuaderno para ocultarme su expresión.

—He traído pizza y *brownies* para que hagamos las paces.

—No tengo hambre.

Saco las cajas de la bolsa y las abro. Enseguida el delicioso aroma de la cena inunda la biblioteca.

—¿Seguro?

Calisto se destapa la cara, me lanza una maldición con su mirada y me responde:

—Bueno, vale. Te ayudaré a devorar todo eso; es demasiada comida para una persona y sería una pena desperdiciar tantos alimentos. —Levanta el dedo, en señal de advertencia—. Y seguiré cabreadísimo contigo, por mucho que me sobornes con una cena, palabras bonitas y sexo, que lo sepas.

—Si te dejo ser el primero en leer mi novela, ¿tampoco me perdonarías? —Le sonrío, poniéndole ojitos.

—Por supuesto que no. —Intenta mantenerse serio, pero sé que se ha ilusionado con mi propuesta por el brillo que ha nacido en sus iris—. Pero si quieres que la lea yo primero, lo haré para no hacerte el feo, así que siéntete un privilegiado. Destrozaré tu historia pornográfica con una crítica muy poco constructiva para que te vayas a un rinconcito a llorar.

—La esperaré con ansias.

No le tengo ningún miedo a su opinión.

—De todas formas, es lo menos que puedes hacer después de haberme robado MIS POEMAS, bellaco. —Coge una porción de pizza con trozos de pollo vegano, le da un gran mordisco y, con la boca llena, agrega—: Imagino que te los habrás leído, porque la curiosidad te habrá podido. Enhorabuena, has sido el primero en adentrarte en mis sentimientos más profundos.

Sí, me los he leído absolutamente todos. Varias veces. No he logrado resistirme.

—Pues me han encantado —le digo, y él me contempla con las cejas alzadas como si no se

lo creyera—. No te estoy regalando los oídos para que me perdones. Tienes un talento enorme como poeta, y eso que no soy muy aficionado a la poesía.

Mastica con detenimiento sin quitarme los ojos de encima.

—¿Gracias? —me responde, dudoso—. Ahora estaba componiendo uno en el que te pongo verde. Qué a gusto me estaba quedando.

Se me escapa una carcajada.

—Me parece genial que conviertas tus emociones en arte.

Mientras compartimos las pizzas, me acurruco junto a él para que me enseñe ese poema, si es que se le puede llamar así, y yo me descojono leyéndolo, ya que es el más gracioso y el peor (o el mejor) de su repertorio.

*Mi Melibee,
eres tan feo
que me mareo.
Tengo ganas de mandarte a paseo,
pero lo que necesito es un morreo.*

—Sé que es horrible, pero es lo que me ha salido del alma —me explica, avergonzado—. Tengo que revisarlo para mejorarlo.

—Así está perfecto.

Y le doy ese morreo del que habla en el último verso de su composición, a pesar de que me diga que seguirá molesto conmigo hasta el fin de los tiempos, por muchos besos que me empeñe en regalarle.

Cuando ya no quedan ni las migajas de las pizzas, les metemos mano a los *brownies* de mi amiga.

—¿Te puedo preguntar algo? —inquieta él tras morder uno.

—Claro.

—¿Le has pedido alguna vez ayuda a Celeste para que te emparejara con alguien que te gustara?

La pregunta me agarra desprevenido y provoca que me atragante con un trozo de bizcocho. Tras beber de mi lata de refresco para mitigar las toses, me echo a reír y le respondo, mirándolo:

—Para serte sincero, ella siempre ha estado empeñada en buscarme pareja. Hace poco se puso más pesada de lo habitual, porque quería echarme una mano para que encontrara a alguien con el que pudiera deshacerme del lastre de la virginidad y escribir mi libro. —Esbozo una sonrisa, divertido, y Calisto me observa con atención, como si este tema le interesara de verdad y estuviera recopilando información para redactar una tesis—. Pero en todas esas veces me he negado; no me va el rollo de utilizar los hechizos de una bruja para manipular los sentimientos de alguien. Me estaría engañando a mí mismo.

El Furby se lleva a la boca otro *brownie* para mastigarlo con calma sin apartar la mirada de la mía, en expresión pensativa.

—Te voy a poner otro ejemplo —me dice—. ¿Y si en lugar de solicitarle ayuda a Celeste tú mismo, lo hiciera una persona cualquiera para conquistarte? Todo a tus espaldas. ¿Querrías saberlo? ¿Te parecería mal? ¿Te enfadarías con tu amiga y con esa persona?

Proceso todas esas cuestiones conforme saboreo otro pedazo de *brownie*.

¿Por qué me está haciendo esas preguntas tan peculiares?

—Celeste nunca me haría brujería sin consultarlo conmigo antes. Es mi amiga y la conozco.

—Pero imagínate que tu admirador o admiradora le paga muchísimo dinero para que caigas rendido a sus pies y ella no es capaz de negarse —insiste con el mismo tema—. ¿Cómo te

sentirías?

Al analizar su rostro, me da la impresión de que parece preocupado por lo que pueda responder.

Vale, ya sé por dónde va y por qué está tan inquieto.

—A ti lo que te pasa es que tienes miedo de que me enamore de otra persona, aunque sea por medio de la magia.

Hostias, ¿se me acaba de escapar cierta palabra?

—¿Eh? —suelta mi amante sexual mientras se le reinicia el *Calistows*, el sistema operativo de su cerebro.

El mío también se reinicia y la famosa pantalla azul de la muerte hace acto de presencia.

Habrà sido culpa de algún virus que ha infectado mi organismo.

O de los *brownies* de la felicidad de Celeste, que me revolucionan las neuronas y las facultades mentales cuando me los como. Y de las pizzas, que estoy seguro de que también llevaban esa maldita sustancia.

—Esto... ¿Podemos hacer una cosa? —le propongo tras un largo silencio, y él, aún conmovido, engulle otro *brownie* con ansiedad—. ¿Podemos fingir que los últimos sesenta segundos no han existido y aprovechar que nos hemos colado en la biblioteca para follar?

Calisto, en lugar de hacerme caso y olvidar este momento incómodo, mantiene su vista clavada en mí, con el semblante repleto de seriedad, y entonces le entra la risa tonta.

—A mí no me hace ninguna gracia —declaro haciendo todo lo posible por aguantarme la risa, y le señalo el bizcocho de chocolate que tiene entre las manos—. Yo no he dicho lo que tus oídos han escuchado. Ha sido eso que te estás comiendo, que ha hablado por mí y me ha manipulado el cerebro con la Celesteína que le ha echado Celeste.

El Furby se desternilla todavía más, se da unas cuantas palmaditas en el muslo y asiente con la cabeza con convicción.

—Ya sabía yo que esa bruja les añadía un ingrediente especial a sus productos de repostería. —De pronto, la alegría se esfuma de su rostro y, en actitud de reproche, comenta—: Espera, espera... ¿Me has querido drogar para que te perdonara?

—Jamás haría algo así. Además, ni siquiera me has perdonado —le recuerdo sin poder evitar sonreír, pero, ante todo, siendo un chico honrado—. Y, técnicamente, la Celesteína no es una droga; la vende Celeste en su tienda de manera legal, está fabricada con productos naturales, solo produce felicidad y risas de atontado y no afecta a tu capacidad de decisión.

Calisto hace una mueca y se toca el mentón con una mano, reflexivo.

—Mmm... Qué interesante. ¿Y por qué le has echado la culpa a esos deliciosos bizcochos cuando se te ha escapado que estás enamorado de mí?

—No recuerdo que de mi boca haya salido semejante barbaridad —me hago el tonto.

—Tranquilo, cariño, que te voy a refrescar la memoria. Es más, hasta voy a citarte para que no me acuses de plagio.

Arranca una hoja de su cuaderno (el que usa para escribir los borradores de sus poemas, no el de terciopelo rosa), anota algo y me la entrega.

A ti lo que te pasa es que tienes miedo de que me enamore de otra persona (Flores del Campo, Melibeo, 2023).

Suelto otra risotada al leer la misma frase que (no) he dicho hace unos minutos y le echo un vistazo a la hora en el reloj invisible de mi muñeca para exclamar, con fingida sorpresa:

—¡Ostras, que falta poco para que se haga de día y aún no hemos follado!

Quedan bastantes horas para que amanezca, pero necesito salir como sea de esta situación

embarazosa.

—No te vas a librar de confesarme tus sentimientos. —Se besa el pulgar sin apartar su mirada de la mía—. Te lo juro por mis pelotas, mi querido y amado Melibeo.

* * *

El sábado por la tarde, decido ir al piso de Calisto para regalarle una copia de mi novela encuadernada. He impreso dos: una, para el concurso (que la he presentado esta mañana) y la otra, para el Furby.

Saludo a Pascual y a Adela en el rellano, que salen del apartamento, y él me informa de que Calisto está dentro con Celeste.

—Trapicheando —añade Adela, y el otro le da un codazo nada disimulado.

—¿Disculpa? —inquiero, extrañado.

—Cuchicheando con Celeste sobre la gente de Oxímoron, que son muy cotillas —me dice Pascual, y me percató de que se ha puesto nervioso—. Bueno, nosotros nos vamos ya.

Y los dos se meten raudos en el ascensor.

Como me han dejado la puerta abierta, entro sin llamar. Guiándome por las voces que se oyen desde el pasillo, me encamino hacia la cocina con pasos silenciosos, pensando en las palabras de esa chica.

¿A qué clase de «trapicheos» se habrá referido?

—No hacía falta que me regalaras más cosas —oigo a Celeste, y me detengo al lado de la puerta de la cocina para poner la oreja en la conversación—. Me compraste en Navidad una pulsera y un ratón de juguete para Celestino. De verdad que no era necesario.

—Tengo que agradecerte de alguna forma lo mucho que me estás ayudando —le contesta Calisto.

—Sabes que yo lo hago encantada.

¿En qué está ayudando Celeste a Calisto? ¿Y por qué mi conejillo de indias le hace regalos? ¿Qué se traen entre manos?

Un maullido interrumpe mis cavilaciones y mi mirada desciende hacia un lado de mis pies, donde se encuentra sentado Celestino, escrutándome con sus ojos felinos.

Me llevo un dedo a los labios para indicarle que mantenga el hocico cerrado, pero él, como es un rebelde malcriado, sacude su pelaje varias veces para liberar sus alérgenos, que viajan hacia mis fosas nasales.

Maldito hijo de bruja.

35. No quiero

Calisto

—Eres la mejor Cupida de la ciudad —le digo a Celeste, agradeciéndole por millonésima vez lo que ha hecho por mí para que triunfe el amor entre mi muso y yo—. Si no hubiera sido por ti, Mel...

No termino de pronunciar el nombre de mi amado porque un estornudo, proveniente del pasillo, interrumpe nuestra conversación.

Como Pascu y Adela se han ido a pasear su relación de mentira por las calles de Oxímoron, habrá sido Celestino, que habrá cogido un resfriado por andar siempre descalzo.

A la bruja parece extrañarle ese sonido, porque frunce el entrecejo y, acto seguido, sale de la cocina para asomarse al pasillo.

—Ah, eres tú —dice sin una pizca de alteración en su tono de voz.

¿Quién es ese «tú»?

—Hola.

¿Mi Meli?

¿Cuándo se supone que ha llegado? ¿Desde cuándo está escuchando mi charla con Celeste a hurtadillas? ¿Se habrá enterado de TODO?

Le ruego a mi dios Zeus, con los dedos de las manos cruzados, que mi muso no haya descubierto nuestro secreto.

Los dos mejores amigos aparecen en la cocina, junto al gato, y yo me esfuerzo en adivinar la expresión de Melibeo.

De acelga, la suya de siempre.

¿Cómo puedo distinguir su cara de acelga normal de su cara de acelga de enfado? A veces, me es muy complicado leer las emociones de este chico cuando su rostro se asemeja más al de un moái de la isla de Pascua que al de un ser viviente.

—Hola, Meli —lo saludo sonriéndole—. Qué sorpresa. ¿Cuándo has entrado?

—Ahora. Me he encontrado con Pascual y Adela en el rellano.

Intercambio una breve mirada con Celeste con la intención de que me eche un cable, pero ella solo se encoge de hombros, en actitud despreocupada.

—¿Qué os traéis entre manos? —se interesa Meli, mirando primero a uno y luego a la otra, y me percató de que sostiene un montón de folios encuadernados con anillas—. ¿En qué te ha ayudado tanto Celeste para que le tengas que hacer regalos? —Vuelve a centrarse en mí.

Oh, Dios mío, sí que nos ha oído hablar.

Trago saliva y permanezco callado, porque no tengo ni idea de qué contestar a esa pregunta y se me da fatal mentir, y miro de reojo a la bruja, que decide socorrerme.

—No lo entenderías, Melibeo —le responde a su amigo negando con la cabeza, como si se estuviera dirigiendo a un niño.

—Esa es la frase de un meme. Decidme lo que estáis tramando, que Adela me ha contado que estáis trapicheando con algo. Podéis confiar en mí, que no se lo diré a nadie. —Se pasa una cremallera invisible por los labios—. Si es ilegal, mejor. Más emoción.

—Está bien. —La bruja suspira—. Tiene que ver sobre Calisto y tú, y era un secreto entre nosotros dos. Pero, si insistes tanto, te lo diré.

—¡No! —exclamo ladeando la cabeza hacia ella—. ¡Ni se te ocurra, que no te vuelvo a hablar en la vida! Y a tu bola de pulgas carbonizada, tampoco.

Me doy cuenta de que, al mencionar a Celestino, este bosteza en lo alto de la encimera como si no le importara lo que acabo de decir.

Pues él se lo pierde.

Y Celeste, como se chive, se las verá conmigo y le pediré la hoja de reclamaciones por cargarse el secreto profesional.

—Desembucha, venga —le pide Melibeo, curioso.

—Calisto está planeando algo que te va a encantar para San Valentín —le responde ella haciendo uso de su envidiable imaginación—. Y no ha dudado en pedirme consejos, porque ya sabes que me apasiona el amor romántico y voy lanzando flechas invisibles a los enamorados de Oxímoron y del mundo entero, para que sean felices y coman perdices. Eso es todo lo que puedo contarte, que no quiero fastidiar la sorpresa.

Me deja patidifuso la seguridad que desprende esta chica a la hora de mentir, además de la labia con la que ha nacido para comunicarse con sus víctimas. Yo me pondría nerviosísimo si tuviera que engañar a la gente como lo hace ella y se me notaría que estoy mintiendo.

—¿En serio? —Los ojos ilusionados de mi muso se desvían hacia mí, lo que me indica que puede que se haya tragado la mentirijilla piadosa de su amiga.

Le sonrío, ansioso.

—Claro, Meli. Ya lo descubrirás el catorce de febrero. No seas impaciente.

Me siento fatal mintiéndole, aunque el plan de San Valentín sea verdad; tenía pensado que hiciéramos algo juntos, pero aún no había decidido el qué. Ese día es uno de los más especiales del año y debo demostrarle cuánto lo quiero, a pesar de que ya lo haga a cada segundo.

—Vale, borraré esta conversación de mi mente y fingiré que no sé nada. —Me dedica una sutil sonrisa y agita en el aire lo que sostiene en una mano para llamar mi atención—. Por cierto, te he traído algo que espero que te guste.

Celeste nos avisa de que debe irse ya porque, según ella, tiene la sensación de que sobra en esta escena y no le apetece cortarnos el rollo, de modo que se despide de nosotros, coge a su gato en brazos y nos deja a solas.

—Dame eso ya, ¿no? —le digo a Meli extendiendo el brazo hacia él, impaciente.

¿Qué será ese montón de hojas con apariencia de manuscrito? ¿Su novela pornográfica? Espero que la haya escrito a mano con su caligrafía bonita, expresamente para mí. Si resulta que la ha impreso mediante una máquina no humana y no se ha molestado en personalizarla para su amante, le bajaré la puntuación en mi crítica, sintiéndolo en lo más profundo de mi alma.

Melibeo, sin borrar su espléndida sonrisa, me tiende su obra nada literaria.

—Toma, una copia de mi novela. Como te prometí, vas a ser el primero en leerla.

Me hago con ella, entusiasmado, pero me desilusiono al comprobar que no está escrita con su puño y letra, sino con caracteres artificiales de ordenador.

—¿Qué te pasa? ¿No te ha gustado la sorpresa? —quiere saber al descubrir mi reacción.

Entonces, le explico lo que me ocurre porque soy así de especial; él se ríe de mí y me responde que eso de escribir a mano ya no se lleva, que soy muy tiquismiquis y un antiguo, y que

me modernice. Además, añade que, si hubiera tenido que manuscibir más de cien mil palabras, no habría terminado nunca y se le habrían caído las manos y todos los dedos, incluidos los de los pies. Yo pienso que es un quejica y un comodón, y que nuestros antepasados escritores se volverían a morir si se despertasen del descanso eterno y descubrieran semejante sacrilegio impreso por una máquina.

En fin... Se nota que Meli pertenece a la generación de cristal.

Y ni siquiera me ha dedicado su historia ni me la ha firmado cuando he sido el coautor.

Todo mal. Menudo desagradecido.

—Esta noche empezaré a leerla, antes de irme a la cama —le digo—. Más te vale que no me produzca sueño.

Esta vez, el ricitos de oro me sonrío de manera pícara.

—Te va a producir todo lo contrario. Hay muchas escenas y diálogos guarros. Si te pones cachondo, que estoy seguro de que sí, me mandas un mensaje y te quitaré el calentón por videollamada si no me pillas dormido sobre los apuntes de la carrera.

Me cubro medio rostro con el libro para que no me vea las mejillas tan rojas como dos manzanas.

Oh, Dios mío, no voy a poder esperar a esta noche para adentrarme en las páginas de esta aberración pornográfica con complejo de vídeo de una página web para adultos.

—Y... Bueno... —titubea, jugueteando con sus manos y mirándome con una timidez que no le he visto jamás—. No me he saltado una larga y aburrida tarde de estudio solo para traerte mi novela.

Intrigado, lo animo a que siga hablando y él me propone que vayamos a mi habitación para que estemos más cómodos y tranquilos, porque le aterra que me desmaye y me golpee la cabeza contra el suelo de lo torpe que puedo llegar a ser.

Me he caído de mi moto cinco veces esta semana; casi me quedo con un dedo menos esta mañana, cortando una rebanada de pan (aún conservo la tiritita que me he puesto, de conejitos, alrededor del índice); y he pisado un excremento de perro cuando salía de trabajar. Parece que me está mirando el mismo tuerto desde que vine a este mundo.

Ante tanto secretismo, invito a Melibeo a pasar a mi cuarto. Coloco su manuscrito encima de mi mesita de noche para tenerlo preparado para cuando me vaya a la cama, y nos acomodamos en el colchón.

Me estoy oliendo que ha montado este teatro para que nos amancebemos juntos, porque lo que ha comentado de que me voy a desmayar concuerda con lo que me ocurre cuando me regala orgasmos: que pierdo el conocimiento.

Estamos obsesionados, sí. Pero debemos aprovechar el tiempo, que somos jóvenes y tenemos las hormonas revolucionadas. Aunque confío en que, cuando me convierta en una persona de la tercera edad, tenga la misma vitalidad que hasta ahora y siga retozándose con él en cada rincón de nuestro nido de amor mientras nuestros nietos se encuentran en el cole.

Aguardo con expectación eso tan importante que desea contarme.

Acabo de tener una especie de *déjà vu*. Este momento ya lo viví hace unos días en la biblioteca, cuando me confesó que me había robado el cuaderno de terciopelo rosa. Deseo que esta vez me traiga buenas noticias; dos disgustos en un corto lapso de tiempo es demasiado para mi corazón.

—Ahora que ha finalizado nuestro contrato de negocios... —comienza a hablar—. ¿Qué quieres que hagamos?

—¿Qué quiero que hagamos con qué? —inquiero con confusión, porque no he entendido la

pregunta.

Melibeo se ríe.

—Con lo nuestro, zoquete. Creo que ha llegado la hora de que mantengamos esta conversación.

—¿Qué es «lo nuestro»?

Adopta una expresión seria para saber si lo estoy vacilando, pero yo le juro por todos los regalices del planeta que no tengo ni idea de a qué se refiere. Luego suspira y se revuelve los rizos con una mano, para después clavar su vista en mí.

—Con la relación que hemos construido —me explica—. Me gustaría saber si no vamos a volver a vernos o vamos a seguir... Ya sabes... —No es capaz de terminar la frase con coherencia porque sonrío, nervioso, dejándome que acierte cómo continúa.

Tras unos segundos concentrado en esa adivinanza y temiendo equivocarme, suelto:

—¿Estás intentando proponerme que sigamos juntos, pero de manera formal? O sea, ¿quieres que seamos una pareja oficial?

—A ver, Furby. —Se vuelve a reír y las mejillas se le encienden—. Eso suena muy empalagoso. Pero sí, creo que me he pillado por ti, así que... —Hace una pausa y me contempla con intensidad—. ¿Quieres ser mi novio?

He soñado miles de veces con esto, pero ahora mismo no me siento a gusto ocultándole que he utilizado a su amiga para enamorarlo; también estoy angustiado por si ese amor que siente hacia mí no es real, sino producto de la magia.

—No quiero —logro contestarle con un nudo en la garganta.

Y oigo cómo su corazón de piedra helada se rompe en trozos milimétricos.

36. ¿Es una broma?

Melibeo

—¿Cómo? —suelto al recibir la respuesta de Calisto.

O mejor dicho: las calabazas.

¿He oído bien las dos palabras que acaban de salir de su boca o mi cerebro ha interpretado como «no quiero» lo que en realidad es «sí»?

Estoy un poco mal del coco, pero no tanto como para tener alucinaciones auditivas.

Estos días he estado debatiendo con mi yo interior sobre si sería adecuado declararme al Furby; me he dado cuenta de que siento cosas por él, que no sé lo que son, pero supongo que se consideran buenas. Además, como hemos terminado nuestros proyectos, me aterra la idea de alejarme de él y de que cada uno vaya por su lado.

Sin embargo, su rechazo me ha cogido de improviso. He venido hasta aquí esperando todo lo contrario. Pensaba que él también sentía algo por mí; se le notaba, por lo pegajoso, intenso y detallista que ha sido conmigo, y porque me llevó al cementerio para presentarme a sus familiares, y eso no se hace con cualquiera.

Quizá su abuela le ha vuelto a decir que no soy de fiar y le ha ordenado que se separe de mí (no tiene sentido, si esa señora ni siquiera me conoce), y él, como un nieto obediente, le ha hecho caso.

O quizá me está tomando el pelo y comenzará a descojonarse en mi jeta en cuestión de segundos.

—Que no quiero estar contigo —confiesa con voz inaudible y sus ojos posados en sus pies, sin dignarse a mirarme a la cara.

Se me escapa una carcajada.

—Estás de coña, ¿verdad? Qué rápido aprendes a burlarte de mí como un experto. Estoy orgulloso de ti.

Bromear no es algo típico en él, por eso sé que no me está engañando, aunque tengo la esperanza de que sí.

—No me estoy burlando de ti —replica, de nuevo, con un hilillo de voz—. Siento estar rompiéndote el corazón, Melibeo.

No me lo creo. Tiene que haber alguna buena razón para que me esté rechazando, y más aún cuando se acerca el periodo de exámenes.

¿A quién se le ocurre hacerle esta putada a alguien en este momento? Aunque, para oportuno, yo. Hubiera esperado a que se terminaran los exámenes para mantener esta conversación, por si acaso, pero no iba a poder concentrarme en los estudios porque Calisto acapararía mis pensamientos a cada rato.

—¿Me puedes dar alguna explicación, si eres tan amable? —le pido sin apartar la mirada de él—. Porque estoy intentando comprenderlo, pero no soy capaz. Pensaba que nuestro «lo que

sea» era mutuo.

El Furby exhala un suspiro y ladea la cabeza hacia mí para soltar, con sus ojos verdes acuosos:

—Porque nuestra relación es una farsa. —Se le quiebra la voz—. Todo es una mentira. Lo que sientes por mí, sea lo que sea, no es real.

Me esfuerzo en procesar esa información tan surrealista.

—¿Qué dices? —Me río sin poder impedirlo—. ¿Te encuentras bien? Si te estoy pidiendo que seas mi novio, será porque lo que siento es real, ¿no?

Él niega de lado a lado con seguridad.

—Han manipulado tus sentimientos. Por eso antes me odiabas y ahora me quieres.

No tiene ningún sentido lo que me está diciendo. Se habrá comido algún *brownie* con la droga de la felicidad de Celeste, pero caducada, u otra sustancia peor.

Me vuelvo a echar a reír, porque esto parece un chiste.

—Claro, tú me has manipulado con tus extravagancias y ese ridículo pelo rosa. —Me hago el gracioso—. Y lo que has dicho de que te odiaba es mentira, solo me parecías insoportable.

Se levanta del colchón de un salto y comienza a dar vueltas por la habitación mientras engulle un par de regalices de sandía que ha cogido del escritorio, ansioso, y comenta que no lo estoy entendiendo y que le es muy complicado contarme la verdad.

¿A qué verdad se refiere?

—Ay, por Cupido, te vas a enfadar muchísimo conmigo y yo voy a desear fenecer. —Se detiene y centra su mirada en mí; yo me fijo en las lágrimas decorando sus mejillas—. Antes de nada, quiero que sepas que estoy muy arrepentido de haberlo hecho. Me hubiera gustado que nuestro amor se desarrollara de forma natural. Soy peor que un camión repleto de estiércol.

—¿Me estás queriendo decir que me has puesto los cuernos, pedazo de cabrón? —es lo único que he podido deducir de su excesiva verborrea, y despego mi culo de la cama de sopetón.

¿Que Calisto se haya acostado con más personas se consideran cuernos si no hemos estado juntos de manera seria? Sí, ¿no? En nuestro contrato literario, una de las reglas era la exclusividad. ¿Cómo se ha atrevido a incumplirla y a no decirme nada hasta ahora?

Saca del bolsillo de sus vaqueros un pañuelo y se suena los mocos para hacer tiempo y pensar muy bien su respuesta. Cuando termina, le echa un vistazo a lo que ha liberado de sus fosas nasales, forma una bolita con el papel y la lanza a la papelera. Por último, se digna a mirarme.

—No, peor, mi querido Melibeo Flores del Campo. PEOR.

Me quedo descolocado.

¿Existe algo peor que ser infiel, según este tío? Porque yo creo que no.

Bah, conociéndolo, seguro que se tratará de una chorrada.

—Pues cuéntamelo. —Me cruzo de brazos y aguardo, deseoso de saber la razón por la que no quiere que estemos juntos pero preparado para un buen ataque de risa—. Me tienes en ascuas, mi querido Calisto Enamorado Feliz, también conocido como «Furby».

—Solo si me prometes que no te vas a enfurecer. —Junta las dos manos a modo de súplica—. Por favor.

Pongo los ojos en blanco y le contesto, hastiado y con la mano apoyada en el lado izquierdo del pecho:

—Te prometo que no me voy a cabrear.

—Vale. —Respira hondo tres veces seguidas y me lanza la bomba atómica con los ojos cerrados, sin respirar y de carrerilla—: Contraté los servicios de Celeste para que te enamoras

de mí y te convirtieras en mi muso.

Finjo que no me he enterado de nada porque me cuesta asimilar esa noticia.

—¿Qué?

Ahora sí que tiene que estar de coña.

Calisto abre los ojos para encontrarse con mi semblante descompuesto.

—No me obligues a repetírtelo, porfa, que bastante tengo ya con sentirme como un excremento de caballo por cometer ese acto ilícito e inmoral.

—Estás mintiendo —le digo, esperando a que caiga confeti del techo y haya sido víctima de una cámara oculta—. En primer lugar, porque Celeste no aceptaría algo así; somos amigos. En segundo lugar, porque tú no eres el tipo de persona que contrata esos servicios: eres un fanático del amor romántico. Y, en tercer lugar, soy inmune a la magia y los hechizos no funcionan conmigo.

Pero... ¿Y si es cierto y lo que sea que siento por este tipo es producto de la brujería? Seamos sinceros: jamás me habría fijado en una persona tan excéntrica como Calisto. Ni tampoco me habría transformado en un bobo irreconocible cada vez que estuviera con él. El rasgo rancio de mi personalidad ha descendido veinte escalones. Sigo siendo rancio, pero con un atontamiento encima que ni me reconozco.

—Tu amiga no será tan amiga tuya cuando ha estado haciendo chanchullos a tus espaldas —me espeta, metiendo el dedito en la llaga.

Me pellizco el puente de la nariz y cierro los ojos para reflexionar, mordiéndome los carrillos.

Ahora todo cobra sentido: la especie de «amistad» que ha surgido entre ellos, los regalos que le ha hecho Calisto (serían para pagarle a Celeste por sus servicios), lo interesada que siempre ha estado mi amiga para que fuéramos donde estuviera el Furby...

Joder, qué ciego he estado ante algo tan evidente. Se nota que soy miope.

—Sé que ha estado fatal lo que hemos hecho —Calisto interrumpe mis cavilaciones—, pero debía ser sincero contigo antes de que diéramos el siguiente paso. No aguantaba más.

Decido mirarlo a la cara y reprimo las tremendas ganas que tengo de golpearlo con la almohada.

—No, lo que has hecho ha sido una gran putada. ¿Cómo has sido capaz de utilizar a una bruja para que me manipule?

Con Celeste tengo que hablar muy seriamente cuando me tropiece con ella. De Calisto podría habérmelo esperado, pero ¿de mi amiga? Menuda traición.

—Ya sabes que estoy muy arrepentido... Y lo siento mucho. La bola se ha ido haciendo cada vez más grande y no he podido pararla —solloza, apenado, y sorbe por la nariz—. Quiero volver atrás en el tiempo para hacer las cosas de otra manera, pero es imposible. ¿Te parece bien si lo olvidamos todo y empezamos de cero?

Simulo una risotada ante esa petición, que no tiene ni pies ni cabeza.

—¿Me has visto cara de tonto o qué?

—Un poco, pero es la que tienes de nacimiento —se mofa entre hipidos—. Me has prometido que no te ibas a enfadar. Me has estafado.

Permanezco mirándolo de hito en hito.

¡Encima me echa en cara que me he enfadado!

—Estafado es como me siento yo después de tu traición.

Lloriqueando y moqueando, balbucea algo parecido a «¿eso significa que ya no quieres que estemos juntos? Éramos la pareja perfecta»; también repite una y mil veces que lo siente

muchísimo, que me quiere más que a nada en el universo y que no sabe lo que hará sin mí si me esfumo de su vida.

Que se calle.

Necesito perderlo de vista y desengancharme cuanto antes de él. Que Celeste me haga un hechizo de desenamoramiento o de pérdida de memoria de los últimos meses. Si es gratis, mejor.

—Tengo que pensar y procesar todo esto —le digo observándolo con expresión impasible—. Pero de lo que sí estoy seguro es de que no quiero volver a verte más y de que me apetece pegarte con una almohada.

El dolor inunda su rostro como si lo hubiera apuñalado noventa veces con una navaja suiza.

—No nos hagas esto, Meli —me ruega—. De verdad que lo siento mucho. Perdóname, por favor, y golpéame con esa almohada si así logras sentirte mejor; sé qué me lo merezco.

No le doy con la almohada porque, en su lugar, le lanzo un cojín a la cabeza, que lo tengo más cerca. Después, huyo de su casa sintiéndome totalmente traicionado.

37. La dignidad está sobrevalorada

Calisto

—¿Qué haces con el pijama puesto todavía? —me pregunta Pascu cuando me descubre sentado en el sofá, desayunando regalices tan negros como mi moralidad, con una manta echada por encima y viendo una peli de miedo a la que no le estoy haciendo caso—. Tenemos el último examen hoy.

—No pienso presentarme. Me da igual llevar esa asignatura para septiembre. —Subo el volumen para no escuchar más a mi amigo, porque es capaz de llevarme a rastras hasta la universidad mientras me ensucio el pantalón del pijama con las cacas y pises de perro.

También considero importante mencionar que me he puesto la sudadera desgastada de cierta persona.

Aumento más el volumen y, de pronto, suena el chillido insufrible de una adolescente de dieciséis años porque se ha encontrado a un temible payaso en el sótano de su casa, y este, al verla, le lanza un cuchillo que se le clava en el ojo. Gotas de sangre salpican hacia todos lados, incluyendo la cámara que graba la escena.

—Qué chica más boba —comento masticando un trozo de regaliz—. ¿A quién se le ocurre bajar al sótano embrujado y preguntar si hay alguien ahí?

Esa secuencia es una analogía de mi situación sentimental con Melibeo. Yo sería la muchacha; él, el payaso; y el ojo explotando, mi pobre corazón.

La pantalla del televisor se colorea de negro al completo y yo frunzo el ceño, porque no sé qué ha podido pasar. Desvío la vista hacia Pascu, que sostiene un cable con la mano.

—¿Qué demonios haces desenchufando mi tele? —le espeto lanzándole cuchillos invisibles con mi mirada, como el que se le ha incrustado en el ojo a la adolescente.

Mi amigo abandona el cable en el suelo, se acerca a mí, me arrebató la manta, los regalices y el mando a distancia, y me ordena, con expresión imponente:

—Ya puedes levantar el culo del sofá para arreglarte e ir a bordar ese examen.

Abrazo mis piernas y me hago un ovillo, sintiéndome pequeñito.

—No puedo. Estoy enfermo del corazón. Me comeré el manuscrito de Melibeo y moriré, como el protagonista de *Cárcel de amor*, que se zampó las cartas de su amada cuando ella lo rechazó.

—Tienes diez minutos para ducharte y vestirte —me dice ignorando mi mal de amores, y desaparece del salón.

Jolín, no me apetece nada enfrentarme a este día. No tanto por el examen de hoy de Escritura Creativa (ya me he presentado a todos los que tenía de otras asignaturas este cuatrimestre), sino porque me tropezaré en el aula con cierto rubio, al que no veo desde hace dos semanas y con el que comparto esa optativa. Por si fuera poco, me ha bloqueado en las redes sociales y solo puedo contactar con él mediante cartas. Le he dejado varias en el buzón de su

domicilio, pero no quiere responderlas; también le he pegado pósts a su coche y los ha ignorado.

No sé qué más hacer para que me perdone. Colarme en su huerto para obligarlo a interactuar conmigo me parece demasiado violento. No puedo pedirle ayuda a Celeste porque Meli también se ha enfadado con ella. De hecho, la bruja, al día siguiente de lo sucedido, se personó en mi apartamento, me contó que él había cortado su relación de amistad con ella, me regañó por haber sido un bocazas y me echó un mal de ojo tan terrorífico con el que tengo pesadillas cada noche. Por no hablar de Celestino, otro de los culpables de la ecuación, que se cuelga en mi habitación para dejarme regalitos pestilentes en mis pertenencias.

A lo mejor, hoy Melibeo está de buen humor porque finalizan los exámenes y ha pasado de mí estas semanas para centrarse en los estudios al cien por cien. Habrá estado muy estresado, que su carrera es superdifícil.

Me levanto como un resorte del sofá, cojo las llaves de mi moto y, desde el pasillo, aviso a Pascu de que me voy ya a la universidad.

Ni siquiera me he cambiado de ropa; no tengo tiempo que perder. La esperanza es lo último que se pierde y yo estoy desesperado.

Cuando llego a los aparcamientos de la facultad, si la vista no me falla, creo divisar el coche carbonizado de Melibeo siendo estacionado, así que me dirijo hacia allí. Al intentar plantar mi Freya detrás de la cucaracha gigante, no tengo ni idea del movimiento brusco que hago porque me caigo de bruces contra el suelo, con moto incluida.

—Ay, Dios mío —me quejo.

Siempre haciendo el ridículo.

Meli se apea de su vehículo tan tranquilo y se me queda mirando a la vez que analiza la situación tan patética en la que me encuentro, sin una pizca de emoción.

Ahora es el momento en el que debe comportarse como un caballero y ayudarme a levantarme del asfalto.

Pero no lo hace y, en su lugar, se mofa de mí.

—Pareces Celestino, que tiene siete vidas y ya ha gastado cinco.

Que no te eche una mano cuando te caes: bandera roja.

Aunque el que se merece un millón de banderas de ese color soy yo. Y le ganaría.

Me pongo en pie todo lo rápido que puedo, muerto de la vergüenza, me sacudo la suciedad del pijama y levanto mi moto. A continuación, ladeo la cabeza hacia Melibeo, que me mira de arriba abajo, inspeccionando mi atuendo. Ahoga una risita, suelta «qué tipo más mamarracho», se cuelga la mochila al hombro y se da media vuelta para encaminarse hacia la uni.

Por lo menos se ha comunicado conmigo, aunque solo haya sido para burlarse. Vamos progresando. Mis rezos a Zeus están funcionando.

Dejo escapar un suspiro y me pongo en marcha hacia el aula del examen de Escritura Creativa que, además de ser mi materia favorita de este cuatrimestre, he tenido la suerte de estudiarla con Melibeo.

Una vez que entro, voy directo al pupitre que se halla delante de él, que justo está vacío, y le deseo suerte, esbozando la más sincera de mis sonrisas. Él se mantiene serio, dando golpes en la mesa con su bolígrafo negro como su alma.

—Tienes que teñirte el pelo ya, eh. Se te notan las raíces oscuras, Jigglypuff de pacotilla.

Frunzo los labios y entrecierro los ojos. ¿Cómo se atreve a faltarme el respeto?

—Gafotas narizado —lo insulto, y me giro hacia el frente para esperar a que la profesora Altagracia Segura me dé el examen.

Sé que necesito arreglar mis cabellos y volver a colorearlos de rosa, pero estas semanas he

estado concentrado en respirar y en no morir deshidratado por tantas lágrimas que he derramado.

A pesar de no haber repasado nada del temario durante estos días, el examen me parece bastante fácil, pero soy, junto a Meli, uno de los últimos que no lo entregan hasta que han transcurrido las dos horas. Mis amigos lo han acabado hace más de treinta minutos y estarán esperándome en el pasillo, aburridos, porque soy un tardón y me gusta tomarme mi tiempo para pensar las respuestas, escribir con una caligrafía legible y revisar si hay algún horror ortográfico que se me haya colado.

—Antes de que os marchéis los que quedáis —nos habla la profesora cuando estoy recogiendo mis cosas—, me gustaría desearos suerte a los que habéis mandado vuestras obras para participar en el certamen literario de Oxímoron. Estoy segura de que ganará alguno de mis alumnos; todos tenéis muchísimo talento.

Es evidente que está refiriéndose a mí. Soy el mejor escritor de la clase, el estudiante al que más le ha apasionado esta asignatura y el que se va a llevar el premio.

Necesito que sea marzo para conocer al vencedor.

—Te deseo mucha mierda. —Melibeo se detiene a mi lado y finge una sonrisa—. Pero no te ilusiones, que tú y yo sabemos que no vas a ganar con tus horrendos poemas.

Parece que viene peleón el gafotas con cabeza de coliflor. Hace un rato se ha metido con mi pelo y ahora con mis escritos.

Enarco una ceja y lo contemplo como si fuera un don nadie.

—Eso no te lo crees ni tú —contraataco—. El jurado le echará agua bendita a tu porquería de novela pornográfica cuando le toque leerla, porque atenta contra la literatura de verdad. Me la he leído, por cierto, y ahora, por culpa de esa bazofia, solo quiero averiguar cómo puedo borrarle la memoria.

Melibeo suelta una carcajada que me derrite.

—Es el mejor libro que has leído, Furby. Admítelo. —Y, antes de irse, añade con el semblante impertérrito—: Suerte en la vida y espero no tropezarme con tu careto nunca más.

—*Mimimimi* —digo mientras hago muecas de burla, viendo cómo desaparece del aula con sus andares de superioridad y su firme trasero moviéndose al compás.

He perdido la cuenta de las veces que he devorado su novela. Muy a mi pesar, he de reconocer que es buena, adictiva y tiene todas las papeletas para ganarme.

* * *

Se acabó. No puedo continuar con este sinvivir. Voy a arreglar mi relación con Melibeo.

Estos días he tenido insomnio y a veces me he olvidado de comer (cuando lo he hecho, ha sido a base de guarradas insalubres). Ya no me queda agua en el cuerpo de tanto llorar; parezco un pordiosero con las raíces oscuras, la manicura destrozada y la barba sin afeitar; me he duchado cuando mis amigos, que los tengo hartos, me han obligado; me he paseado por Oxímoron como si fuera un cadáver viviente, y los versos que he escrito de desamor se han convertido en mis mejores acompañantes.

Estoy pensando en abandonar la carrera para irme al campo y transformarme en el típico pastor llorón que protagoniza las novelas pastoriles renacentistas, pero no lo haré porque debo luchar por Melibeo.

Por este motivo me hallo plantado frente a su castillo, con mi moto al lado y lamentándome por esta situación.

Como ha sido imposible contactar con él desde el día del último examen, Pascu y Santi me han recomendado mandarle un montón de *bizums* con pocos céntimos cada uno y el asunto

«perdóname, porfa», pero mi esfuerzo y mi dinero no han servido para nada. Por lo menos, los empleados de mi entidad bancaria se habrán echado unas risas fisgoneando los movimientos de mi cuenta corriente... O les habré dado lástima.

Así que solo me queda una opción para recuperar el amor de mi muso: colarme en su huerto, como en los viejos tiempos.

Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña.

Trepo por el muro, con cuidado y ayudándome de una planta enredadera, y aterrizo en el otro lado aplastando los nabos, como tiene que ser.

—Auch.

Hoy tampoco ha sonado la alarma antirrobo. Meli se merece una regañina por no tenerles miedo a los ladrones.

Recorro el jardín con la mirada y la poso en un terreno a unos metros de distancia de mí, donde se encuentra mi amado con complejo de frutero y verdulero recogiendo fresas. Detiene su tarea al percatarse de que un intruso ha invadido sus tierras y gira la cabeza en mi dirección.

—¿Quién te ha dado permiso para entrar en mi propiedad y qué coño haces aplastando mis nabos? —me espeta, acercándose a pasos agigantados hacia donde estoy, más cabreado que un león hambriento sin comida.

—Vengo a disculparme por enésima vez y no me cansaré hasta recibir tu perdón. —Me pongo en pie, dejando tranquilos a los pobres nabos, que ya tienen bastante—. Por favor, Meli, dame una segunda oportunidad —le suplico juntando las manos.

Él se cruza de brazos.

—¿Qué parte de «no quiero volver a saber nada más de ti» no entiendes? —Se muestra serio, sin una pizca de empatía ni sentimientos—. Y gracias por mandarme esos generosos tres euros con cincuenta céntimos por *bizum*. ¿Eso es lo que valgo para ti?

—Soy pobre en cuestiones de dinero, pero rico en amor. —Me llevo una mano al corazón, sincero—. Te juro por mi abuela fallecida que estoy arrepentidísimo y me voy a morir de tristura si no te tengo a mi lado, mi Melibeo. ¿Qué tengo que hacer para que me perdones? Pídeme lo que quieras.

—Ese es el título de una novela erótica de una escritora española. —Me contempla con odio—. Y no, no puedes hacer nada; lo que sea que hayamos tenido se ha roto gracias a ti. Has traicionado mi confianza y eres un pedazo de capullo.

—Lo sé, tienes toda la razón del mundo. —Me arrodillo ante él y me abrazo a su pierna, sollozando—. Pero, por favor...

Melibeo intenta zafarse de mi agarre, sacudiendo su pierna como si tuviera pegada una garrapata.

—Deja de hacer el gilipollas y vete si no quieres que llame a la policía.

No le hago caso y me humillo más, aferrándome más fuerte a él. Sin embargo, consigue deshacerse de mí y me vuelve a ordenar que me marche; también me dice que me odia, que soy el ser más despreciable del mundo, que pare de acosarle y que lo deje en paz, porque va a acabar denunciándome por pesado.

Tras terminar de hacer el ridículo, me levanto con la poca dignidad que me queda y me enjugó las lágrimas.

Por lo menos se ha intentado. No voy a insistir más porque tampoco me apetece que me detengan.

—Está bien, me iré —le digo sorbiendo por la nariz—. No te molestaré más. Si quieres contactar conmigo, ya sabes dónde encontrarme.

Mi WhatsApp, la puerta de mi casa y mi corazón siempre estarán abiertos para él.

Me doy la vuelta con la intención de ir hacia el muro y, cuando avanzo unos pasos, sus palabras me interrumpen:

—Yo me había enamorado de ti. —Se le quiebra la voz y yo, de espaldas a él, siento que me rompo—. Pero me has engañado y ahora no sé si mis sentimientos son reales.

Me giro para mirarlo a la cara y descubro un par de ríos descendiendo por sus mejillas.

Por Cupido, no soporto este dolor tan insoportable.

Le repito que lo siento en el alma y que ojalá algún día me perdone. Después, trepo por el muro para marcharme, pero me hallo tan concentrado en mis pensamientos y en el triste rostro de Melibeo grabado en mi mente que, al intentar pasar al otro lado, me domina mi característica torpeza y mis pies y mis manos me desobedecen.

Lo último que ocurre es que veo pasar mi vida entera delante de mí, como si fuera una tragicomedia, y a mi abuela esperándome al otro lado, sosteniendo su alpargata para atizarme con ella.

38. La pesadilla

Melibeo

Esto es una jodida pesadilla. No me creo que esté pasando.

Acabo de ver con mis propios ojos cómo Calisto se precipitaba del muro que separa mi jardín del exterior.

No, no, no.

Seguro que ha caído de pie, como los gatos, o quizá se ha dado un porrazo tonto, sin que le haya ocurrido nada grave.

No puede tener tanta mala suerte, aunque sea tan torpe.

Echo a correr hacia la cancela de mi casa y salgo a la calle, cruzando los dedos y rezando para que se encuentre bien. Sin embargo, en cuanto observo su cuerpo extendido bocarriba sobre el suelo, el pánico invade mi interior y me temo lo peor. Un puñado de personas (unas, conmocionadas porque habrán presenciado la escena y otras, para curiosear) se acercan y yo me arrodillo al lado de Calisto, esforzándome en tragarme el nudo de la garganta y en no derrumbarme de manera innecesaria sin antes asegurarme de que sigue en este mundo y que no me ha dejado solo.

Creo escuchar de fondo a alguien comentar que está llamando a una ambulancia, pero ahora eso no me importa, de modo que me concentro en comprobar primero que el Furby no se ha hecho ninguna herida (no tiene sangre por ningún sitio), y después su pulso. Verifico que respira y suspiro de alivio al saber que sigue vivo.

Pero que tenga pulso y que sus pulmones funcionen no logran tranquilizarme, porque ha perdido el conocimiento y eso, quizá, puede significar que algo le ha sucedido a su cerebro. O está fingiendo para darme un susto y abrirá los ojos en los próximos segundos.

—Venga, no te hagas de rogar y despiértate, Furby —le hablo con dulzura, acariciándole la mejilla y contemplando su rostro por si se le escapa algún gesto, mueve una pestaña o se asoma una sonrisa a sus labios—. Si lo haces, te prometo que te perdono, me olvido de tu traición y te doy una segunda oportunidad. Por favor.

Me da exactamente igual lo que me haya hecho. Necesito que esté de vuelta. No quiero perderlo.

Joder, le prometí a su familia que cuidaría de él y no lo he cumplido. La caída ha sido por mi culpa; me siento responsable, porque seguro que se ha distraído pensando en nuestra ruptura cuando iba a bajar por el muro.

—¡Me cago en todo, maldito Furby! —le grito, abofeteándolo para que reaccione. Entonces, no aguanto más y comienzo a llorar, con mi frente pegada a la suya—. Te lo suplico...

¿Por qué demonios tarda tanto esa ambulancia?

—¡Melibeo! —Celeste pronuncia mi nombre, atacada de los nervios, y se agacha para estar a mi altura—. ¿Qué ha pasado? He venido corriendo cuando he tenido un mal presentimiento.

Le explico entre balbuceos lo que ha ocurrido y ella me presta atención, aunque no entienda la narración ininteligible que estoy soltando.

—Dime que te sabes algún hechizo para que recupere la conciencia o para resucitarlo —le pido, perdiendo la esperanza de que la ambulancia llegue a tiempo, pero mi amiga me responde que no puede hacer nada—. Eres bruja; tiene que existir algo.

—No, Melibeo —insiste.

Para ser una bruja, menuda porquería de poderes tiene. Solo sirven para la tontería de enamorar a la gente y no para asuntos tan fundamentales como salvarle la vida a un ser humano.

Entre los cuchicheos de la gente que se ha amontonado a mi alrededor, oigo, por fin, el sonido de la sirena de la ambulancia. Cuando el vehículo se detiene a nuestro lado, el equipo médico nos pide que nos apartemos para dejarle espacio. Mientras Celeste le cuenta a una sanitaria lo que ha sucedido, yo observo, con la vista borrosa y sin articular ni una palabra porque estoy en estado de *shock*, cómo los profesionales examinan a Calisto, se comunican entre ellos mediante tecnicismos que preferiría no haber escuchado y lo colocan en una camilla para trasladarlo al hospital.

Como me he quedado paralizado y no soy capaz de reaccionar, Celeste me tira del brazo y me obliga a meterme en su coche para ir detrás de la ambulancia.

—Todo va a salir bien —intenta calmarme con su buena voluntad.

Mis llantos no cesan y, durante el viaje, mantengo mi mirada clavada en la ventanilla, sin admirar el paisaje y echándome las culpas de esta jodida tragedia.

Una vez que llegamos a nuestro destino, me apeo del coche y corro hacia la entrada del hospital, detrás de los sanitarios con la camilla y con mi amiga persiguiéndome. Lucrecia me retiene a mitad de camino, impidiéndome el paso.

—¿Ese no era tu chico? —me pregunta; yo no le contesto y me esfuerzo en apartarla hacia un lado.

—Déjame pasar. Necesito entrar a la sala donde se lo han llevado.

Celeste me agarra del brazo con fuerza y me hince las uñas para que no me escape.

—¿Qué dices? —Mi hermana apoya su palma en mi pecho, empujándome hacia atrás—. No está permitido y lo sabes.

—Yo sí tengo permiso —replico, angustiado—. Soy estudiante de Medicina y tengo que aprender. Por favor... —Y me vuelvo a derrumbar.

Celeste me acuna entre sus brazos y me promete otra vez que todo saldrá bien, mientras me desahogo gastando lo que me queda de lágrimas.

Tras tranquilizarme, mi hermana me da una botella de agua y un calmante, y nos ruega que nos vayamos a la sala de espera, que vendrá de vez en cuando para mantenernos informados.

No voy a poder estar tanto tiempo sentado en una incómoda silla viendo cómo los minutos pasan, y mucho menos tras haber oído términos como «traumatismo craneoencefálico», «posibles hemorragias internas», «operación de urgencia» y «estado grave».

Esto es una agonía.

—Acabo de llamar a los amigos de Calisto —me avisa Celeste sentándose a mi lado—. ¿Quieres que hablemos mientras tanto? Tengo que aprovechar que no vas a huir de mí como has hecho estos días.

Cierro los ojos y me doy pequeños golpes en la cabeza con la pared.

—Sí, me han entrado muchísimas ganas de charlar sabiendo que a Calisto lo están rajando en un quirófano —le contesto con sarcasmo.

—¿Tampoco te interesa saber si tus sentimientos hacia él son verdaderos?

Detengo mis cabezazos y la miro, irascible.

—No, gracias. No quiero que te vuelvas a reír de mí. Sea lo que sea lo que tengas que decirme, que sea cuando se acabe este calvario.

Mi amiga acepta mi decisión y me dice que es mejor que hablemos cuando estemos los tres implicados juntos. Luego, me ofrece su regazo y yo recuesto la cabeza sobre sus muslos para descansar.

* * *

Cuando me despierto de la minisiesta, no tengo ni idea de cuánto tiempo ha transcurrido. Me encuentro desorientado y con la impresión de que lo que ha sucedido hace un rato ha sido la trama de una pesadilla, producto de mi cerebro.

Pero, por desgracia, no lo es. En lugar de estar acostado en mi cama, en la seguridad de mi habitación, sigo en la sala de espera del hospital, con la cabeza apoyada en el regazo de Celeste y oliendo a antiséptico, a dolor, a muerte y a enfermedad.

Me incorpоро sobre la maldita silla, me desperezo y me percató de que los cuatro amigos de Calisto están aquí, con sus respectivas expresiones de preocupación y cansancio. Pascual no para de pasearse de un extremo a otro de la estancia mientras Santi, Elisa y Adela permanecen sentados.

No logro entender cómo he podido conciliar el sueño en un momento como este.

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo? —le pregunto a Celeste.

—Solo han pasado treinta minutos.

—¿Y hay alguna novedad?

Ella niega de un lado a otro.

—Se han acercado tu hermana y tu padre para ver cómo estabas. —Deja escapar un profundo suspiro—. Y a tu madre le ha tocado estar en el quirófano con Calisto.

—No me jodas. —Me paso una mano por la cara.

No sé si calmarme, porque mi madre es una magnífica cirujana y Calisto está en buenas manos, o inquietarme por si algo se complica.

Decido levantarme para estirar las piernas, pero sin apartar la vista de la entrada de la sala ni un segundo, por si algún médico viene para traernos novedades.

Me muero si a Calisto le pasa algo. Es demasiado joven; la vida no debería ser tan injusta. Aún le quedan un millón de experiencias por vivir, a poder ser, conmigo.

Advierto que Celeste se pone en pie de golpe y anuncia que debe marcharse y que no tardará en regresar. Pascual nos dice que tiene que ir al baño y corre detrás de la pelirroja.

—Sí, claro, con la otra —comenta Adela con ironía, de brazos cruzados y enfurruñada.

Intercambio una breve mirada incómoda con Santi y Elisa, y vuelvo a ocupar mi asiento.

¿No tienen otra ocasión para jugar a los triángulos amorosos? ¿Tiene que ser justo cuando Calisto se debate entre la vida y la muerte en el quirófano? Estoy flipando con los pocos dedos de frente que tienen los dos individuos que se acaban de largar.

Para pasar esta agonía, saco el móvil del bolsillo de mis vaqueros y me entretengo viendo las fotos de la galería en las que aparecemos juntos o él solo; algunas se las he hecho cuando no se daba cuenta de que estaba siendo fotografiado: en clase, en la biblio, en su casa, en mi jardín (nuestro sitio favorito) escribiendo en su cuaderno...

Si es que le he dicho mil veces que no saltase por el muro, que un día iba a ocurrir una desgracia. Y claro, como no le ha dado la gana de hacerme caso, ese día ha llegado. Ahora, por su culpa y la de su falta de destreza, estoy viviendo esta tortura.

Pierdo la noción del tiempo con la vista pegada a la pantalla y, al atreverme a alzarla para mirar hacia la entrada, despego mi culo de la silla al descubrir que mi madre se dirige hacia aquí, acompañada de otro médico. Intento adivinar la expresión de mi progenitora a medida que se acerca, pero solo veo agotamiento y seriedad.

No pueden ser malas noticias, porque pienso cargarme yo mismo al maldito Furby por haber sido tan imbécil.

Mi madre se detiene frente a mí y los amigos de Calisto me rodean, excepto Pascual y Celeste, que aún no han vuelto.

Contemplo a la mujer que tengo delante, con el corazón latiéndome a mil por hora, ansioso y con las lágrimas preparadas en los ojos, por si me dice que ha hecho lo que ha podido y que lo siente.

Para mi sorpresa, esboza una sonrisa y suelta:

—Calisto está fuera de peligro. Todo ha salido bien.

Al oír esas palabras, no sé por qué, pero me echo a llorar; imagino que de felicidad. Santi y las chicas se alegran; yo me abalanzo sobre mi madre para abrazarla y agradecerle, entre llantos, haberle salvado la vida al Furby.

—¿Puedo verlo? —le pido al separarme de ella.

—Por supuesto, cariño. —Mi madre me seca las lágrimas con sus dedos—. Pero aún se tiene que despertar de la anestesia.

—Eso ya lo sé, que estoy estudiando Medicina. ¿Tú qué te crees?

Aunque ahora me vuelve a visitar el miedo por las posibles consecuencias. ¿Y si Calisto no se despierta? ¿Y si le quedan secuelas? ¿Y si...?

«Basta», me ordeno a mí mismo.

Se despertará y será el Furby extravagante de siempre.

39. El Grinch del amor

Calisto

Me despierto desorientado. El color blanquecino del techo me deja ciego y echo un vistazo a mi izquierda, donde distingo utensilios extraños de hospital; el que más llama mi atención es un monitor que muestra unas constantes vitales.

¿Soy yo el que está ingresado aquí y esa máquina se encuentra conectada a mí?

Ladeo la cabeza hacia mi derecha. Hay una ventana a la que no le hago caso y un chico con rizos rubios, de brazos cruzados y dando cabezadas mientras duerme, con las gafas de pasta negras apoyadas en la punta de la nariz porque se le han resbalado. Sonrío al descubrir que también está babeando y observo cómo descansa hasta que, al dar otra cabezada, sus gafas se caen a su regazo. Él abre los ojos, asustado, y los posa sobre mí, achinándolos para verme mejor y limpiándose con la manga de su sudadera las babas de la boca. Como sigue aturdido tras la siesta, se coloca sus lupas para asegurarse de que lo que está presenciando es real.

—¡Joder, Furby! —Se levanta de la butaca y se acerca raudo a la cama donde estoy acostado—. ¡Te pienso matar por lo idiota que eres! —Y se abraza a mí, con el rostro escondido en el hueco de mi cuello.

Sus gritos se me clavan en lo más profundo del cerebro y me destrozan los tímpanos, pero siento un dolor agradable en cada músculo de mi cuerpo cuando me estruja con sus brazos.

—¿Quién eres tú y por qué me estás abrazando, amable, guapo y sexi desconocido?

Él se aparta de golpe y me mira, entre preocupado y atemorizado.

—¿Qué estás diciendo? ¿No te acuerdas de mí?

Me mantengo serio, con la vista pegada a la suya, pero la culpabilidad me invade y me echo a reír.

—Era broma. Perdón, Meli.

El enfado visita su semblante y yo me quejo por el dolor que recorre mi cuerpo al reírme.

—Me parece que alguien está deseando morir hoy, ¿no? —me espeta, aunque su expresión no tarda en suavizarse—. A ver... Dime quién eres, dónde vives y qué estás estudiando.

—Melibeo soy, en Melibeo creo y a Melibeo quiero. —Sonrío—. Vivo en tu corazón y estudio Creación Literaria para aprender a escribirte hermosos poemas de amor.

Exhala, poniendo los ojos en blanco.

—Te has quedado más bobo de lo que ya estabas y no sé si es bueno o malo. Sigue mi dedo.

Creo que he muerto y Melibeo es un ángel que ha venido a curarme.

Me planta el dedo índice enfrente de las narices y lo mueve de izquierda a derecha con lentitud, pero yo, como me he despertado gracioso, me pongo bizco a propósito y guío cada ojo hacia la nariz.

—¿Quieres dejar de hacer tonterías y centrarte? Esto es importante. Necesito saber que estás

bien.

—Vale, vale.

Repite el movimiento de su dedo, y esta vez me comporto como un paciente ejemplar y lo persigo con mi mirada.

¿Es legal que un estudiante de segundo año de Medicina esté atendiéndome? Si no lo es, tampoco voy a protestar.

—¿Cuántos dedos tengo? —me pregunta, y me enseña tres: el índice otra vez, el corazón y el anular.

—Veintitrés.

Mi amado frunce el ceño y yo hago todo lo posible por aguantarme la risa.

—¿En serio ves esa cifra?

—Ajá. —Asiento, muy seguro de mí mismo, y me pongo a canturrear—: *Con los dedos de las manos y los dedos de los pies, con la polla y los cojones... Todo suma veintitrés.*

Ahora sí, lo cabreo de verdad y me regala un guantazo flojo en el estómago.

—Vete a tomar por culo, Furby. —Y desaparece de esta habitación insípida con la excusa de que va a avisar a mi doctora para que sepa que ya me he despertado de la anestesia.

Mmm... ¿De la anestesia? ¿Me han operado? ¿Cuándo? ¿Y por qué? ¿Qué me ha ocurrido? Lo último que recuerdo es la dolorosa conversación que tuve con Melibeo en su jardín. Después de eso, me iba a marchar saltando por el muro y mi mente no se acuerda de más; se ha quedado en blanco.

A los pocos segundos, mi amado regresa con una doctora, que es nada más y nada menos que Alicia, mi suegra. Cada uno se coloca a un lado de la cama; ella se alegra de verme tan espabilado y Melibeo me contempla, aún molesto conmigo por las bromas que le he hecho.

Ay, si es que, últimamente, este chico se enfada mucho.

Mi suegra me analiza cada ojo con una intensa luz e imita lo que ha hecho su hijo hace unos minutos, pero, en lugar de usar el dedo, lo hace con un bolígrafo. Luego comprueba un par de cosas más y, tras asegurarse de que todo está perfecto, me explica lo que me ha sucedido (que me he caído del muro de su jardín) y me regaña por no haber entrado por la puerta y haber cometido esa estupidez. Melibeo le da la razón y yo no puedo evitar morirme de la vergüenza. También, Alicia me informa de que he sufrido un traumatismo craneoencefálico y hemorragias internas, que me he fracturado la pierna derecha y que por poco paso al más allá.

De hecho, me cuenta que ha sucedido una especie de milagro en el quirófano, porque he estado muerto unos minutos, con el típico pitido monótono del monitor sonando de fondo y los sanitarios haciendo hasta lo imposible por traerme de vuelta. No obstante, cuando estaban a punto de rendirse, hui de mi abuela, de su alpargata y de la famosa luz que vemos cuando fallecemos y reviví, como si fuera una historia de ciencia ficción o estuviera dentro del capítulo musical de *Anatomía de Grey*.

—Vamos, que he resucitado como Jesucristo —bromeo.

A Alicia le hace gracia mi comentario, pero a Melibeo no; solo lo acompaña su careto de acelga.

Qué soso se ha vuelto desde que he regresado del mundo de los muertos.

Mi suegra nos deja a solas en la habitación para continuar con sus menesteres y yo desvío la mirada, una vez más, hacia el ricitos de oro, sintiéndome culpable por haberle hecho sufrir tantísimo, que no se lo merecía.

—Lo siento mucho, Meli —me disculpo. He perdido la cuenta de las veces que le he pedido perdón.

Que no se haya movido del hospital y que haya permanecido a mi lado hasta que me he despertado de la anestesia es algo positivo, ¿no? Significa que le sigo importando, aunque sea un poquito.

Por primera vez en semanas, me dedica una sonrisa verdadera y se encorva para depositar tres besos en mi frente.

—Te perdono, Furby —me dice mirándome fijamente a los ojos.

¿Qué es lo que me perdona? ¿Todo? ¿La traición también?

—¿Todo, todo? —inquiero, refiriéndome a mis trapicheos con su amiga.

—Todo, todo —me asegura sin borrar la sonrisa de su cara—. *Todísimo*. Hasta tu imbecilidad que te empuja a trepar por los muros como si creyeses que eres Spiderman.

Sospecho que he muerto y que esta escena la está soñando mi espíritu.

—No puede ser que me perdones tan rápido. Seguro que esto que está ocurriendo no es real y le estás hablando a mi yo fallecido mientras mi fantasma te observa y te escucha.

Se ríe.

—Cuánta imaginación tienes, eh. Claro que es real. —Me pellizca el brazo con fuerza y yo suelto otro quejido—. Dime, ¿esto es real?

—No me hagas daño, que estoy convaleciente. —Hago un mohín—. No sabía que tuviera que casi morirme para que me perdonases. Lo llego a saber hace dos semanas y me tiro de tu muro a propósito, que hemos perdido el día de San Valentín de manera estúpida.

Qué rabia me da no haber celebrado el día del amor con Melibeo. Ahora debo esperar otro año.

—No te preocupes, que tenemos todos los días para celebrarlo. —Me da un beso en los labios—. ¿Quieres descansar? ¿Te duele algo? ¿Tienes sed? ¿Hambre?

Suelto una risita.

—Estoy bien. Cálmate, doctor Flores del Campo.

—Vale. Si necesitas algo, me lo dices.

—Ya que insistes tanto, me han entrado ganas de pedirte algo —le respondo, y él espera a que siga hablando—. Quiero que me des otro beso y que te quedes conmigo, en el hospital, hasta que me dejen volver a mi casa.

Melibeo alcanza mi mejilla con su mano y la acaricia.

—Lo primero no tienes que pedirlo, pero lo segundo no lo pienso hacer. —Se pone serio y a mí me da un vuelco el corazón.

—Lo entiendo. No pretendo que te sientas obligado a quedarte... No eres un familiar directo.

—Me refiero a que no me voy a quedar contigo hasta que te den el alta, porque me pienso apalancar en tu piso para cuidarte. En estos momentos no eres capaz de valerte por ti mismo y puede ocurrir otra desgracia por lo torpe que eres. ¿No te acuerdas de aquella vez, en el cementerio, cuando le prometí a tu familia que cuidaría de ti?

Mis labios se curvan hacia arriba.

—Serás mi médico personal, así practicas.

Se aproxima a mi boca para volver a besarme, pero nos interrumpen mis amigos entrando en la habitación, sin siquiera pedir permiso. Melibeo se separa de mí y mascullla un «joder»; yo miro a las tres personas que acaban de aparecer: Santi, Elisa y Adela.

¿Dónde está Pascu? Me extraña que no haya venido con los demás. ¿Estará ocupado? ¿No sabe todavía que por poco me mato?

Los otros tres me dicen que les he dado un buen susto, aunque se alegran de que no me haya

ocurrido nada grave.

—¡Estás vivo! —exclama Pascu segundos después, aterrizando en la habitación de improviso, rebosante de felicidad—. Nos tenías en un sinvivir.

Celeste lo acompaña, sosteniendo entre sus brazos a su mascota del color del carbón, y mi amigo me abraza.

—Me alegra que estés vivito y coleando, pantera rosa —me dice la bruja sonriéndome con sinceridad, y Pascu se incorpora.

Celestino, mediante un maullido que traduce su dueña, manifiesta su felicidad por mi regreso a la vida.

No, si al final le voy a coger cariño y todo a ese gato demoniaco.

—Muchas gracias, chicos.

Como uno no resucita todos los días y tengo que aprovechar que estas personas están aquí para que no nos rodeen tantas mentiras, decido sacar un tema importantísimo.

—Pascual —pronuncio el nombre de mi amigo, que me mira con curiosidad en cuanto me oye—. Te voy a contar algo que te va a hacer daño porque te aprecio, te respeto, te quiero y me cabrea que se estén burlando de ti. —Hago una breve pausa y todos se quedan en absoluto silencio, aguardando un buen cotilleo. Entonces, continúo—: Que sepas que Adela ha contratado los servicios de Celeste para que te enamoraras de ella. Tu aromanticismo no se ha esfumado a ninguna parte, solo te han manipulado el cerebro y los sentimientos.

—¿Qué? —Pascual primero mira a una y luego a la otra—. ¿Es eso verdad?

Guau, pensaba que no se lo creería. Doy gracias a la ciencia, a la magia o a la guionista de mi vida por haberme devuelto al mundo de los vivos para poder abrirle los ojos a mi amigo. Si me hubiese muerto, se lo tendría que haber soplado por la *ouija*.

Me apetecen palomitas para presenciar la evolución de este triángulo amoroso.

—No le hagas caso, que se ha dado un golpe en el coco —interviene Adela haciendo un ademán con la mano hacia mí.

A continuación, Celeste se defiende, dirigiéndose a Pascu:

—Sé que tú y yo estábamos liados, pero el trabajo es trabajo. —Se encoge de hombros—. Tengo un gato al que alimentar y debo pagar la cuota de autónomos todos los meses. Soy una joven empresaria.

—Estoy flipando. —Mi amigo termina por fugarse de la habitación, superindignado, dolido y usado, igualito que Melibeo cuando le confesé mi secreto.

Adela se marcha detrás de él y Celeste los persigue tras lanzarme otro mal de ojo y llamarme «chivato».

Como me he venido arriba y no me gusta que el amor entre dos personas surja gracias a la magia de una hechicera y no de manera natural, le cuento a Elisa que Santi también le ha pedido ayuda a Celeste para ligársela. Sin embargo, ella me dice que ya lo sabía, porque mi amigo fue sincero poco después de que comenzaran a salir juntos y no le importa.

—Parece que alguien se ha despertado siendo el Grinch del amor —bromea Melibeo una vez que mis amigos desaparecen y nos quedamos a solas.

—No se sabe cuándo voy a volver a morirme, así que he mostrado mi desacuerdo por si acaso. —Suspiro—. Pero aún me siento mal por lo que ha pasado entre tú y yo. Necesito que Celeste desempolve alguno de sus hechizos para que nos desenamoremos, así nos podremos enamorar de nuevo, pero de manera real.

—Ya hablaremos tú y yo largo y tendido sobre ese tema cuando te recuperes, que tenemos todo el tiempo del mundo y acabas de salir de una operación. No hay prisa. —Mi amado me

sonríe—. Además, Celeste tiene que contarnos un par de cosas sobre lo nuestro.

No le puedo dar la razón, porque a mí me urge finalizar esta farsa cuanto antes. Pero estoy cansado, tengo sueño y me duele cada músculo del cuerpo. Dejaremos esa tarea para mañana.

Melibeo se separa un instante de mí, coge algo de la silla en la que estaba sentado cuando he resucitado y regresa a mi lado para recostarse conmigo, sujetando un libro. Lo abre por la mitad y se recoloca las gafas antes de decirme:

—Voy a leerte las rimas de ese Bécquer que tanto te gusta para que descanses hasta que te traigan algo de comer.

40. La cosa es real

Melibeo

Hace días que le dieron el alta a Calisto en el hospital y, desde entonces, se encuentra guardando reposo en su casa con la pierna derecha escayolada, sin apenas moverse. Se ha pedido la baja en El Café Coquette y tampoco ha dado señales de vida en la universidad, aunque da igual que se pierda las clases, por mucho que le duela, porque acabamos de empezar el segundo cuatrimestre y los primeros días no son tan importantes.

Y a mí no me ha quedado más remedio que convertirme en su médico, en su enfermero, en su amo de casa... Y en su dictador, porque le tengo prohibidísimo levantarse de donde sea que esté sentado, coger cuchillos o cocinar, por si acaso la lía ante esas tareas tan simples y cotidianas pero a la vez tan peligrosas para él.

Casi pierdo al Furby una vez y no pienso revivir esa experiencia.

Mientras me paseo por Comestibles Pepita con un carrito de la compra, recibo la respuesta del mensaje que le he enviado hace un rato, en el que le he preguntado si necesita que le compre algo.

Furby: «Tráeme todos los regalices que tenga Pepita en su tienda (incluso los negros, que son para ti), hamburguesas de ternera, una pizza de pollo, dos tabletas de chocolate blanco, un paquete de patatas fritas campesinas y otro de palomitas de colorines»

De eso nada. No pienso permitir que se maltrate comiendo porquerías, que todavía tiene que recuperarse.

Melibeo: «¿Eres consciente de que estás enfermo y debes cuidarte? No voy a comprarte las mierdas que me has pedido xd»

Furby: «Que tu muso no te compre los manjares que te apetece comer: DIEZ BANDERAS ROJAS»

Ya estamos con las banderas... No le van a caber más en la pizarra blanca, de dos metros de ancho, que ocupa parte de la pared de su habitación. La tiene dividida en dos columnas: banderas verdes y banderas rojas. La segunda le gana a la primera, porque ha escrito una lista interminable de mis supuestos defectos (que llevo gafas, mi nariz parecida a la de un tal Góngora, mi personalidad rancia, ser vegano o lo poco romántico que soy), así como de cosas que he hecho desde que nos conocemos y que no le han gustado (robarle su cuaderno de terciopelo rosa dos veces, regalarle un tinte verde, no lucir favorecido mientras duermo o no abrirle la puerta de mi coche como un auténtico caballero).

Cojo de la estantería que tengo delante una bolsa de regalices de todos los sabores y la lanzo al carrito de mala manera; después, continúo batallando con el Furby.

Melibeo: «Que tu rata de laboratorio/conejillo de indias no se deje cuidar: CIEN BANDERAS ROJAS»

Me hago con la bolsa de palomitas de colores y la añado a la compra.

Furby: «Que tu muso te llame rata de laboratorio y conejillo de indias como si fueras un experimento para él: DOSCIENTAS CINCUENTA Y CINCO BANDERAS ROJÍSIMAS»

Melibeo: «Pues por el culo te la hinco, equisdé»

Spoiler: me va a poner tres mil banderas rojas más por ser tan guarro.

Mientras espero, secuestro seis tabletas de chocolate blanco y también las encesto en el carrito. A continuación, leo sus dos respuestas:

Furby: «¿Eres policía? Porque quiero que me des con tu porra hasta que se haga de día»

Furby: «Perdón, eso lo ha puesto Celestino. No tiene vergüenza»

Sonrío.

Melibeo: «Cómo se nota que eres poeta»

Furby: «En realidad, finjo ser poeta para que me enseñes la bragueta»

Furby: «Uy, otra vez el maldito gato carbonizado»

Melibeo: «Te la enseñaré cuando me dejes terminar de comprar»

Furby: «Vale, no tardes mucho, mi querido Melibeo, que te echo de menos. Te quiero»

Melibeo: «Yo también te quiero XD»

Después de recorrerme la tienda entera para buscar cada producto que me ha pedido, por fin llego a su casa. No llamo a la puerta ni toco el timbre porque me encargo de abrir yo mismo con la llave que me ha prestado.

—Ya estoy aquí —anuncio en el recibidor, y lanzo la llave al mueble que hay en la entrada.

Oigo un fuerte golpe como respuesta.

—¡Ay, por Zeus! —se queja el Furby desde algún lugar del apartamento.

Suelto las bolsas de la compra en el pasillo y echo un rápido vistazo a la cocina y a las habitaciones hasta terminar en el salón, donde se encuentra el rey de los torpes tirado en el suelo, bocabajo, con una muleta a cada lado y dedicándome una sonrisa cargada de inocencia.

Lo mato por campar a sus anchas en mi ausencia con una pierna rota y enyesada.

—¿Se puede saber qué haces? —le espeto alzando el tono de voz—. Te dije que no te movieras del sofá hasta que regresara.

—Perdón. —Se le escapa una risita y apoya los codos en el suelo—. Necesitaba ir al baño. ¿Qué querías, que me hiciera pis encima como si fuera un bebé calvo y llorón con la cara babeada? —Extiende un brazo hacia mí—. Socórreme, mi querido muso.

Alzo las cejas, desconfiando de él.

—Ya... Al baño —le contesto sin creérmelo—. ¿Y ese trozo de regaliz rojo que tienes pegado al lado de la boca?

—¿Qué regaliz ni regaliz? —Se toca la mejilla derecha, pero, como la tiene limpia, hace lo mismo con la izquierda, donde tampoco hay nada. Luego hace una pausa para inventarse alguna excusa mamarracha, y suelta con nerviosismo—: Vale, creo que te refieres al regaliz que me he encontrado en el baño. Ya que estaba ahí, me lo he comido. No lo iba a dejar ahí solito para que se pudriera, se lo llevaran las hormigas en procesión o se lo comieran mis compañeros de piso o el gato carbonizado de tu amiga bruja.

—Ah... Interesante. —Poso una mano en mi mentón, pensativo, sin apartar mi imponente

mirada de él—. ¿Y por qué te acabas de poner tan histérico?

—¡Porque me he caído y me he hecho mucho daño! ¿Te parece poco? —exclama, y vuelve a levantar la mano—. Sé un caballero y ayúdame.

Como estoy sintiendo lástima por él y soy demasiado bueno, lo ayudo a ponerse en pie y a sentarse en el sofá, con la pierna fracturada estirada hacia la mesita de centro y apoyada en un cojín. Durante el proceso, una bolsa de plástico transparente, repleta de regalices, se cae del sitio misterioso donde la tenía escondida y aterrizo en el suelo.

—¡Anda! —Finge sorprenderse, abriendo los ojos de una forma un tanto exagerada—. ¿Y eso de dónde ha salido? ¿Ha sido producto de la magia?

Suspiro, cojo la bolsa y se la lanzo a su regazo.

—Es imposible competir contra ti y tus asquerosos regalices —le digo, perdiendo la batalla contra él—. Voy a guardar la compra. Ni se te ocurra volver a moverte de ahí.

—Vale, doctor Flores del Campo —me responde mientras mastica una chuchería.

Cuando termino de colocar los alimentos que he comprado y las frutas y verduras que he traído de mi huerto, Celeste llama al timbre y voy directo a abrirle la puerta.

—¿Qué haces aquí? —exijo saber de mala gana.

Todavía sigo enfadado con ella por lo que hizo a mis espaldas con Calisto. Se me está haciendo bastante complicado perdonarla; con el Furby no me ha quedado otra opción porque su casi muerte me ha nublado la razón.

—Vengo a recoger a Celestino y a charlar con vosotros. —Me sonrío con jovialidad—. Tenemos una conversación pendiente.

Ah, sí... Se suponía que nos iba a dar explicaciones sobre lo que hizo exactamente como alcahueta.

La dejo pasar, pero le dedico una mirada de estreñido, a pesar de que tenga ganas de saber lo que nos tiene que contar. En el salón, me acomodo junto al Furby, que continúa devorando sus regalices, y ella en el otro sofá, con su gato recostado sobre sus muslos.

—Ya puedes empezar —la animo.

Mi amiga saca una *tablet* de su bolso, desliza los dedos por la pantalla y nos la pasa, con un documento abierto titulado «Santi y Elisa».

—¿Y esto? —inquire Calisto con el ceño fruncido.

—Es el informe de los servicios que contrató tu amigo para enamorar a Elisa —le responde ella—. Tengo su permiso para enseñároslo; no estoy faltando a mi código ético. Podéis cotillearlo todo lo que queráis.

En el informe aparecen los datos personales de cada uno; las herramientas que ha usado Celeste, como sus ridículos poderes y comunicarse con los astros; los hechizos con los ingredientes necesarios, como si fueran recetas de cocina; el tiempo que ha tardado y el precio, con el IVA incluido, que ha tenido que gastarse Santi en la broma (le ha salido carísima, por cierto).

—No entiendo nada. —Dirijo la vista hacia ella—. ¿Por qué nos enseñas esto?

—Para que lo comparéis con el vuestro.

Celeste nos arrebató la *tablet* y nos la vuelve a entregar con un documento diferente, titulado «Calisto y Melibeo», donde se muestran los mismos apartados que en el anterior, pero con una advertencia: «Prohibido usar poderes y magia en esta historia de amor, porque existe una relación de amistad con uno de los protagonistas y la hechicera también tiene moralidad». Otra cosa que llama mi atención es que mi amiga no le ha cobrado nada al Furby; en el lado donde debería ir el precio pone «gratis».

Qué maja. Con lo que le gusta el dinero, me parece curioso que haya permitido que Calisto no le pagase ni siquiera un céntimo.

Permanezco perdido en mis cavilaciones mientras Calisto come regalices y Celeste nos contempla.

—A ver si lo he entendido... —comienzo a hablar—. ¿Eso significa que no has usado tu supuesta magia negra con nosotros?

El Furby se atraganta con un trozo de regaliz y mira a la pelirroja, ojiplático.

—¿Cómo que no has usado tu magia para enamorarnos? ¡Me merezco una explicación como cliente tuyo que he sido!

—La magia es un servicio muy costoso que debe pagarse —le contesta ella sin dudar—. Y, como es obvio, no la iba a usar de manera gratuita.

—Qué fuerte. —Calisto se tapa la boca con la mano, impresionado—. Me has estafado, bruja mala. Tú, ni tienes poderes ni tienes nada, vendehúmos.

Yo opto por no intervenir en la disputa y solo me dedico a mirar primero a uno y luego a la otra.

—¿Cómo te atreves a insultarme, maldito lisiado? —Celeste se levanta del sofá, sosteniendo a su gato entre los brazos, y entrecierra los ojos para mirar a Calisto—. Soy una gran profesional con una media de 4,9 estrellas sobre cinco en las valoraciones de Google.

—Seguro que las has comprado todas, sacacuartos.

—¿Y quién te crees que ha sido la encargada de resucitarte? —cuestiona ella sin esperar respuesta, y después se señala a sí misma con su mano libre—. ¡Servidora!

—No, señora. He vuelto a la vida gracias a la ciencia y a los médicos.

Se me escapa una carcajada y le doy un codazo disimulado al Furby para que cierre el pico, pero ya es tarde, porque mi amiga se cabrea con él y, antes de esfumarse de la casa, le echa un terrorífico mal de ojo con el que me tiemblan hasta los pelillos que tengo en el culo.

—¿No es bueno que no haya usado sus poderes? —le pregunto a Calisto—. Porque eso significa que *la cosa* que hay entre tú y yo es real.

—¿Te refieres a que nuestro amor es verdadero? —Se le ilumina el rostro.

—*La cosa* —lo corrijo.

—Nuestro amor. —Me reta con su mirada.

—*La cosa* —repito, y cambio de tema porque no quiero estar así hasta mañana—: La semana que viene sabremos cuál de los dos se lleva el premio de la mejor obra escrita en Oxímoron. ¿Por qué no nos apostamos algo?

Calisto hace una mueca con los labios y pone expresión pensativa.

—De acuerdo. Si gano yo, pintas tu coche de rosa.

Menuda idea más absurda se le ha ocurrido.

—Y si gano yo, te tiñes el pelo de algún color que yo elija —le propongo, y nos estrechamos las manos.

—¿Y si perdemos los dos y gana otra persona?

No creo que ocurra eso; tengo que reconocer que el poemario de Calisto es lo mejor que se ha escrito en la historia de la literatura, y eso que todavía no me ha dejado leerlo.

—Si perdemos, yo pinto mi coche de rosa y tú te tiñes el pelo del color que yo te diga.

Epílogo

Calisto

Es el gran día.

Hoy, por fin, se anunciará el nombre del ganador del certamen literario de Oxímoron.

O sea, se anunciará mi nombre, está clarísimo. El jurado se habrá emocionado con mis poemas, y cada palabra de cada verso les habrá llegado al alma, igual que a mi querido Meli, que se puso a llorar conforme los leía porque logré conmocionarlo con mi talento.

—¿Estás preparado para perder? —le pregunto a mi adversario.

—¿Estás hablando contigo mismo, Furby? Qué gran idea que estés asimilando que no vas a ganar.

—Eres un gafotas. —Le doy una patada con mi pierna buena.

Hoy hemos venido a comer a su casa con sus padres y su hermana, y ahora estamos en el huerto, recogiendo tomates *cherry*.

En realidad, él es el que está haciendo el trabajo sucio de arrancar de la planta esa verdura (o fruta, según la opinión popular, aunque para mí los tomates siempre serán verduras) mientras yo lo contemplo, sentado en una silla de ruedas que mis suegros han robado del hospital en el que trabajan, expresamente para mí, con un cubo sobre mi regazo que se va llenando poco a poco con esas bolitas rojas.

No me he quedado paralítico ni nada grave, pero todavía tengo la pierna escayolada y es mucho más cómodo desplazarse con este vehículo que a la pata coja o con muletas. Además, la gente se aparta por la calle para que yo pueda pasar y hacen que me sienta como el Rey de España o la alcaldesa republicana de Oxímoron. Todos me respetan.

—Meli —lo llamo.

Quita un tomate *cherry* de la planta y la lanza al cubo.

—Dime.

—Si necesitas afilar tu lápiz, ya sabes dónde está el sacapuntas.

Él se me queda mirando con la ceja enarcada.

—Creo que el golpe que te diste en la cabeza te ha robado toda la cursilería que te caracterizaba.

—Sigo igual de romántico que siempre, mi querido sol negro —le respondo dedicándole una sonrisa—. Y tú me lo curas todo con tus locuras.

Melibeo se incorpora y se sacude las manos.

—Qué cosas más bonitas me dices. Me han entrado ganas de vomitar. —Mira la hora en su móvil y coge el cubo repleto de tomates bebés de mi regazo—. Vámonos ya, que queda media hora para que comience la gala del concurso.

—No se te endulza ese carácter tan agrio ni echándote diez kilos de azúcar encima —le respondo, y lo persigo con mi silla a la vez que admiro cómo camina hacia el interior de su casa,

de espaldas a mí—. Es increíble. Por fuera eres un delicioso pastel de regalices de fresa y, por dentro, un insípido trozo de carbón.

Lo oigo suspirar de forma exagerada.

—Lo que tengo que aguantar...

Nos despedimos de sus padres, que nos desean suerte, y nos vamos directos la universidad. Melibeo estaciona su cucaracha negra en los aparcamientos y nos reunimos en la entrada con mis amigos y los celestinos para dirigirnos al salón de actos. Celeste, sosteniendo a Celestino entre sus brazos; Santi y Elisa, agarrados de la mano; y Pascu y Adela, alejados lo máximo posible el uno de la otra (después de que se me fuera la lengua en el hospital, él no quiere saber nada de ella ni de la bruja).

Mi amado, como es tan buen novio, empuja la silla de ruedas en la que me hallo sentado, y yo pienso que esto de tener un criado que te lo hace todo y te cuida es lo mejor que existe. Estoy bastante cómodo en este aparato, así que, cuando me recupere al completo, fingiré que sigo enfermo para aprovecharme de mi doctor.

No voy a entrar en detalles sobre cómo nos amancebamos en esta situación, solo comentaré que nos las apañamos a la perfección y que mi pierna inútil no se ha convertido en un impedimento para nuestros encuentros pasionales.

Celeste camina hacia nosotros y me entrega un bote de dos litros que contiene un remedio casero que ha creado para mí. Según ella, sirve para que se me cure cuanto antes la pierna y lo tengo que tomar cada ocho horas, durante seis semanas, para que me haga efecto.

—Para que se me caiga la pierna a trozos y muera envenenado como Blancanieves —comento.

Desde que la llamé estafadora en mi casa y me echó un mal de ojo, no me fío nada de ella.

—Confía en mí, pantera rosa.

—Le obligaré a bebérselo —interviene el ricitos de oro—, aunque tenga que metérselo en la boca mientras duerme.

Ayuda... Se supone que este chico está estudiando para ser médico. Se quiere deshacer de mí.

En el salón de actos, ocupamos nuestros asientos; yo me coloco con mi silla en la zona del pasillo y Melibeo, en la butaca de mi lado.

Qué nervios. Me siento como si estuviera esperando un Oscar.

—Si resulto ser el ganador, ¿me llevarás hasta el escenario? —le pregunto a mi Meli.

—No —me responde, tajante—, porque vas a perder.

Ambos nos retamos con las miradas; la mía es más valiente que la suya, porque no está escondida detrás de unas gafas horribles de culo de vaso, apoyadas en una narizota de Pinocho.

La presentadora, que es la mismísima profesora Altagracia Segura, da comienzo a la gala, agradeciéndonos nuestra asistencia, y se pone a parlotear con otros colaboradores sobre temas relacionados con la literatura que ahora mismo no me interesan, hasta que llega el ansiado momento de la verdad.

—Y el ganador o ganadora del primer premio es... —Altagracia hace una pausa para generar expectación y, por fin, suelta el nombre de la persona agraciada—: Caramelo Caramolón, seudónimo bajo el que se esconden tres escritoras oximorenses. ¡Enhorabuena por vuestra maravillosa novela erótica lésbica!

—¿¿Cómo?! —exclamo, e intento levantarme de mi silla cuando las tres ladronas de bolígrafos de colores que brillan en la oscuridad se acercan al escenario, pero Melibeo me agarra del brazo, impidiendo que lo haga y me rompa los dientes al estamparme contra el suelo—. ¡Eso

no vale! ¡Menudo tongo! —Las abucheo—. ¡Mi Meli se merecía ese premio más que nadie!

—De eso nada. Te lo merecías tú —me responde mi amado. Para calmarme, añade con voz serena y acariciándome el dorso de la mano—: No te sulfures, Furby, que no merece la pena.

Aparto mi mano de la suya y me cruzo de brazos, enfurruñado, viendo cómo las tres criminales se pasan el micro las unas a las otras y dan un breve discurso sobre lo felices que están por haberle robado el premio a mi muso.

¡Encima han asistido a las clases de Escritura Creativa conmigo! Seguro que han sobornado a Altagracia y al jurado.

Tampoco nos llevamos los siguientes premios; el segundo lo gana Jotaká King, con su poemario de terror, y el tercero, Aylen Tejas, con su novela de romance histórico entre un dinosaurio y una humana.

Tanto esfuerzo para nada. Qué decepción. Qué tristura.

—¡Estafadores! —insulto a todas las personas que ocupan el escenario, y varios ciudadanos del público giran sus cabezas hacia mí porque estoy haciendo el ridículo, pero no me importa.

Se acabó. Dimito como escritor. Me formaré para convertirme en pastor de ovejas.

Melibeo aproxima sus labios a mi mejilla para depositar un tierno beso.

—No saben apreciar nuestro arte —me dice—. Ellos se lo pierden.

—Jolín —lloriqueo—. Menos mal que nos tenemos el uno al otro para valorarnos como nos merecemos.

Y mi muso me consuela con uno de sus besos adictivos.

* * *

Melibeo

—Me escuece, me duele y me molesta cada centímetro del cuerpo —se queja el Furby entre fingidos lloriqueos, golpeándose la frente contra la ventanilla de mi coche pintado de rosa, mientras vamos de camino a Oxímoron tras pasar unas pequeñas vacaciones en un pueblo costero de la Península—. Necesito arrancarme la piel a tirones. Llama a Celestino para que lo haga.

—¿A quién cojones se le ocurre tomar el sol sin echarse crema y bañarse en la playa con las medusas acechando dentro del mar?

Al Furby, por supuesto. Se ha quemado, además de la cara, la espalda y el torso enteros, y ahora parece que tengo a una gamba gigante sentada en el asiento del copiloto. Por no mencionar la gran picadura que le ha dejado una medusa como recuerdo en el tobillo derecho. Y, por si fuera poco, casi hace un viaje improvisado a África en colchoneta, porque se quedó dormido y no se dio cuenta del problemón hasta que se despertó y descubrió que se había alejado bastante de la orilla, donde me encontraba yo escribiendo una nueva novela erótica en mi móvil, tumbado en mi toalla con dibujos de nabos. Entonces, comenzó a llamarme a gritos, angustiado, y a mí por poco me dio un ataque al corazón cuando despecué la mirada de la pantalla de mi teléfono y la posé en Calisto, que parecía una hormiga con la cabeza teñida de verde, el color que elegí para él cuando perdimos el concurso. Al final, fue rescatado por una pareja de ancianas que navegaba justo en ese momento con una barquita.

Hemos tenido una semana de vacaciones bastante ajetreada y no la cambio por nada.

—Por Apolo, quita esa horrible música —me pide el rey de los torpes.

Desde los altavoces suena el estribillo de la canción *Quédate*.

—¡Pero si es Quevedo!

—¿Qué Quevedo? ¿Te refieres a Francisco de Quevedo, el poeta barroco? Imposible.

—¿Qué dices de poeta? —Frunzo el ceño sin apartar la vista de la carretera—. Es un cantante del siglo XXI que se ha puesto muy de moda y me flipa, no un poeta que se murió hace doscientos mil años.

Calisto se escandaliza ante mis palabras.

—Pues yo siempre preferiré al Quevedo poeta. Anda, quita esa canción y pon música clásica. A Beethoven, si eres tan amable.

—No sabía que el perro de las pelis era músico también —me mofo, y él se vuelve a ofender y me dice que soy un inculto.

Cuando llegamos a Oxímoron, nos detenemos en la tienda de Celeste para que nos venda alguno de sus remedios para curar las quemaduras del sol y la picadura de la medusa. Ella se cachondea de las pintas que tiene Calisto, e incluso creo ver a Celestino esbozar una sonrisa diabólica, subido en el mostrador, con una pajarita blanca abrazando su cuello.

—Bruja piruja —la insulta el Furby por atreverse a burlarse de él.

Mi amiga decide ayudarnos y nos recomienda uno de sus ungüentos mágicos para restregárselo a Calisto por la piel tres veces al día durante una semana.

En cuanto llegamos a su casa, me ruega que le unte el potingue que hemos comprado porque no aguanta la tortura que está sufriendo; yo lo regaño por milésima vez y le repito que se hubiera echado crema, que para eso existe, y que hubiera huido del animal marino que le ha destrozado el tobillo.

—Pensaba que era una bolsa de plástico —se defiende, sentado de espaldas a mí sobre su cama, mientras le esparzo el experimento pringoso por la espalda.

Pascual se asoma a la habitación para darnos la bienvenida.

—¿Otra vez el okupa aquí? —Mira a Calisto y me señala con la mano—. Vas a tener que empezar a cobrarle el alquiler, eh. Solo le falta escribir su nombre en el buzón.

Lleva razón. Durante estos meses, he pasado más tiempo aquí que en mi propia casa, pero en mi defensa diré que lo he hecho para cuidar del Furby, que ya está totalmente recuperado de su pierna gracias a mí y a la medicina, y supongo que también ha sido de gran ayuda la pócima que le preparó Celeste.

—A mi Meli no le pienso cobrar nada —le espeta el Furby—. Mi casa es su casa.

—Muy bonito que obligues a tus amigos a pagar el alquiler y a él no. —Niega con la cabeza, fingiendo decepción—. Por cierto, en tu ausencia has recibido varias cartas; te las he dejado encima del escritorio. Una de ellas tiene pinta de ser importante; las otras son facturas.

Pascual huye del dormitorio, no vaya a ser que le toque pagar algo no planeado, y yo termino de cubrirle las quemaduras al Furby con la crema; también aprovecho para interesarme por lo que sucedió entre ellos hace tiempo. Lo único que sé de esa historia es que Calisto se pilló por él y acabó con el corazón despedazado.

—Estuvimos saliendo juntos hace dos años. —Se ríe—. Me declaré porque estaba enamorado de él en secreto, a pesar de que sabía que era arromántico y no me iba a dar lo que yo quería. Él aceptó mi amor y lo intentamos durante unos meses, pero acabó siendo un desastre; yo me di cuenta de que mis sentimientos no eran correspondidos, rompí con él y quedamos como amigos. Fin de la historia de desamor.

—Qué pena. —Le regalo un beso en el hombro—. La verdad es que eres más empalagoso que una tarta de merengue, pero igual te quiero.

—Ay, mi Meli.

Cierro el bote de crema, sonriendo como un tonto. Calisto se vuelve a poner la camiseta y

yo me acerco al escritorio para coger los sobres que hay: la factura de la luz, del agua, de internet... Y una multa de tráfico.

—Oh, no puede ser. —Calisto la abre y pasea los ojos por el papel—. Es una sanción que me pusieron por conducir la moto sin casco antes de caerme por el muro de tu huerto.

No le respondo lo que pienso porque, con la mirada, se lo digo todo y no me apetece romper la magia, ya que lo importante viene justo ahora.

—Y tienes una carta de la editorial Pingüino Patricio.

Antes de que nos dieran las vacaciones de verano en la uni, lo animé a enviar sus poemas a un montón de editoriales; me parecía injusto que su arte se quedara guardado en un cajón cogiendo polvo. Sin embargo, hasta ahora no le había contestado ninguna, y espero que lo que se encuentre dentro de ese sobre sean buenas noticias. Esa editorial es una de las más famosas del país; si lo hubieran rechazado, ni siquiera se habrían molestado en responderle. Por otro lado, yo he firmado con la editorial Mundo para publicar mi novela erótica con ellos, y continúo escribiendo otras historias para que mi lector más fiel, que es el Furby, me lea; también quiero centrarme en terminar la carrera, aunque luego no me dedique a la Medicina.

—No puedo abrirlo —confiesa Calisto, que se ha puesto de pie y no para de moverse—. Toma, hazlo tú. —Me tiende el sobre.

Hago lo que me pide sin pensármelo y saco del sobre el puñado de folios que contiene en su interior. Leo lo que hay escrito en el primero mientras el Furby devora sus uñas.

—¿Qué pone?

Carraspeo y, sonriendo, recito las palabras impresas:

—«Estimado Calisto Enamorado Feliz, estamos encantados de informarle de que su poemario cumple con las características necesarias para ser parte de nuestro catálogo editorial. Nos gustaría que aceptara publicar su obra con nosotros y...».

Un chillido de emoción me interrumpe y el Furby se abalanza sobre mí para estrecharme entre sus brazos. Yo, en un acto reflejo, suelto la carta en la cama para que no se arrugue y me dejo abrazar.

—¡No me lo puedo creer! —exclama.

—Enhorabuena, te lo mereces.

—Oh, Dios mío, qué feliz estoy. —Me besa—. Gracias por todo, Meli. Te quiero tanto...

—Yo sí que te quiero, idiota.

—Vente a vivir conmigo —suelta de pronto, y yo arrugo el entrecejo.

—¿No estamos viviendo ya juntos? —Me echo a reír y él me da un golpe en el hombro—. Vale, ahora en serio: no creo que a tu abuela le haga mucha gracia esa idea, porque le sigo cayendo mal.

No sé qué le pasa a esa señora conmigo. Ahora me odia incluso más, por eso de que su nieto casi se muere por mi culpa. Estoy seguro de que me hará vudú desde el más allá para que no viva en la casa que le ha dejado de herencia a Calisto.

—Le hará ilusión —me responde, y una ráfaga de aire, proveniente de la ventana abierta, cierra la puerta de la habitación con un sonoro portazo que por poco tira las paredes abajo—. Ah, pues no; no le hace ilusión a la señora. —Chasquea la lengua—. Pero me da igual. Ahora yo soy el propietario de este hogar y traigo a vivir a quien me dé la gana.

—¿Y qué hago con mi huerto? Aquí no puedo tener uno.

—De eso no te preocupes. Seguiremos yendo a tu casa todos los días para visitar a tus queridos nabos y a tus otras verduras y frutas para darles cariño. —El Furby me mira con impaciencia, deseando que le dé una respuesta—. Bueno, querido Melibeo Flores del Campo,

¿quieres venirte a vivir conmigo?

Dejo escapar un suspiro para mantener la intriga.

—Necesitas a alguien que te cuide y que te salve de tu torpeza y de los peligros del mundo, que ya hemos comprobado que no se te puede dejar solo. —Mis labios se curvan hacia arriba, formando una sonrisa—. Y, como no me queda más remedio, ese alguien seré yo, mi querido Furby.

FIN

Acerca de la autora

Gema Martín Muñoz es una escritora granadina a la que le apasiona el mundo de las letras. Comenzó su carrera literaria administrando un blog en el que compartía las reseñas de los libros que leía. No fue hasta 2016 cuando se atrevió a crear sus propias historias y publicarlas en Wattpad, donde su primera novela, *Entre las nubes y las estrellas*, alcanzó el millón de lecturas, dando lugar a una fiel comunidad de lectores. En 2018 decidió dar el salto a la autopublicación en Amazon.

Escribe novelas románticas *new adult* que contienen representación LGBT y grandes dosis de humor, aunque también le gusta añadir un poco de drama. Además de la escritura, le encanta leer, ver series, los gatos (siempre encontrarás alguno en sus historias), interactuar con sus lectores y la música, con la que se inspira para darles forma a sus escritos.

Entre sus obras se incluyen la trilogía «Between» (*Entre las nubes y las estrellas*, *Entre el hielo y el fuego* y *Entre el corazón y la razón*), la bilogía «Diamantes» (*Somos dos diamantes en el universo*, *Somos dos diamantes formando constelaciones* y el relato *Somos dos diamantes en Halloween*), las novelas *Tú y yo, perfectamente imperfectos*, *El yin, el yang y el maldito virus que nos unió*, *El caos, la armonía y la maldita tela de araña que nos unió* y *Atrapados en la magia del amor*, que ha sido finalista en los Wattys de 2023.

La puedes encontrar en:

- Instagram: @gema_martin_munoz
- Wattpad: @Gema_Martin_Munoz
- Threads: @gema_martin_munoz
- TikTok: @gema_martin_munoz
- X: @GemaMartinMunoz
- Página de Facebook: Gema Martín Muñoz